CHRISTIAN BERGMANN
DAVID LÓPEZ CANALES

el NARCO *y el* NAZI

[pepitas ed.]

xxxi Premio de no ficción Olarra & Bretón

El narco y el nazi

Christian Bergmann
David López Canales

El narco y el nazi

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.0 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

© Christian Bergmann y David López Canales
© De la presente edición, Pepitas ed.

Fotografía de cubierta: © Shutterstock

XXXI BECA LITERARIA
Bodegas Olarra & Café Bretón
LOGROÑO 2026

ISBN: 978-84-10476-45-5
Producción del ePub: booqlab

Primera edición, febrero de 2026

ÍNDICE

Prólogo

1. Don Klaus

2. El rey de la coca

3. Los Novios de la Muerte

4. Operación Miami

5. El golpe

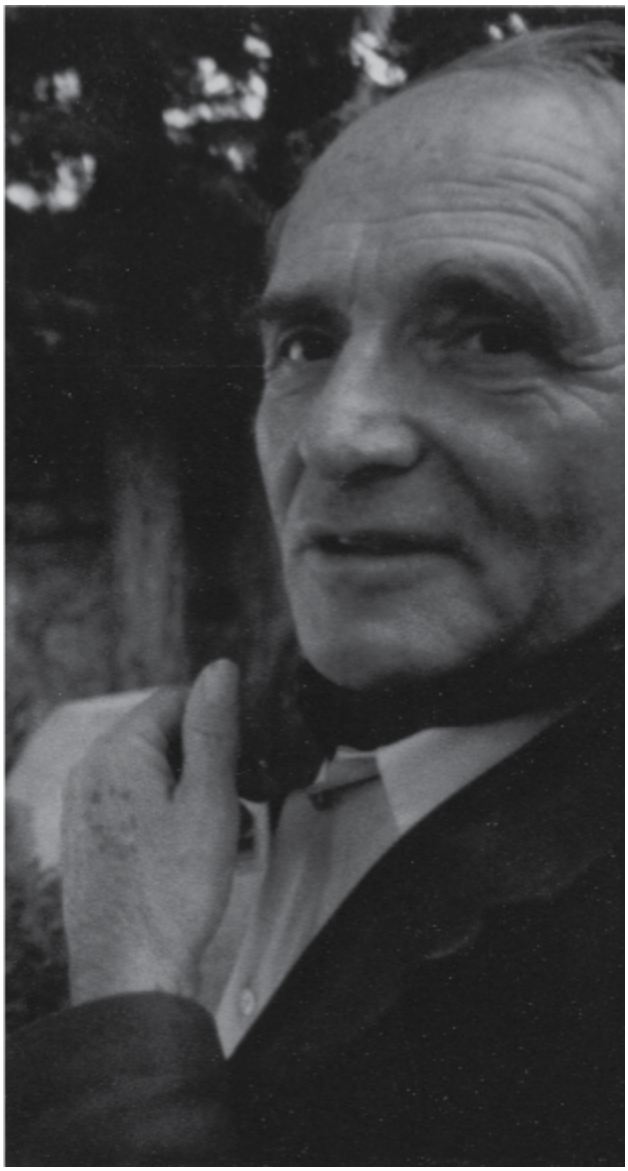
6. El narco-Estado

7. ¡Que se vaya, carajo!

8. El fin de Barbie

9. La profecía de *Scarface*

Roberto Suárez en 1984
(AP LaserPhoto)



Klaus Barbie en 1979
(fotografía de Gerd Heidemann,
cedida por el Instituto Hoover)

PRÓLOGO

A Roberto Suárez, uno de los protagonistas de esta historia, Pablo Escobar lo llamaba don Roberto. Casi veinte años mayor, y de una de las familias más prósperas de Bolivia, Suárez fue un maestro para el narcotraficante colombiano. A Escobar, en cambio, Suárez lo apodó pelícano, burlándose de su papada.

Todas las historias tienen un comienzo.

Esta es la primera de todas las historias de grandes narcotraficantes que se han conocido y contado. La historia del primer gran narco: Roberto Suárez. Pero también la del más desconocido. La del hombre que lideró el negocio de la cocaína en la época en la que esta conquistaba el mundo y Escobar fundaba el cartel de Medellín. Esta historia es la génesis de todo lo que llegó después.

Durante años, tras la Segunda Guerra Mundial, decenas de altos mandos del nazismo huyeron de Alemania, primero, y de Europa, después, para evitar la persecución judicial por los crímenes atroces que habían cometido. Muchos de ellos lo hicieron a Latinoamérica, a través de las que se conocieron como las rutas de las ratas. Se asentaron en países como Argentina o Brasil y vivieron cómodos y libres el resto de su vida, con identidades falsas o sin siquiera esconderse, protegidos por los regímenes militares que prosperaron en la región durante la segunda mitad del siglo xx con el beneplácito de Washington. Corrían los años del Plan Cóndor, Latinoamérica seguía siendo el patio trasero de Estados Unidos —que había fijado la doctrina Monroe más de un siglo antes— y el comunismo era un nuevo fantasma que amenazaba al mundo y frente al cual todo valía. Incluso el apoyo a los nazis. Klaus Barbie, comandante

de la Gestapo, líder de la represión en Lyon durante la guerra, ejecutor sanguinario, fue uno de ellos. Él es el otro protagonista.

Todas las historias tienen también un final.

Esta es la historia del último nazi en acción. La de Barbie, que operó para sembrar el terror y conservar su impunidad hasta que fue finalmente arrestado en 1983. Continuó haciendo en Latinoamérica lo mismo que había hecho cuarenta años antes en la Francia ocupada. Siempre bajo la protección de los militares bolivianos.

Todas las historias tienen un nudo. Un momento decisivo en su desarrollo. Un punto de inflexión en el que todo cambia.

También esta.

Roberto Suárez y Klaus Barbie se conocieron una noche a finales de los años setenta, invitados ambos a una cena con militares en La Paz, la capital política boliviana. Fue el comienzo de una alianza inédita: la del primer gran narco y el último nazi. Una alianza que iba a cambiar el país y el negocio de la cocaína. Un pacto que daría como resultado el primer narco-Estado de la historia moderna. Una organización criminal liderada por Suárez con el nazi Barbie y el emergente Escobar como socios.

Y todas las historias tienen un escenario.

En Bolivia se lamentan de que el suyo es un país olvidado, de que en la vecina Argentina ni siquiera aparece en los concursos de televisión cuando se pregunta por las capitales de los países del continente. Dicen también en Bolivia que en su país no hay realismo mágico, esa corriente artística en la que cohabitan lo onírico y lo mágico con lo cotidiano que simboliza la obra de Gabriel García Márquez, pero que se plasmó también en otros autores y artistas, desde la literatura a la pintura, en el siglo xx latinoamericano. Dicen que no la hay porque Bolivia es ya de por sí mágicamente real. No les falta razón.

Bolivia fue el primer país del continente en proclamar su independencia, cuando se escuchó en 1809 el primer grito libertario contra el dominio español, pero fue el último en conseguirla. No lo lograría hasta 1825. Bolivia es el país con el récord del mundo de golpes de Estado. Casi cuarenta en la segunda mitad del siglo xx.

En uno de ellos, en los años treinta, de hecho, ya habían participado dos altos mandos del ejército alemán: Hans Kundt y Ernest Rhöm.

Kundt asesoraba al ejército boliviano desde 1921. Rhöm, fundador de la milicia de las SA, desencantado con el nazismo emergente pese a su amistad con Hitler, llegó al país en 1928. Su influencia en las fuerzas armadas fue tan importante que ambos alcanzaron los mayores grados del ejército.

En Bolivia, al sur, en San Vicente, casi frontera con Argentina, fue donde murieron los célebres pistoleros y ladrones de bancos Butch Cassidy y Sundance Kid el 6 de noviembre de 1908. Tras haber huido en barco desde Nueva York a Argentina con identidades falsas, volvieron a las andadas, a atracar y robar. Cruzaron a Bolivia huyendo y allí asaltaron al contable de una empresa minera. Se refugiaron en una casa de San Vicente perseguidos por un pelotón del ejército.

Tras una noche de tiroteo, la vivienda amaneció silenciosa. Cuando los soldados irrumpieron en ella se encontraron los cuerpos muertos de los bandidos. Ambos se habían suicidado. O Cassidy había matado a su compañero y después se había quitado la vida. O ninguno de los dos murió realmente aquel día, porque eso cuenta una de las leyendas que aquel día empezó a fraguarse. Todo mágicamente real.

Bolivia es también el lugar donde cayó otro personaje icónico, Ernesto Guevara, el 9 de octubre de 1967, tras un año de guerrilla en la selva de Ñancahuazú, al norte del país. Capturado por el ejército, fue ejecutado, amputaron las manos del cadáver e hicieron desaparecer el cuerpo. En el pueblecito de La Higuera murió el hombre y nació el mito del Che.

Algunos de aquellos militares del ejército boliviano, sargentos o tenientes entonces, son quienes años más tarde, ya como coroneles, protegerán a Barbie y conspirarán con él. A la inversa, el general Gary Prado, el hombre que capturó al Che, es quien desmantelará el batallón neonazi de paramilitares extranjeros los Novios de la Muerte que Barbie comandaba y que operaba como cuerpo especial de seguridad de Roberto Suárez.

Dicen en Bolivia, en un dicho típico del país, que lo que no ocurre en Bolivia es raro.

Esta historia transcurre en ese escenario mágicamente real de grandes historias y leyendas. Pero no es una historia que se quede allí.

Esta historia va más allá de Bolivia y de la realidad boliviana. De ahí, también, su valor y trascendencia.

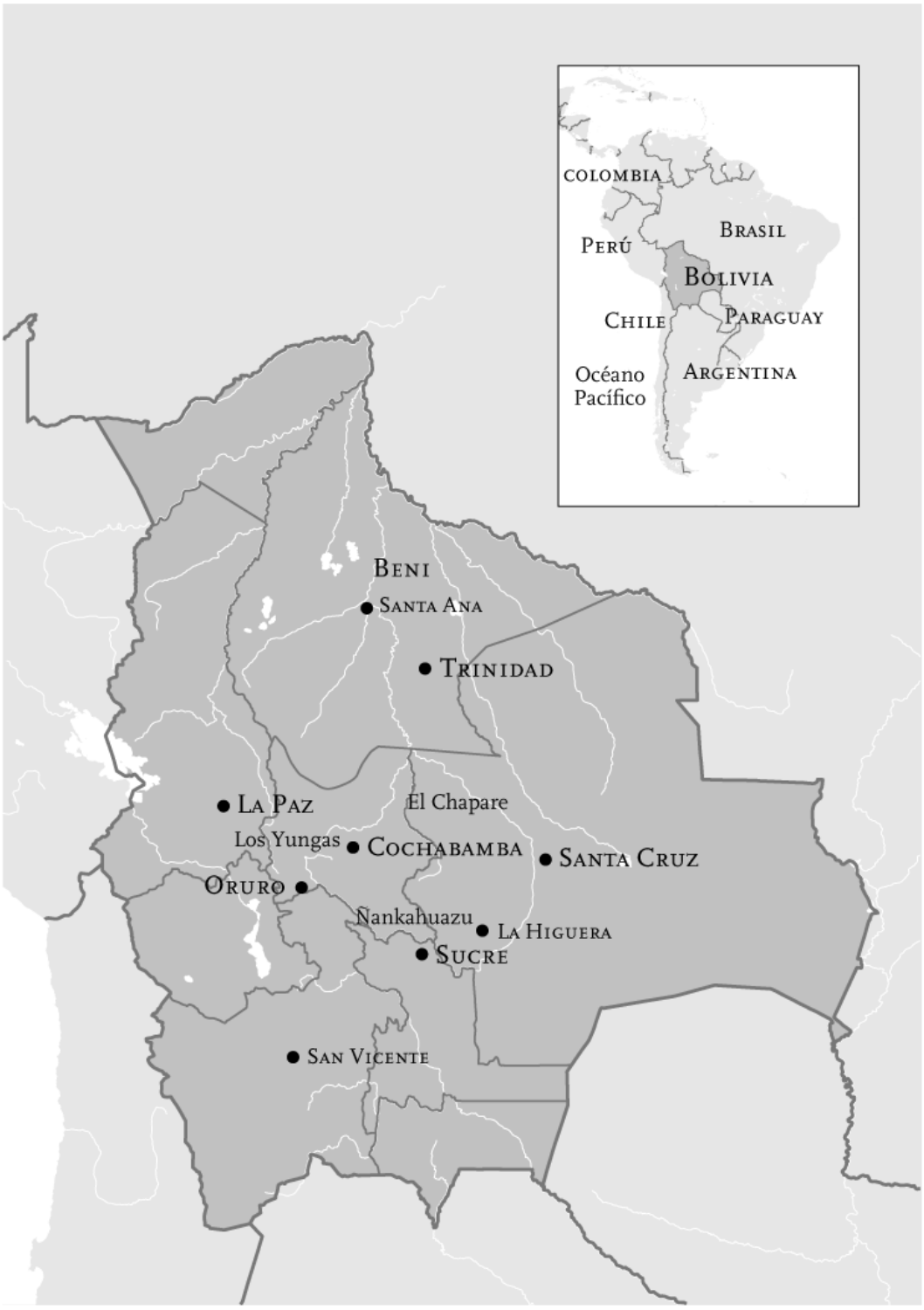
Es la historia simbólica de todo un continente y de toda una época. De unos crímenes transnacionales a otros: de la violencia de las dictaduras y los últimos coletazos del horror nazi a la nueva violencia que trajo el narcotráfico a Latinoamérica.

Hemos trabajado en esta historia durante tres años. Este es el resultado de una larga investigación periodística de búsqueda de los protagonistas y testigos de los hechos en Bolivia, en Estados Unidos y en Europa. En total han sido cerca de un centenar de entrevistas y conversaciones con las personas que, todavía hoy, más de cuarenta años después, pueden contar la historia en primera persona. También hemos buscado las claves de los hechos en numerosos archivos que habían permanecido desconocidos hasta ahora y en las hemerotecas y bibliografías que ya existían sobre la época o sobre algunos de sus protagonistas, como sucede con Klaus Barbie y el excelente trabajo del historiador alemán Peter Hammerschmidt.

Este libro reconstruye aquellos años tan especiales, desde los sucesos en Bolivia a la complicidad de las dictaduras latinoamericanas con los criminales nazis, el *boom* de la cocaína en el mundo o el todavía sospechoso papel de Washington y, sobre todo, de la CIA en los hechos.

Este libro aborda ese momento concreto de la historia en el que pasado, presente y futuro coincidieron. Y todo sucedió en apenas tres años, una condensación temporal que, para nosotros, hace los acontecimientos aún más impactantes.

Bolivia es ese escenario principal donde ocurre, pero en Bolivia están el continente, sus víctimas, sus verdugos y sus cómplices. Está ese punto de inflexión entre el final de una época y el comienzo de otra. Está todo. Un todo que no debería haber sucedido nunca pero del que siempre se podrá aprender.


COLOMBIA
BRASIL
PERÚ
BOLIVIA
CHILE
PARAGUAY
Océano Pacífico
ARGENTINA
BENI
SANTA ANA
TRINIDAD
LA PAZ
El Chapare
Los Yungas
COCHABAMBA
SANTA CRUZ
ORURO
Nankahuazu
LA HIGUERA
SUCRE
SAN VICENTE

1. Don Klaus

—Tenéis que daros prisa si queréis ver mi colección de Klaus Barbie. Los estadounidenses la están comprando completa...

Esta es la primera frase que Gerd Heidemann nos dice por teléfono cuando le contactamos para hablar de sus encuentros con Klaus Barbie. Seguimos su consejo.

Gerd Heidemann, ya nonagenario cuando nos vemos, está considerado por el público como el reportero estrella de dudosa reputación que, en los años ochenta, publicó los diarios falsos de Hitler.

Pocos días después de la llamada nos reunimos en su archivo privado, ubicado junto a la estación de tren Altona de Hamburgo. Por primera vez nos queda claro a qué se refería con la colección de Klaus Barbie. Cientos de carpetas se apilan en estanterías de un metro de largo en el sótano que tiene alquilado en un edificio de oficinas.

Heidemann es un hombre que, pese a todo, quiere preservar su legado. Un legado que se vio eclipsado por el mayor escándalo periodístico de la historia alemana de la posguerra: la adquisición y publicación por la revista *Stern* de unos diarios falsos de Hitler. Heidemann le había comprado los diarios, más de medio centenar de volúmenes escritos supuestamente por el Führer, a un ilustrador, y se los vendió después, mucho más caros aún, a la publicación. Pero no los había escrito Hitler, sino el propio ilustrador. Ambos fueron condenados por fraude. Y Heidemann, hundido profesionalmente, pasó de reportero a farsante.

Pero este archivo en el que nos encontramos no es la guarida de un timador. Es la prueba real de una carrera periodística que va mucho allá de aquellos diarios.

Heidemann fue una de las figuras más deslumbrantes, y finalmente trágicas, del periodismo alemán de posguerra. Un hombre cuya carrera osciló entre el genio investigador y la ingenua compulsión. Mucho antes de que su nombre se asociara con el fraude, era considerado un reportero excepcional con un instinto infalible para las grandes historias. En las décadas de los sesenta y setenta fue el principal impulsor de las investigaciones de *Stern*, que atrajeron la atención internacional: informó desde regiones en crisis, emprendió peligrosos viajes a Latinoamérica, investigó a criminales nazis fugitivos y fue testigo con su cámara de los dramas políticos globales.

Sus historias exclusivas sobre mercenarios en África y sobre las maquinaciones de los nazis exiliados en Latinoamérica le valieron la reputación entre sus colegas de sabueso del periodismo de investigación.

Heidemann también vivió una vida privada de una excentricidad casi cinematográfica: compró el yate *Carin II*, que perteneció a Hermann Göring, el lugarteniente de Hitler, y cenó con antiguos líderes nazis con la misma naturalidad con la que colaboró con fotógrafos internacionales de renombre.

Pero toda su carrera se desvaneció repentinamente cuando aquellos diarios de Hitler, que Heidemann presentó con un fervor casi religioso como el descubrimiento del siglo, resultaron una burda falsificación. Engañado, pero también cegado por la perspectiva del éxito, la fortuna y la inmortalidad periodística, pasó de ser un cazador a convertirse en una figura trágica. El escándalo lo sumió no solo a él, sino también a la revista *Stern*, en una profunda crisis.

A partir de entonces, muchos dejaron de considerarlo un reportero con olfato agudo y empezaron a verlo como un hombre impulsivo y obcecado por la ambición de fama que olvidó los principios periodísticos fundamentales: escepticismo, escrutinio y distancia. Sin embargo, el balance de su carrera sigue hoy entre los extremos. En uno está el fracaso que condujo a la ruina de su reputación. En el otro, una obra que, en sus mejores momentos, sentó las bases del periodismo de investigación en Alemania. Heidemann es el símbolo perfecto de la delgada línea entre la revelación y la mentira.

Esta mañana, en su archivo, nos queda claro que Heidemann es más de lo que se sabe de él. Posee una memoria fotográfica que le permite recordar cada detalle de conversaciones que tuvo décadas atrás y encuentra al instante todos los documentos que busca en los largos pasillos. Entre ellos, cientos de fotos y horas de grabaciones de sus encuentros con Barbie.

La colección contiene, además, documentos históricos únicos. Hojeando la carpeta de Reinhard Heydrich, el Reichsführer de las ss, descubrimos fotos privadas inéditas. El periodista se niega a revelar cómo las obtuvo. Será siempre un misterio, porque Heidemann fallecerá pocos meses después de nuestro encuentro.

La importancia de su extensa colección ha sido reconocida por instituciones académicas como el Instituto Hoover de la Universidad de Stanford. Sus directivos son los estadounidenses a los que se refería en nuestra primera llamada. La operación se completó poco antes de su fallecimiento. La colección, ya en California, es tan extensa que mantendrá ocupados durante años, como ellos mismos han reconocido, a los historiadores del instituto que investigan la era nazi.

El día de nuestra cita en Hamburgo, Heidemann vislumbra ya su final y no quiere que lo que quede de él sea su estrepitoso fracaso, sino su importante contribución al descubrimiento de la participación de los criminales de guerra nazis en Latinoamérica. Tras un almuerzo tardío en un asador frente a su archivo y después de acordar nuestra colaboración con él, al despedirnos, nos pide que para nuestra próxima cita llevemos un cartucho de impresora y carpetas archivadoras. Aún posee muchos documentos más para nosotros.

Bolivia, verano de 1979. Klaus Barbie recibió por primera vez a Heidemann en La Paz. El periodista investigaba para la revista *Stern*, pero Barbie no lo sabía. Tampoco, por supuesto, que además de su trabajo como periodista estaba colaborando con el Mossad. Heidemann realizaba en ese momento una delicada doble misión. Su trabajo iba más allá del periodismo. Era una cuestión de vida o muerte. De hecho,

la historia de Bolivia podría haber sido diferente si el Mossad hubiera completado su plan.

El periodista se hacía pasar por un escritor, simpatizante del Tercer Reich, que ayudaba a los viejos nazis a escribir sus memorias. Karl Wolff, con quien Heidemann mantenía una larga amistad y que sabía que era periodista, fue el primero al que ayudó con su autobiografía. Wolff había sido un antiguo general de alto rango de las ss y, además, confidente de Himmler.

Heinrich Himmler, el Reichsführer de las ss, fue una de las figuras centrales del aparato de poder nacionalsocialista. No era un orador fanático como Hitler, sino el egocéntrico desatado que organizó el horror nazi. Tras su rostro anodino, casi cómico, con gafas y bigote diminuto, se escondía un funcionario ideológicamente ciego que transformó a las ss en una unidad de élite, primero, y después en el instrumento de la cosmovisión totalitaria del nazismo. Himmler fue el arquitecto de los campos de concentración y el planificador de la solución final: el exterminio de los judíos.

Heidemann logró trabajar como secretario de un Wolff ya anciano cuando este preparaba sus memorias. Estaba tan satisfecho con su amigo y con la ayuda que le prestaba que comenzó a presentarle a otros antiguos camaradas. Recomendado por Wolff, no dudaban de él. Gracias a aquellas puertas que le abrió, empezó a filtrar información al Mossad: fotos, planos de casas y rutinas diarias de criminales de guerra como Walther Rauff, refugiado en Chile. Rauff fue uno de los inventores de los furgones convertidos en cámaras de gas móviles, precursores de las cámaras de gas de los campos.

Ahora Heidemann estaba con Barbie. Aquel primer encuentro no fue, por supuesto, casual. Formaba parte de la investigación que el periodista había iniciado desde comienzos de la década para rastrear a los antiguos jerarcas nazis fugados a Latinoamérica. Impulsado por una mezcla de sensacionalismo, interés histórico e instinto de reportero, Heidemann viajaba con su grabadora y su valentía a las regiones donde los criminales nazis vivían escondidos. Había contactado con Barbie gracias a Wolff, primero, y a otro exmiembro de las ss, Friedrich Schwend, quien conocía a Barbie de la guerra y había colaborado con él en Latinoamérica. Cuando Heidemann llegó a La Paz, ya sabía moverse

con una facilidad casi ingenua entre los criminales y sus círculos más cercanos.

Las reuniones con Barbie, no obstante, se desarrollaron bajo estrictas medidas de seguridad. En Bolivia, Barbie no era Klaus Barbie, sino Klaus Altmann. Heidemman se encontró con él en cafés discretos, en mesas apartadas, donde nadie podía escucharlos y Altmann se sentía seguro.

Educado, sereno y meticulosamente controlador, Altmann le contaba su versión de los hechos y de la historia. El relato de su propia trayectoria estaba moldeado por el mito del anticomunista decidido que se veía a sí mismo como víctima de una conspiración política. Para Heidemann, Barbie se convertiría no solo en una fuente, sino en la prueba viviente de una red de relaciones de nazis exiliados, contactos de inteligencia e intereses económicos.

El reportero grabó sus entrevistas con la excusa de que también lo ayudaría a escribir sus memorias. Heidemann llegaba a estos personajes por sus amigos nazis, pero se los ganaba alimentando su ego. Eran criminales ya en la recta final de sus vidas y él les alababa su peso histórico y ensalzaba la trascendencia que sus autobiografías tendrían.

En las cintas de Heidemann se escucha al periodista preguntar a Barbie por el asesinato de Jean Moulin, el líder del movimiento de resistencia francés durante la ocupación alemana de Francia, pero también por los métodos de tortura que empleó y por sus negocios en Bolivia. En muchas ocasiones el reportero parece más un simpatizante entusiasta. En sus charlas se difumina la línea entre la documentación periodística y una proximidad que resulta inquietante. Aquellas revelaciones le darían al periodista material para apuntarse una gran exclusiva.

Sin embargo, la última gran historia antes de su colapso no vio la luz inmediatamente. Todavía hoy persisten en Alemania los rumores de que el editor de la revista *Stern*, Henry Nannen, cuyo pasado nazi permaneció oculto durante décadas y se reveló hace pocos años, había prohibido su publicación. Nannen había trabajado para el departamento de Propaganda de las ss durante la Segunda Guerra Mundial y tenía conexiones con otros miembros de estas fugitivos en Latinoamérica.

Allí, en las polvorientas calles de La Paz, Heidemann todavía estaba en la cima. Era un cazador de historias fascinado por el Tercer Reich que se encontraba cara a cara con el mal. Esa emoción la debió intuir Altmann enseguida, que reconoció en su entusiasmo a uno de los suyos, a un admirador. Ego y vanidad. Enseguida confió en él.

Barbie había rechazado ya hacer entrevistas. Incluso algunas por las que le pagarían. En realidad, las había rechazado Altmann. Pero Altmann no era Barbie. Altmann no podía ser Barbie. Con Heidemann, en cambio, no hablaba por dinero, ni como Altmann, sino como Barbie, y con absoluta confianza. Delante de Heidemann, Barbie glorificaba el Tercer Reich y se jactaba de los rivales a los que había eliminado.

Para Heidemann, sin embargo, el encuentro determinante no fue el primero que mantuvo en la casa de Altmann ni los siguientes en los cafés de La Paz, sino otro posterior. Aquel día Barbie le había propuesto que cambiaran la localización de su cita. Quería mostrarle el Titicaca, una maravilla natural de los Andes situada a cuatro mil metros de altura, el lago navegable más alto del planeta.

Quedaron en un restaurante a su orilla, a dos horas de conducción desde La Paz. Ya estaban sentados a la mesa cuando el periodista detectó a dos militares de alto rango que se acercaban a ellos. Se inquietó. Inmediatamente pensó que estaban allí por él. Tal vez fueran a revelarle a Barbie que no era el biógrafo de los militares que decía ser, sino un periodista. O, peor aún, un activo del Mossad. Heidemann sabía que Barbie tenía espléndidos contactos en Bolivia. En aquel momento descubrió que eran aún mejores de lo que intuía.

Los dos militares los saludaron y preguntaron al señor Altmann si podía reunirse en privado con ellos. Barbie se levantó y los tres se alejaron. Los nervios de Heidemann se dispararon. Si le exponían, no tendría escapatoria. Allí, en la orilla idílica del Titicaca, estaba indefenso. Barbie tardó media hora en regresar. Se disculpó con él.

—Se planea un golpe —le anunció con desenfado—. Y necesitan mi ayuda —añadió henchido de orgullo.

Nikolaus Barbie nació en 1913 en el extrarradio de Bonn. Fue hijo ilegítimo de un profesor, nacido fuera del matrimonio en una época en la que eso significaba un defecto y una culpa que se cargaban de por vida. Su padre, traumatizado por la Primera Guerra Mundial y alcoholizado en la posguerra, era un hombre tiránico. Utilizaba un látigo para perros para imponer disciplina. Barbie creció entre el chasquido de los latigazos y el silencio de la absoluta indiferencia paterna. Desorientado y sin rumbo entre la violencia y la ausencia de amor. Nikolaus Barbie no existía. O no lo hacía para nadie más que para sí mismo.

De aquella infancia hablaría al final de su vida para confesar que había padecido un sufrimiento verdaderamente amargo. Lo que no contó nunca es cómo el niño marcado, asustado y azotado se convirtió en el hombre que atormentó a los demás.

De niño le enviaron a un internado católico y Barbie barajó el sacerdocio como opción de vida futura. Allí aprendió, también a golpes, lo que significaban la disciplina, la puntualidad y la sumisión. Fueron sus primeros valores. Pronto se convertirían en una nueva ideología.

En los años treinta, mientras la República de Weimar se desmoronaba, Barbie se hizo miembro de las Juventudes Hitlerianas y más tarde se unió al partido nacionalsocialista de Alemania (el NSDAP). El nacionalsocialismo le ofreció lo que la vida le había negado hasta entonces: una comunidad, una dirección y una meta. La humillación se transformó en dureza. El vacío, en obediencia.

Un jefe de grupo local le vio potencial, reconoció su celo y le recomendó que se trasladara a Berlín. Allí Barbie conoció a un hombre que cambiaría su vida: Reinhard Heydrich, jefe del Servicio de Seguridad de las SS, arquitecto del holocausto.

Como jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich y artífice de la solución final, Heydrich no fue un fanático ruidoso, sino un frío estratega que impulsó el régimen nazi con una eficacia cruel. Heydrich no era un funcionario más, sino un hombre de convicciones que, además de ejercer el poder, lo organizaba sistemáticamente. A él fue a quien Hermann Göring, uno de los hombres más poderosos de la dictadura, le encargó en julio de 1941 la organización de la que llamaron una solución integral a la cuestión judía en la esfera de influencia

alemana en Europa. Heydrich recibió así la autorización formal para coordinar la implementación de esta política. Actuó con tal determinación y sangre fría que a menudo fue considerado el verdadero jefe de las ss.

Misterioso, distante y cortés, pero despiadado, aún faltaban años para que Heydrich mostrara todo de lo que era capaz cuando Barbie lo conoció. Pero ya se quedó impresionado con él. También con la idea de ser parte del servicio secreto. Aquel fue el comienzo de su carrera en la sombra.

«Comportamiento personal: bueno, tenso; rendimiento: excelente» —dijeron de Barbie en 1940 en una evaluación como ss-Untersturmführer (suboficial de las ss).

La calificación era un elogio para alguien que estaba ya dispuesto a hacer lo que se le ordenara. Había pasado el examen.

En noviembre de 1942, el ya comandante Barbie fue nombrado jefe de la Gestapo en Lyon, una de las ciudades más importantes de la Francia ocupada porque era uno de los mayores focos de resistencia frente a la invasión. Aquel ascenso en su carrera coincidió con un momento crucial en la política de ocupación alemana: la Wehrmacht, las fuerzas armadas nazis, acababa de tomar, tras el desembarco aliado en el norte de África, el control militar del sur de Francia, hasta entonces formalmente desocupado.

Barbie llenó el vacío de poder con la frialdad y la determinación de un hombre que entendía su tarea no como una simple labor policial, sino como una lucha ideológica. Lyon, la capital de la Resistencia, se convirtió, según la lógica de Barbie, en una base de operaciones contra el enemigo interno: partisanos, judíos, comunistas, clérigos, intelectuales, mujeres y niños. En un entorno de creciente violencia, Barbie construyó una densa red de informantes y de centros de interrogatorios y tortura, e instaló su cuartel general en el hotel Terminus.

Ubicado justo enfrente de la estación de tren de Perrache, el Terminus era originalmente un venerable gran hotel de estilo *belle époque*, refugio para viajeros y hombres de negocios. Pero, con la llegada de la Gestapo de Barbie, se transformó en un oscuro centro de terror

con salas de interrogatorio y cámaras de tortura de silenciosa y brutal eficiencia. En aquellas habitaciones se organizó la persecución política, el desmantelamiento de la Resistencia y la caza de judíos. Barbie se convirtió allí en una leyenda, y fue apodado «el carnicero de Lyon». Su historial resulta escalofriante casi un siglo después: más de catorce mil detenciones, cuatro mil trescientas ejecuciones, incontables casos de tortura y deportaciones masivas de niños a campos de concentración. Para Barbie la violencia no era solo un medio. En ella halló también un fin: el placer.

Muchos años después de la guerra, Barbie contaría que él solo cumplía órdenes. Fue la excusa recurrente de la mayoría de los criminales nazis. La obediencia debida a los mandos superiores. La obligación, como soldados, de seguir cualquier orden sin cuestionarla porque hacerlo hubiera supuesto, además, una condena a muerte.

Pero Barbie no era un simple soldado que cumpliera órdenes. Aunque no figuraba entre los principales líderes del nazismo, porque era un mando medio del escalafón, fue un criminal con iniciativa que creó estructuras de represión. Era el comandante que, además de torturar brutalmente y de matar con sus propias manos, daba también las órdenes para que otros lo hicieran.

—Fue uno de los peores criminales del régimen nazi —nos dice el historiador francés Serge Klarsfeld, con quien nos reunimos en París.

Para él, lo que hacía tan peligroso a Barbie no era únicamente su lealtad inquebrantable a las ss y su fe en el Tercer Reich, sino, sobre todo, su capacidad para sentirse a gusto en cualquier sistema con tal de que le diera poder. Como en Lyon. Y Klarsfeld es un hombre que conoce bien el caso de Barbie. Sus vidas, de hecho, están entrelazadas.

Esa capacidad de Barbie le volvería a servir después de 1945, una vez terminada la guerra y caído Hitler y su imperio del terror. Aún humeaban las ruinas de Europa cuando Barbie se escabulló de la ley y comenzó una segunda vida. No en secreto. Pero sí donde aquellos viejos métodos volvieron a ser demandados: en el nuevo mundo de la Guerra Fría.

Cuando el Tercer Reich capituló, Barbie pasó a ser un criminal de guerra al que se buscaba. Y de hecho fue apresado. Lo detuvieron las tropas británicas. Pero la carrera del comandante enseguida

experimentó un nuevo punto álgido. En la primavera de 1948 logró escapar del encarcelamiento británico, una fuga tan extraña y grotesca que aún hoy suscita interrogantes.

Encarcelados en una carbonera perteneciente al servicio de inteligencia militar británico en Hamburgo, reformada con urgencia para ser usada como celda, Barbie y dos compañeros emplearon una barra de hierro para escapar. Mientras un guardia desprevenido tocaba la flauta, forzaron la cerradura de la puerta, se camuflaron con una manta y se prepararon para defenderse con una pala de carbón si eran descubiertos. La escena parece sacada de una mala película.

Tras lograr salir al exterior, y cuando se creían libres, o casi libres, se toparon con un guardia armado en la calle Rostock. El susto apenas duró un instante. El guardia se reveló como un exoficial de las ss. Tres semanas después, Barbie ya poseía documentos falsos bajo el nombre en clave de Spier.

La idea de que un prominente criminal nazi escapara de los servicios de inteligencia británicos resulta inverosímil. De hecho, hay indicios de que su fuga fue, al menos, tolerada, si no deliberadamente orquestada: la valiosa libreta de direcciones de Barbie, que contenía información detallada sobre la red de exnazis, se había convertido en moneda de cambio para los aliados, que esperaban que les proporcionara información más profunda sobre las estructuras clandestinas de la extrema derecha.

Aquel episodio marcó el inicio de la gran huida de Klaus Barbie, que le llevaría finalmente a Latinoamérica a través de la conocida como ruta de las ratas con el apoyo de agencias de inteligencia occidentales.

Los frentes habían cambiado. Los estadounidenses que habían acudido a Europa a derrotar a los nazis miraban ahora con preocupación una nueva amenaza: el comunismo. Y de repente alguien como Barbie, brutal, decidido y experimentado en la lucha contra la izquierda, ya no era un enemigo, sino una herramienta.

El Counter Intelligence Corps (cic), la agencia de inteligencia militar de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra

detectó desde el principio el potencial de Barbie. Conocía su pasado y sus métodos y los utilizó. En Baviera, Barbie colaboró con los espías estadounidenses en la infiltración en redes comunistas. Proporcionaba nombres, organizaba la vigilancia e informaba sobre las estructuras del partido y los sindicatos. El carnicero de Lyon se convirtió en el informador más fiable, como decían de él los expedientes internos de la agencia. Años más tarde, los oficiales superiores de Barbie en el CIC testificarían que el comandante nazi, mientras les prestaba sus servicios, había torturado a detenidos utilizando porras de goma durante los interrogatorios. Sus todavía no tan viejas habilidades volvían a ser solicitadas. No sería la última vez.

La CIA aún no era lo que pronto sería. Fundada en 1947 por orden del presidente Harry S. Truman, en aquel momento era solo un embrión. Tampoco la Guerra Fría había comenzado oficialmente, pero los parámetros del nuevo orden mundial comenzaban a establecerse. Un criterio, al menos, estaba ya fijado: cualquiera que trabajase contra Moscú era útil. Aunque proviniera de los sótanos más oscuros de la Gestapo.

Fue entonces cuando la prensa francesa empezó a informar de las atrocidades que Barbie había cometido. El carnicero de Lyon seguía libre. Y el Gobierno francés ordenó por primera vez su captura y extradición a Francia para juzgarlo por los crímenes de la ocupación. Pero los norteamericanos, sus aliados, ya no lo eran tanto, y tenían otros planes. La orden del cuartel general del CIC en Stuttgart fue rotunda: era momento de deshacerse de Barbie, pero sin entregárselo a los franceses. Sabía demasiado. Podía revelar los métodos encubiertos del CIC: un riesgo inasumible.

Bajo el nombre en clave de *ratlines*, las líneas o rutas de las ratas, el servicio secreto estadounidense operó una red que supuestamente rescataba agentes propios de la zona de ocupación soviética en Europa del Este, pero que sirvió en realidad como ruta de huida para centenares de criminales nazis. Entre ellos, Barbie.

Aquellas rutas, que terminaron conduciendo al carnicero de Lyon hasta Bolivia en 1951, no eran vías de escape improvisadas para espías en territorio minado, sino redes planeadas y dirigidas por miembros de

los servicios de inteligencia occidentales, principalmente el CIC estadounidense, en cooperación con círculos vaticanos y la Cruz Roja Internacional. Oficialmente, estos canales servían para poner a salvo a esos agentes o personas supuestamente en peligro en la zona de ocupación soviética. En la práctica, sin embargo, ofrecían a los nazis la salvación y una nueva vida, siempre y cuando resultaran útiles a los servicios de inteligencia occidentales. Hoy se calcula que unos nueve mil criminales de guerra y colaboradores suyos huyeron a Latinoamérica a través de estas rutas.

La ruta de Barbie lo llevó primero a Austria, custodiado por agentes estadounidenses, y después a Italia. Allí, en un hotel de Génova, esperó el siguiente traslado en el mismo edificio que otro destacado asesino en masa, Adolf Eichmann, registrado bajo el nombre de Ricardo Klement.

Eichmann había sido el responsable de la logística del horror nazi. Como jefe del Departamento Judío de la Oficina Central de Seguridad del Reich, organizó con una espeluznante eficiencia el transporte de millones de personas a los campos de exterminio como una cuestión administrativa más. Eichmann no fue el hombre que inventó la maquinaria industrial de exterminio del holocausto, pero sí uno de los responsables de su funcionamiento.

A través de la ruta de las ratas, Eichmann fue enviado a Argentina. Allí vivió hasta que en 1960 fue detenido por agentes del Mossad en una operación encubierta. Una vez trasladado a Israel, fue juzgado y condenado a muerte.

Barbie fue también enviado a Argentina. Viajó en barco desde Génova junto a su familia: su esposa Regine y sus dos hijos, aún niños, Ute y Klaus-Jörg. Los Barbie continuaron viaje después hasta Bolivia. Pero Barbie ya no era Barbie. Ahora era Klaus Altmann. De profesión, mecánico. Su pasado había desaparecido. Klaus Barbie ya no existía.

Los Yungas, la región de transición boliviana entre el altiplano y la cuenca amazónica, a pocas horas en coche de La Paz, es la gran promesa del refugio perfecto. Selva densa, aislamiento absoluto y clima de calor

sofocante y lluvias tropicales con inviernos tan fríos como húmedos. Los Yungas es el territorio donde alguien como Barbie podía ser invisible.

Allí, entre la vegetación tropical y las sencillas cabañas de madera, el exjefe de la Gestapo encontró una extraña paz y halló su nueva vida. Aquella región no solo le ofrecía seguridad física, también alivio psicológico. Era la antítesis de Lyon.

—Olvidé la guerra —confesaría muchos años más tarde, como si también para él Barbie y su pasado hubieran desparecido.

Los Yungas fue el alivio tras un largo e inquietante viaje. La estación final de su huida como Barbie. Pero también la de destino para su nueva vida como Altmann.

Barbie había llegado pocas semanas antes a La Paz. Elevada a casi cuatro mil metros de altura, la ciudad fue fundada en el siglo XVI por los colonizadores españoles como estación intermedia de la ruta comercial desde las minas de Potosí hasta las costas del hoy Perú.

La Paz es una ciudad dura, fría, tan diferente a cualquier lugar de Europa, con sus montañas rojas, sus casas de ladrillo visto, sus infinitas callejuelas, que resulta un paisaje incomprensible, como si se hubiera colonizado Marte de cualquier manera. Allí se instaló Barbie con su familia en un hotelucho con habitaciones que se alquilaban por horas. Más allá de una nueva identidad, Barbie apenas tenía dinero y ninguna perspectiva. Pero sabía buscarse la vida. Y enseguida volvió a hacer lo que se le daba mejor: establecer contactos.

Bolivia era un lugar ideal para las existencias en la sombra. Políticamente inestable, económicamente desangrado y, además, militarmente plagado de viejas simpatías por el fascismo. El terreno estaba preparado. Ernst Röhm, el fundador de las SA, había contribuido a moldear las estructuras del ejército boliviano. Entre 1928 y 1930, Röhm fue enviado a Bolivia por invitación del general alemán y ministro de Guerra boliviano Hans Kundt con el fin de entrenar al ejército de la nación andina para la inminente guerra contra Paraguay. Röhm llevó consigo tanto sus conocimientos tácticos como su disciplina autoritaria.

El conflicto, conocido como la Guerra del Chaco porque ambos países se disputaban parte del gran territorio del Chaco, se desarrolló entre 1932 y 1935. Finalizó sin vencedor ni vencido, al menos oficialmente, según el armisticio que puso fin a la contienda. Pero fue una derrota para Bolivia, que, incapaz de continuar luchando, perdió parte del territorio en disputa.

Pese al resultado final, la figura de Röhm dejó una profunda huella en el país. Su misión formaba parte de un compromiso alemán más amplio: en aquella época hasta el sesenta por ciento de los recursos económicos de Bolivia estaban en manos alemanas, y la influencia de sus asesores militares alcanzaba a los niveles de mando más altos.

Bolivia fue tanto un trampolín para la carrera de Röhm como un campo de pruebas para lo que luego se convertiría en una sangrienta realidad en Europa: la formación militar de un Estado bajo la bandera del orden, la disciplina y la violencia. Prueba de ello es que incorporaría su experiencia boliviana al desarrollo del brazo paramilitar del partido nazi: las SA.

Las tropas de asalto Sturmabteilung SA desempeñaron un papel central en el ascenso del nazismo en la década de los años veinte y principios de los treinta. Su función principal era intimidar a los oponentes políticos, desbaratar sus reuniones y demostrar poder en las calles. Bajo el liderazgo de Röhm, adquirieron una influencia creciente, sobre todo tras su regreso de Bolivia. Tanto que Hitler las desmanteló en 1934.

La noche del 30 de junio al 1 de julio, conocida como la noche de los cuchillos largos, Hitler ordenó acabar con los líderes que ostentaban demasiado poder y podían amenazar el suyo. Aquella noche, Röhm fue detenido. Hitler ordenó que le ofrecieran una pistola para que se suicidara y tuviera así lo que el Führer consideraba una muerte honrosa. Röhm la rechazó. Si Hitler quería eliminarlo, tendría que hacerlo él mismo. Dos guardias lo fusilaron en su celda.

De aquellas décadas previas de relaciones comerciales y militares había quedado en La Paz la próspera comunidad alemana que Barbie se encontró a su llegada. Y en ella Altmann halló a un hombre al que vio enseguida como su alma gemela, a un compañero de pasado oscuro como el suyo: Hans Ertl.

Ertl había sido el camarógrafo de Leni Riefenstahl, la cineasta que dio al Tercer Reich un poderío visual y propagandístico que sigue estudiándose hoy en las universidades de comunicación y cine de todo el mundo. La carrera cinematográfica de Ertl lo implicó profundamente en el sistema nazi. Tras la guerra, huyó a Bolivia y se instaló en Los Yungas, donde dirigía un aserradero llamado Llojeta. Ertl fue el impulsor de los primeros pasos de la nueva vida del señor Altmann.

—¿Te gustaría trabajar como jefe de un aserradero? —le preguntó.

Barbie dudó. No sabía nada del negocio de la madera. Pero la idea de tener ingresos regulares y de vivir en un lugar recóndito, sin preguntas ni pasado, le convenció. Aceptó.

El 22 de junio de 1951, Barbie partió en un camión de la compañía junto con un nuevo colega de trabajo, el director gerente Ross. Atravesaron juntos las peligrosas carreteras de montaña, incluido el paso de la Cumbre, a casi cinco mil metros de altura, hasta que por fin llegaron al bosque de caoba de Caranavi. Barbie empezó a trabajar allí el 23 de junio, fecha que más tarde describió como el comienzo de su nueva vida como emigrante. Era, como lo llamaría también, un viaje a lo desconocido.

Aquellas tierras de brumas reincidentes, territorio casi mágico y extremo, fueron el lugar en el que Barbie se convirtió en Altmann. De mecánico —según los papeles de recomendación que le habían dado los espías estadounidenses junto a su pasaporte falso— pasó a ser el jefe del aserradero.

Ya estaba allí instalado y trabajando el día que descubrió las cruces gamadas talladas en los troncos de dos centenares de árboles talados. Cuando preguntó por ellas, por supuesto evitando mostrar entusiasmo o simpatía, otro exiliado alemán le explicó que muchos trabajadores eran partidarios del movimiento nacional revolucionario boliviano que había simpatizado con Hitler. Barbie contuvo su satisfacción, pero siempre recordaría cómo le sorprendió volver a encontrar la esvástica en la selva boliviana años después de terminada la guerra.

Ertl no contrató a Barbie para realizar trabajos físicos, sino como administrador. Debía ocuparse de la organización y el control, funciones que había desempeñado ya en la Oficina Principal de Seguridad del Reich. Nunca fue el leñador que algunos mitos posteriores construyeron

de él, sino un gestor al servicio de los intereses económicos germanobolivianos.

El aserradero era relativamente moderno para los estándares del país, con una sierra automática accionada por un motor diésel como herramienta fundamental del negocio. Cerca de sesenta personas, la mayoría campesinos indígenas, vivían con sus familias en sencillas casas de madera alrededor del aserradero. Barbie creó allí un pequeño centro social en el que atendía personalmente a los heridos leves y participaba en las fiestas que se organizaban tocando el acordeón.

Pero la protección de Barbie en aquel paraíso sin pasado que había encontrado estaba amenazada. Ertl era solo el gerente del aserradero. El negocio pertenecía a cinco judíos alemanes, que en una de sus visitas descubrieron los troncos tallados y ordenaron que se eliminaran de inmediato las cruces. Barbie tembló. Pero Altmann respiró aliviado y sorprendido cuando nadie le preguntó por su pasado.

A mediados de los cincuenta, Barbie dejó el aserradero para instalarse en La Paz con su familia. Con el dinero del finiquito montó un pequeño negocio en un patio trasero. Al principio fabricaba cajas de madera para envasar conservas. Más tarde llamó a la empresa Maderera Alemana.

Pero no abandonó del todo Los Yungas. Barbie volvería poco más tarde, pero ahora como empresario. Con la experiencia que había adquirido, intentó fundar allí su propio aserradero. Aunque Barbie era su competencia contó con la ayuda de algunas familias de judíos emigrados al continente para los que había trabajado. Una de ellas era la de los Ragendorfer.

El pequeño Ricardo Ragendorfer jugaba a menudo en el aserradero. Allí no había muchas más diversiones. Al niño le gustaba adentrarse en el bosque con el tío Klaus, que le descubría los diferentes árboles y le enseñaba a identificarlos. Aquellos momentos idílicos serían más tarde para Ricardo el recuerdo cruel de una gran mentira. Una mentira que caracterizaría a Latinoamérica, donde, como Altmann le contaría décadas más tarde al periodista Heidemann, los nazis plantaban una semilla. Una semilla que crecía, paradójicamente, a la sombra. De ella dependía que brotara. La luz resultaba mortal.

El pequeño Ricardo, que había nacido en La Paz, tenía ya quince años y vivía en Buenos Aires, a donde se había trasladado con su familia, el día que abrió el periódico y soltó un grito. Cuando reaccionó, se lo llevó a sus padres y lo sostuvo ante ellos.

—¡Mirad! —les chilló— ¡Es él!

Sus padres lo miraban incrédulos. Aquel día se plantó otra semilla. La que germinaría convirtiendo a Ricardo Ragendorfer en un gran periodista de investigación que dedicaría su carrera a revelar las atrocidades de las dictaduras del continente, sobre todo de la argentina, y la conexión de los nazis con ellas. Aún lo hace.

En 1957 Altmann y su esposa consiguieron la nacionalidad boliviana.

«Declárense de derecho ciudadanos bolivianos nacionalizados a Klaus Altmann y sra. Regine Willms Altmann, concediéndoles el goce y ejercicio de todos los derechos civiles y políticos que la Constitución política del Estado, las leyes y demás disposiciones vigentes reconocen a los ciudadanos bolivianos por naturalización», dice el documento oficial que confirmaba su nueva vida, firmado por el presidente del país Hernán Siles Suazo.

Barbie no solo había dejado de existir, sino que Altmann ya era incluso boliviano. Un dato fundamental para borrar su pasado, pero que resultará clave también para entender su futuro.

Esta nueva etapa que se acababa de abrir sentó las bases de su nueva identidad en Bolivia. A partir de entonces Altmann empezó a moverse con libertad y a explotar sus contactos. En La Paz era don Klaus, así lo conocían. En la década de los sesenta empezó a asesorar a los cambiantes gobiernos militares. Les ofrecía su experiencia en materia de seguridad, ayudó a crear el aparato de inteligencia del ejército y participó en la formación de tropas especiales.

A lo largo de la década, Barbie pasó de ser un empresario discreto a un actor del complejo político-militar de seguridad de Bolivia. Su nueva empresa, La Estrella, una compañía de transporte y comercio, le sirvió como base económica y como fachada para sus actividades políticas y de inteligencia. En agosto de 1966 empezó, además, a trabajar en un

puesto que aunaba todos sus intereses, el de representante oficial de la empresa de comercio de armas de Alemania Occidental Merex en Bolivia. Mantenía así contacto directo con el Ministerio de Defensa boliviano al mismo tiempo que con exoficiales nazis que, como él, se habían fugado a Latinoamérica.

Su nueva posición le sirvió como puerta de acceso a los responsables políticos bolivianos y le permitió consolidarse, además de como traficante —o comerciante— de armas, como asesor en cuestiones de seguridad. Gracias a este cambio en su perfil, pudo desarrollar una de sus operaciones más llamativas, que también resultará crucial casi dos décadas más tarde.

Klaus Altmann se convirtió en accionista de la recién fundada Transmarítima Boliviana (TMB), una empresa naviera estatal-privada que tenía como objetivo restaurar el acceso de Bolivia al mar un siglo después de que la provincia costera que llevaba al país al océano se perdiera en la Guerra del Pacífico contra Chile. Barbie no actuaba como un simple inversor. Gracias a sus contactos, ejerció de director general, un puesto que le otorgaba influencia, reputación y, sobre todo, control sobre los flujos de caja de la empresa.

El viejo resentimiento contra Chile por la pérdida de las costas nunca ha dejado de latir en Bolivia, a pesar de que incluso la Corte Internacional de Justicia rechazó en 2018 la hasta entonces activa reclamación boliviana. En aquellos años sesenta, el presidente René Barrientos era consciente de la herida aún sangrante en la memoria colectiva, de modo que apeló al sentimiento nacional lanzando una campaña patriótica, la Cruzada del Mar, y llamando a la población a recolectar donaciones para crear una flota mercante boliviana. Bolivia no contaba ya con su acceso al mar, o no lo había recuperado todavía, pero eso no impediría que tuviera barcos mercantes con su bandera. Fue una iniciativa idealista, casi utópica. Mágicamente real, o absurdamente real. Pero el pueblo respondió.

Se recaudaron casi medio millón de dólares: una expresión de compromiso cívico sin precedentes en un país paupérrimo. La gente, profesores, comerciantes, estudiantes, familias, donó lo que pudo. La campaña resultó un gesto de fe en la soberanía nacional y una oportunidad de oro para un hombre que sabía cómo explotar esa fe.

Altmann se erigió como el experto que se necesitaba. Se presentó como un exingeniero marino y usó su seriedad y sus falsedades para ganarse la confianza de quienes tomaban las decisiones. Altmann prometió no solo un barco, sino una flota entera si le nombraban director gerente de la Transmarítima Boliviana, la naviera que surgió de la campaña.

Los ciudadanos bolivianos cuyos ahorros habían apoyado el proyecto no sabían que pronto se perdería todo. Altmann solo había suscrito el cinco por ciento de las acciones, unos cinco mil dólares. El resto lo financió con préstamos estatales y el capital de quienes creyeron en el proyecto.

En realidad, Altmann nunca tuvo la intención de comprar barcos. En un período de cinco años, la Transmarítima Boliviana fletó cuatro buques mercantes, ninguno de los cuales fue adquirido por la compañía. Altmann solo quería ganar dinero.

Los costos operativos se inflaron artificialmente, se manipuló la participación en las ganancias y no se cumplieron los pedidos de transporte. Incluso transportes legalmente garantizados, por ejemplo para la empresa minera estatal Comibol, fueron cancelados sin que jamás se fletara un barco.

La versión oficial culpó de los problemas a Perú, a cuyos puertos debían llegar los cargamentos. Pero, entre bambalinas, Altmann operaba al estilo de un magnate de la mafia. Como director de TMB, recibió pagos de fletes en dólares estadounidenses que oficialmente estaban destinados a cubrir las tarifas portuarias peruanas. En lugar de vender los dólares al Banco Nacional del Perú al tipo de cambio oficial, los cambió en el mercado negro y se embolsó la diferencia: eran ganancias libres de impuestos y de huellas.

Los pequeños inversores bolivianos, muchos de ellos de clase media y baja, se quedaron esperando. Mientras Altmann se enriquecía con el dinero del mercado negro, ellos veían cómo sus ahorros disminuían. En Bolivia se hablaba de un puerto fantasma, de una flota que nunca existió y de un hombre que sonreía pero no cumplía.

Un antiguo cómplice en estas transacciones acabó acusándolo de fraude, extorsión y delitos cambiarios. Según este hombre, los daños superaban los cien mil dólares.

Pero Altmann estaba ya tan bien conectado que se sentía casi invulnerable.

El contacto con el Servicio Federal de Inteligencia de Alemania Occidental (BND) fue un punto de inflexión decisivo en la vida de Klaus Barbie. Bajo el nombre en clave de Adler (águila), fue reclutado como fuente de inteligencia en mayo de 1966. Entre mayo y diciembre de aquel año, registrado oficialmente como activo con el número V-43118, estuvo en nómina del BND y recibió un total de cinco mil trescientos marcos alemanes. El BND afirmaría posteriormente que en aquel momento desconocía su verdadera identidad. Una justificación que, aún hoy, sigue siendo, cuanto menos, controvertida. Barbie no fue el único nazi colaborador del BND en aquella época.

Barbie debía proporcionar información sobre las actividades comunistas en Bolivia y sobre posibles suministros de armas a la región, en un momento en que Alemania Occidental estaba cada vez más interesada en ejercer su influencia en materia de política de seguridad en América Latina.

La iniciativa no provino del propio BND, sino de Altmann, que se ofreció a través de intermediarios. Los espías alemanes en La Paz hallaron así a un alemán con buenas conexiones con el ejército y los servicios de inteligencia bolivianos, y percibieron una oportunidad. En ese momento, Altmann ya trabajaba como representante de la empresa de armas Merex. En su círculo se sabía que poseía información detallada sobre las necesidades de armamento y los movimientos de tropas en la región andina. Un empleado del BND que operaba bajo el nombre en clave de Holm se reunió con Altmann en el marco de lo que denominó un viaje de investigación. Su objetivo real era reclutar fuentes. El nombre Adler apareció al poco tiempo en la nómina de la agencia.

La empresa Merex era, en realidad, una empresa tapadera del BND. A través de Merex se vendía material militar alemán, a menudo antiguas existencias de los depósitos de la Bundeswehr (el ejército alemán occidental), a dictaduras latinoamericanas. En ese escenario, Barbie no

solo era un intermediario, sino también un cómplice ideológico, ya que los Estados receptores, como Bolivia, eran anticomunistas.

Con los años, en el relato de aquella década de los sesenta, el nombre de Barbie ha aparecido incluso involucrado en la muerte del Che Guevara. Mientras el argentino intentaba replicar en Bolivia la revolución cubana con un escuadrón de guerrilleros, Barbie utilizó al parecer las habilidades de su época en la Gestapo para servir al bando contrario: el servicio secreto boliviano, apoyado por la CIA.

Barbie habría actuado como experto en información durante este período, proporcionando análisis, ayudando a establecer contrainteligencia y participando en la evaluación de los interrogatorios, incluyendo aquellos que involucraban a colaboradores de la guerrilla.

Se ha llegado a contar que la CIA recurrió a Barbie por su amplio conocimiento de la contraguerra guerrillera. No existen pruebas documentales que sustenten este relato. De hecho, los militares bolivianos que combatieron a la guerrilla del Che lo rechazan tajantemente, como desmienten también la teoría de que fue la CIA la que propició la caída del líder comunista. Ellos, y solo ellos, claman, fueron quienes derrotaron al Che. Pero en este tipo de historias los hechos reales, más todavía habiendo pasado tanto tiempo, y dada la distorsión que crean los relatos construidos, se confunden en una nube gris.

Una de las personas que contribuyó a agrandar la nebulosa fue el boliviano Álvaro de Castro, un amigo muy cercano de Barbie que ejerció como secretario particular suyo. De Castro, más joven que Barbie, viviría muchos años contando su historia personal con el nazi, concediendo entrevistas y cobrando por ellas quinientos dólares como tarifa estándar. En una de esas ocasiones reveló su versión de aquellos hechos.

Según él, Barbie habría conocido al mayor Ralph Shelton, el comandante de la unidad estadounidense que entrenó a los soldados bolivianos en la contraguerrilla, a quien aconsejó sobre cómo conducir la contrainsurgencia utilizando las habilidades que había adquirido en la Segunda Guerra Mundial. Shelton no había cumplido aún los cuarenta años, pero era ya un veterano de la guerra de Corea. De Castro añadía, además, que Barbie sentía poco respeto por el Che Guevara. Y no solo motivado por su fervor anticomunista.

—Ese pobre hombre no habría sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial. Era un aventurero patético, completamente diferente de la imagen que se tenía de él. Lo convirtieron en un mito, en una gran figura. Pero ¿qué logró realmente? Absolutamente nada —contaba De Castro que le había dicho su amigo Barbie el día que supuestamente se jactó de haber ideado la estrategia para asesinarlo.

Aquellos años, sin embargo, algo empezó a cambiar en paralelo. Pasada la posguerra y la primera década de Guerra Fría, establecido ya el nuevo orden, se intensificaron las investigaciones sobre el nazismo, impulsadas por Israel, Francia y Alemania. Barbie continuaba su vida sin amenazas. La red de contactos que había tejido en el país bajo la identidad de Altmann le daba un blindaje especial. Si sabían quién era realmente don Klaus, las autoridades bolivianas no mostraron nunca ningún interés en extraditarlo. Tampoco en revelar su pasado.

Pero el nombre de Barbie figuraba en la lista de los criminales nazis prófugos, y a principios de la década de los setenta se disparó su búsqueda internacional. Barbie era un eco del pasado difícil de ignorar. En Francia, los supervivientes de la Resistencia, liderados por el matrimonio entre Serge y Beate Klarsfeld, exigían justicia, impulsados por la certeza de que el carnicero de Lyon vivía tranquilo en Latinoamérica.

El Mossad, cuya acción una década antes supuso el fin de Eichmann, también mostró su interés en Barbie, aunque no llegó a fraguar una misión como la de Argentina para capturarlo. Francia solicitó una extradición oficial por vía diplomática, de la que Bolivia se desentendió, negándose sistemáticamente a cooperar. Al mismo tiempo, la fiscalía de Múnich abrió una investigación contra Barbie. Un acto que tendría consecuencias más simbólicas que legales. Los expedientes, algunos de los cuales fueron extraídos de archivos franceses, contenían relatos desgarradores de tortura y deportación. En marzo de 1972 el proceso se archivó discretamente con el argumento de que Barbie no estaba localizable, no había perspectivas de poder interrogarlo y un juicio sin el acusado no sería viable. Cuando la fiscalía de Múnich cerró su investigación, parecía que Barbie se había librado definitivamente de ser procesado. Su capítulo estaba cerrado. Para Beate Klarsfeld, en cambio, supuso el principio del suyo.

Serge y Beate Klarsfeld no eran una pareja de investigadores oficiales. Tampoco trabajaban para un Gobierno. Eran, y lo son aún, ya ancianos, un matrimonio con una moral inquebrantable y una valentía que raya la temeridad. Serge, rumano, es abogado e hijo de un judío deportado y asesinado en Auschwitz. Beate, alemana, es hija de un soldado de la Wehrmacht que a los veinte años decidió rebelarse contra el silencio de su generación. En los años sesenta, emprendieron juntos una extraordinaria búsqueda de criminales nazis ocultos.

Sus herramientas fueron expedientes, archivos, trabajo de relaciones públicas y, con frecuencia, una calculada ruptura de tabúes. En 1968, Beate abofeteó al canciller alemán Kurt Kiesinger para llamar la atención sobre su pasado nazi.

Serge y Beate viajaron a Latinoamérica, recopilaron pruebas y fotografiaron las casas donde vivían los antiguos asesinos. Presionaron incansablemente a los Gobiernos, publicaron nombres y desenmascararon redes. Entre esos nombres, el de Klaus Barbie, quien para ellos no solo era un criminal, sino también un símbolo de la incompetencia de la justicia después de la guerra.

—No podía aceptar que a ese hombre que enviaba a niños a la cámara de gas se le permitiera vivir sin ser molestado en un paraíso tropical —nos dice Beate Klarsfeld.

En el historial criminal de Barbie siguen figurando dos sucesos por encima del resto. Uno, la caída de Jean Moulin, el gran líder de la Resistencia francesa. Era cometido de Barbie y de sus hombres en Lyon desmantelar las redes de quienes se oponían a la ocupación alemana de Francia y desarrollaban esa guerra de guerrillas de la que tanto aprendió el comandante nazi. Para ello realizaron durante meses centenares de detenciones de todos aquellos que tuvieran cualquier conexión con la Resistencia, o sobre los que hubiera cualquier mínima sospecha de dicha conexión, aunque fuera falsa.

En junio de 1943 la represión salvaje se saldó con el mayor de los éxitos. La Gestapo había detenido a René Hardy, un líder opositor, y lo había interrogado y torturado, pero a continuación decidió liberarlo. En realidad, Hardy estaba siendo utilizado como cebo. Lo siguieron hasta una casa a las afueras de Lyon en la que se encontró con otros líderes antiocupación, entre ellos el premio gordo: Jean Moulin. Barbie

interrogó y torturó personalmente a Moulin antes de enviarlo a París, donde continuaron las torturas. Moulin moriría días más tarde en un tren camino de Berlín.

El otro hito de Barbie resulta aún más escalofriante. A Moulin se lo podía considerar un enemigo de una guerra sangrienta. En esta segunda hazaña de Barbie, no hay nada de eso. En abril de 1944 los soldados de la Gestapo detuvieron a los cuarenta y cuatro niños judíos y los siete educadores escondidos en el colegio internado católico de Iziezu y los deportaron a Auschwitz para morir en las cámaras de gas. Klaus Barbie dio la orden de hacerlo.

Beate reaccionó de inmediato cuando la justicia de Múnich decidió archivar el expediente de Barbie. Organizó protestas frente al edificio del tribunal junto a supervivientes de Auschwitz. No era casualidad que Klarsfeld se manifestara siempre con las víctimas. Su lucha no buscaba únicamente el castigo legal, sino reivindicar la memoria contra el olvido y contra la trivialización del holocausto que estaba teniendo lugar bajo los Gobiernos militares latinoamericanos.

Presionó tanto para que se reabriera el procedimiento que lo logró. El fiscal del caso le facilitó entonces un expediente que hasta entonces había permanecido bajo llave y que contenía la pista decisiva: Barbie llevaba dos décadas viviendo en Bolivia bajo el nombre de Klaus Altmann.

En enero de 1972, Klaus Barbie se marchó de Bolivia a Perú. En Lima, compró una villa con piscina y jardín por veintidós mil dólares y trabajó como director general de la naviera Transmarítima. No era un traslado, sino una fuga, y todo parece indicar que con el beneplácito del Gobierno boliviano. No se puso por escrito. Si se hizo, los documentos desaparecieron. En aquel momento habían comenzado las primeras reclamaciones judiciales y Barbie estaría más protegido en Perú.

La estancia de Barbie allí fue breve. Se le detectó, la prensa francesa informó sobre su paradero y Beate Klarsfeld emprendió viaje a Lima. Ya había llegado al país una orden de detención contra él, y esta fue ejecutada por la policía peruana el 28 de enero de 1972. La victoria duró un suspiro. Altmann poseía pasaporte diplomático, y el Gobierno boliviano, buenas relaciones con el peruano. De dictadura a dictadura: en Bolivia mandaba el general Hugo Banzer y en Perú su homólogo

Juan Velasco Alvarado, ambos autoproclamados presidentes tras un golpe de Estado.

Altmann fue liberado. Desde el Gobierno peruano le recomendaron que regresara a Bolivia. Allí disponía de mejores contactos y de la nacionalidad del país, que lo blindaría frente a una demanda de extradición.

Cuando Klarsfeld aterrizó en Lima, Barbie ya había huido de regreso a La Paz. Ella no se rindió. Desde Lima se embarcó en otro avión hacia la capital de Bolivia. La acompañaba Itta Halaunbrenner, cuyos hijos fueron deportados por Barbie en 1944. Pese a que el Gobierno del dictador Banzer les anunció que no había nada contra Altmann y las amenazó con que serían detenidas si hablaban con la prensa, las dos mujeres organizaron un encuentro con periodistas.

Un par de días después fueron aún más allá. Se dirigieron al paseo del Prado, la avenida más importante de la ciudad, y se encadenaron a un banco de un parquecito frente a la oficina de la Transmarítima con una pancarta que decía en español y letras rojas: Klaus Barbie, jefe de la Gestapo de Lyon, trabaja aquí.

Sus acciones saltaron a los titulares internacionales. Pocas horas después, Klarsfeld fue detenida por la policía boliviana, llevada al aeropuerto y expulsada del país. Pero ya había desencadenado una tormenta en forma de campaña de prensa, lo que obligó a Barbie a salir de su escondite.

Esta era la noticia con la que Ragendorfer se encontró en Buenos Aires y que corrió a mostrarles a sus padres. El tío Klaus, su gerente del aserradero, era el carnicero de Lyon.

El Gobierno francés inició entonces una solicitud oficial de extradición. Un asunto que hasta entonces había desaparecido de los tribunales europeos volvía de repente a la primera plana de la actualidad.

—¿Por qué le importan a esta mujer historias que ya han pasado? — se preguntaría Barbie años después.

Le resultaba incomprensible que Klarsfeld, además medio alemana, fuera contra él.

Pero ese, precisamente, era el punto fuerte de esta mujer: su convicción de que crímenes como los de Barbie no prescribían, ni jurídica, ni histórica, ni moralmente.

Dieter Hübner era amigo de Klaus Altmann. El día que Beate se encandenó al banco del Prado, dejó de serlo. La de Hübner es una vida de película. Nos la cuenta, superados ya los ochenta años, en un café de La Paz. Sus padres huyeron con él de Dresde a Bolivia en 1938, cuando comenzaron las persecuciones de los judíos. El desencadenante fueron los días 9 y 10 de noviembre, que han pasado a la historia como la Kristallnacht, noche de los cristales rotos, por las miles de ventanas de viviendas, negocios y sinagogas que se destrozaron por toda Alemania, Austria y los territorios ya anexionados por los alemanes en una campaña virulenta contra la población judía.

Relativamente acomodada, la familia Hübner cruzó los Andes desde Perú en un gran descapotable Horch. A Hübner le brillan los ojos mientras recuerda su historia. Aún más cuando la cuenta en alemán, su lengua materna.

Con los años, ya viviendo en La Paz, se convirtió en piloto de carreras. Fue uno de los mejores del país. Las carreras que disputó en la llamada carretera de la Muerte son legendarias. Hoy en día la carretera está cerrada al tráfico normal de automóviles y solo circulan por ella autobuses de excursión con tracción a las cuatro ruedas para ofrecer emociones fuertes a los turistas.

La carretera de la Muerte conectaba La Paz con Oruro cruzando Los Yungas a través de carriles estrechos trazados sobre desfiladeros en los que eran frecuentes los accidentes mortales. Cada vez que se cruzaban dos coches, si la pericia de los conductores no era mucha, se corría el riesgo de que el que reculara o se desplazara al borde para abrir hueco acabara despeñándose. Circular por allí era extremadamente peligroso. Correr, suicida.

En aquellas carreras, Hübner compitió en muchas ocasiones contra Walter Pachi Atala, quien más tarde se convertiría en uno de los traficantes de cocaína más importantes del país junto a su esposa Sonia Atala. Hübner no sabía que su colega llevaba aquella doble vida.

Pilotos como ellos eran ídolos en el país. Y un imán para las mujeres. Por eso, como nos cuenta Hübner, no le sorprendió que un día se le presentara una joven periodista argentina y le pidiera que la llevara como copiloto en una de sus carreras para vivirla desde dentro. La carrera se convirtió en un plan perfecto de fin de semana. La sorpresa

llegaría pocas semanas después, cuando el piloto fue detenido e interrogado. Le preguntaron si era un espía comunista y si apoyaba a la guerrilla comunista. Hübner no entendía nada. Él era piloto. Y judío. De comunista no tenía nada. Le creyeron, porque lo liberaron al final del día, y cuando lo hicieron le contaron que la argentina con la que había intimado no era periodista, sino Tamara Bunke, espía comunista y novia del Che Guevara.

Algo similar le sucedió con Barbie. Pero al contarlo el sabor del recuerdo no es dulce ni divertido.

Hübner había conocido a Altmann en los sesenta. Para él, era uno más de la comunidad alemana de La Paz. En una ocasión le había prestado dinero y Altmann se lo devolvió. Solían coincidir en el Club Alemán, un club privado que les permitía reunirse con los suyos, comer comida alemana, beber cerveza y recordar el país que habían dejado atrás o que no conocían, como les sucedía a los hijos de aquellos inmigrantes. Se trataba de un refugio. Y Altmann era uno más.

En el Club Alemán no se preguntaba a nadie por su pasado. Si alguien lo contaba, lo hacía porque quería. Y ni siquiera tenía por qué decir la verdad. Hübner compartió con Altmann muchas celebraciones y encuentros en el club. Normalmente, acompañados de otros amigos comunes. La suya nunca fue una amistad íntima. Pero, cuando Beate Klarsfeld llegó a La Paz, el impacto para Hübner resultó brutal. Barbie —así lo conocería desde entonces— había sido uno de los responsables de que su familia tuviera que dejar Alemania y de la matanza de millones de judíos como él. La revelación de Klarsfeld lo sacudió. Y más aún lo haría el desenlace de esta historia.

—A mí lo que me molestó fue el circo que organizó aquella mujer —nos dice Álvaro Riveros.

Riveros y Barbie se habían conocido tiempo atrás, primero por Ute, la hija de Altmann, de la que Riveros era amigo antes de entablar amistad con su padre. Riveros es un periodista y empresario boliviano que frecuentaba el Club de la Paz, el distinguido club social de la ciudad. Asistía de forma asidua a las tertulias de su café. Allí, entre sofás de cuero y mesas de caoba, se reunía la élite política y empresarial del país.

En aquellas interminables conversaciones se juntaban amigos y enemigos, políticos de bandos contrarios, críticos y afines. Cada uno con

su idea de qué era Bolivia y, por supuesto, con sus soluciones propias para arreglar el país.

Altmann era un amigo suyo de café. Así lo llama al recordar los encuentros que mantuvieron durante años. Acérrimo anticomunista —lo sigue siendo en la vejez— y antiguo asesor de inteligencia del dictador Banzer en los años setenta, a Riveros no le importó conocer la verdadera identidad de Altmann ni su pasado criminal. Para él lo peor del episodio fue lo que él define como el histrionismo de aquella mujer encadenada al banco. Altmann seguiría siendo Altmann. Su amigo Altmann. Un hombre serio, agradable y, sobre todo, con las mismas convicciones que él sobre lo que necesitaba Bolivia. El anticomunismo compartido estaba por encima de cualquier pasado.

Hübner, sin embargo, no volvió a hablar con Barbie. Lo que sí hizo fue encararse con él en varias ocasiones, cada vez que se encontraban en los salones del Club Alemán o en el café del Club de La Paz. Cuando eso ocurría, Barbie se acercaba a él ansioso, rogándole que le hablara. Le pedía que no creyera lo que habían dicho de él los medios de comunicación.

—Yo no tuve ningún papel en lo de los niños —le repetía aquellas veces.

Pero Hübner ya no lo escuchaba.

Un día coincidió con Barbie en otro café. Hübner no sabía que el viejo nazi estaba allí, sentado en la barra. Cuando entró, oyo que alguien decía: aquí huele a jabón. Era una mención al rumor de que los nazis habían fabricado jabón con la grasa de los judíos asesinados. El tipo que lo decía estaba aludiendo a Hübner, que apretó los dientes, se tragó la ira y siguió caminando. Según lo hacía, vio como Barbie agarraba al hombre, lo desmontaba de la banqueta en la que estaba sentado y lo arrastraba hasta la calle. Allí lo tumbó de un puñetazo y le dijo que, como volviera a repetir esa frase, lo mataría.

Hübner no hizo nada, ni un gesto, pero todavía hoy recuerda impresionado la desesperación del viejo nazi por recuperar su amistad. O por edificar una imagen diferente de la que trazaba su pasado.

La revelación de que Altmann era el carnicero de Lyon tuvo mucho impacto fuera de Bolivia, pero apenas dentro. Apareció en algunos periódicos. Que una extranjera se encadenara a un banco en el corazón de La Paz era una noticia imposible de ocultar, aunque los militares lo controlaran todo, pero el seguimiento fue muy limitado.

Del escándalo y de la identidad verdadera de don Klaus solo se enteraron en La Paz quienes leyeron esos días los periódicos, y pocos lo hacían en un país como Bolivia. Barbie dejó pronto de ser noticia. El Gobierno boliviano ya trabajaba contra la extradición.

Un documento oficial de los archivos del Ministerio del Interior boliviano, con fecha del 21 de febrero de 1972, analiza el caso y las diferentes alternativas. Todas muy reveladoras. Según este documento, el embajador francés había tanteado al Gobierno boliviano solicitando que entregara a Barbie. No había aún un proceso judicial de extradición, pero el Gobierno se preparaba ya para responder.

Si Altmann era Altmann, estaba protegido como ciudadano boliviano. Si Altmann era realmente Barbie, la nacionalidad boliviana se le podía retirar por el fraude cometido, pero en ese caso no debía ser extraditado a Francia por el riesgo que corría de ser asesinado y porque, además, habían sido supuestamente los aliados —de los que Francia formaba parte— quienes le habían dado su nueva identidad.

En cualquier caso, según el código penal boliviano, los crímenes ya habían prescrito, lo que anularía la posible extradición. Y aún se añadía un último escenario: que Francia invocara la Convención sobre la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra y de lesa humanidad aprobada por Naciones Unidas en 1966. En ese supuesto, y siempre según este documento, el Gobierno boliviano debería responder al francés alegando que Bolivia se abstuvo en aquella votación y que no la había transpuesto a su código penal.

Tiempo después llegó la solicitud de extradición oficial y el caso se prolongó aún unos meses más. Durante los mismos, Altmann llegó a ser detenido y encarcelado en la prisión de San Pedro, en La Paz, mientras la Corte Suprema de Bolivia resolvía el caso. Durante los meses que permaneció en la cárcel, dispuso de todo tipo de privilegios y comodidades, desde un régimen libre de visitas hasta facilidades para

continuar gestionando todos sus negocios. En San Pedro recibió a varios periodistas.

Uno de ellos era el francés Ladislas de Hoyos, que llevaba tiempo investigando a Barbie. El alemán le permitió incluso que lo fotografiara. En las imágenes se ve a Barbie relajado y sonriente, con pantalón oscuro y jersey gris de cuello vuelto, leyendo un libro en su celda. Otro de los reporteros que logró visitarlo fue el argentino Alfredo Serra. En aquel encuentro Altmann decía ser Altmann y el periodista le llamaba señor Altmann, pero hablaron de Barbie y de los crímenes de Barbie.

Altmann reconocía así su verdadera identidad, pero negaba los datos más crueles de su currículum. Él no había deportado a judíos y él no había tenido ninguna relación con campos de concentración ni cámaras de gas. Su misión había sido combatir las guerrillas (así llamaba a la Resistencia, en un claro paralelismo con la guerrilla comunista del Che) y, de hecho, Moulin había sido su mejor enemigo, el más difícil y el más digno.

Para Barbie lo sucedido con Klarsfeld era una vergüenza. Los que se hacían llamar cazadores de nazis, como ella y su marido, o como el judío ucraniano Simon Wiesenthal, artífice de la captura de Eichmann, solo buscaban enriquecerse. Barbie afirmaba que no tenía miedo de lo que pudiera suceder porque era un ciudadano boliviano.

No se equivocó. La Corte Suprema negó la extradición a Francia y Barbie, libre de nuevo, continuó siendo Altmann. Había esquivado la bala. Y aún esquivaría otra poco después.

«Sabemos dónde estás alojado. Estás vigilado día y noche. Si no eres extraditado rápidamente, tendremos tu piel vivo o muerto. En todo caso, tus días están contados. Mientras tanto, un pequeño consejo: trata de que se hable menos de ti. Pronto recibirás más novedades. Hasta pronto. Comité Jean Moulin».

Esta es la traducción literal de la carta escrita a mano, en francés, que Barbie recibió tras revelarse su identidad y su paradero. Barbie se sabía protegido en Bolivia, o al menos así lo creía, pero enseguida le asaltarían, seguro, como fotogramas de una secuencia, las imágenes de

Eichmann detenido en Argentina, enviado a Israel, juzgado, condenado y ahorcado. Barbie denunció la amenaza al Ministerio del Interior. La operación no se fraguó. Atentar contra Barbie era de alto riesgo para sus atacantes.

No se trataba de que Barbie se hubiera escondido. Desde que regresó de Los Yungas, no lo había vuelto a hacer. Vivía plenamente integrado en la sociedad boliviana, dejándose ver en el Club de La Paz cuando estaba en la ciudad, o en el centro de Cochabamba —en los años setenta se trasladó a esta localidad, más reducida y agradable que La Paz, a dos mil metros menos de altura— o de Santa Cruz, el corazón financiero del país. Pero Barbie estaba ya blindado. Si caía, no iba a ser por los esfuerzos de los Klarsfeld ni por un complot contra él.

—Rauff también se lo habrá confirmado, Sassen también se lo confirmará. Envejeceremos, por supuesto, Sassen envejecerá, Rudel envejecerá y Rauff envejecerá. Pero cada uno de nosotros ha dejado aquí una semilla —le anunció Barbie a Heidemann.

Era 1979 y habían pasado seis años de aquellos meses en los que Altmann volvió a ser Barbie y vivió amenazado. La tormenta se había disipado. Tanto que Barbie se sentía ahora más seguro. Durante estos años estrechó aún más su relación con los militares. Llegó a convertirse, de hecho, en un hombre esencial para ellos. La impunidad que disfrutaba desde el final de la guerra se había reforzado ahora con la nueva inmunidad estrenada tras la amenaza. Por eso cuando recibió a Heidemann, Barbie hablaba con tranquilidad, sin disimular ni ocultarse. Heidemann, creía él, era además uno de los suyos. Un simpatizante nazi que veneraba a las viejas glorias y que estaba en contacto con ellas.

Aquella frase de Barbie a Heidemann encerraba una realidad terrible. En ella se menciona a Sassen, el periodista Willem Wim Sassen, holandés que había apoyado la ocupación nazi de su país y que se había sumado a ella, y que vivió también fugado en Latinoamérica. Le hablaba de Rauff, de Walter Rauff, el infame creador de los furgones convertidos en cámaras de gas, que residía en Chile protegido por la dictadura de Pinochet, y a quien habían tratado también de extraditar,

sin suerte, una década antes que a Barbie. Y le mencionaba a Rudel, a la leyenda de la aviación de combate nazi Hans-Ulrich Rudel, también fugado al continente.

Solo tres referencias, pero Barbie podría haberle dado más nombres. Entre ellos, el de Josef Mengele, el siniestro doctor que mató a miles de judíos en Auswitch-Birkenau y experimentó con sus cuerpos. El ángel de la muerte del nazismo huyó a Argentina, donde vivió antes de trasladarse a Paraguay, obtener la ciudadanía paraguaya y, en 1960, tras caer Eichmann, mudarse definitivamente a Brasil. De dictadura en dictadura.

A Latinoamérica se habían fugado muchos nazis prominentes, pero también centenares de escalafones medios que mantuvieron el contacto entre ellos. Las palabras de Barbie no revelaban solo la impunidad con la que envejecían en aquellos países, también algo aún más inquietante.

—Cada uno de nosotros ha dejado aquí una semilla —le había dicho Barbie.

Una semilla. Se refería a esa semilla que germinaba a la sombra y crecía soterrada. La semilla del nazismo en Latinoamérica, cuidada por los jardineros de las dictaduras militares.

—Me alegro cuando me encuentro aquí con chicos alemanes que se han hecho nacionalistas alemanes. O si me encuentro con cualquier otro alemán que diga: hombre, Klaus, ¡tenías razón! Tu lucha no fue en vano —le confesaba Barbie a Heidemann.

Su voz en alemán suena firme y fría en las cintas de aquellos encuentros que el periodista conservaba en sus archivos.

—¿Sabe, señor Heidemann? Yo no creo en los seis millones de judíos gaseados. Pero le digo otra cosa: me arrepiento de cada judío que no he matado —anotó también el periodista en su libreta que le había dicho Barbie en una conversación sin grabadora.

Heidemann fue pasando informes de sus encuentros con Barbie al Mossad. Tuvieron que pasar cuatro décadas para que se revelara su trabajo encubierto.

—Barbie estaba orgulloso de todo lo que hacía... y yo lo estaba delatando —nos confiesa.

El periodista y Wolff, su enlace con sus excompañeros huidos a Latinoamérica, viajaban por el continente mientras los seguía un agente

del Mossad. El espía reportaba la información que obtenía gracias a Heidemann, quien tenía el nombre en clave de Zalosa para la agencia.

En noviembre de 1979, en Hamburgo, el propio Heidemann facilitó un informe al servicio secreto israelí sobre los movimientos y situación de Rauff y Barbie, con quienes Wolff lo había conectado. Con esos datos, el Mossad preparó una operación. La bautizó operación Acero Inoxidable. El objetivo: liquidar en menos de veinticuatro horas a Rauff en Santiago y a Barbie en Bolivia. Nueve agentes la desarrollarían en marzo de 1980. Pero en esta ocasión fue la suerte la que se puso del lado de los nazis.

Rauff no se separaba nunca de Rex, su pastor alemán. Esta raza de perros era un símbolo del nazismo. No solo representaban sus ideales ideológicos en la propaganda. También combatieron en la guerra y fueron los perros entrenados que vigilaban a los presos en los campos de concentración. Blondi, la perra de Hitler, es el más famoso de todos los pastores alemanes. Con ella se encerró en su búnker y con ella murió el 30 de abril de 1945. La perra, mediante una píldora de cianuro, pocas horas antes de que el Führer se descerrajara un tiro en la cabeza.

El de Rauff era un macho furioso que ladraba a todo aquel que se acercaba a la casa. Cuando dos agentes se disponían a asaltar a Rauff en su vivienda, Rex dio los ladridos de alerta. Los agentes desistieron de una acción que quedó finalmente suspendida. Rauff moriría libre e impune al año siguiente a los setenta y ocho años.

La segunda parte del plan, contra Barbie, se canceló. Él nunca supo lo cerca que estuvo de caer. La historia de Bolivia, de hecho, podría haber sido diferente si lo hubieran eliminado. Aquellos primeros meses de 1980 la semilla plantada por Klaus Barbie había florecido ya y empezaba a dar frutos.

2. El rey de la coca

Dos de los trabajadores del rancho salieron a cazar y Roberto, un niño aún, de ojos rasgados y pelo azabache, se fue con ellos. Su abuela quería cocinar un guiso de armadillo y había ordenado a los hombres que le llevaran uno. El armadillo, cuya caza está hoy prohibida, era un animal habitual en los platos del Beni, en el oriente boliviano, donde el país se convierte en Amazonía. Allí vivía Roberto desde que tenía un año, cuando murió su madre y lo enviaron a criarse con su abuela materna Manuela, que gestionaba junto a su marido Roberto Gómez las haciendas agrícolas y ganaderas de la familia.

El Beni era jungla, sabana y humedales, tierra de nadie, territorio apenas accesible, hábitat no solo de armadillos, también de jaguares, pumas, anacondas (sicuris, como allí las llamaban), caimanes, monos, cerdos salvajes y cientos de especies de aves. Un espacio indómito famoso en el país por las leyendas de sus bellas mujeres y sus valientes vaqueros.

Allí, en Santa Ana de Yacuma, pueblo de haciendas ganaderas, había nacido Roberto Suárez Gómez un 8 de enero de 1932, en temporada de lluvias, lo cual vería años más tarde como un guiño del destino que le estaba marcado. Las lluvias, contaban también las leyendas del Beni, forjan grandes ilusiones en el espíritu. Roberto creció entre el rancho de San Juan, el corazón del negocio de su familia materna, a un lado del río Yacuma, y la hacienda de San Bartolo, en la otra orilla.

Siguió a los dos hombres en busca del armadillo. No era el primero que cazaban. Sabían que para hacerlo debían primero hallar la madriguera donde vive. Cuando localizaron una, Mariano, uno de los

dos hombres, metió la mano y medio brazo en su interior. Trataría de agarrar al mamífero para sacarlo.

Los extrajo inmediatamente. Colgada de su mano, aferrada por la boca a uno de sus dedos, arrastraba una víbora. Se había equivocado. No era el escondite de un armadillo, sino de la serpiente. En cuanto la vio, Rodolfo, el otro hombre, mató a la víbora. Mariano se acercó a un árbol, extendió su mano sobre el tronco y de un machetazo se cortó el dedo mordido. Los tres regresaron a la hacienda a paso rápido. Durante el camino, todavía en *shock*, Roberto observaba caminar al hombre con la mano colgando sin quejarse. De regreso a la casa, le dieron un antídoto contra el veneno y le cauterizaron la herida con café molido. Se había salvado.

A la mañana siguiente, Roberto fue en busca de Mariano. Quería saber cómo estaba. El hombre le dijo que se encontraba bien. Con la amputación había evitado que se propagara demasiado el veneno, de modo que le diera tiempo para regresar a por el antídoto. Le anunció que más tarde volvería a buscar su dedo para enterrarlo. Roberto lo acompañó.

Allí estaba, al pie del árbol, donde había caído la víspera. Mariano se agachó para recoger el pedazo de carne amoratada cuando un peto chuturubí, un avispón oscuro y agresivo habitual también de la fauna del Beni, le picó detrás de la oreja derecha. Soltó un manotazo tras sentir el aguijonazo y mató al insecto. Días más tarde fue él quien murió por la picadura.

En su madurez, cuando ya había pasado todo, o casi todo, cuando la vejez acechaba y tenía más pasado que futuro, Roberto Suárez contrató a un periodista para que le ayudara a escribir su autobiografía. El libro nunca vería la luz. Suárez lo tituló *¡Siempre rey!* Por si no resultaba suficientemente elocuente, le añadió como subtítulo: *Una leyenda viva*. En el libro, de más de cuatrocientas páginas, Suárez miraba al pasado. Sobre todo, al pasado más lejano, al de su niñez en el Beni, a su infancia en la selva, a la época en la que creció en esa vida salvaje, rodeado de criaturas bellas, libres y bravas.

El niño Roberto se veía como una más de aquellas criaturas. Pasaba el día con los peones del rancho, trabajando con el ganado y en el

campo, absorbiendo todo lo que sabían. A los nueve años se sentía ya un hombre. No había alcanzado aún la adolescencia cuando ya navegaba con su piragua entre caimanes, los cazaba con arpón o había contemplado cómo las pirañas devoraban a un hombre que intentaba cruzar a nado un río. Incluso había matado a un tigre, que no era un tigre, sino un jaguar, pero en el Beni a los jaguares los llamaban tigres.

Aquel día su abuela le anunció que haría escabeche de perdiz y él se ofreció a cazarlas. Era ya un excelente tirador. La misión resultaría sencilla. De camino a la zona de caza se topó con un grupo de hombres que trabajaban en las plataneras, cortando las que ya habían dado frutos y limpiando el terreno. Tenía tiempo, era temprano aún para que asomaran las perdices, así que los anduvo ayudando. Después fue a por los pájaros. Al cabo de un rato había abatido ya tres. De regreso a la casa volvió a avistar algunas aves y se detuvo a cazarlas. Eso estaba haciendo, tenía una perdiz en el punto de mira, cuando escuchó un crujido tras él. Se quedó paralizado. Todos aquellos hombres con los que crecía y de quienes aprendía le habían enseñado ya que hay que escuchar siempre a la naturaleza, que unas matas que crujen no son unas matas que crujen. Roberto, arrodillado en el suelo, se giró rápidamente y disparó. Allí estaba el felino. Soltó el arma y echó a correr, buscando a los hombres de las plataneras.

—¡He matado a un tigre! —chillaba.

Ni siquiera sabía si le había alcanzado. Cuando llegó donde estaban los trabajadores, estos lo miraron curiosos. Alguno se reía del muchacho. Pero lo conocían, y lo vieron tan asustado, las piernas temblando, las manos agitándose sobre su cabeza, el sudor frío, que decidieron acompañarlo hacia donde señalaba con el dedo. Cuando llegaron al punto que Roberto les dijo, estaba allí su escopeta en el suelo junto a tres perdices muertas. También un rastro de sangre. Los hombres siguieron las huellas rojas hasta encontrar al jaguar, malherido. Roberto le había alcanzado en un ojo. Los hombres lo remataron de dos tiros. El chico había matado a un *tigre*. Si no hubiera oído el crujir, si no se hubiera girado sin pensarlo, si no hubiera disparado sin saber a dónde ni a qué lo hacía, el *tigre* lo hubiera matado a él.

En el Beni, Roberto creció viendo que la muerte era natural e inevitable. De aquellos animales aprendió que lo importante era sobrevivir.

Los Suárez tenían posición y nombre en Santa Cruz, el corazón económico de Bolivia. Eran nobles, o fueron nobles, descendientes del conquistador español Lorenzo Suárez de Figueroa, que fue gobernador de la provincia de Santa Cruz en el siglo xvi, cuando Bolivia no era Bolivia, sino el Virreinato del Perú con el que la Corona española acababa de bautizar a aquel pedazo del mapa del nuevo mundo que se había apropiado.

El Beni ya era tierra fértil para las leyendas cuando llegaron allí los Suárez a mediados del siglo xix. Siempre lo fue. De allí había brotado el cuento centenario del gran Paititi, el jefe de tribu que embadurnaba su cuerpo con polvo de oro y que había regido una ciudad construida de oro. Contaba la leyenda que el gran Paititi había terminado convertido en estatua y la ciudad oculta en el fondo de un lago. Los codiciosos colonizadores españoles la buscaron durante años. Fue una de las narraciones de El Dorado. Jamás la encontraron.

En el Beni se había contado también el mito del Jichi, dios con cuerpo de serpiente gigante guardián de las aguas. O el del Pat-Pat, tirano líder tribal que depredaba a todas las mujeres con que le obsequiaban, que tenía hambre humana, hambre de comerse, literalmente, a los hombres, y que había terminado devorando a su hijo y después a sí mismo, pedazo a pedazo, nervio a nervio.

En esa tierra virgen de fauna salvaje, de selva y de mitología transmitida con fe y temor de siglos, los Suárez se convirtieron en leyenda. Pero la suya no tuvo nada de mito.

Pedro, el mayor, fue el primero de los ocho hermanos Suárez Callaú que se trasladó al Beni. Puso la primera piedra de lo que sería la Casa Suárez. Lo hizo con el comercio de la quina, que se utilizaba entonces —lo haría durante mucho tiempo— para paliar la malaria y el paludismo. El negocio iba tan bien que mandó a sus hermanos que se trasladaran allí. Pero fue Nicolás, el menor de ellos, quien cambiaría todo.

El negocio de la quina se quedaba pequeño, así que los Suárez empezaron también a comerciar con el caucho. En el mundo lo llamaban goma. En el Beni, madera que llora. Nicolás no había cumplido los treinta cuando lideró una expedición cuyo fin era adentrarse en las tierras inhóspitas del Beni, territorio aún de tribus aisladas y poco atentas con las visitas, para encontrar nuevos y mejores suministros de caucho. No solo halló lo que buscaba. Mejor aún: diseñó un sistema fluvial para llegar desde allí hasta el río Madeira, principal afluente del Amazonas, y desde este, el sueño de Bolivia, al Pacífico y al mundo. Ya poseían la materia prima. Ahora también la ruta para comerciarla. Los Suárez comenzaron entonces a exportar el caucho a Estados Unidos y Europa. Tanto que se convirtieron en los principales exportadores del mundo, y el joven Nicolás en el rey de la goma.

La leyenda, sin embargo, no se fraguó exclusivamente por el negocio. También porque con su fortuna financiaron la guerra del Acre, una contienda bélica territorial entre Brasil y Bolivia a comienzos del siglo xx. El Acre era una región selvática que Bolivia y Perú se habían disputado ya y que se habían quedado los bolivianos. Pero allí apenas vivían bolivianos, ni llegaba el Estado, y se había ido poblando de colonos brasileños que cruzaban la frontera huyendo de una sequía atroz en sus hogares. En la selva no existen las líneas de los mapas.

Llegaron tantos brasileños que Brasil consideró que sería mejor que aquellas tierras, ricas en caucho, plata y oro, fueran directamente suyas. A los nuevos países latinoamericanos apenas les habían salido los dientes cuando ya se los mostraban desafiantes unos a otros. Incluso se lanzaban mordiscos. Como aquel.

La guerra iba a más. Ya no solo estaba en disputa el Acre. También las regiones limítrofes. Además de dar los fondos al Estado para sufragar la guerra, el propio Nicolás formó y comandó un ejército, la Columna Porvenir, que derrotó y expulsó a los invasores brasileños en la batalla de Bahía, en lo que es hoy el departamento boliviano de Pando. Si Nicolás no hubiera vencido, este territorio habría sido anexionado por Brasil, como lo fue el Acre. Esta victoria es aún hoy motivo de orgullo para los bolivianos. Prácticamente la única que ha logrado su ejército desde la independencia.

Los Suárez, por supuesto, no defendían exclusivamente su país. También luchaban por su imperio y por su monopolio del caucho. Pero aquel triunfo frente al invasor y la conquista de los mercados internacionales, bautizados ya los hermanos como los Rockefeller de la Goma, los hizo leyenda en el oriente boliviano. Aún lo son.

Roberto Suárez tenía ocho años cuando murió don Nicolás, hermano de su bisabuelo, a los ochenta y nueve años. Pasó con él mucho tiempo de los primeros años de su vida, cada vez que visitaba a la familia de su padre. El anciano, incluso, lo había salvado en una ocasión, cuando la canoa en la que ambos navegaban chocó contra una piedra, volcó y Roberto se hundía sin saber nadar. Encaramado a la roca contra la que se habían golpeado, el hombre lo agarró por el cabello y lo subió para arriba.

—No te podía dejar morir, sos mi estampa viva —contaba orgulloso que le había dicho el patriarca de la familia mientras esperaban abrazados sobre la roca a que fueran a rescatarlos.

La nueva generación de los Suárez, sus descendientes, de los que Roberto provenía, no se había quedado en el caucho. La fiebre de la goma se prolongó hasta entrada la segunda década del siglo xx y entonces decayó por la irrupción del caucho sintético. Los Suárez buscaron un nuevo negocio, como ya habían hecho anteriormente, y se dedicaron al ganado. Fue el abuelo de Roberto, Nicomedes, quien decidió apostar por ello, pero el hombre clave resultó su único hijo, Nicomedes también, el padre de Roberto, que estudiaba en Londres cuando le ordenaron regresar a Bolivia para asumir las riendas de la familia porque su padre estaba enfermo. A aquel negocio ya próspero le aplicó las nuevas ideas para la cría y la exportación que había aprendido en Europa. Y Nicomedes Suárez se convirtió en el rey del ganado.

Cuando Roberto Suárez Gómez nació ya había dos reyes en su árbol genealógico, la prueba de que se podía reinar desde Bolivia y crear un monopolio mundial. Y había también un puñado de héroes, los Suárez que se fueron al Beni y sus hijos, que defendieron su nación frente a los

brasileños, que financiaron, combatieron y ganaron una guerra para proteger los coincidentes intereses de la familia y del país.

Cuando se hizo adulto, Suárez ya poseía un pequeño imperio que gestionar, el del ganado. También su familia materna se había dedicado a él. Con su abuela y con aquellos peones con los que creció, aprendió no solo a dirigirlo, sino también a trabajarlo. Desde niño tuvo fama de buen mozo. Era fuerte y valiente para faenar. Aunque su familia fuese la dueña del negocio, conocía todas las labores y todo sobre la cría.

Además de un consumado vaquero, Suárez era un experto piloto. Al Beni no se llegaba por carretera. Apenas las había, y las que existían eran de tierra o, con las lluvias, de fango. El Beni era otro mundo, y a ese mundo se entraba, o se salía de él, en avioneta.

Como empresario, Suárez había continuado desarrollando y ampliando las rutas de exportación de su ganado a Brasil, su principal cliente. Aquellas rutas comerciales no le dieron solo conocimientos geográficos. El poder económico, como ya sabían los Suárez, suponía también contactos políticos. Y eso significaba poder.

Suárez encontró el contrapunto que le faltaba cuando se casó con Ayda Levy. A partir de entonces, ella no fue únicamente su esposa y la madre de sus cuatro hijos, Roby, Heidy, Gary y Harold. También se convirtió en su socia en los negocios familiares. Y en la pesa que equilibraba la balanza. De su madre cuenta su hijo Gary que era una administradora excelente. Ella se encargaba de todos los números como no lo hacía ni podía hacerlo su marido, que estaba en la gestión diaria, visitando las propias fincas y las de los ganaderos cuyas reses también exportaba, o buscando nuevos clientes en Brasil y desarrollando rutas comerciales para el negocio.

Suárez era derrochador, aunque sin gustos de millonario. El mejor coche era el que lo trasladaba adonde necesitaba. No tenía caprichos, ni le interesaban. La ropa se la escogía su mujer a diario, cuando él le preguntaba, ¿ya está mi ropa, negra?, y se reía después cuando alguien ensalzaba lo elegante que iba, su estilo, porque sabía que no era mérito suyo sino de su esposa. Disfrutaba igual la comida sencilla que le ofrecía la familia de uno de sus capataces que el mejor de los restaurantes, pero si estaba fuera, en Nueva York o en París, escogía siempre el mejor y

más caro de los locales, al contrario que su esposa, que prefería ir a un sitio bueno pero sin excesos.

Ambos criaron a sus hijos como privilegiados en un país muy pobre. La familia se trasladó a Cochabamba y los chicos acudieron a los mejores colegios y más tarde se fueron a estudiar a Estados Unidos. Pero esos privilegios no se vivían en el día a día. De hecho, cada vez que viajaban al Beni y a las fincas familiares, su padre les enseñaba todo sobre el negocio familiar. Y todo empezaba por saber hacer las faenas que desempeñaban quienes trabajaban para ellos. Suárez solía recordarles que, para dar órdenes a un hombre, primero se debe saber cómo hacer su trabajo y ser capaz de ejecutarlo mejor que nadie. De esa forma, los trabajadores respetarán al patrón. Lo sentirán, incluso sin serlo, porque es el dueño, como uno de los suyos. Si el patrón ha estado moviendo reses, vacunándolas, separándolas para el apareamiento, alimentándolas, asistiendo a partos, apartando a las enfermas, echando el lazo con ellos, con mejor puntería incluso, por mucho dinero que tenga, por mucho que sea quien da las órdenes, será otro vaquero, un hombre que despierta al amanecer y se deja las manos en las fincas.

Los cuatro hijos de Suárez y Levy, pero sobre todo Roby y Gary, los chicos mayores, crecieron en esa mezcla de mundos, entre los privilegios del dinero, de la vida ordenada y privilegiada en Cochabamba, y el trabajo duro del campo cuando iban al Beni. Su padre había crecido en la mezcla de esos mismos mundos, en su caso el de la civilización y la selva, entre lo ordenado y lo salvaje, cuando el Beni era un territorio aún más virgen y aislado del que conocieron sus hijos.

De los cuatro, Roby, el mayor, era quien mejor representaba la Casa Suárez, el espíritu de su padre. En él vio Suárez enseguida a su heredero natural. Tenía su valentía pero también cabeza. Conocía el campo pero había estudiado. Desde que era pequeño se vio reflejado en su hijo, como se había visto don Nicolás en él décadas antes.

Los tiempos habían cambiado. Sus hijos no cazaban caimanes a arponazos ni fueron atacados por un jaguar, pero con trece años Roby pilotó por primera solo una avioneta. Su padre lo observaba orgulloso en tierra junto a su madre, que a punto estuvo de desmayarse del susto cuando supo que era su hijo quien iba a aterrizar y que no lo acompañaba nadie. Durante mucho tiempo le recriminó a su marido

que hubiera puesto en peligro a su hijo para nada. Una reprimenda que ahora suena premonitoria...

Con cada visita al Beni, sus hijos descubrían también la devoción que la gente profesaba a su padre. Cada vez que tenían vacaciones viajaban allí y recorrían con él las haciendas propias y las ajenas, descubriendo y aprendiendo cómo funcionaba el negocio. Siempre que aterrizaban en una de ellas con su padre, los estaban esperando en la pista el dueño o el capataz y sus trabajadores, y Suárez saludaba a todos por su nombre con cariño. Se acordaba incluso del nombre de sus hijos y preguntaba por ellos a las esposas, que normalmente acudían también a recibirlos con refrescos o café. Así en decenas de fincas.

También en los pueblos sucedía. Llegaba a las poblaciones grandes y los vecinos iban a su encuentro para saludarle y pedirle algún favor. Él escuchaba, que si la cosecha ha ido mal, que si se rompieron las herramientas, que si un hijo necesita un trabajo o dinero para la educación, y los socorría. Ahí han quedado algunas fotografías de Suárez en el Beni, al pie de su avioneta, rodeado de sus vecinos aclamándolo como un ídolo.

Aunque los Suárez apenas visitan ya el Beni ni quedan casi personas vivas que realmente lo conocieron, allí todavía les hablan a sus hijos de su padre como el hombre que siempre sonreía y los ayudaba.

Suárez poseía otro rasgo muy marcado en su carácter: quería ser el mejor en todo lo que hacía: pilotando aviones, cabalgando, laceando el ganado o peleando. Necesitaba sobresalir. Como aspiraba a ser también el mayor conquistador con las mujeres. Porque todos sabían que cuando estaba con Levy solo la atendía a ella, pero si ella viajaba a Cochabamba para estar con los chicos o él se desplazaba a otra zona, cortejaba a todas las mujeres que le gustaban. Su esposa lo sabía y callaba. Ni siquiera su familia intenta retocar hoy esta parte de su perfil.

—Cuando ella no estaba, mi padre era un peligro —reconoce su hijo Gary.

Sus padres depositaron en Gary Suárez grandes esperanzas, enviándolo desde muy joven a estudiar a California. Debía formarse para ser el futuro de la Casa Suárez.

Hoy, Gary ya no es aquel joven heredero, sino un hombre que supera los sesenta años, con los ojos rasgados de su padre, que se ha

consolidado como empresario inmobiliario y ganadero en Bolivia. Aunque la historia de su padre aún pesa sobre el apellido Suárez, Gary habla con seguridad, contando los detalles del nuevo negocio en el que su padre entraba en aquella época. Tiene la misión, nos confiesa, de contar su historia, la de su familia, con sus luces y sus muchas sombras. También su madre quiso contarla. Lo hizo en un libro de memorias que tituló *Mi vida con el rey de la cocaína* y que él la ayudó a escribir. Narrar su historia le permite a Gary hoy, además, reivindicar a su madre, que se opuso al narcotráfico, y su sufrimiento.

En los años setenta en Bolivia, la hoja de coca tenía tanto pasado como presente. La cocaína, no. Tampoco en el mundo. Con la cocaína prácticamente todo era pasado. La cocaína había sido sintetizada a mediados del siglo XIX en un laboratorio de la Universidad de Goslar, del reino de Hannover, por el químico Albert Niemann. La química orgánica vivía su gran auge, su primera gran revolución, y la cocaína fue uno de los resultados de los avances que se consiguieron. Aquellos científicos demostraban que también en los laboratorios se podían replicar procesos de la naturaleza, como la extracción de los componentes de algunas plantas para la fabricación de químicos.

Desde entonces la cocaína fue legal durante décadas. Las industrias emergentes de la farmacia y la química la expandieron. Estaba en la fórmula de múltiples medicamentos, elixires y bebidas. Hasta en la receta original de la Coca Cola, que la sustituiría por cafeína, otro producto de laboratorio, cuando la cocaína comenzó a ser mal vista. A principios del siglo XX se popularizó también esnifarla. La consumían en la alta sociedad, personas célebres como Sigmund Freud, que además la recomendaba a sus amigos, o personajes como Sherlock Holmes, que se la inyectaba para pensar mejor. Hasta que en los años veinte se prohibió y prácticamente desapareció.

Fue en aquellos años setenta cuando el mundo volvió a descubrirla. O a descubrirla con más furor aún del que ya había causado. Primero, Estados Unidos. Sobre todo, Hollywood y Wall Street. En Wall Street la coca era ritmo, la droga perfecta para la compulsión de la apuesta, del

riesgo y del dinero. Del frenesí de la bolsa, del no dormir, de la adrenalina de ganar. En Hollywood el efecto era el mismo, pero disfrazado de creación. Los setenta eran la década en la que había irrumpido una manada de nuevos directores, jóvenes, melenudos, ególatras, enemigos del *establishment*, dispuestos a revolucionarlo todo.

Los directores de cine no habían tenido tanto peso hasta entonces. Eran una parte más del engranaje de los estudios. Muchos de ellos ni siquiera supervisaban el montaje de las películas. Ahora iban a ser los nuevos reyes de Hollywood. Fue la década de Martin Scorsese, de Francis Ford Coppola, de Steven Spielberg, de William Friedklin, de George Lucas... Pero fue, sobre todo, la década de la cocaína. Llegó y lo inundó todo. Estaba en los guiones, literalmente, dentro y sobre el papel, en las fiestas, en los rodajes.

Los estudios empezaron a introducir cláusulas en los contratos para que los actores no se drogaran y a contratar seguros para cuando lo hacían y se tenían que parar los rodajes porque no podían trabajar o ni siquiera aparecían por el set. Fue esa época en la que, como afirmó años más tarde Marcia Lucas —exesposa de George Lucas y montadora—, empezaron siendo artistas y acabaron vendiendo *merchandising*.

De los polvos blancos de aquellos setenta llegó a comienzos de los ochenta, entre otras, la película *Scarface*, dirigida por Brian de Palma. Su guion lo escribió Oliver Stone mientras se desenganchaba de la coca que había consumido compulsivamente durante tres años.

La hoja de coca no vivió esa historia de auge, desaparición y redescubrimiento. La hoja de coca, como sabía Roberto Suárez, como escribiría muchos años más tarde en esa biografía que nunca se publicó, estaba ahí antes de que comenzara la historia. Seguía donde siempre había estado, donde llevaba milenios creciendo y siglos consumiéndose: en Bolivia y en Perú.

Era la hoja de coca que se cultivaba para mascarla como se hacía ancestralmente. La hoja sagrada milenaria cuyos efectos más atractivos conocieron los colonizadores españoles desde que llegaron a las tierras del hoy Perú. Fuente no solo del estimulante y analgésico de la cocaína, sino también de vitaminas, hierro, potasio o fósforo. De ella escribieron hablando de su importancia entre los indígenas, de la veneración que

estos le profesaban y de su uso ritual en ceremonias. Cuando la mascaban, los nativos no padecían sed, hambre ni cansancio. Para aquellos españoles resultó la aliada perfecta. Con ella podían explotarlos aún más en los campos y en las minas.

La hoja de coca crece mayoritariamente en dos zonas en Bolivia: en Los Yungas y en el Chapare, en la provincia de Cochabamba, en el centro del territorio boliviano. En el Chapare es donde se encontraba en los años setenta y ochenta y donde sigue hoy la mayor producción de plantas. Ambas son igual de buenas para mascarlas o infusionarlas, las dos maneras en las que continúan consumiéndolas miles de bolivianos que las compran legalmente en bolsas en las tiendas y en puestecitos de la carretera por apenas un euro. Pero la del Chapare es mejor para sintetizar cocaína, porque el microclima selvático de la región favorece un mayor contenido del alcaloide de la cocaína y, por tanto, que rinda más en la fabricación. Del Chapare han salido siempre las plantas y la pasta base de la coca, primero, y el clorhidrato, la cocaína ya refinada, después, que ha llegado durante décadas a Estados Unidos y Europa.

Fue en esa época de finales de los setenta cuando en algunos sectores de Bolivia, sobre todo en la zona de Cochabamba y Santa Cruz, empezó a correr el rumor de que había en el país un narcotraficante que dominaba el negocio. Era la primera vez que sucedía. Se hablaba de él como de un rey, pero nadie le ponía nombre.

Todos los grandes descubrimientos, todas las hazañas y todas las grandes empresas, sean legales o ilegales, comienzan con una idea. En este caso, con una observación, con un pensamiento.

—Si la coca está aquí, por algo será, ¿no?

Esto cuenta Gary Suárez que pensó su padre. Dice que llevaba dentro un político. Uno genuino. Uno con un idealismo enorme que le bullía en el interior porque creía que Bolivia merecía días mejores.

Bolivia había sido siempre un país productor. Principalmente, de minerales, de la plata y el estaño que vendía internacionalmente. Pero durante los años setenta los precios cayeron. Sobre todo los del estaño, después de que Estados Unidos sacase a la venta las reservas que

acumulaba desde la Segunda Guerra Mundial. La economía boliviana, ya maltrecha, la economía de un país, además, inestable políticamente, acusó el golpe. Fue en ese momento cuando Roberto Suárez vio el potencial de la coca. Su país era entonces el segundo mayor productor después de Perú. Disponía de una riqueza natural que ningún otro tenía. Era un recurso estratégico. ¿Por qué no explotarla?

En aquella época muchos bolivianos consumían coca. No la hoja mascada, también pasta base, fumada, sobre todo. Resultaba fácil y barato conseguirla y muchos se enganchaban a ella. La pasta, el sulfato de cocaína, es el proceso intermedio en la fabricación de cocaína. Se hacía junto a las plantaciones. De más de cien kilos de hojas, maceradas durante horas en combustible para que liberen sus sustancias, y mezclado después el líquido obtenido con otros ingredientes, los llamados precursores, desde ácido sulfúrico a éter o sosa cáustica, salía un kilo de pasta.

Roberto Suárez vio las dos caras del fenómeno. La de la coca como recurso renovable, como fuente de riqueza para su país tras el desplome del estaño, y la de la coca como causa de conflicto social para las clases más desfavorecidas. Por eso entró en el negocio. Eso es lo que sigue contando hoy, más de cuarenta años después, su familia. La idea del Robin Hood que él mismo dibujó para sí mismo en vida. La justificación de que se metió en la cocaína no por hacerse rico, o aún más rico, porque ya lo era, sino por enriquecer a Bolivia.

Controlando el negocio mediante el monopolio de la producción, subirían los precios, lo cual evitaría que los bolivianos accedieran a ella. La cocaína se convertiría así en un producto exclusivo para las élites norteamericanas y europeas que la quisieran consumir y la pudieran pagar. Si eso daba problemas, ya no serían para Bolivia, sino para Estados Unidos, el Reino Unido o España, para los países donde se consumiera.

—Que ellos se preocupen, que ellos eduquen a su gente, que ellos cierren sus fronteras —solía repetirles Suárez a sus hijos para justificar que hubiera pasado de ser ganadero a narcotraficante.

Para Suárez la coca era un regalo de los dioses y la cocaína un vicio creado por el hombre. Pero uno muy caro. Uno por el que las élites en Estados Unidos y Europa pagaban mucho dinero. El que aspiraba ahora

a embolsarse. Y lo tenía todo a su favor. Sabía cómo lograrlo. Lo conseguía ya con el negocio del ganado. Primero con la mercancía. Tenía sus propias reses, pero comerciaba también con las de otros ganaderos. Unidos conseguían mayor fuerza para negociar con los clientes brasileños y obtener mejores precios. También disponía del conocimiento sobre rutas comerciales. Poco cambiaba transportar carne que pasta base. Incluso disponía de la logística para comenzar, desde los trabajadores a las avionetas con las que operaba también en su negocio legal. Lo único que cambiarían serían los clientes y la mercancía. Suárez tampoco cambiaría. Su ambición era la misma que había tenido desde niño en la selva del Beni. Había ido a más en su juventud, y era ya motivo de orgullo en su madurez: quería ser el mejor en todo lo que hiciese. Ahora sería también el mejor narcotraficante.

El negocio dejaría, además, grandes ingresos al Estado boliviano, que explotaría el recurso natural de la coca como se explotaba la plata, el estaño o el gas, o como otros países explotan el oro o el petróleo. Los ingresos que el país necesitaba para recuperar la economía, para poder invertir en la sociedad y alcanzar, por fin, esos días mejores que Suárez soñaba para Bolivia y que no llegaban ni se veían en el horizonte.

A FINALES de los setenta lo que asomaba en Bolivia era la democracia. Había caído la larga dictadura del general Hugo Banzer y en julio de 1979 se habían celebrado elecciones. El país, sin embargo, estaba en un *impasse* porque no se había podido formar Gobierno. Los partidos no se entendían, pasaban los meses y todo apuntaba a una repetición electoral. La economía, mientras tanto, seguía tan mal como siempre. O peor aún, debido a la incertidumbre añadida y la tensión política.

A primeros de octubre de 1979 Suárez y Levy viajaron a La Paz. Él tenía varias citas de negocios y su esposa lo acompañó. Una de ellas era con el coronel Alberto Natusch Busch, beniano, como él, y en aquel momento uno de los hombres más fuertes del escalafón militar. El coronel invitó a la pareja a una cena que se celebraba aquella misma noche en el Círculo de Oficiales del Ejército.

En la mesa que presidía el militar, además de Suárez y Levy, estaban otros empresarios de La Paz y un señor alemán que se sentó al lado de Levy. Era Klaus Altmann. La conversación iba y venía al mismo tema, el único entonces: la situación del país. Todos estaban preocupados por la inestabilidad y la economía. A ninguno le gustaba lo que estaba sucediendo tras las elecciones. Suárez incidía, además, en la inseguridad en el país, porque la delincuencia se había disparado tras la caída de la dictadura.

Según fue avanzando la velada y las conversaciones se circunscribieron a los comensales contiguos, Levy empezó a contarle al señor alemán que ella siempre había querido ir a estudiar a su país. Había hecho planes incluso para marcharse a Hamburgo a estudiar ciencias políticas en 1958. Tenía su plaza asegurada en la universidad y la garantía de un trabajo, que también le habían conseguido unos amigos de su padre, como secretaria en el consulado boliviano de la ciudad.

Pero, como tantas veces sucede, la vida se abrió camino entre los planes, conoció a Roberto Suárez y, en lugar de marcharse a Alemania, escogió quedarse en Bolivia y casarse con él. Altmann no conocía a Levy. Aquella era la primera vez que se veían. Aquella, de hecho, según contaría la propia Levy muchos años después en su libro de memorias, pudo ser la primera vez que Suárez tuvo contacto con Altmann. Al menos que ella supiera. El alemán le respondió muy seguro que no debía arrepentirse.

—Estoy seguro de que casarse con Roberto ha sido la mejor decisión que ha tomado en la vida —le dijo.

Sus palabras aliviaron a Levy en ese momento en el que el pasado que nunca sucedió se le revolvió dentro. Pero la seguridad con la que ese hombre las pronunció le dejó también una sensación extraña. Estaba sorprendida de que alguien a quien no conocía le hablara de aquella manera.

De regreso a Cochabamba, Suárez anunció a su esposa que celebrarían una cena en casa y le pidió que preparara las recetas que había heredado de su madre en las que mezclaba la cocina española con la criolla de la región. Los invitados serían el matrimonio Altmann.

Días más tarde, Klaus Altmann y su mujer, Regine, llegaron a casa de los Suárez en Cochabamba. En los primeros compases de la noche, esos en los que todo son formalidades, frases hechas, preguntarse por la familia, hablar del clima, saber quién es cada uno, a Levy le pareció que Regine era una señora elegante y encantadora.

Durante la cena hablaban, sobre todo, los hombres. Suárez le contaba a Altmann, como lo había hecho ya en la cena de La Paz, que le inquietaba el ascenso de la delincuencia. La causa —decía— era el aumento del narcotráfico. El precio de la droga estaba tan bajo, debido al exceso de oferta, que hasta los niños la compraban. Altmann escuchaba a Suárez. Coincidía con él.

—Ustedes los bolivianos no están preparados para vivir en democracia. Necesitan un Gobierno con mano dura, como los de los países vecinos —le dijo.

A mitad de la cena, Levy se desentendió de la conversación de su marido y comenzó a hablar con su invitada. Mientras conversaba con ella, no dejaba de pensar en algo que le había llamado la atención desde que llegaron: Regine hablaba español con acento francés. Aquello la removía por dentro. Tanto que no podía ocultarlo.

La mujer se percató de ello y le preguntó si le sucedía algo. Levy le respondió contándole su historia familiar. Le explicó que su padre, judío, había nacido en Haifa a finales del siglo XIX, pero que había emigrado a Marruecos y después a Francia, donde vivía ya también parte de su familia. El padre de Levy se marchó a Latinoamérica en la década de 1910, pero su familia se quedó en Lyon y allí vivían cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y los nazis ocuparon el país. Su tía Sarah fue arrestada a comienzos de 1944 y desapareció junto a su marido y sus hijos, acusada de ayudar a distribuir un periódico clandestino de la Resistencia, en la que militaba uno de sus sobrinos.

A medida que le contaba la historia de su familia, Levy vio cómo cambiaba el gesto de Regine. Ya no era la señora amable que había llegado un rato antes. Ahora estaba rígida y fría. Apenas hablaron el resto de la cena.

En cuanto se marcharon, Levy se lo contó todo a Suárez: el acento francés de una señora alemana hablando español, cómo se había ido

transformando según le mencionó a su familia, el silencio incómodo con el que se habían tomado el postre...

—Mi sexto sentido me dice que no son quienes dicen ser —concluyó.

Él, lejos de comprenderla, respondió airado. Estaba enfadado con su esposa. Se burló de su intuición y le dijo que se equivocaba. La señora podía ser rara y fría, como todos los alemanes, pero su marido, le anunció, disponía de excelentes contactos con los Gobiernos de otros países del continente que le podrían beneficiar en el futuro. Y ahí se quedó la conversación.

Suárez hizo caso omiso del olfato de su esposa. Sabía que no se equivocaba, pero no se lo dijo. Al contario. En enero celebró su cumpleaños y uno de los invitados fue Altmann.

En los tres meses transcurridos desde la cena en la que Levy conoció a Altmann en La Paz, habían sucedido muchas cosas. Y no solo su encuentro con la señora Altmann.

El 1 de noviembre, Día de Todos los Santos, el coronel Natusch Busch, el anfitrión de la cena en La Paz, había encabezado un golpe de Estado para derrocar al presidente interino del país. Su dictadura duró solo quince días, pero proporcionalmente resultó la más cruenta de la historia boliviana. La reacción al golpe en las calles fue masiva. Las fuerzas políticas y los sindicatos movilizaron a los suyos contra el alzamiento. Natusch Busch ordenó reprimir las protestas y sacó los tanques y a sus soldados armados a las calles. En los dos primeros días, la represión provocó doscientos muertos y desaparecidos y un número aún mayor de heridos. Pero la resistencia continuó.

El coronel no contaba con apoyo para seguir como caudillo, ni siquiera entre sus partidarios. Durante el tiempo que duró el acuartelamiento, Altmann visitó a Suárez en su casa de Santa Cruz en dos ocasiones. En ambas, Suárez, según contaría también Levy años después, le transmitió al alemán, para que este llevara el mensaje a La Paz, que ni él ni los empresarios cruceños apoyaban al militar y que le exigían su rendición. Después de dos semanas encerrado en el palacio presidencial, borracho y ordenando ejecuciones, el dictador renunció al cargo. Fue el golpe de Estado número cincuenta y cuatro en la historia

del país. La sociedad había detenido la bala, o la había esquivado. El proceso democrático continuaría. O no...

Suárez celebró su cuarenta y ocho cumpleaños con una gran cena en Los Tajibos, el hotel más famoso y selecto de Santa Cruz. Los Tajibos era, y sigue siendo, un oasis tropical en la ciudad, con piscina ovalada, restaurantes con terrazas, palmeras y bungalós blancos. Allí se reunía la alta sociedad cruceña. En sus salones se celebraban las bodas, los bautizos, las comuniones o las fiestas de quince con las que las chicas se presentan en sociedad y sus familias derrochan y se exhiben como si de otra boda se tratara. Todo aquel que era alguien en Santa Cruz estaba en Los Tajibos. Quien quería aparentarlo, también.

Durante la cena, los invitados volvieron a hablar de la situación del país. Era el tema recurrente en las conversaciones. El único tras la dictadura fallida de Natusch Busch. La matanza que había dirigido estaba demasiado presente.

Altmann comentó entonces que había estado recorriendo el país durante las últimas semanas para medir el clima político, y que fruto de su trabajo de campo, tras reunirse con empresarios, militares y líderes civiles de la derecha, había concluido que todos veían bien que un Gobierno militar asumiera el poder y cercenara el que veían como un fallido y peligroso proceso democrático que desembocaría tarde o temprano en un Gobierno de izquierdas. El resto de los asistentes le dieron la razón.

Estaba terminando la cena cuando Altmann preguntó a Suárez si podían hablar en privado. Levy miró aquella solicitud con malos ojos: estaban celebrando el cumpleaños de su marido. Pero Suárez se levantó de la mesa, disculpándose con el resto, y penetró junto al alemán en la oscuridad de los jardines del hotel. Regresaron de nuevo a la mesa y Suárez se disculpó de nuevo.

—Perdón por mi ausencia. Estaba tratando asuntos de Estado —dijo sonriendo.

A la mañana siguiente, cuando ella le preguntó por la conversación, Suárez le contó que Altmann le había transmitido una invitación del coronel Luis Arce Gómez, primo lejano suyo, aunque tenían poco contacto, para reunirse con él y con el general Luis García Meza.

Días después viajó a La Paz para el encuentro. Los militares le desvelaron entonces sus planes. Querían dar un golpe de Estado, uno exitoso, no como el de Natusch Busch, uno que enderezara el país y frenara el avance del comunismo, que es lo que traería la democracia. Le reclamaban su apoyo. No solamente su apoyo. Le pedían dinero. Mucho dinero.

Habían calculado que el golpe les costaría cinco millones de dólares y querían que Suárez los reuniera. Frenar el comunismo no era una cuestión exclusivamente ideológica, también lo era económica. Los líderes que tramaban la operación necesitaban pagar a muchos compañeros del escalafón y a los mandos medios de los cuarteles estratégicos del país para garantizarse su respaldo. Eran cinco millones para comprar conciencias. Roberto Suárez aceptó. Él tenía también sus propios planes y para realizarlos necesitaba a los militares en el poder.

La invitación para la reunión en La Paz no fue lo único que Altmann llevó a la cena de Los Tajibos. El alemán se presentó en el hotel con un pastor alemán como presente de cumpleaños para Suárez. Un ejemplar grande y bello que llamó enseguida la atención de todos los invitados. El perro, al que bautizaron como Lobo en la familia, estaba perfectamente adiestrado. Pero en alemán... Altmann lo había criado para sí mismo antes de decidir que se lo regalaría a Suárez. Junto al perro entregó también a la familia un papel con todas las acciones, siéntate, túmbate, ven, salta, escritas en alemán, para que continuaran hablando al perro en el idioma que obedecía.

Aquel pastor alemán estuvo una temporada en la casa de los Suárez en Santa Cruz, hasta que decidieron llevarlo al Beni. Ni la familia ni los empleados hicieron demasiado caso al listado de palabras. Le daban órdenes en español que no obedecía. Y cuando lo intentaban en alemán, siguiendo las instrucciones de Altmann, la pronunciación era tan mala que el perro tampoco se enteraba. Acabaron hablando al perro en los dos idiomas, mezclados, equivocados, y nunca volvió a obedecer.

Cuando le regaló aquel perro, Altmann conocía ya la pasión de Suárez por los animales. Sobre todo por las especies más bellas y salvajes, como eran aquellas con las que había crecido en el Beni. Pero también sabía que Lobo era más que un ejemplar majestuoso. Poseía una connotación mayor. Hasta simbólica. Un perro es el guardián de

una casa y un amigo fiel. En el imaginario universal, el más leal de todos los animales. Y aquel era, además, para reforzar el simbolismo, un pastor alemán.

El perro no era un regalo, sino una declaración de intenciones. Altmann se erigía entonces en el jefe de la seguridad de Roberto Suárez. Y Lobo se convertía así en el primer pastor alemán que le entregaba. Los siguientes tendrían un aspecto totalmente diferente. Nadie los hubiera elogiado en una fiesta de cumpleaños. A nadie, tampoco, le habría gustado cruzarse con ellos en Los Tajibos. Ni en ningún otro lugar.

3. Los Novios de la Muerte

El polvo de Santa Cruz se pegaba a las botas y flotaba en el aire el olor a sudor frío. Era 1979. En el calor tropical de las tierras bajas bolivianas, los pájaros volaban en círculos sobre los campos cosechados, mientras que en uno de los cafés de la todavía pequeña ciudad se escuchaban voces alemanas, ásperas y arrastradas. Allí, al fondo de un callejón en cuya entrada faenaban los cambistas de divisas, en los aledaños de la céntrica plaza 24 de Septiembre, con palmeras y edificios coloniales, solían departir dos hombres fugados de Europa. Uno era Klaus Barbie. El otro, Joachim Fiebelkorn, un joven salvaje que buscaba fortuna, violencia y fama. Y no necesariamente en ese orden.

Ambos se conocieron en aquel patio trasero de la historia que eran en ese momento Bolivia y Santa Cruz. Fue allí donde Fiebelkorn salió a la luz, o más bien emergió de la sombra. Fiebelkorn era un hombre aferrado a la historia, a la peor, y la convertía en arma. Barbie ya era una institución en Bolivia. Como representante de la empresa armamentística Merex y como asesor del ejército y enlace con el servicio de seguridad. Nadie lo había nombrado, pero todos sabían quién era. El hombre gris del rincón poseía más poder en un maletín que todo un comandante de batallón. Ya no era un soldado, sino un estratega.

Fiebelkorn era diferente. Gritón. Agresivo. Llevaba documentación falsa y medallas nazis en los bolsillos. No tenía nada de estratega; era un luchador, un vagabundo con una mirada que contenía más odio que cálculo. Pero poseía lo que Barbie iba a utilizar a su favor: juventud, ira y, sobre todo, hombres. Hombres dispuestos a obedecer.

Fiebelkorn se describiría a sí mismo muchos años más tarde como un joven aventurero. Probablemente hubiera preferido verse en los

libros de historia de la derecha como la víctima de un sistema obsoleto. En cambio, se convirtió en la mejor representación de un mercenario sin escrúpulos, aventurero, excéntrico y de ideas políticas desfasadas.

Nacido en 1947 en Leipzig, en la Alemania Oriental, moldeado por la miseria de la posguerra y las estructuras autoritarias, huyó a Alemania Occidental y posteriormente buscó fortuna en el submundo de Fráncfort como proxeneta, contrabandista de armas y activista de la extrema derecha.

Tras formarse como mecánico de carrocerías en Fráncfort del Meno, se trasladó al norte de África en 1969. Allí se unió a la Legión Española, que entonces aún estaba estacionada en el Sáhara español. Eran los últimos años de colonización y la región se debatía entre la política y la guerra de guerrillas. La disciplina de la Legión lo marcó profundamente. La experiencia le dejó tanta huella que acabaría incluso bautizando a su propia unidad mercenaria en Santa Cruz con el nombre del himno de los legionarios: los Novios de la Muerte.

«Soy un novio de la muerte que va a unirse en lazo fuerte con tal leal compañera», dice el macabro estribillo del himno.

Lo que otros interpretarían como una declaración política —servir en una unidad de élite fascista en la dictadura de Francisco Franco—, él lo presentaría casi como un malentendido juvenil, como un viaje romántico. Sin embargo, aquella decisión de unirse a la Legión en el Sáhara todavía español fue otro eslabón más en una trayectoria de orden, armas y uniformes.

Sus años de juventud son hoy un mosaico de disciplina militar y jerarquía, nacionalismo retrógrado y una insaciable sed de aventura. La izquierda y el comunismo, de cuyo seno había salido en la Alemania soviética, eran el enemigo. El orden debía estar por encima de la ley y la autoridad sobre la democracia. Fiebelkorn era un neonazi, un cachorro de la posguerra que creía en el esplendor y poder de un Tercer Reich extinto cuando él nació.

Fiebelkorn llegó a Santa Cruz en 1978. La ciudad ya era conocida entonces por ser la sede de la industria del narcotráfico de Bolivia. En su equipaje, su colección de armas, un uniforme de las SS y medallas y banderas con esvásticas. Oficialmente, llegó a Bolivia para rehacer su

vida. Venía de Paraguay, de donde había salido por la puerta de atrás. Buscaba un nuevo comienzo.

Fiebelkorn fue el otro pastor alemán con el que Barbie obsequió a Suárez. Pero este traía su propia manada.

Cuando Roberto Suárez entró en el negocio de la cocaína, su mayor problema no era que fuese ilegal y lo que eso implicaba, sino cómo funcionaba entonces. El narcotráfico estaba desorganizado en grupúsculos en los que ya intervenían desde empresarios a militares o policías corruptos. Pero quienes mandaban realmente eran los narcotraficantes colombianos, que —como llegó a decir Suárez— compraban la pasta base a precio de gallina muerta. Pagaban cuatrocientos dólares por kilo, según explicaría el traficante en su libro de memorias inédito. Y eso cuando pagaban. Más violentos, organizados y armados que los bolivianos, eran frecuentes los incidentes en los que los colombianos robaban la mercancía o se negaban a pagar los precios previamente acordados. Si quería tener éxito como narcotraficante, Suárez tenía que contrarrestar primero a los clientes colombianos. También intentaría buscar nuevos clientes para no depender de ellos.

Todo esto se lo debió de contar Suárez a Altmann. No hay pruebas documentales, y Suárez tampoco lo confesaría. Pero fue Altmann quien le ofreció un cuerpo de seguridad para él, para su familia y para su negocio. No estaba integrado por bolivianos, con los que Suárez ya trabajaba, sino por mercenarios extranjeros a los que Altmann conocía. Un escuadrón capaz de contrarrestar la amenaza que los colombianos suponían para el negocio. Militares o con conocimientos militares, violentos, dispuestos a cumplir cualquier orden y, por supuesto, sin escrúpulos.

Quien sí lo contó fue Fiebelkorn, muy pocos años después, en un juicio en Fráncfort en el que se lo juzgó por los episodios que comenzaron entonces. Según su testimonio, se le ordenó crear una fuerza de protección para Suárez, preferiblemente compuesta por extranjeros, que era lo novedoso. La inclusión de varios compatriotas alemanes le dio, según su punto de vista, aún más prestigio al grupo.

La banda estaba compuesta en parte por mercenarios, veteranos de la policía y exmilitares. Entre la docena de hombres que la integraban figuraban mercenarios y extremistas bolivianos y latinoamericanos, pero sobresalían sus camaradas más cercanos: Manfred Kuhlmann, Rolf Grob, Hans Stellfeld y Herbert Kopplin. Stellfeld y Kopplin eran los mayores de todos, ambos veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Stellfeld había pertenecido, con menor rango que Barbie, a la Gestapo. Kopplin fue soldado de las Waffen-SS, las tropas de combate de las SS, y luchó muy joven en la etapa final de la contienda en el frente ruso. Kopplin había servido ya junto a Fiebelkorn en el Sáhara español. Una fotografía en blanco y negro lo muestra en 1967 como soldado raso de la Legión Española en Sidi Buya. Posa bronceado, sonriente, con el fusil en ristre, mientras jura en el Cuerpo de Voluntarios Don Juan de Austria en El Aaiún. Aquellos hombres llevaron a Bolivia su experiencia en combate e interrogatorios y su bagaje en Europa como criminales.

El núcleo ideológico de los Novios era el internacionalismo neofascista. El grupo estaba estrechamente vinculado a la sección boliviana de la Unión Mundial de Nacionalsocialistas (WUNS). Esta organización unía a exiliados de derecha y neonazis de Europa y Latinoamérica que soñaban con una contrarrevolución blanca. Kopplin y Fiebelkorn llegaron juntos a Bolivia desde Paraguay. Su aventura no se había terminado en el desierto africano.

En Paraguay los conoció en 1978 el italiano Giovanni Arcuri, que después se los volvió a cruzar en Santa Cruz. Arcuri es una figura secundaria de esta historia. Más bien un testigo. Pero es todo un personaje. Conoció a los alemanes en un burdel de Asunción, el Dardo Rojo. Arcuri tiene hoy muchas vidas. En la última, es actor. Empezó a serlo en la cárcel de Rebibbia, a las afueras de Roma, en 2011, cuando protagonizó la película *César debe morir*, de los hermanos Paolo y Vittorio Taviani. El largometraje, entre el documental y la ficción, es la historia real de un grupo de presos que preparan e interpretan una versión del *Julio César* de Shakespeare. El resultado es una versión tan fascinante de la obra y una película tan original que ganó el Oso de Oro en la Berlinale. Arcuri interpreta a Julio César.

A finales de los setenta, Arcuri no era actor, ni todavía lo habían apresado, juzgado y condenado. No había cumplido aún los veinticinco años y ya traficaba con cocaína boliviana entre Santa Cruz, donde pasó varios meses entre 1979 y 1980, y Nueva York. Meses antes, en Paraguay, la primera vez que conoció a Fiebelkorn y Kopplin, ellos le contaron, o alguien le contó, que trabajaban allí para la dictadura de Alfredo Stroessner, que gobernaba el país desde 1954. Stroessner, el apellido lo revelaba, era hijo de un inmigrante alemán que había llegado al país en las postrimerías del siglo XIX.

Paraguay, con Stroessner; Brasil, con seis dictadores en veinte años; Bolivia, con Hugo Banzer; Uruguay, con cuatro presidentes; Chile, con Augusto Pinochet; Perú, con Velasco Alvarado, la dictadura que recibió a Altmann cuando la justicia lo reclamó; y Argentina, con la Junta Militar encabezada por Rafael Videla, habían teñido Latinoamérica de verde militar, de un verde tan oscuro que resultaba negro.

En aquella década de los setenta se formó en el continente una alianza de violencia estatal sin precedentes. Ya no serían, como hasta entonces, dictaduras aisladas. Bajo el nombre clave del Plan Cóndor, las dictaduras militares de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y, posteriormente, Brasil y Perú, coordinaron una campaña transnacional de persecución política, tortura y asesinato. El objetivo era la erradicación sistemática de la resistencia de izquierdas y la oposición. Con la alianza del Cóndor no solo se respaldaban entre sí los Gobiernos militares, sino que los enemigos de uno se convertían en los enemigos de todos. Los opositores que huían no hallaban refugio. Las agencias de inteligencia intercambiaban información, coordinaban secuestros y deportaban a los perseguidos a sus países de origen, donde desaparecían.

El lanzamiento oficial tuvo lugar en 1975 en Santiago de Chile, en una reunión secreta de altos funcionarios de seguridad. Pero las bases ya estaban sentadas desde hacía tiempo. La Guerra Fría había trazado un frente implacable en Latinoamérica. Todo, por supuesto, con el beneplácito de Estados Unidos, el respaldo de la CIA y el reconocimiento

de estos regímenes por la Casa Blanca. América Latina y el Caribe se mantenían como el famoso patio trasero de Estados Unidos, y aquellos Gobiernos militares, sanguinarios, represivos, ilegales, en la mejor alternativa para Washington para tener Estados aliados, o incluso serviles a sus intereses, y para construir un muro frente al comunismo. Con los militares en el poder no habría margen para nuevas Cubas en el continente ni para internacionalizaciones de la revolución comunista como la que lideró el Che. Pero sí lo habría, en cambio, para un mayor sector privado, con menos control de la economía desde el Estado, y para las compañías estadounidenses. La estrategia era perfecta.

El Plan Cóndor resultó absoluto terrorismo de Estado. Se calcula que hasta sesenta mil personas fueron víctimas de aquellas dictaduras, la mitad de ellas en Argentina. Muchas desaparecieron, sin que se sepa aún qué sucedió. Solo tras la democratización de los países afectados se empezó a revelar el alcance de los regímenes y de la colaboración entre ellos a través de archivos, descubrimientos fortuitos y testimonios de exfuncionarios. Aún sigue haciéndose.

En ese contexto, Fiebelkorn y Kopplin habrían sido dos peones más de la dictadura paraguaya. No hay pruebas de qué hicieron allí para el Gobierno. Ni siquiera de si hicieron algo. Paraguay se les quedó pequeño. O tuvieron que buscar un nuevo destino, envueltos en crímenes y acusaciones allí. No está clara la verdad. Bolivia era el lugar perfecto. Más aún Santa Cruz, donde podían hacer fortuna gracias a la cocaína.

Gerardo Caballero, yerno de Suárez y miembro de su organización, recuerda a Fiebelkorn como un hombre de pocas palabras. Salvo cuando bebía. Si lo hacía, se exhibía sin disimulo como el extremista que era, un neonazi de visión rotunda sobre el orden, la disciplina y lo que debía ser una nación. Caballero recuerda también a Fiebelkorn por su comportamiento marcial, disciplinado para recibir órdenes y autoritario para darlas. Era más que un simple guardaespaldas.

Fiebelkorn y sus hombres se convirtieron enseguida en los protectores de Suárez. Vigilaban su vivienda y le escoltaban donde fuera.

Pero enseguida pasaron de ser guardaespaldas y equipo de seguridad a convertirse en un ejército privado. Entonces no se hacían llamar los Novios de la Muerte. Ese es el nombre que ha quedado con el tiempo, entre la realidad y la leyenda, que es abundante, sobre ellos. Eran todavía los Águilas o los Águilas Negras, en referencia a las águilas negras pintadas en las colas de las avionetas de Suárez.

Durante sus primeros meses de trabajo para Suárez realizaron al menos nueve operaciones transportando en total más de dos toneladas de pasta base de cocaína desde aeródromos clandestinos en Santa Cruz a pistas de aterrizaje ocultas en la jungla del remoto Beni, donde se entregaba a los traficantes colombianos. La presencia de los mercenarios europeos, armados con fusiles de asalto, vestidos con ropa de camuflaje y desplegados tácticamente, demostraba que el negocio estaba cambiando. En aquella época, de hecho, ocurrió un episodio trascendental en Santa Cruz: un grupo de siete traficantes colombianos fue ejecutado. Hoy, medio siglo después, no se sabe quién lo hizo. Caballero sigue creyendo que fueron los sicarios de Fiebelkorn, pero que su suegro, Suárez, don Roberto, como aún lo sigue llamando, no fue quien ideó el crimen.

—Él nunca habría ordenado una acción así.

Caballero, que se aproxima a los setenta años, fibroso, duro, con una mirada fría y un bigote que le acera la presencia, no es una persona que dude al hablar. Aunque con las palabras justas, cuenta con crudeza todo lo que vivió y de lo que fue partícipe. Y todo lo que vivió es, como para tantos personajes secundarios de este tiempo, una historia que por sí misma resulta abrumadora. Y no solo por esta época en la que llegaron a Santa Cruz los alemanes, como los llamaban en la familia Suárez y como conocerían desde entonces a sus guardaespaldas, aunque después no fuesen alemanes y ni siquiera extranjeros.

—Pensaba que hacía mucho tiempo que el mundo me había olvidado...

Fiebelkorn responde al teléfono primero sorprendido e inmediatamente después desconfiado. Han pasado décadas de lo que él considera su aventura boliviana, y vive desde hace años retirado en el

pueblo de Rojales, en la costa mediterránea española. Tras unos primeros minutos de charla a medio camino entre un baile en el que no se sabe qué música escucha el otro y un combate de boxeo en el que los adversarios se miden desde la distancia, el alemán se relaja cuando descubre que su interlocutor es de Leipzig, como él.

Fiebelkorn nunca se ha arrepentido de nada de lo que sucedió durante su tiempo en Bolivia y ha presumido siempre de su amistad con Barbie. Se reunió con él en numerosas ocasiones en La Paz, en el café del Club, y en Santa Cruz en los cafés más discretos de la ciudad, como el situado al fondo del callejón de los cambistas, o en la casa de Fiebelkorn, como nos confirma Lourdes, una novia argentina que tuvo el alemán allí y que regentaba un burdel. Tras esos primeros lances de la conversación con Fiebelkorn, cuando ha bajado la guardia, acordamos un encuentro en persona. La visita, sin embargo, no se producirá. Fiebelkorn falleció poco tiempo después de nuestra conversación.

Pero se sabe cómo era su vida en esa costa española a la que desde el final de la Segunda Guerra Mundial, por supuesto con la aprobación de la dictadura de Franco, se habían mudado muchos alemanes buscando una nueva vida, huyendo de su pasado nazi y de la justicia.

En 2018 lo visitó en Rojales el periodista español Unai Aranzadi. Su visita, inesperada para el alemán, la contó Aranzadi en una espléndida crónica publicada en *El Salto*. Fiebelkorn vivía en una enorme finca que emulaba un castillo fortificado —así la describía el periodista—, con torretas, almenas, incontables cámaras de seguridad y dos águilas imperiales custodiando el portón de entrada. El día que Aranzadi llegó a la finca, las puertas estaban abiertas y accedió al interior. Lo que se encontró fue un patio donde un sacerdote, custodiado por dos ametralladoras, un Cristo y una Cruz de Hierro alemana, oficiaba una misa por el apóstol Santiago.

Fielbekorn se había convertido en el anfitrión de encuentros como aquel, al que acudían los miembros de la asociación de exlegionarios a la que pertenecía y altos mandos del Ejército español y de la Guardia Civil, y en el que comían paella y bebían rodeados de retratos de Franco y de José Millán-Astray, fundador de la Legión. Fiebelkorn le dijo también a Aranzadi, a quien hay que elogiarle su valentía metiéndose en aquella

boca del lobo, que ya lo habían olvidado. Cuando el periodista le preguntó por su amistad con Barbie, el alemán lo defendió. Todo lo que se había dicho de él era mentira, incluso los crímenes de Lyon. A Fiebelkorn le resultaba imposible que un simple capitán de la Gestapo, como él lo definió, hubiera hecho solo todo aquello de lo que lo acusaron.

—¿Sabes que aún quedan por ahí algunos de los míos? —le dijo Fiebelkorn, antes de despedirse.

Un último mensaje para el reportero, entre la fanfarronería, la nostalgia y la amenaza, abierto a su interpretación.

Pero donde mejor se contó la realidad de la aventura boliviana que Fiebelkorn recordaría al final de su vida con nostalgia no fue en sus conversaciones, la mayoría exculpatorias y trivializadoras de la violencia de aquellos años, sino en ese tribunal en Fráncfort en el que se lo juzgó a finales de 1983. Fiebelkorn había huido de Bolivia meses antes. Tomó una ruta desconocida, aunque probablemente pasó en primer lugar por Brasil. Acabó volviendo a Alemania, donde fue detenido.

En el juicio de Fráncfort la atención se centró en los crímenes violentos y las actividades de narcotráfico en Bolivia. Su testimonio, así como las pruebas que se exhibieron, desde fotografías de fábricas de cocaína hasta informes sobre la red criminal, ofrecieron una visión excepcional de un cártel de poder boliviano blindado por la oligarquía, la corrupción y el crimen transnacional. Fiebelkorn había sido responsable de numerosos delitos, desde tráfico de armas y operaciones paramilitares hasta transporte de cocaína. Durante el proceso se exhibió como un personaje poco común. Con gran seguridad en sí mismo, buena memoria para los detalles y grandes dosis de autoexaltación, describió durante horas una vida, la suya, que abarcaba el exilio, operaciones militares y un doble rol en el servicio de inteligencia.

—¡Yo no era un narcotraficante, era un agente! —declaró ante el tribunal.

Su defensa consistió en alegar que él operaba en nombre del servicio de inteligencia militar boliviano con el nombre en clave Pedro y número de identificación P00147. Las pruebas eran complejas, repletas de matices, y el juicio se convirtió en un juego entre la realidad y la ficción. El tribunal obtuvo una visión excepcional de un mundo ajeno al sistema

legal alemán. Fiebelkorn llevó fotografías de fardos de cocaína, de allanamientos en laboratorios de drogas bolivianos, del armamento empleado, de vehículos con sacos de droga y bocetos de casas secretas en Santa Cruz, de rutas de vuelo hacia la selva boliviana y arsenales de armas. Las pruebas del trabajo de inteligencia que aseguraba realizar. Él no traficaba, él luchaba contra el narcotráfico.

Para la fiscalía la explicación resultaba una burda tapadera. Fiebelkorn podía ser de todo menos un espía. Pero la duda ya estaba inoculada en el tribunal. ¿Formaba realmente parte de una operación antidrogas internacional o participaba activamente en el tráfico mundial de cocaína? No había testigos de Bolivia que pudieran esclarecer la verdad. Los testimonios que se habían recabado eran incompletos, y otros testigos que se intentaron conseguir no quisieron hablar por miedo.

Pero sí hubo un testimonio que resultó muy revelador. Sobre todo para esta historia. Es el del testigo B. Así lo llamaremos para cumplir la ley alemana que prohíbe revelar los nombres que aparecen en los documentos judiciales. No sabemos si B. ya ha fallecido, probablemente lo haya hecho, pero incluso en ese caso la ley sigue protegiendo su nombre y su familia podría denunciar la revelación. B. había formado parte del escuadrón de Fiebelkorn en Bolivia y contó al tribunal dos episodios que resultan paradigmáticos de aquel momento.

El primero de ellos tiene a los narcotraficantes colombianos como protagonistas. B. relató al tribunal cómo Fiebelkorn había ejecutado a dos de ellos mientras vigilaba un almacén de droga. El acusado no negó los hechos, pero adujo que fue en defensa propia. Temía que los narcotraficantes fueran en realidad dos sicarios que querían eliminarlo a él, y aquel día que se le aproximaron por la espalda estando ya prevenido, no dudó. Se giró y los acribilló con la ametralladora que portaba. No hubo tiempo para ninguna conversación. Después enterraron los cuerpos en los alrededores. Tras el incidente, según el testigo, a Fiebelkorn se le habrían asignado mayores responsabilidades en la organización. Lo ascendieron. Aquellas muertes no habrían sido excepcionales y en defensa propia, sino un aviso, una lección que debía difundirse.

El segundo episodio no estaba relacionado con el narcotráfico, sino con una de las empleadas de Suárez. Se llamaba Carmen. El expediente judicial no recoge ningún dato más de ella, ni siquiera su apellido. Trabajaba en una de las fincas de Santa Cruz. Carmen era sospechosa de haber robado dinero de Suárez, treinta mil dólares que Harold, el hijo menor de la familia, iba a gastar en un deportivo Puma GT.

—Ahora os enseñaré a hacer hablar a alguien... —anunció Fiebelkorn, según el relato de B. al tribunal.

Ordenó que ataran a la chica a una puerta y la golpearon. B. dejó la habitación en ese momento, pero escuchaba los gritos de Carmen desde fuera. Fiebelkorn salió de la estancia y ordenó a quienes aguardaban fuera que subieran al máximo el volumen de la música que sonaba en una radio. Cuando cayó la noche, la mujer abandonó por fin la habitación. Caminaba de puntillas. Le habían quemado con cigarrillos las plantas de los pies, los senos y las ingles. Uno de los hombres la había violado.

Nunca se realizó una investigación judicial sobre el caso de Carmen. Su nombre ni siquiera figura como víctima en los registros oficiales. Quedó como una simple figura periférica en el juicio de Fiebelkorn. El tribunal se centró en el narcotráfico, el contrabando de armas y la política. Aquella mujer era una víctima colateral, una imagen difusa, un nombre sin apellido.

—TE MIRABA y lo presentías: tenía un plan contigo o contra ti. No había posición intermedia —nos dice Gary Suárez de Fiebelkorn.

Él conoció al alemán y a sus mercenarios pocos meses después de que empezaran a trabajar para su padre. Mejor dicho, los descubrió. Pero no fue lo único que halló. Gary estudiaba entonces en Estados Unidos, porque sus padres querían que tuviera la mejor educación posible y contaban con el dinero para dársela.

Acababa de regresar desde allí a Santa Cruz de vacaciones el día que pidió al chófer de la familia que le llevara con su padre. Este le condujo a un aeródromo a las afueras de la ciudad. Cuando llegó, se encontró a su progenitor junto a un grupo de hombres con gafas de sol y armas

automáticas que cargaban cajas de pasta base de cocaína en una avioneta con las hélices en marcha.

Roberto Suárez abroncó al chófer por haber llevado allí a su hijo.

Gary acababa de descubrir quiénes eran los nuevos guardaespaldas que ya le había mencionado su familia. No solo eso.

—Sabía que mi padre era rico. Pero ese fue el momento en que supe que era narcotraficante.

Después conocería a Fiebelkorn, el jefe de aquellos hombres, que le regalaría a él y a sus hermanos otro pastor alemán, pero entrenado en español. Seguro que Fiebelkorn había escuchado la historia del perro que obedecía en alemán que Barbie había regalado a Suárez y quiso imitarlo. O superarlo...

Aquellos tipos eran educados pero distantes. Apenas hablaban con ellos. Se ocupaban de su seguridad y estaban siempre fuera de sus casas, en el perímetro, nunca con la familia. No todos, además, hablaban español. Para el trabajo con los Suárez, Fiebel-korn escogía a quienes sí lo hablaban. Entre ellos, un chileno de origen alemán, Kay Gwinner, a quien localizamos en Santiago. Gwinner no quiere hablar de aquellos años. Pero no le preocupa que su nombre vuelva a aparecer ligado a este tiempo. Gwinner vivía en Santa Cruz con su esposa y sus dos hijos pequeños y trabajaba construyendo piscinas. Fue Fiebelkorn quien le ofreció el trabajo. Gwinner, hijo de un inmigrante alemán, hablaba español y alemán y, como le contó al jefe, había realizado el servicio militar en Chile, donde optó al ascenso a oficial, aunque después no continuó la carrera militar. Fiebelkorn le ofreció trabajar en el cuerpo de seguridad de Suárez y aceptó. Cuando ingresó en el grupo, estaba aún compuesto por menos de una decena de personas. Poco después se incorporaron varias más.

El relato de Gwinner, por supuesto, es sesgado, como el de todos los protagonistas de esta historia, pero, sobre todo, demasiado escueto. Rechaza repetidamente la posibilidad de mantener una conversación con él y accede solo a dar algunas respuestas breves de aquel tiempo. Dice que trabajó siempre en la seguridad, tanto de la familia como de Suárez en algunos viajes, porque además ejercía, cuando era necesario, como traductor entre el alemán y el español. También se ocupaba de la gestión del Bavaria. Allí es donde había conocido a Fiebelkorn.

Más de cuarenta años después de que todo esto sucediese, la historia de los Novios de la Muerte se sitúa en el territorio difuso entre la realidad y la leyenda. Lo ha propiciado el relato construido de estas décadas y, sobre todo, cómo se han completado los interrogantes para los que no había respuesta, o cómo se intentaron iluminar las zonas de sombra, que son muchas y muy oscuras. De ellos se ha llegado a contar que eran centenares, y se les han adjudicado acontecimientos históricos y crímenes en los que no participaron.

Hay un escenario que contribuyó a su mitificación, y este sí fue real: el restaurante Bavaria. Entre la humedad tropical y el ruido constante de las motocicletas de la ciudad, a pocas cuadras del casco histórico de Santa Cruz, estaba aquel local de muros blancos con el nombre pintado en la pared exterior. Al cruzar la puerta, uno se encontraba de pronto en Alemania. El Bavaria pertenecía a Fiebelkorn. Él y algunos de sus hombres lo habían convertido ya en su bar favorito de la ciudad el día que le pidieron al dueño libanés que pusiera música alemana y él se negó. Les respondió que, si querían escuchar allí su música, le compraran el local.

Al día siguiente Fiebelkorn apareció con veinte mil dólares. Desde aquel día, el Bavaria se convirtió en el cuartel general de sus águilas negras. Allí, con olor a chucrut y salchichas y regada por infinitos litros de cerveza, nació la leyenda de los Novios de la Muerte.

El local era una edificación típica, con un patio cuadrado interior alrededor del cual se organizaba el bar. Lo interesante estaba en una zona privada del edificio cerrada al público. Allí el realismo mágico boliviano se convertía en surrealismo dramático.

Gerardo Caballero y Roby, el hijo de Suárez, no solían frecuentar a Fiebelkorn y sus hombres. Pero un día sintieron curiosidad y fueron al Bavaria para tomar una cerveza. Cuando los invitaron a acceder a la zona privada del local se encontraron en otro mundo. De las paredes colgaban banderas con esvásticas y retratos de Hitler, símbolos de un pasado que tenía que haber estado enterrado hacía tiempo. A Caballero le llamó la atención, pero no le impactó. Le pareció el mismo fanatismo que había visto en otros locales en los que colgaban fotos del Che o de Fidel Castro. Tampoco le reveló en aquel caso nada que no supiera. Fiebelkorn y los

suyos hablaban poco, pero no escondían su radicalismo. Eran nazis y neonazis orgullosos de serlo y de proclamarlo.

Caballero nos cuenta que nunca participó en sus fiestas, pero que sabían lo que allí sucedía. Entre prostitutas, alcohol y cocaína, cada vez más cocaína, se hacían el saludo hitleriano, cantaban canciones nazis para exaltar la amistad y brindaban por el poder y la fortuna que iban acumulando.

—Aquella mezcla entre nazismo y cocaína los hacía aún más fanáticos e impredecibles.

El Bavaria se convirtió pronto en un extraño punto de encuentro entre aquellos mercenarios y otros como ellos: narcotraficantes, extremistas de derechas y aventureros desquiciados o fugados de diversos lugares.

—Allí dentro se comportaban como si vivieran en el apogeo del Tercer Reich —señala Giovanni Arcuri.

Quien sí estuvo en más de una ocasión, invitado por los Águilas Negras, al otro lado de las puertas franqueadas por hombres armados, fue este italiano de tantas vidas que décadas más tarde interpretó en la cárcel a Julio César. A la zona noble del bar, por llamar de alguna manera al miniparque temático del nazismo, no entraba cualquiera. Pero Arcuri, como ellos, trabajaba para Suárez. Traficaba con su cocaína y conocía al jefe, un hombre al que consideraba admirable, fuerte, serio y de una gran personalidad. Un patrón que no se parecía a otros líderes de los emergentes cárteles colombianos a los que también conoció. Suárez tenía educación, provenía de una buena familia y le interesaba la cultura. Arcuri no solo lo conocía a él, también a sus hijos. Tanto que, como nos confiesa, la temporada que vivió en Santa Cruz estuvo flirteando con Heidy, la hija de Suárez, tan guapa que había ganado ya varios concursos de belleza.

Nunca trataron de reclutarlo. Sabían que el suyo era otro perfil y, además, lo respetaban, porque conocían su acceso a la familia. Pero comentaban con él, entre cervezas, el trabajo que hacían para Suárez, o le hablaban de los frecuentes problemas con los colombianos, a los que despreciaban porque los consideraban poco más que campesinos. Jamás, de hecho, vio en el Bavaria a ningún narco colombiano. Tampoco a Klaus Barbie.

Arcuri cuenta un episodio que sucedió allí. Mejor dicho, que le contaron que sucedió, porque él no estaba el día que supuestamente ocurrió. Roberto Suárez se habría reunido en el Bavaria para planear el golpe de Estado con Roberto Gasser —otro empresario de Santa Cruz, hijo de un destacado magnate del azúcar vinculado con la Liga Mundial Anticomunista y con excelentes contactos— y con un agente de la CIA que respondía al nombre de Perou. Suárez habría bebido champán.

La escena, sin embargo, suena más fantasiosa que real, parece escrita por un guionista. No hay ninguna prueba ni testimonio más allá del de Arcuri de que aquel encuentro se produjera. Suárez no era el responsable de planificar el golpe, sino de financiarlo, como le habían pedido los líderes golpistas García Meza y Arce Gómez en la reunión que Altmann organizó en La Paz. Además, el Bavaria no parece el sitio adecuado ni para contar con Suárez como cliente ni aún menos para tratar un asunto así. El detalle del champán le añade, simplemente, exotismo. Pero algo de verdad habrá en esa escena, si no en el lugar y en los hechos así descritos, al menos sí en el fondo y en los dos nombres que Arcuri revela: Gasser y Perou.

Pero, antes que estos nombres, hay otros que Arcuri comparte y que son más relevantes en este momento para comprender a los Novios de la Muerte y equilibrar su leyenda, los de dos compatriotas suyos con quienes también pasó algunas noches en el Bavaria: Stefano Delle Chiaie y Pierluigi Pagliai. Delle Chiaie y Pagliai conocían a Fiebelkorn y sus secuaces y trasnochaban en el Bavaria, pero, al contrario de lo que han contado muchas versiones de los Novios de la Muerte, nunca formaron parte del escuadrón.

A Delle Chiaie, como nos revela un amigo íntimo suyo que compartió su aventura boliviana pero que nos exige anonimato, el grupo de Fiebelkorn nunca le agradó. Los veía a todos demasiado necios, excesivamente juerguistas y sin ideología. Delle Chiaie se consideraba un intelectual de la extrema derecha. Para él los de Fiebelkorn no pasaban de mercenarios y le resultaban unos impresentables.

Delle Chiaie era el más doctrinario de todos aquellos extranjeros y, probablemente, el mejor conectado. Había llegado a Bolivia tras pasar primero por Argentina y Chile. Se movió a finales de los años setenta y

en los primeros años ochenta en aquel triángulo de países, en la época en la que el Cóndor sobrevolaba el continente.

Delle Chiaie había fundado previamente en Italia el movimiento Avanguardia Nazionale. Estaba considerado por las autoridades de su país como el hombre más peligroso de la derecha extraparlamentaria. El italiano había abandonado la política institucional para alcanzar sus objetivos desde fuera del sistema, derribándolo mediante el terrorismo.

La tensión entre el viejo orden de las dictaduras militares y el nuevo de las democracias, en ese escenario de la Guerra Fría, no era patrimonio exclusivo de América Latina. Eran los llamados años de plomo. Italia vivía en tensión permanente por los enfrentamientos entre la extrema derecha y la extrema izquierda y los atentados.

Delle Chiaie tenía buenos contactos en Argentina con otros activistas políticos como él y con los líderes de la dictadura militar. También en Chile, donde, como él mismo contaría, asesoraba personalmente a Pinochet y colaboraba con la DINA, la policía secreta y represora de los primeros años del régimen. Había llegado a Bolivia con esas credenciales para colaborar con la nueva etapa militar que asomaba ya por el horizonte.

Operaba como un asesor de élite del Plan Cóndor. Era europeo —con el prestigio que ello le otorgaba— y era un teórico —frente a la ausencia de fondo ideológico que encontraba en sus interlocutores—, y sabía, sobre todo, de información y propaganda, fundamentales para sostener estructuras o demolerlas. Delle Chiaie era anticomunista, pero además antimperialista. Se oponía a la dominación que Estados Unidos quería imponer en el continente a través de sus políticas económicas y abogaba por un frente unido entre los países latinoamericanos, dirigido por militares, con peso para negociar con Washington o para desafiarlo.

Pagliai, por su parte, poseía un perfil mucho más bajo. Era un hombre de acción, seguidor de Delle Chiaie, y llevaba fugado desde 1974, acusado de un atentado en Brescia, Italia, con ocho muertos y más de un centenar de heridos. Los dos italianos se habían reencontrado en Chile en 1977. Pagliai tampoco fue un hombre a las órdenes de Fiebelkorn, pero, como apuntan algunos documentos de la época, sí pudo servir más tarde de enlace entre ellos y los militares. Tenía, además, buenas conexiones con otros grupos paramilitares de la región,

así como con los militares de la dictadura argentina. Para completar su perfil, también habría estado involucrado en el tráfico de cocaína. Plagiai es, de hecho, el hombre supuestamente detrás de la muerte de los siete colombianos, como así lo publicó la prensa boliviana.

El nombre de Plagiai aparece en un cable de la embajada de Estados Unidos en Guatemala. Es posterior a los hechos, de octubre de 1983, pero revela la organización de grupos paramilitares en Bolivia con el apoyo de terroristas internacionales como el italiano. Lo más interesante es que a esa organización se la denomina la sección Klaus Barbie.

En otro documento de 1979 de la inteligencia militar boliviana —por entonces era Arce Gómez quien la dirigía—, se hace referencia también a una conversación que el propio Barbie habría mantenido con los responsables del departamento. En ella decía que se necesitaban más especialistas europeos, más hombres que ya hubieran hecho eso antes y que supieran lo que hacían.

Unir los puntos era relativamente sencillo. O lo es ahora. El hombre que lo conectaba todo entre bambalinas era Klaus Barbie, don Klaus, el asesor Altmann, que conocía a todos los extranjeros, desde Fiebelkorn a Delle Chiaie, que llegaban entonces a Bolivia, y compartía objetivos con ellos. Porque es en esa conexión donde la historia da un giro.

Fiebelkorn y los suyos no fueron solamente los protectores de Suárez y su nuevo negocio de la coca, también participarían en los acontecimientos que estaban por llegar. Los iban, de hecho, a propiciar. No exclusivamente los Novios de la Muerte, sino la red de grupos paramilitares que se estaba formando y que pronto entraría en acción.

Así se entiende además el porqué de la leyenda hiperbólica de los Novios. Con el paso de los años a todos aquellos grupos se los consideró como Novios de la Muerte. Pero, aunque pudieran haberse conocido entre ellos y sus líderes, principalmente los de Santa Cuz, hubieran compartido noches de putas y cocaína en el Bavaria, eran estructuras independientes. Si todos respondían ante alguien no era ante Fiebelkorn, sino ante los militares. Y en esa cúpula militar había un hombre que destacaba, especialista en inteligencia y en la guerra de guerrillas, doctorado *cum laude* en ambas en la Segunda Guerra Mundial: Klaus Barbie.

Bolivia era en 1979 y los primeros meses de 1980 un país que rozaba la democracia y votaba en las urnas. Pero empezaba a notarse el movimiento de personajes extraños y grupúsculos que no casaban con el momento histórico. Hasta entonces los temidos eran los militares. Ellos ejecutaban los golpes e imponían la violencia, como había hecho en noviembre de 1979 Natusch Busch. Ahora, sin embargo, aparecían otros actores inéditos.

Vladimir Soliz era entonces un joven idealista metido en política. Su nombre lo delata: su familia era comunista ferviente. También él. Estaba afiliado y trabajaba en el Partido Comunista.

Conocemos a Vladimir, de cabellera blanca, alto y espigado, piel oscura y hablar pausado, en Santa Cruz, donde vive. Allí lo hacía ya en aquella época, cuando empezaron a detectar a algunos extranjeros que no sabían quiénes eran ni cómo habían aparecido allí pero que no presagiaban nada bueno. Soliz reportó los hechos al Ministerio del Interior, con el que ya colaboraba, y se decidió hacer una investigación, pero con el perfil más bajo posible. Todo lo militar era una bomba de relojería.

Tenían localizada una casa en el centro en la que vivían algunos de esos extranjeros y la estuvieron vigilando unos días. Les sorprendió que apenas salían, pero a ella acudía regularmente un militar en motocicleta. Finalmente, decidieron dar el paso. Él y dos compañeros se aproximaron y llamaron a la puerta. Se presentaron con una credencial como agentes de inmigración para evitar un posible enfrentamiento si se sentían acorralados. Dentro de la casa vieron fusiles y una enorme bandera negra con un águila. Uno de los hombres que les abrió era francés. Les habló otro boliviano. Les pidieron la documentación y se la entregaron. Aquellos hombres tenían un permiso legal de residencia como agricultores. La ecuación era sencilla: si los civiles no les habían facilitado los papeles, solo podían haberlo hecho los militares.

El verdadero auge de los Novios de la Muerte comenzó con su integración formal en las estructuras de seguridad de Bolivia. Fiebelkorn halló enseguida su conexión cuando empezó a ayudar como especialista en armas a la policía de Santa Cruz. Las que tenían eran chatarra, en palabras del propio Fiebelkorn, y necesitaban a un experto que supiera desde repararlas a conseguir otras mejores. Aquel trabajo le granjeó sus

primeros contactos. Pronto se encontró en la órbita de los oficiales bolivianos de alto rango. Era más que un asesor técnico. El paso final fue colocarse bajo la protección del general Hugo Echeverría, comandante de la guarnición de Santa Cruz. Fiebelkorn y sus hombres se integraron a sus órdenes en la planificación del golpe de Estado.

En 1980 Darwin Prado estudiaba el último año de Derecho en la Universidad Gabriel René Moreno de Santa Cruz. Era un joven de orígenes humildes que había perdido a su padre de niño. Prado provenía del Beni, como la familia Suárez, con cuyos hijos había compartido muchos momentos de la infancia. De hecho, son los Suárez quienes nos presentan a Prado, que es hoy un abogado decidido y disciplinado, menudo y de voz atiplada.

Prado tiene su oficina en un centro comercial de Santa Cruz, un pequeño habitáculo repleto de diplomas. Ha sido Gerardo Caballero, que nos acompaña, quien le ha anunciado nuestra visita, y Prado se ha preparado escribiendo su historia. La ha impreso para leérnosla, pero la lectura se convierte enseguida en una conversación.

Prado habla de Roberto Suárez como de don Roberto y recuerda con emoción sus años en el Beni. Cuando iba a su finca, todos montaban en el caballo de Roby, bajo la atenta y orgullosa mirada de don Roberto. En sus palabras hay nostalgia de la infancia y una admiración crónica por la familia Suárez, pero parece latir de fondo también tristeza, la del niño Darwin envidiando a Roby, que tenía un caballo y un padre que era un héroe para ellos.

Pero la parte más interesante de su historia sucedió cuando estaba en ese último año de universidad. Prado era ya un anticomunista no solo declarado, sino activista, metido en política como miembro de la extremista Falange Socialista Boliviana (FSB). Él y otros estudiantes organizaron una red anticomunista en el campus que denominaron Marcha Autonomista Revolucionaria. Prado era tan ardiente en sus discursos —y es fácil imaginárselo porque aún lo es— que se erigió en líder del grupo. Así fue como conoció a Fiebelkorn.

Fue en la plaza 24 de Septiembre, tras un acto que habían organizado. El alemán le reveló en español que se estaba cocinando un golpe de Estado. Una exclusiva como esta, en Bolivia en aquella época, no producía demasiada sorpresa, pero sí lo que le pidió a continuación. Fiebelkorn le contó que él ayudaba con la planificación y que quería que su grupo estudiantil colaborase en la ejecución.

Días más tarde, en un segundo encuentro, Prado le confirmó que se sumarían y Fiebelkorn le anunció su misión. Asaltarían y tomarían las emisoras de radio de la ciudad, anunciarían el golpe, reclamarían el respaldo de la población y amenazarían a los opositores. Tras la alocución, cortarían las emisiones y dejarían sonando en bucle la Talacocha, una marcha militar de principios del siglo XX que recordaba las (escasas) victorias bélicas bolivianas y que llevaba décadas sonando ya en las radios cada vez que se anunciaba un nuevo golpe de Estado. Cuando los bolivianos la escuchaban en sus transistores sabían que se había producido un nuevo alzamiento.

La misión no era sencilla. Prado y los suyos podrían toparse con resistencia armada y tendrían que luchar. Por ello Fiebelkorn le anunció también que él y sus hombres los armarían y entrenarían.

Le preguntamos a Prado si recuerda la Talacocha y nos responde que por supuesto, y cuando le pedimos que nos la tararee lo hace ufano, elevando la voz y los brazos por encima de su escritorio y moviéndolos como un director de orquesta.

El día acordado para el adiestramiento, Prado y cuarenta compañeros suyos se dirigieron a la ribera del río a las afueras de Santa Cruz. Los de Fiebelkorn habían tendido una cuerda de orilla a orilla sujeta a dos troncos de árbol por la que los estudiantes se deslizarían. Además, habían llevado varias metralletas UZI, armas ligeras israelíes de fuego rápido fácilmente ocultables en un maletín o una bolsa de viaje.

Prado y sus camaradas aprendieron a dispararlas mientras se desplazaban por la tirolina, controlando el retroceso y usando los troncos de los árboles como blancos en los que afinar la puntería. La sesión se completó con tácticas de despliegue y para sitiar edificios. Fue un entrenamiento tan pintoresco como breve y brutal. Suficiente para ejecutar las órdenes cuando llegara el momento decisivo. Prado y Fiebelkorn mantendrían el contacto hasta entonces.

En ello estaban aquel día que quedaron en el café del callejón, aledaño a la plaza 24 de Septiembre. Pero esta vez el alemán no estaba solo.

—Este es mi comandante —anunció Fiebelkorn—. Escúchalo atentamente.

Prado saludó al hombre, mucho más mayor que su instructor. Era también alemán y hablaba español. Prado y él conversaron de política y sintonizaron enseguida. El estudiante le contó los ideales de la Falange Socialista: Dios, patria y familia. La izquierda era su gran amenaza. Estaban de acuerdo en todo. El hombre le anunció que necesitaban jóvenes como él, eran el futuro del país y el remedio en un mundo enfermo de debilidad. Su generación debía restaurar el orden. Incluso llegó a anticiparle que él, como el líder estudiantil que ya era —un joven educado, disciplinado y sin vicios—, sería uno de los líderes del futuro próximo.

Prado no sabía entonces con quién hablaba. Solo que había sentido una gran afinidad con aquel hombre mayor, frío y sereno. No había oído hablar de Klaus Altmann y era aún un niño cuando se reveló su verdadera identidad. Hoy ya la conoce, pero aún lo ensalza. No justifica los crímenes de los nazis, pero frente a ellos destaca su orden y su visión de la patria, cualidades que tenía Barbie, el líder que creyó en él. El comandante de Fiebelkorn, como el propio Fiebelkorn se lo presentó.

Tres años después de aquel encuentro, ante el tribunal de Fráncfort, cuando le interrogaron por él, Fiebelkorn rebajaría a Barbie a la categoría de un simple conocido. Pero el testigo B. dio otra respuesta. Cuando le preguntaron si su jefe respondía ante alguien, no lo dudó: ante el señor Altmann.

Habían transcurrido solo tres años, pero en ese tiempo había sucedido todo y de todo.

En 1980 Bolivia llevaba muchos meses de incertidumbre. La dictadura del general Hugo Banzer, que se prolongó durante prácticamente toda la década de los setenta, colapsó en 1978 y el país había iniciado un proceso democrático. Pero desde entonces sumaba ya dos elecciones

fallidas, de las que no salía un presidente en el Parlamento por falta de acuerdo, y un golpe de Estado seguido de la dictadura de un borracho sanguinario que duró quince días pero dejó centenares de muertos. Aquellos acontecimientos habían conducido ahora a un período de transición en el que la presidenta del Senado, Lidia Gueiler, se había convertido en presidenta interina hasta que se resolviera la situación con unas nuevas elecciones.

Gueiler llevaba apenas unos días en el cargo cuando se produjo un movimiento que apenas trascendió entonces, pero que era de una gravedad y de un simbolismo brutales.

Se produjo en La Paz, en la sede del Ministerio del Interior, y Vladimir Soliz, el hombre que quiso interceptar a los mercenarios extranjeros de Santa Cruz y descubrió que tras ellos había algo mucho más grande, fue testigo en primera fila.

Soliz había viajado a la ciudad para reunirse con el ministro. Durante aquella etapa de transición, hasta que se formara un Gobierno definitivo, una coalición de partidos contaba con miembros en el Ejecutivo y en los principales cargos. Soliz asistía a la reunión como representante del Partido Comunista. El Ministerio del Interior era fundamental, porque de él dependía la seguridad del Estado.

Soliz esperaba en la antesala del despacho del ministro cuando un grupo de militares armados irrumpió en el edificio. Al frente de ellos, también armado con un subfusil, iba el coronel Luis Arce Gómez, el primo de Roberto Suárez que se había reunido con este último en La Paz para pedirle que financiara un golpe. Arce Gómez acababa de ser nombrado —tras la caída del efímero Natusch Busch, y pese a haberlo apoyado— jefe del Departamento II del Ejército, responsable de la inteligencia militar.

El coronel, con una casaca menor de su talla —así solía vestirse aunque le embutiera grotescamente por su sobrepeso—, entró como un jabalí furioso hasta el despacho del ministro seguido de sus soldados. Soliz pudo ver por la puerta abierta cómo el ministro, también grande y orondo, se levantaba de su silla y se encaminaba enérgico a por el militar. Se iba a producir el choque de trenes cuando Arce Gómez frenó al político clavándole el cañón de su arma en la barriga. La tensión se prolongó durante un rato y finalmente el ministro se rindió.

Pasada una hora, los militares se marcharon, cargados de cajas y bolsas de carpetas y papeles. Habían saqueado los archivos del Ministerio, donde se custodiaban los documentos más importantes del país. Todavía hoy no se sabe qué se llevaron. Pero sí que entre esos archivos figuraban los expedientes de los militares golpistas, los informes de la represión, listados de organizaciones políticas, los miembros de estas últimas y sus direcciones e incluso los datos del personal de las embajadas en el país. Entre ellos, los de los agentes de Estados Unidos destinados allí, como los de la DEA, la agencia antidrogas.

El asalto no tuvo consecuencias para el coronel. El Gobierno se lo tuvo que tragar. La situación era de una amenaza constante, se había visto ya con el golpe de noviembre, y cualquier movimiento contra los militares podía hacerlos saltar de nuevo.

Arce Gómez estaba ya desarrollando su plan. Y su ejecución alcanzó el 12 de febrero de 1980 uno de sus días más tétricos.

El documento oficial firmado y sellado aquel día dice:

> En la ciudad de La Paz y en las oficinas del Departamento II del EMGE. a los doce días del mes de febrero de 1980, se hicieron presentes los Srs. CNL. DAEN. LUIS ARCE GÓMEZ, Jefe del Dpto. II EMGE. y el Sr. KLAUS ALTMANN HANSEN a objeto de celebrar el compromiso de lealtad que a continuación se detalla:
>
> I.- Yo, KLAUS ALTMANN HANSEN, me comprometo a prestar servicios de orden incondicional con el Ejército de Bolivia dentro de la especialidad de inteligencia.
>
> II.- Asimismo, me comprometo a participar directamente en planeamiento y operaciones que requiera el Ejército de Bolivia y donde se requiera mi participación activa.
>
> III.- Me comprometo a guardar la reserva de todo cuanto se realice, exista, conozca o participe poniendo como garantía mi vida.
>
> IV.- Yo, CNL. DAEN. Luis Arce Gómez, a nombre del Ejército Nacional y con las atribuciones que me competen, otorgo con la venia de la Superioridad el grado de Tcnl. Honorífico al Sr. KLAUS ALTMANN HANSEN.
>
> V.- Asimismo, el Ejército boliviano garantiza su actividad dentro del país y, de acuerdo al grado que se le ha asignado, el Comando General del Ejército procederá a reconocer su jerarquía.
>
> En prueba recíproca de lealtad y para los fines consiguientes firman ambos el presente documento.
>
> La Paz, 12 de febrero de 1980
> Cnl. DAEN. Luis Arce Gómez
> Sr. Klaus Altmann Hansen

Aquel 12 de febrero, Arce Gómez nombró a Klaus Barbie teniente coronel *ad honorem* del Ejército boliviano. Así figura en el carné que le

extendieron, con una foto del alemán vestido de uniforme. Un cargo militar honorario se otorga por prestigio y sin salario. Pero lo que es relevante aquí es que Arce Gómez le dio aquel día un grado militar al criminal nazi, incorporándolo oficialmente a su estructura, convirtiendo aquel 12 de febrero de 1980 en el momento más extremo y flagrante de la colaboración entre los nazis huidos y las dictaduras militares latinoamericanas. Altmann ya no era el influyente hombre gris del rincón. Barbie era ahora coronel.

Ya estaba todo dispuesto para lo que vendría.

4. Operación Miami

A comienzos de 1980 Michael Levine llevaba aún pocos meses destinado en Argentina el día que aquella mujer entró en su despacho de la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires. Era una jornada normal de trabajo, pero el agente intuyó enseguida que la visita sería diferente a la de muchos informantes que franqueaban su puerta. La mujer, que le pareció que tenía rasgos indígenas acentuados, se presentó como Lucy y le dijo que era boliviana. Entró en la oficina con visible cautela, sin dejar de mirar de reojo el pasillo hasta que la puerta se cerró tras ella. El zumbido del aire acondicionado rasgaba el silencio. Levine le pidió que se sentara en el sofá situado en el extremo opuesto de su mesa de trabajo.

Levine conocía el ritual. Debía crear cierta confianza pero mantener la distancia. Cada encuentro podía resultar un engaño o una trampa. Pero cuando ella empezó a hablar, no detectó nada sospechoso. Al contrario. Le habló del narcotráfico en su país, de rutas y de conexiones. Y finalmente le dio un nombre que lo desconcertó. El del hombre que, según ella, lo controlaba todo: Roberto Suárez Gómez.

El agente la escuchó atentamente, le hizo preguntas y comprobó cómo reaccionaba. Sus respuestas eran precisas y meditadas. Bajo ciertas condiciones, parecía decidida a compartir toda su información. Los futuros contactos se realizarían exclusivamente a través de la línea telefónica de la embajada.

Cuando Lucy se marchó, él mismo la acompañó a la salida, siguiendo el protocolo de seguridad. Varios agentes de la policía argentina custodiaban las puertas de la embajada y observaban con curiosidad. Levine volvió a su despacho, se sentó ante la máquina de

escribir y empezó a teclear las primeras notas del informe que enviaría a Arlington County, la sede de la DEA en las afueras de Washington.

Lucy no solo le había dado aquel nombre que desconocía. También le había dicho que podía llegar a él.

El calor húmedo del estado de Nueva York aún no ha empezado a apretar esta mañana de julio. La casa a la que nos dirigimos está en una calle tranquila en un pueblo del centro del estado, entre bosques y ríos. Levine abre la puerta despacio, como si primero comprobara quién está al otro lado, pese a que hemos dicho nuestros nombres y es una cita acordada. Tiene ochenta y cinco años, un pelo y un bigote refulgentes y oscuros y el gesto severo. Aprieta la mano con firmeza para saludar antes de invitarnos a entrar.

Michael Levine nació en el sur del Bronx, en un barrio donde el inglés y el español puertorriqueño fluían mezclados como dos corrientes inseparables. Él aprendió español allí, en las calles, en los patios traseros de las casas y en los pasillos de las escuelas. El español duro y directo que más tarde hablaría sin ningún esfuerzo en su trabajo encubierto y que le permitiría investigar los cárteles de la droga latinoamericanos. De procedencia judía, parte de sus raíces familiares eran polacas. Entre sus miembros había víctimas del holocausto y otros que se salvaron y huyeron a Israel. Levine llevaba con él ese pasado, no tanto por la religión sino por la conciencia de lo sucedido. Lo usaría, incluso, como parte de su camuflaje en Latinoamérica, donde lo conocían como el judío trigueño o el judío oscuro.

El de Levine fue un trabajo policial vocacional que acabó convertido en una cruzada personal. Su hermano David se había suicidado en 1977 tras un largo tiempo de adicción a la heroína. Años más tarde, en 1991, su hijo Keith, sargento de la policía en Nueva York, moriría tiroteado por un adicto al *crack* al que intentaba detener cuando cometía un atraco. Su hija, Nicole, batalló también durante años con la adicción a la cocaína. Cada operación encubierta, cada investigación contra los cárteles y cada misión contra los sistemas en los que operaban implicaban una lucha contra quienes habían destruido lo que más significaba para él.

En el interior de la casa huele a papel y a madera, el aroma del bosque filtrado desde el exterior. Él camina por delante, atraviesa un pasillo estrecho y baja un tramo de escaleras hasta el sótano. Le seguimos en silencio mientras oímos cómo crujen los escalones.

—Mi memoria es como un viejo sótano. Todo sigue ahí dentro, pero el polvo es tan espeso que primero hay que destapar algo —nos dice, sonriendo débilmente, casi como una disculpa.

Las paredes de la habitación están cubiertas casi todas por estanterías. En ellas hay cajas de cartón apiladas hasta el techo, carpetas con etiquetas escritas a mano y más cajas de plástico con fechas en rotulador. No es una sala de archivos ordenada, sino un caótico depósito de recuerdos: cajas abolladas, cajas de plátanos con carpetas, dos taquillas grises de acero, un viejo magnetófono y un magnetoscopio VHS... Levine pasa la mano por la tapa de una caja, limpia el polvo, lee las letras descoloridas: Op. Hun / BA / 80-82.

—Aquí está todo lo que no destruyeron —dice finalmente.

La frase se queda suspendida en el aire. Acerca una silla y se sienta ante una mesa de trabajo con una lámpara que, al encenderse, forma una isla de luz en la penumbra. Mete la mano en la caja, saca una carpeta fina, hojea unas páginas y la vuelve a guardar. Luego coge otra, hace una pausa y vemos cómo por un momento su mirada se pierde.

—Es como una habitación en la que hay que volver a buscar los interruptores de la luz. A veces se enciende inmediatamente. A veces lleva tiempo. A veces, simplemente vuelve... —masculla.

No sabemos si nos habla a nosotros o a sí mismo, pero intuimos que se refiere, de nuevo, a sus problemas de memoria.

La de Levine es hoy una película incompleta. Está montada con imágenes, fragmentos de conversaciones, impresiones. Un nombre en una nota, una fecha en un membrete, un sello en una copia... Al verlos, algunos provocan un asentimiento silencioso y otros un fruncimiento de ceño. Intenta averiguar si el recuerdo es correcto.

Nos enseña una copia ya amarillenta de una nota escrita a máquina. No la reconocemos, pero él sabe inmediatamente a quién pertenece. Va a arrancar a hablar, pero realiza una pausa y sigue hojeando las páginas. De repente, deja el papel y se echa hacia atrás en la silla.

—Eso fue el principio. El principio de todo. Aquí es donde anoté el encuentro con Lucy, mi informadora.

El sótano vuelve a quedarse en silencio, roto ahora solo por la fricción de los papeles y el chirrido del respaldo de su silla. Cuando abre la siguiente carpeta, se le abren también aún más los ojos. La carpeta SUÁREZ yace abierta frente a nosotros sobre la mesa. Levine se ha quedado absorto en la primera página. No sabemos si intenta recordar o si ya lo ha conseguido. Esperamos a que sea él quien hable.

—¿Sabéis qué había al principio en nuestros archivos sobre Suárez? Nada de nada.

CUANDO LEVINE transmitió su informe a la DEA tras su primer encuentro con Lucy, se encontró de regreso una respuesta que también lo desconcertó: Roberto Suárez Gómez no aparecía en la base de datos de la agencia. Lucy le había dicho que era el traficante de cocaína más poderoso de Bolivia. Había ido, incluso, más allá: del mundo. Pero su nombre ni siquiera figuraba. O Lucy mentía o aquel hombre había logrado moverse fuera del radar de la agencia. Suárez era un fantasma. Levine no sabía aún si empezaba a rastrear una pista verdadera o falsa. Una que, como lo veía, te conduce a un tesoro o con la que cavas en la arena hasta perder un brazo.

Pero Lucy no le había dado solamente aquel nombre. También le había hablado de las redes, de las rutas, de las conexiones con los colombianos. Las conocía porque había formado parte de ellas. Lucy le dijo, además, que sabía cómo atraparlo. Y Levine no lo dudó. En un segundo encuentro entre ambos tuvo más información. El hermano de Lucy, Marcelo Ibáñez, trabajaba con Suárez. Ella podía organizar un encuentro con él. Levine no sería ya Mike Levine, el agente de la DEA, sino un traficante que buscaba coca boliviana.

Levine escogió un lugar discreto para conocer al hombre que le llevaría hasta Roberto Suárez: una pequeña confitería de Buenos Aires. Allí, al fondo del local, entre el ruido de la vajilla y el olor a bollería, estaba sentado Ibáñez, un antiguo alto funcionario del Ministerio de Agricultura boliviano, estrecho colaborador político de los generales y, al

mismo tiempo, uno de los intermediarios de Roberto Suárez. No era el tipo de traficante callejero o delincuente que Levine había visto a lo largo de los años en Nueva York. Ibáñez parecía un hombre acostumbrado al poder. Hablaba en tono tranquilo y movía las manos pausadamente, como si asistiera a una reunión política.

Los primeros lances de la conversación fueron más de nada que de todo. Hablaron de cafés, de la ciudad, del tiempo, de quién se supone que era cada uno. Lucy había intermediado para que se encontraran, pero no se conocían y ambos desconfiaban. Levine sabía que no debía apresurarse, que era su interlocutor quien debía sacar el tema por el que estaban allí, y que, si se impacientaba, la reunión podía torcerse rápidamente y entonces se perdería la gran oportunidad que parecía tener. No sería la primera vez que le sucediera.

Fue Ibáñez quien abrió el fuego. Y fue un incendio. Él podía conseguirle la coca que quisiera. Incluso una tonelada. Todo el negocio se realizaría en Bolivia.

—Tan seguro como en su propia casa —le dijo.

Levine no olvidaría ya aquella frase. No lo ha hecho aún.

No podía dejar pasar una oferta así. Durante los días siguientes volvieron a reunirse y se conocieron más. Levine representaba ante Ibáñez a una familia mafiosa estadounidense con base en Miami. Le contó que ellos disponían de laboratorios para refinar cocaína y rutas seguras en el mercado estadounidense para venderla. No necesitaban trabajar con los intermediarios colombianos habituales.

Aquellos días en Buenos Aires sentaron las bases de lo que más tarde apareció en los archivos como Operación Miami.

Cerraron el acuerdo final en Miami, a donde viajó Ibáñez a reunirse con Levine. Para el agente fue el primer momento tenso de la operación. Debía blindar su coartada, abrillantar el personaje que se había creado, y para lograrlo había pedido ayuda y fondos a la agencia. Recibiría a Ibáñez en su propia casa, la que se suponía era la vivienda de un gran traficante como el que decía ser. Necesitaba una mansión a la altura de su mentira, una villa de lujo que sobrecogiera a Ibáñez cuando entrara y le hiciera pensar que no eran Levine y los suyos quienes estaban haciendo un gran negocio, sino él y Suárez quienes habían encontrado a los socios perfectos.

Pero la organización falló. Ni hubo apoyo ni los fondos solicitados, y tuvieron que improvisar con urgencia, alquilando un chalé muy alejado del lujo que aspiraban a mostrar, varios coches deportivos de un concesionario y acudiendo a una sala de *striptease* para contratar a algunas bailarinas que amenizaran la velada y, si era necesario y ellas querían, complacieran a los invitados. Una de las agentes de Miami se haría pasar por su esposa, pero hasta en eso fallaba la escenificación. Levine y ella no tenían química alguna. Ni siquiera se llevaban bien. Esa noche Levine le pediría que durmieran en la misma cama con él. Si Ibáñez sospechaba y se levantaba por la noche, no podía verlos en habitaciones separadas.

Pese a todo, el plan funcionó. Ibáñez había llegado a la casa con dos de sus hombres, pero no quiso fiestas ni chicas ni tampoco prestó demasiada atención a la vivienda ni a los hombres de Levine, otros agentes encubiertos que se hacían pasar por familiares suyos o miembros de su organización. Ibáñez quería cerrar los detalles finales del acuerdo y descansar del viaje. Ya habían acordado la cantidad: serían mil libras, cuatrocientos cincuenta kilos, el primer cargamento de los muchos que vendrían si resultaba bien. Y el precio: nueve millones de dólares. Pero aún estaban negociando el pago.

Ibáñez quería que se hiciera en Bolivia. Es tan seguro como esta casa, le repitió. Pero Levine necesitaba que se realizara en Estados Unidos. Roberto Suárez era aún un fantasma. Ni siquiera había hablado con él. Todo se hacía a través de su hombre. Pero confiaba en que entrara en la operación. O él en persona o su socio tendría que recoger el dinero en Miami y entonces podrían detenerlos. Pagar en Bolivia no era una opción.

Ibáñez lo consultó con Suárez. El jefe no quería que se pagase en Estados Unidos ni, sobre todo, que se hiciera posteriormente a la entrega de la mercancía. Estaba ya habituado a tratar con los traficantes colombianos y había aprendido que en el negocio de la coca se exigía el dinero a cambio de la droga. Pero Levine resultaba un socio muy apetecible. No era colombiano, sino estadounidense, e Ibáñez le transmitía su entusiasmo por él. Con Levine llevaría el negocio un paso más allá, vendiendo al cliente mayorista final en Estados Unidos

saltándose a los intermediarios colombianos. Lo tenía todo. Si funcionaba, aquella sería la primera de muchas operaciones que le permitirían abrir mercado al margen de los colombianos. Además, con las ganancias financiaría el golpe de Estado que Altmann, el general García Meza y el coronel Arce Gómez le habían propuesto en La Paz. Aceptó. El pago se realizaría en Miami.

A Levine le bullía la adrenalina. Le costaba creerlo. Habían pasado apenas cuatro meses desde el día que aquella mujer, Lucy, entró en su oficina y pronunció el nombre del fantasma que era Roberto Suárez. Ahora se encontraba a punto de realizar la mayor operación de la todavía breve historia de la DEA.

Levine fue uno de los primeros agentes de la DEA. La agencia se había fundado en 1973 fusionando en ella otras agencias y departamentos, creando así un gran cuerpo —lo sería con los años— para investigar el tráfico de drogas. La creación de la agencia formaba parte de la guerra contra las drogas que había iniciado el presidente Richard Nixon en 1971 cuando proclamó que la adicción era el enemigo público número uno del país y anunció una ofensiva mundial contra ella. Los medios de comunicación fueron los que la bautizaron como la guerra contra las drogas.

Pero la cocaína no estaba aún entre las sustancias a las que se refería el presidente. En aquella época el enemigo eran la marihuana y la heroína. Habían dejado de ser cosa de los *hippies* del movimiento contracultural de los sesenta y miles de veteranos de Vietnam regresaban enganchados al opioide. La marihuana entraba al país desde comienzos del siglo XX procedente de México, pero se consumía en ciertos reductos, como la Nueva Orleans del *jazz*. El *boom* de los *hippies* y, sobre todo, de aquellos miles de soldados que la buscaban también tras su vuelta no solo hicieron que se multiplicara el tráfico de hierba, sino también que las autoridades de Estados Unidos lo combatieran en origen, persiguiendo a los traficantes y fumigando los cultivos. Y ahí entró en escena la marihuana colombiana.

No fue un negocio descomunal, porque la mexicana seguía traficándose y enseguida empezaron a venderse otras variedades llegadas de Jamaica o plantadas en los propios Estados Unidos que funcionaban mejor en el mercado. Además, en paralelo irrumpió el polvo blanco, la coca, que le quitaría mercado. Pero sí fue un gran movimiento, porque sirvió como banco de pruebas para el tráfico de cocaína. Las rutas serían inicialmente las mismas, transportando la droga en embarcaciones pequeñas que partían desde el Caribe colombiano, al norte del país, hasta barcos más grandes en alta mar, los que la ingresaban en Estados Unidos. Después se perfeccionarían con las avionetas que despegaban desde las zonas de selva colombianas.

En aquellos años setenta Miami se convirtió en la capital mundial de la coca. Allí se juntó todo: los narcos, los policías que los perseguían y los que se cambiaron de bando sobornados por las mafias, los primeros grandes casos judiciales, los juzgados desbordados. En Miami estaban todas las conexiones del nuevo producto con un país, Colombia, que hasta entonces había sido poco más que un actor secundario en el mundo de las drogas. Todo cambiaba.

Cuando se creó la DEA, contaba con poco más de un millar de agentes y un presupuesto de setenta y cinco millones de dólares. Hoy supera las diez mil personas, la mitad de ellas agentes, y los tres mil millones anuales. Pero aquel millar empezó a hacerse notar rápidamente. Sobre todo, los agentes que trabajaban en el exterior, en las embajadas, donde tenían que cohabitar con sus colegas de la CIA. Enseguida hubo choques entre ellos. Mathea Falco, que fue nombrada subsecretaria de Estado responsable de narcóticos en los setenta con Carter, la primera persona que ocupó ese cargo, recuerda que los conflictos eran frecuentes.

—Unos eran vaqueros, más brutos, policías la mayoría, y los otros espías, más sofisticados, y todo una cuestión muy de machos contra machos.

Los agentes de la DEA eran policías que querían detener a los traficantes y desmantelar sus redes. Necesitaban hacerlo, además, para mostrar ante el Congreso la efectividad de la agencia y conseguir una financiación mayor.

Los de la CIA no se preocupaban por casos concretos, sino por alcanzar sus objetivos políticos. Como tampoco se cuestionaban los medios para alcanzarlos. En aquella época de finales de los setenta Falco tuvo que viajar personalmente a Ecuador para mediar con los agentes de ambos cuerpos, que llevaban meses de disputas en la embajada y ni se hablaban. Algunos de los traficantes a los que la DEA quería detener eran informadores de la CIA.

Por entonces —cuenta Falco— Bolivia no era un país que preocupara en el Departamento de Estado. O no, al menos, por el narcotráfico. Sabían que allí se cultivaba la hoja de coca, pero se prestaba más atención al posible avance del comunismo entre las clases populares y los campesinos. Bolivia había sido el lugar escogido por el Che una década antes para internacionalizar la revolución cubana. A finales de los setenta Miami ya era esa capital mundial de la cocaína, pero esta droga, sin embargo, no figuraba aún entre las prioridades de su departamento.

La estrategia se establecía por cuestiones domésticas, ese doméstico que en inglés significa los asuntos nacionales o regionales. El foco estaba puesto entonces en la marihuana mexicana. La cocaína era aún un producto de élites que Falco compara con el caviar. No acapararía la atención y provocaría un cambio de objetivo hasta la irrupción del *crack* a mediados de los ochenta y la posterior epidemia que desencadenó.

LEVINE ORGANIZÓ su equipo para la siguiente fase de la Operación Miami. Llegaba la hora de la acción. Volarían a Bolivia a por la mercancía. Él coordinaría desde Estados Unidos. Sobre el terreno el líder sería Richie Fiano. Levine lo había escogido porque era un hombre con la cabeza fría y con experiencia sobre el terreno. Sabía mantener la calma en situaciones extremas, y aquella lo sería. Si todo salía como planeaban, además de con media tonelada de coca, regresarían con pruebas contra la red de Suárez y sus exportaciones internacionales. Pero si el plan se torcía, allí, en mitad de la nada boliviana, en territorio de Suárez, estarían vendidos. Sabían el riesgo que asumían. Lo que no imaginaban es que lo aumentarían desde su propia agencia.

Necesitaban un avión para la misión, pero no el que la agencia les ofreció. Se encontraron con un jet de dos hélices para pasajeros, un aparato peligroso para aterrizar y despegar de una pista clandestina en la jungla. Además, había sido previamente utilizado en otra operación de la agencia y su matrícula figuraba ya ligada a ella. Si las autoridades bolivianas la comprobaban, y los narcotraficantes estaban en contacto con ellas, toda su coartada se desmoronaría con los agentes ya en suelo boliviano, sin margen de reacción.

—Era una misión suicida —nos dice Levine.

También se lo dijo entonces a su equipo. Si querían, podían abandonar. Pero siguieron adelante.

La operación se alargó más de lo previsto. La carga no estaba preparada aún. Se cambió de día. Finalmente, el plan se llevó a cabo. El avión aterrizó en la nada del Beni. Allí los esperaban con la mercancía los traficantes bolivianos. Sin Roberto Suárez. Tenía previsto acudir a la entrega, pero días antes había sufrido un infarto y se encontraba ingresado en el hospital. Apareció Roby sustituyéndolo como jefe del grupo. Su padre le había pedido que se asegurase de que todo salía según lo previsto y que vigilara a aquellos hombres de los que tan bien hablaba Ibáñez.

Cargaron los fardos de droga en el avión. Solo faltaba ya el despegue, el momento crítico final, que el aparato se elevara con quinientos kilos más de carga por encima del Amazonas...

Lo hizo.

—Fue un milagro —recuerda Levine.

En el viaje de regreso a Miami los agentes miraban los sacos amontonados en el pasillo y apenas se lo creían. Nunca habían visto tanta coca. La tenían.

Ahora llegaba la fase final: el pago. Habían acordado que se realizaría mediante una transferencia en un banco de Miami. Allí acudieron dos hombres enviados por Suárez a retirar los millones. Ninguno era Ibáñez. En su lugar viajaron Alfredo Gutiérrez y Roberto Gasser, dos empresarios de Santa Cruz. Habían guardado ya los fajos en maletines en la cámara acorazada del banco y se disponían a salir de la entidad cuando los envolvió una nube de agentes. Era el 24 de mayo de 1980 y la Operación Miami había sido un éxito rotundo.

La alegría, sin embargo, duró apenas unas semanas. Primero fue liberado Gasser. El fiscal, sorprendentemente, consideró que no había pruebas suficientes y no presentó cargos contra él. Gutiérrez tardó más en salir. El juez le puso una fianza inicial de tres millones de dólares que después rebajó a uno. Fue entonces cuando la pagó. Tras salir de la cárcel, ambos desaparecieron.

Levine había perdido a los enviados de Suárez, a los hombres que podían conducirlo hasta el fantasma del narco boliviano. Y no entendía siquiera cómo había sucedido.

No es la primera vez que el nombre de Gasser aparece en esta historia. Era uno de los protagonistas de la escena que el traficante italiano Giovanni Arcuri contaba que había sucedido en el Bavaria, con Gasser, Suárez y otro hombre de apellido Perou, supuesto agente de la CIA, planeando el golpe de Estado. Gasser era el hijo del magnate del azúcar con espléndidos contactos internacionales por sus negocios y su ferviente anticomunismo.

Del otro desconocido, Perou, no hay referencias. Ni siquiera de su nombre. Sin embargo, Ayda Levy también lo cita en sus memorias y lo identifica como agente de la CIA. Según relata, él y Marcelo Ibáñez viajaron a Buenos Aires en febrero de aquel año 1980 para buscar el apoyo de la Junta Militar al golpe que planeaban. Con ellos viajó también Klaus Altmann, que acababa de ser nombrado teniente coronel.

De este viaje tampoco existe hoy ninguna prueba ni confirmación, ni puede saberse cómo supo de él Levy, ya fallecida. Lo más lógico es que fuera su marido quien se lo contó, pero es solo una hipótesis. Su hijo Gary desconoce también los detalles y la fuente de la información.

Sin embargo, es una certeza que la colaboración entre ambos países estaba ya sellada. El Cóndor volaba alto. La comunicación y coordinación entre las dictaduras era frecuente. En mayo, de hecho, se celebró en Santa Cruz una reunión militar bilateral entre Bolivia y Argentina especialmente relevante. Más aún al comprobar en el informe boliviano de la misma quien la supervisaba, Luis García Meza, y quien ejerció como anfitrión y líder de los bolivianos, Luis Arce Gómez. En los

documentos del encuentro, que se prolongó durante siete días en el hotel Los Tajibos, no hay alusiones directas al golpe de Estado que planeaban el general y el coronel, pero sí referencias a la visión compartida entre ambos países.

Durante aquella semana, entre cenas de gala y actividades paralelas para las esposas de los militares —como una visita a la Virgen de Cotoca o un paseo de compras al centro de la ciudad—, los asistentes departieron principalmente sobre la lucha contra el marxismo, el enemigo común, y el intercambio de información sobre todos los movimientos de izquierdas, a los que calificaban como subversivos. Pero también acerca de su oposición a Estados Unidos y al presidente Carter. Consideraban que su política internacional era indecisa y criticaban su presión para implantar democracias formales en la región.

—La democracia es inadecuada para los países latinoamericanos de baja cultura —apuntaban en las conclusiones del encuentro.

Habían pasado muy pocos años desde que Henry Kissinger, el todopoderoso secretario de Estado de los presidentes Ford y Nixon, recorría el continente mostrando su apoyo a los dictadores, aun conociendo los crímenes que cometían.

—Hizo un gran servicio a Occidente derrocando a Allende —dijo Kissinger a Pinochet en la reunión que mantuvieron en el palacio de la Moneda en 1976.

Esa nueva influencia de la administración Carter, negativa a ojos de los militares, se hizo notar en Bolivia en junio de aquel año. El embajador de Estados Unidos en La Paz, Martin Weissman, se reunió con García Meza para persuadirle de que abandonara su plan. Si ejecutaban el golpe de Estado que Washington sabía ya que estaba desarrollándose, y del que faltaba la estocada final, no apoyarían su Gobierno.

García Meza respondió al embajador que no admitía que nadie le dijera lo que debía hacer, y menos aún su interferencia en la política boliviana.

Weissman no había logrado detener la bala.

Quien sí lo hizo fue Roberto Suárez. De regreso en Buenos Aires, Levine pasaba de la exaltación por el éxito a la ira por haber perdido a los dos hombres de Suárez. No comprendía qué había sucedido. Mientras

tanto, el boliviano se serenaba. El golpe recibido había sido duro, pero no mortal.

Marcelo Ibáñez desapareció entonces del mapa. Gary Suárez sigue creyendo hoy que, al igual que su padre, fue una víctima de Levine, que ambos cayeron en su trampa. Era un hombre que quizá pecó de ingenuo, o de ambicioso, ante la perspectiva de dinero fácil. Lucy fue la única responsable de que fuesen a por ellos. El hijo de Roberto Suárez nos aporta, además, un nuevo dato para sostener su versión: Lucy había sido amante de su padre y el despecho pudo ser su motor. El cuñado de Gary, Gerardo Caballero, no está de acuerdo con esta explicación. Para él, Ibáñez fue un traidor, y por eso brindó hace unos años por su muerte cuando se enteró de que había fallecido.

La Operación Miami no alteró los planes de Roberto Suárez. Había perdido casi media tonelada de coca, los ingresos que le permitían recuperar el dinero invertido en el golpe de Estado, y su nombre ahora figuraba en los archivos de la DEA. Pero se sentía seguro en Bolivia, y pronto lo estaría aún más. También había perdido al cliente ideal, al margen de los colombianos. Pero tenía el negocio a su favor, y enseguida descubrió que ya estaba trabajando con quien iba a convertirse en su socio perfecto, aunque fuese colombiano: Pablo Escobar.

5. El golpe

El jueves 17 de julio de 1980 amaneció con sabor a lunes en La Paz. La víspera había sido feriado. La ciudad celebraba el grito libertario que un 16 de julio de 1809 se convirtió en la primera proclama de independencia de América Latina contra el colonialismo español. Marlene Berríos tenía, además, sensación de primer día, de nuevo comienzo. El martes, durante la celebración de la asamblea del sindicato de trabajadores fabriles, el jefe de prensa había renunciado y le habían ofrecido el puesto a ella.

Marlene estaba desbordada. Se había separado y cuidaba sola de su hijo de dos años y trabajaba como periodista cubriendo el Palacio de Gobierno para radio Continental, la emisora del sindicato. Fue su padre quien primero le enseñó el oficio de periodista, y había sido él, ya fallecido, como ella recordaba con frecuencia, quien le había advertido también que un periodista no puede meterse en política. El día que descubrió que su hija era militante del MIR, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, a punto estuvo de darle un síncope. Pero a Marlene su padre también le había contado que un periodista debe siempre dejar los afectos y desafectos en la puerta de entrada de la redacción. Lo único que importaba al otro lado era el respeto por la verdad. Para Marlene era una brújula y trataba de cumplirlo.

Aquella mañana se despertó pronto, se preparó, vistió a su hijo, y estaba a punto de salir de casa para llevar al niño a la guardería e ir al sindicato. Todavía no eran las nueve cuando sonó el teléfono. Era su madre.

—Hay golpe en Trinidad —le anunció. Acababa de escucharlo por la radio—. Ten cuidado.

Marlene se quedó petrificada. Balbuceó que lo tendría, le dijo también que estarían en contacto y solo después de colgar empezó a plantearse la situación. Primero decidió que no saldría de casa con el niño. Lo dejaría allí con la persona que la ayudaba con las tareas del hogar. En segundo lugar, optó por echarse ella misma a la calle. Quería saber lo que estaba pasando y quería cubrirlo como periodista para la radio.

A las cinco de la madrugada —noche cerrada aún— los soldados del regimiento de Trinidad habían iniciado su movimiento. A las siete y cuarto lo anunciaron por la radio. Se levantaban en armas contra el proceso democrático. Exigían que se anularan las elecciones celebradas dos semanas antes y que tarde o temprano desbloquearían la situación política e iniciarían una nueva etapa democrática en el país.

Cuando la noticia llegó a La Paz se interpretó como un globo sonda. Un levantamiento en Trinidad, la capital del Beni, en la Bolivia selvática tropical entre La Paz y la frontera con Brasil, muy lejos de la capital política del país, sonaba poco amenazador. Pero podía tratarse de una estrategia para, antes de ir más allá, medir la reacción de la población si el golpe de Estado sucedía en La Paz, sobre todo de los partidos políticos y de los sindicatos. La inquietud comenzó a extenderse entre los habitantes de La Paz. Tenían motivos suficientes para asustarse. Marlene era consciente ya de que la maquinaria de la muerte estaba en marcha.

Cuatro meses antes, había sido también su madre quien le dio la noticia. El sábado 22 de marzo la telefoneó y le preguntó si estaba escuchando la radio. Marlene no la había encendido aún. Se había acostado tarde la noche anterior y la acababa de despertar la llamada.

—Están diciendo que ha desaparecido el padre Espinal —le anunció su madre.

Luis Espinal nació en un pueblo de Manresa, y antes de cumplir los diecisiete años ingresó en el noviciado de los jesuitas. Tras estudiar cine en Italia, trabajó en la televisión pública española, donde, en plena dictadura del general Francisco Franco, censuraban sus trabajos. Tras

dimitir de su puesto, a finales de los sesenta fue enviado a Bolivia como misionero. Allí vivía desde entonces. Espinal era conocido por su amor por el cine. Hablaba de cine en radios y periódicos, organizaba proyecciones y acudía a la sala a ver películas todos los viernes.

También aquel viernes se suponía que había ido al cine. Comentaba siempre las películas que veía a la mañana siguiente en Radio Fides, la principal emisora del país. Jamás faltaba a su cita. Por eso cuando el sábado no apareció, sus compañeros de programa enseguida pensaron que algo le había sucedido. Desde la radio telefonearon a la comunidad en la que vivía preguntando por él.

Gloria Ardaya atendió el teléfono. Gloria era una dirigente del MIR —la organización en la que militaba Marlene—, pero también era una ferviente católica que convivía en aquella comunidad que los sacerdotes jesuitas habían bautizado como «Los piadosos». Ellos ocupaban el primer piso del edificio y varias familias, como la de Gloria, el segundo. Bajó las escaleras, vio que Espinal no estaba y regresó a decírselo al periodista. Espinal había salido ya. Minutos después, volvieron a telefonearla.

—¿Ha dormido en la casa? —le preguntaron.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Se quedó paralizada. Espinal no solo era un amante del cine. También un hombre con una posición política extremadamente crítica con los militares. Había fundado el periódico semanal *Aquí* y llevaba meses denunciado en él la corrupción de la cúpula militar en la compra de armamento. Los militares se la tenían jurada. Durante las semanas previas le habían llegado varias amenazas. Pero no lo habían silenciado. Al contrario.

Gloria bajó de nuevo al primer piso. La cama de Espinal estaba inmaculada; la ducha, seca. Nadie lo había visto aquella mañana. En ese momento denunciaron su desaparición por la radio y Gloria comenzó su búsqueda.

Al mediodía, un campesino se encontró el cadáver tirado en una cuneta a ocho kilómetros de la ciudad. Estaba blanco, blanquísimo. A Espinal lo habían torturado durante horas. Su cuerpo apareció repleto de cortes en la cabeza, en la cara y en las piernas. Tenía el torso amoratado y las costillas rotas. Lo habían rematado con ráfagas de ametralladora

antes de arrojar el cadáver en medio de la nada. El día antes un escuadrón lo había interceptado cuando regresaba a casa de vuelta del cine tras ver el wéstern mexicano *Los desalmados*.

Su funeral se celebró el lunes 24. Sus compañeros querían enterrarlo el mismo domingo, pero Gloria se opuso. No deseaba que fuera en domingo, festivo, sino en un día laborable. Sabía que los bolivianos le rendirían homenaje, y en día laborable la repulsa y la condena por el asesinato se expresarían con más contundencia. El pueblo se mostraría unido contra los verdugos y quienes los dirigían. Aunque lo intuían, todavía no sabían quiénes eran los culpables. Tardarían mucho tiempo en descubrir la verdad.

Marlene Berríos se apresuró para llegar pronto al cementerio general de La Paz. Cubriría el entierro de Espinal, que prometía ser multitudinario. Las previsiones se desbordaron. Miles de personas colapsaron el recinto y sus accesos y miles más se quedaron fuera. Cuando llegó el féretro la multitud enloqueció.

—Habrán matado la carne con un torrente de fuego, pero jamás la palabra y menos el pensamiento —clamaba una pancarta en letras rojas.

Marlene, menuda, apenas metro y medio, fina como un susurro, se había buscado un lugar en alto, un puesto de observación privilegiado para seguir el funeral. Desde allí, mezclada entre la multitud, distinguió la cabeza de rostro afilado y pelo oscuro ondulado de Marcelo Quiroga Santa Cruz. Esa misma tarde Gloria y Marcelo se encontraron. Ella sentía aún el escalofrío del sábado recorrerle las extremidades. Estaba aterrorizada. Gloria no había perdido solo un símbolo, al hombre justo que fue Espinal. Había perdido también a un amigo y a un consejero.

—Cuídate, Marcelo —le dijo—, aquí se vienen cosas terribles.

Marcelo Quiroga no había ganado las elecciones, pero era uno de los líderes políticos más carismáticos y queridos. Fundador del Partido Socialista a comienzos de los setenta, dicha formación había estado prohibida casi toda la década, durante la dictadura de Banzer. Para esta nueva etapa que comenzaba, Quiroga la había refundado y renombrado como Partido Socialista 1.

Quiroga trascendía la política. Era un líder social. Uno, además, que no venía de abajo, sino que llegaba de arriba para preocuparse de los de abajo. De familia con poder económico, su padre había sido gerente de la empresa que controlaba el negocio del estaño. Marcelo formaba parte de la élite boliviana, como tal se había criado, pero veía el abismo de clases del país y las injusticias y aspiraba a un cambio. Por eso trabajaba en política, como lo había hecho ya a finales de los años sesenta. Había llegado a ser, de hecho, ministro del Gobierno.

Fue él quien promovió la nacionalización de empresas extranjeras que acaparaban los recursos energéticos del país, entre ellas la Bolivian Gulf Oil Company. Aquel movimiento asestó un golpe a los intereses de Estados Unidos. El petróleo y el gas del país, cuyo monopolio tenían los norteamericanos, regresaba a manos de los bolivianos. El poder económico de la compañía dejaba de ser un contrapoder del Gobierno boliviano. Meses más tarde, Quiroga dimitió como ministro porque no apoyaba el giro conservador que estaba dando el Gobierno al que pertenecía.

La política no era su fin, sino su medio. La forma de darle una vuelta al país, de reparar las injusticias. Ni siquiera fue la única forma en que lo intentó. Lo había hecho también a través del periodismo, fundando incluso un periódico, *El Sol*, que tuvo corta vida pero aún se recuerda por su postura crítica con el Gobierno y por sus denuncias políticas.

Quiroga era, por encima de todo, un intelectual. Un profesor universitario de ciencia política que había estudiado filosofía de forma autodidacta, fundado revistas de arte, realizado cortometrajes, dirigido teatro y escrito varios poemarios que jamás quiso publicar porque no se consideraba tan buen poeta como para hacerlo.

Marcelo adoraba a Dostoievski y a Proust desde que los descubrió. Anhelaba ser escritor, y en esa búsqueda estaba. Había publicado a finales de los años cincuenta su primera novela, *Los deshabitados*, y trabajaba en la segunda.

La política era la responsabilidad que él asumía por su país y por su gente. Marcelo era un idealista. La asumía por el futuro y por un mundo mejor. En 1954 se había casado con María Cristina Trigo. Tres años

después nacía en Santiago, donde vivían entonces, su hija María Soledad, y dos años más tarde, su hijo Pablo.

Aquel 17 de julio de 1980 María Soledad despertó en su apartamento de Cochabamba. Se había mudado a la ciudad natal de su padre para estudiar en la universidad. Sus padres se quedaron en La Paz. Las clases se suspendieron tras conocerse la noticia del levantamiento en Trinidad. Ella pasó la mañana en su apartamento. Saldría al mediodía para ir a comer a casa de sus tíos.

En Cochabamba la situación estaba tranquila, era un jueves más, no había ningún indicio de que sucediera nada. La calma exterior contrastaba con la inquietud que corría ya por dentro de los cochabambinos. Como en La Paz.

Marlene estaba a punto de dirigirse al palacio presidencial para saber qué sucedía y conocer el alcance del alzamiento militar cuando escuchó el anuncio de que se iba a reunir la Conade. El Comité de Defensa de la Democracia se había fundado pocos meses antes. En él estaban agrupados los sindicatos del país y los principales partidos de izquierdas. Sus líderes se encontrarían para condenar conjuntamente el golpe que se estaba produciendo en Trinidad y que podía extenderse por el país. Además preveían anunciar una huelga general indefinida y la movilización de todos los trabajadores contra el levantamiento.

El encuentro se iba a celebrar a las once en la sede de la Central Obrera Boliviana en el céntrico Paseo del Prado. La cob, como la conocen por sus siglas los bolivianos, es la confederación que agrupaba a todos los sindicatos del país. A pocos metros del edificio, en aquel mismo paseo, fue donde ocho años antes se había encadenado a un banco Beate Klarsfeld para denunciar a Barbie. Marlene decidió dirigirse hacia allí antes de ir a la radio.

—¡Pachi, Pachi, hay levantamiento militar en Trinidad!

A Eduardo «Pachi» Ascarrunz le había dado la noticia su hermano Carlos a las siete y media de la mañana. Pachi no solo sabía bien lo que

esto significaba, sino lo que implicaba. Había vivido ya el exilio en Perú en los años setenta, enfrentado a la dictadura. De nuevo en Bolivia, había aceptado pocos meses atrás el nombramiento como gerente del Canal 7, la televisión estatal, bajo la promesa de que le dejarían hacer de ella una cadena independiente, sin injerencias políticas ni, por supuesto, militares.

Un golpe de Estado en Bolivia era noticia pero no era noticia. En el país ya estaban acostumbrados. Los militares llevaban décadas alternándose en el poder, golpeándose unos a otros. Era una tradición. Incluso entre amigos y colaboradores. Para ellos ni siquiera eran ya golpes, sino relevos de guardia. Como escribió la periodista Ángela Santa Cruz en aquella época en el diario *El País*, en todo sargento boliviano había un aspirante a presidente de la república.

Banzer llegó a la presidencia mediante un golpe de Estado y la perdió por otro asestado por uno de sus colaboradores más cercanos. De general en general, se pasaban la pelota del poder para que todo cambiase pero todo siguiera como estaba, como ellos querían. Lo mismo sucedió entonces. Los militares temían el avance de los partidos de izquierdas. La situación económica del país era terrible y no confiaban en el cambio de rumbo. Para ellos, los líderes políticos de la izquierda no eran capaces ni de ponerse de acuerdo para elegir un presidente.

Ocho meses antes, en noviembre de 1979, el coronel Alberto Natusch Busch ya había intentado evitar el viraje. Por la fuerza y espoleado por el alcohol. Hasta sus partidarios y amigos, como Roberto Suárez y los empresarios de Santa Cruz, le exigieron que desistiera y frenara la sangría. Pero aquel golpe de noviembre reveló que los militares no se quedarían quietos. El despropósito de Natusch Busch no cambió el panorama. Había relevos suficientes en la cúpula militar, generales que ambicionaban entrar en los libros de historia. El runrún de un nuevo golpe creció en intensidad y los hechos acabaron confirmando que se estaba tramando algo.

Al despiadado asesinato del padre Espinal se sumaron aquellos meses otros dos acontecimientos que dispararon las alarmas. El 2 de junio, una avioneta se estrelló nada más despegar en Tacachira, en la zona de El Alto, la ciudad hermana y vecina de La Paz. En ella viajaba la

cúpula política del MIR, el partido en el que militaba Marlene Berríos y a cuya directiva pertenecía Gloria Ardaya. A bordo iba Jaime Paz Zamora, candidato a vicepresidente de Hernán Siles Suazo para las elecciones que se celebraban a final de mes.

Murieron todos sus integrantes, salvo Paz Zamora, que salvó la vida de milagro y se quedó para siempre con un mapa de quemaduras en el rostro. El avión era alquilado. Pertenecía a una compañía de Luis Arce Gómez. Las sospechas de que el accidente no era un accidente fueron inmediatas.

Todo esto formaba parte de la hoja de ruta del coronel, además del asalto al Ministerio, la asociación con Roberto Suárez o el nombramiento de Barbie. Esta era la segunda parte del plan. A final de mes, el acto de cierre de campaña de la UPD, la coalición favorita, en la que estaba integrado el MIR, terminó convertido en una masacre con dos muertos y medio centenar de heridos. Alguien lanzó dos granadas entre los asistentes. Si el país conquistaba finalmente la democracia, el camino sería sangriento hasta la meta.

Ascarrunz estaba ya reunido aquella mañana del golpe del 17 de julio. Había convocado de urgencia en su despacho de la cadena a un pequeño grupo de colaboradores. No conocía lo que sucedía por la ciudad, donde se multiplicaban las reuniones políticas, pero sí sabía ya que Trinidad estaba ocupada por tropas militares. La asonada había comenzado allí, pero sus fuentes le revelaron que la cabeza estaba en La Paz.

La dirigía el general Luis García Meza, conocido entre sus colegas militares por ser el mejor jinete de las fuerzas armadas bolivianas. Un hombre respetado entre los suyos. Uno de los generales más conocidos del escalafón, director del Colegio Militar, con un único borrón en su historial: nunca combatió. Otros colegas de rango lo habían hecho a finales de los sesenta contra el Che Guevara y sus guerrilleros. Ellos fueron los responsables de la caída y muerte del Che en el pueblecito de La Higuera, tras un año de escaramuzas y combates en la zona selvática de Ñancahuazú.

—¿Podemos desactivar el transmisor de la emisora? —preguntó Pachi a sus colaboradores.

Quería dejar sin señal a los militares, que no pudieran usar el canal si se consumaba un golpe que ya temían que no se iba a quedar en Trinidad.

Su equipo le ofreció la opción de volarlo. Un cartucho de dinamita y en cuestión de minutos la televisión fundiría a negro. Pero Pachi aspiraba a bloquearlo sin destrozarlo. Le propusieron la opción de extraer dos piezas del transmisor sin la cuales no funcionaría. Aceptó.

—¿Se animan? —les preguntó. La misión estaba en marcha.

Marlene llegó antes de las once a la sede de la cob, cuando todavía no lo habían hecho todos los líderes políticos. Subió hasta la tercera planta del edificio señorial, donde estaba la sala de reuniones, y saludó a los conocidos, a los periodistas y a los dirigentes que ya se encontraban allí. Todos charlaban, intercambiándose la poca información de la que disponían aún, especulando. El ambiente parecía tranquilo a pesar de las noticias. A un lado de la mesa de reuniones donde se iban a sentar estaba el escritorio que ocupaba el secretario. Encima había un teléfono. Al lado de la puerta de entrada, otro teléfono, público, colgado de la pared.

Ella cubría también en la radio la información del Partido Socialista i, el de Marcelo Quiroga. Por eso decidió quedarse cuando oyó que Marcelo estaba de camino hacia la cob. Debía regresar a la emisora, ya llegaba tarde, pero prefirió aguardar. Si lo hacía podría llevarse una declaración grabada de Marcelo para emitirla en el noticiero. Salió a esperarlo al rellano de la escalera. No tenía casi tiempo y nadie se le podía adelantar. Las palabras de Marcelo siempre merecían la espera. Más aún en un día como aquel.

Marcelo hablaba como escribía. Era un orador privilegiado. No necesitaba leer sus discursos. Era reflexivo y emocional. Tenía sentido del humor y vitalidad. Conectaba. Contagiaba su emoción. Quien le escuchaba, reaccionaba, para bien o para mal.

Se había convertido en un líder carismático. Era un hombre bueno que no temía enfrentarse al poder. Lo había hecho toda la vida. Durante los años sesenta, cuando fue diputado, se enfrentó al poder del general

René Barrientos. En esa época Barrientos fue primero dictador y luego presidente constitucional. Fue el hombre que dio la orden de ejecutar a Ernesto Guevara en La Higuera.

Para Quiroga, Barrientos era un general que debía ser juzgado como dictador. Había ido ya contra él en las páginas de su periódico como periodista, y contra él inició entonces, como diputado, un juicio de responsabilidades en el Congreso.

Pero enfrente no estaba solo Barrientos. Enfrente tenía a todo el sistema. Los militares controlaban todas las instituciones del país. El proceso judicial no avanzaba. Marcelo había recibido ya numerosas amenazas. Incluso le habían colocado tres bombas junto a su casa. Pero no se rendía. Estaba encerrado como protesta en el palacio de justicia la noche que fue secuestrado, apaleado y finalmente encarcelado durante cuatro meses. Salió libre, tan combativo o más que siempre. Su padre había fallecido de un infarto tras conocer la noticia de su secuestro.

Marcelo era el líder emergente de Bolivia. Lo mismo que hizo en los sesenta lo volvía a hacer ahora. En su punto de mira estaba Banzer, el dictador que acababa de dejar el poder. El objetivo: que fuera juzgado por los centenares de muertos y desaparecidos de su dictadura. Quiroga inició en el Congreso otro juicio de responsabilidades contra el general y sus cómplices.

Marcelo significaba tanta esperanza para los bolivianos como amenaza para los militares.

A LA selva no llegaban los rumores, pero sí las órdenes. Ese mismo año el teniente Guillermo Canedo había sido destinado a una nueva unidad de fuerzas especiales en Puerto Villarroel, ochocientos kilómetros al este de La Paz, en El Chapare. Canedo era uno de los mejores paracaidistas del país. Pertenecía a la Armada. Bolivia no tiene mar, pero sí Armada. Además del simbolismo que supone en su reclamación histórica frente a Chile, la Armada trabaja principalmente en la selva y en el patrullaje de ríos y lagos, como el Titicaca. La unidad acababa de crearse y Canedo debía entrenar a sus hombres para misiones selváticas.

Puerto Villarroel es un pueblecito en mitad de la nada del gran El Chapare. Hasta allí llega la selva del Amazonas. Para Canedo era una zona lindísima, el comienzo de la jungla boliviana. Para el resto del mundo El Chapare es ese lugar donde están las mayores plantaciones de coca. En esa época ya se traficaba. Se llevaba años haciendo. Pero los volúmenes se habían disparado.

Canedo conocía el narcotráfico. Veía las plantaciones, los camiones de los traficantes y las fábricas clandestinas artesanales de pasta base, el primer paso del proceso. Pero no hacía nada, no era su misión. Eso, en todo caso, era trabajo de la policía.

Las órdenes que había recibido el teniente Canedo eran otras: entrenar a sus soldados para crear la primera unidad de intervención en la selva de las fuerzas armadas de Bolivia. En eso estaba él, allí, en El Chapare, aislado de todo, donde no llegaban los rumores de posibles golpes ni de alianzas políticas ni de nada. Eso era cosa de La Paz y de quienes desde allí dirigían el país. Como mucho conocía las noticias que daba la televisión, pero ni siquiera estas interesaban a Canedo. La selva era la selva y él estaba en la selva. Hasta que llegaron nuevas órdenes.

En junio se le informó de que se estaba planificando un nuevo golpe y que lo lideraba García Meza. Canedo conocía al general. Fue su instructor cuando era cadete en el Colegio Militar. Le había visto montar a caballo y sabía que había ganado concursos de hípica. Pero, sobre todo, sabía que era un hombre muy estricto y muy, muy serio. Un general fuerte con numerosos seguidores. Un líder. El líder que los militares necesitaban frente a la amenaza que se cernía. La izquierda iba a gobernar el país y lo primero que haría sería ir contra ellos. Marcelo Quiroga y su cruzada contra Banzer lo demostraban. Solo un nuevo golpe llevaría la paz al país. Era la única solución. Lo necesitaban.

Aquella orden fue primero un anuncio. Se comunicó a los comandantes de las unidades por todo el país que el nuevo golpe estaba en marcha y se les pidió que tuvieran a sus soldados preparados, porque lo preveían para julio. Semanas más tarde, Canedo fue convocado a Cochabamba, la ciudad más grande cercana a El Chapare, donde se encontraba el mando de las tropas. Cuando llegó, le dieron sus órdenes para el día del golpe: debía controlar El Chapare.

El 17 de julio no fue un día normal para él, pero sí fue un día normal. Desplegó sus tropas por la zona desde primera hora, pero no hubiera sido necesario. La selva era la selva y en El Chapare no sucedió nada, todo estuvo tranquilo, cada uno a lo suyo, desde los campesinos a los soldados y los traficantes. Cumplió sus órdenes. El golpe en marcha parecía ir bien. El liderazgo de García Meza unía a las tropas. Canedo no había sentido un apoyo tan unánime y mayoritario en ninguno de los golpes previos que conoció.

—Todos, toditos, lo apoyábamos —nos dice él.

Pero todos, toditos, no.

Gary Prado Jr. era un adolescente todavía, pero había crecido respirando el aire viciado de la política. Su padre, de quien heredó su nombre y apellido, fue el hombre que con veintiocho años, como capitán de la compañía Ranger, capturó al Che. Aquella operación le dio unos galones que superaban cualquier distinción en la solapa. Prado se convirtió en un líder dentro del ejército. Era casi un mito. Pero Prado fue también el hombre que durante las horas que tuvo a Guevara como prisionero a su cargo lo trató como a un igual. Le llevó comida, café y cigarrillos y charló con él.

—¿Por qué han venido a Bolivia? —contaba Prado que le preguntó a Guevara.

—Tal vez nos equivocamos… —le acabó confesando él.

Antes de que terminara su guardia, Guevara le tendió a Prado dos relojes Rolex que llevaba y le pidió que los guardara para que no se los robara ningún soldado. Prado se los envió años después a la familia del Che en Cuba, cuando se normalizaron las relaciones diplomáticas entre sus países.

Prado fue uno de los escasos militares que no creían en los golpes y en el poder militar, sino en el de las instituciones. Las fuerzas armadas no debían estar en el Gobierno. Su postura le había acarreado ya muchas consecuencias. Entre ellas que, bajo el régimen de Banzer, se tuviera que exiliar de Bolivia. Su hijo Gary creció sabiéndose vigilado por

los espías de la inteligencia militar, que controlaban los movimientos y los contactos de la familia para averiguar qué hacía su padre.

Prado tenía muy buena relación con García Meza. Fue uno de los hombres que lo recomendó para su ascenso a general y sugirió también que sería un buen director del Colegio Militar. García Meza había enseñado a su hijo a montar a caballo. Prado, además, acababa de ser ministro. Entre 1978 y 1979 formó parte del Gabinete del general David Padilla, que se había autoproclamado presidente tras dar un golpe al hombre que se lo había dado a Banzer. Pero Padilla y su Gabinete no querían el poder, sino quitárselo a los militares. Convocaron elecciones e impulsaron así el proceso democrático.

García Meza, en cambio, no se había metido nunca en política ni participado en ninguna de las dictaduras de los años sesenta y setenta. Hasta que llegó el otoño de 1979 y el general apoyó el levantamiento de Natusch Busch y la represión. En aquel momento la relación con Prado se rompió.

La víspera del 17 de julio García Meza llamó al coronel Gary Prado. Se encontraron en el patio central del cuartel de Miraflores, la sede del Estado Mayor del Ejército en La Paz.

—Te vas a unir a nosotros porque vamos a golpear —le anunció García Meza.

—No, no me voy a unir —respondió Prado.

—¡Retírate! —le ordenó rabioso el general.

Al día siguiente los rumores se confirmaron. Era 17 de julio, jueves. La Paz amaneció como si fuera lunes, y el golpe de Estado ya no sonaba a runrún. Ese día Gary Prado Jr. no fue al instituto y se quedó en casa. Las paredes parecían estrecharse. La angustia por lo que iba a suceder se amplificaba. Su padre ya había sido perseguido por sus posiciones políticas. El día antes se enfrentó directamente con el líder del golpe negándole su apoyo. Todo podía suceder. Ya estaba sucediendo, de hecho. Este era ya un golpe inusual. Normalmente se golpeaba de madrugada, al amparo de la noche. En esta ocasión la operación se estaba desarrollando a pleno día.

Estaban a punto de dar las once cuando Marlene vio por fin a Marcelo Quiroga subir el último tramo de escaleras de la COB. Vestía un pantalón gris y una americana de cuadros sobre la camisa. No había llegado todavía arriba cuando ella le abordó diciéndole que quería grabar para la radio su valoración sobre lo que pasaba. Ya a su altura, Marcelo le pidió que esperase, era preferible hacerlo cuando terminase la reunión que estaba a punto de celebrarse. Ella lo urgió. No podía quedarse, debía regresar a la emisora, y no sabían cuánto se alargaría el encuentro. Él accedió, pero le pidió que antes le dejase respirar. Había llegado a la carrera a la COB y casi sin resuello al tercer piso.

—¿Cómo se va a escuchar mi voz si no? —le preguntó sonriendo.

Era un guiño cómplice entre ambos. Marlene le había dicho muchas veces que tenía una voz preciosa, que debería dedicarse a la locución y no a la política.

Marcelo parecía tranquilo. Incluso bromeaba. Esa mañana, en su casa, junto a su esposa María Cristina, la radio y la noticia sustituyeron a la música clásica que siempre ponía a primera hora. Salió de allí para dirigirse a la COB, y su mujer no le dijo que no fuera, que no lo hiciera, porque nadie en la familia le dijo nunca que no hiciera lo que hacía.

Marcelo había llegado clandestinamente al país, desde el exilio en México, en 1977, en los estertores de la dictadura de Banzer. Soplaban nuevos vientos. No solo en Bolivia, también en el continente. Con James Carter en la Casa Blanca, los tiempos de los dictadores en América Latina, aunque aún continuaran en el poder, parecían terminar. En Bolivia se había iniciado la transición democrática. El sangriento pero brevísimo lapsus de Natusch Busch fue una prueba de que los vientos soplaban a favor. Ya era hora de que todo cambiara.

Quiroga no solo se había enfrentado a la dictadura en su país. Allí inició el juicio contra Banzer, a quien también había atacado con dureza desde el exilio. Por Banzer se exilió con su familia a Chile en 1971. Pero de Chile tuvo que escapar también en 1973 cuando Augusto Pinochet llegó al poder y él se convirtió en un objetivo político.

Recalaron en Argentina, pero tampoco en su nuevo destino estuvieron a salvo. Quiroga figuraba en las listas de la Alianza Anticomunista Argentina. Un grupo de hombres lo esperaron un día a las puertas de la universidad donde daba clase. Marcelo huyó corriendo,

primero, y en autobuses y en un taxi, después. Algo bullía ya en el país y no podía quedarse a que explotase. La estrategia internacional del Plan Cóndor era efectiva. Los enemigos de unos eran los enemigos de todos.

Pocos meses antes de que se impusiera el Gobierno de la Junta Militar que encabezaba el general Rafel Videla, la familia Quiroga comenzó un nuevo exilio en México, donde Marcelo enseñó ciencia política en la Universidad Autónoma. Desde México volvería por fin furtivamente a Bolivia dispuesto a continuar las cosas donde las había dejado. Ahora era ya 1980, llegaba la democracia y todo aquello debía formar parte del pasado.

Marlene grabó la declaración de Quiroga. Le sintetizó en pocas palabras esa idea. Bolivia no podía volver atrás, la democracia era un proceso irreversible, se acabó el tiempo de los tiranos. Ambos se despidieron, Marcelo accedió a la sala de reuniones, donde lo esperaban, y Marlene bajó trotando las escaleras. En la puerta se cruzó con una compañera de la radio que llegaba para cubrir el encuentro. Ya en la calle Marlene se subió al microbús que la llevaba hasta la emisora.

Cuando llegó allí, la estaba esperando el director en la puerta.

—¿Qué ha pasado en la COB? —le interrogó.

Marlene le contó que aún no había sucedido nada, que se había marchado cuando estaban a punto de comenzar la reunión y se había quedado una compañera cubriéndola.

—No, algo ha pasado allá —le respondió él.

Marlene le miró sorprendida. No podía haber pasado nada porque acababa de regresar de allí. La única forma de despejar las dudas era preguntar. Subieron a la oficina para telefonear a la COB. Creían que no habría forma de conectar porque los teléfonos estarían saturados de llamadas. La reunión era uno de los epicentros de la noticia y todos, periodistas, políticos, trabajadores, querrían saber qué se había decidido, cuál era el plan ante un golpe que aún no había llegado a La Paz, pero que ya se sabía que era real. Se equivocaron.

Marcaron el número de los dos teléfonos de la central obrera, el que reposaba en la mesa del secretario y el general de la pared. Daban tono, uno, dos, tres, cuatro, cinco, hasta que se cortaba la llamada sin que nadie respondiera. Una, dos, tres veces. Al otro lado, silencio. Algo había pasado en la COB.

Todo sucedió demasiado rápido. Mientras Marlene abandonaba el centro de la ciudad subida al microbús, tres ambulancias blancas de la Caja de Salud con una cruz verde pintada en el lateral llegaron a toda velocidad a El Prado. Las seguían cuatro *jeeps* sin matrículas. A bordo, decenas de hombres, vestidos de civil, con armas automáticas. Cuando se abrieron las puertas traseras de las ambulancias ante la sede de la COB, los hombres entraron en el edificio en tropel con sus armas apuntando al frente. Fuera se desplegaron los que iban en los *jeeps*, controlando el perímetro, cerrando los accesos y disparando a la fachada.

La reunión fue más rápida de lo esperado. Ya estaba todo decidido. Se convocó un paro general del país y se llamó al bloqueo de las carreteras de acceso a La Paz a partir de las tres de la tarde. La respuesta del pueblo a los militares y su golpe. No solo no pasarían, sino que el país entero se bloquearía. Se leyó el comunicado y se anunció que todo había terminado allí. Cada uno se iría a organizar la respuesta y movilizar a los suyos.

Pero en ese momento entró en la sala Milton Guzmán, el cámara del Canal 7. El encuentro se había desarrollado tan rápido que no había llegado a tiempo para grabar la lectura del manifiesto. Todos necesitaban que la lectura fuera noticia, que los bolivianos lo viesen por televisión, que se difundiera. Decidieron repetir la lectura.

Ahí está la foto del momento. Los líderes de la izquierda boliviana se habían vuelto a sentar alrededor de la mesa del secretario de la COB. Sobre ella, el teléfono negro que ya nadie descolgó. Simón Reyes, líder de la central y fundador del Partido Comunista, se puso de nuevo sus gafas de pasta para leer el documento. A la derecha de la imagen, sentado, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda y un papel sobre ella, Marcelo parecía ausente, mirando a un horizonte que dentro del edificio no existía. En ese instante sonaron los primeros disparos. Habían abierto fuego en el exterior y cundía el pánico en el interior.

Una veintena de hombres armados subían ya los tres pisos. Algunos dirigentes se echaron al suelo, otros trataron de huir escaleras abajo y volvieron a subir o buscaron escondite en las diferentes estancias del inmueble. Ya arriba, los asaltantes, sin dejar de apuntar a los asistentes, los obligaron a levantarse y los agruparon.

A Milton Guzmán, que intentaba grabar lo que pasaba, uno de los asaltantes le arrebató la cámara, la abrió y extrajo la película de dieciséis milímetros para velarla. En medio del caos algunos asistentes lograron escapar o esconderse.

A la mayoría la bajaron a punta de fusil por las escaleras hasta la calle. En el camino de bajada uno de los paramilitares reconoció a Marcelo. Intentó apartarlo del grupo y este se revolvió. Una ráfaga de ametralladora atravesó la escena. Las balas alcanzaron el cuerpo de Quiroga, que se desplomó. También cayeron el sindicalista Gualberto Vega y el diputado Juan Carlos Flores.

Quienes bajaban a su lado se cubrieron la cabeza con los brazos. Trataron de protegerse y de huir saltando sobre los cuerpos de sus compañeros caídos. Algunos lograron salir a la calle y corrieron a guarecerse en los edificios contiguos. A casi todos, apelotonados, los siguieron encañonando camino de la calle, primero, y en el interior de las ambulancias, después. Desde una ventana de otro inmueble, un testigo vio cómo dos de los asaltantes salieron sosteniendo a Marcelo entre ellos y lo introdujeron en uno de los vehículos. Lo mismo hicieron con Flores. Atrás solo quedó Vega, muerto en la escalera.

Menos de quince minutos.

Demasiado duro.

Las ambulancias atravesaban de nuevo la ciudad.

El golpe ya era real.

En la sede de radio Continental Marlene y sus compañeros aún no sabían exactamente qué había sucedido en la COB, pero sí que habían allanado el edificio. También recibieron las primeras noticias de que Radio Fides, la principal emisora del país, estaba siendo atacada. Ellos podían ser los siguientes. Una radio sindical, dada la fuerza de los sindicatos en el país, era una amenaza para los militares, una voz que querrían silenciar. Decidieron esconder rápidamente archivos y grabaciones en altillos secretos del edificio, todo aquello que pudiera convertirse en pruebas contra ellos o que los golpistas quisieran eliminar. Después, abandonaron el edificio, cada uno por su lado.

Tratarían de esconderse en sus casas y esperar acontecimientos. Ya no eran las noticias de Trinidad, esto era fuego real. En el camino, Marlene se cruzó con varios *jeeps* que se dirigían hacia la emisora.

Al mismo tiempo, otras tres ambulancias y varios camiones del ejército llegaron a la Plaza Murillo y estacionaron ante el Palacio Quemado. Dentro continuaba la presidenta Gueiler con su gabinete de crisis. Minutos antes había pasado por allí Hernán Siles Suazo, el presidente electo, junto a los líderes de su coalición para mostrar su apoyo a la presidenta, pero se marchó antes de que llegasen los atacantes.

Los paramilitares irrumpieron en el palacio presidencial. A la cabeza iba Fernando Monroy. Lo conocían como el Mosca. Al Mosca se lo ha asociado con los Novios de la Muerte, se lo ha considerado uno de los hombres de Fiebelkorn. Incluso se le identifica en una foto publicada recurrentemente en la que los mercenarios posan armados y vestidos de camuflaje. Pero no es el hombre de la foto. Aunque los conocía y los frecuentó en Santa Cruz, no fue uno de ellos, es parte de la leyenda de la banda. Pequeño, oscuro y duro, el Mosca era un extremista de derechas, ahora brazo ejecutor de los militares.

El Mosca llegó al palacio furioso, con los ojos hinchados de ira, empuñando un revólver y liderando a sus hombres. Detuvieron a los ministros y los encerraron en una de las estancias del edificio. La escolta militar del palacio no había hecho nada para frenarlos. Pero el Mosca quería llegar hasta la presidenta. Gueiler corrió a encerrarse en el despacho presidencial y hasta allí la persiguieron. Ella ya estaba dentro, pero no se había cerrado la puerta aún cuando el edecán de la presidenta, el único hombre que la defendía ya, se enfrentó al líder paramilitar. Ambos se apuntaban ahora con sus armas por el resquicio de la puerta.

Pero era un hombre solo frente al batallón de asalto. No había forma de detenerlos. Se rindió. Abrir fuego habría supuesto su muerte segura y probablemente la de la presidenta.

Gueiler y sus ministros fueron apresados. A ella la condujeron a su residencia oficial. A ellos, al Cuartel de Miraflores. Allí habían llevado

también a los arrestados en la COB. Habían caído el poder sindical y el político.

Una hora antes, Pachi Ascarrunz había dado la orden a su equipo: inutilicen la cadena, corten las transmisiones. Tres de sus técnicos se desplazaron a la planta de transmisiones en El Alto para hacerlo. Las imágenes del llamamiento de la COB no podrían emitirse, en realidad jamás se verían porque no existen. Tampoco los golpistas se dirigirían a la población a través del canal hasta que, días después, llegó un nuevo transmisor desde Buenos Aires. La dictadura argentina apoyando a la boliviana.

MARÍA SOLEDAD dejó su apartamento en Cochabamba y se dirigió hasta la casa de sus tíos para comer, como habían acordado a primera hora. Cuando llegó, fueron ellos quienes le contaron que algo había sucedido en la COB y que su padre estaba allí, pero aún no tenían más información. La familia se temió lo peor.

Todas las noticias circulaban ya por el país. Los paramilitares habían atacado la COB, habían asaltado radios, periódicos y la televisión y se habían adueñado del palacio presidencial. En las calles de La Paz comenzaron las manifestaciones. Se levantaron barricadas en algunas avenidas, los obreros se atrincheraron, los estudiantes se agruparon. Frente a ellos comenzaron a desplegarse ya los tanques del ejército. Era la segunda fase. Tras el ataque inicial de los paramilitares, eran los militares quienes debían controlar el país. Violentamente. Reprimiendo cualquier oposición.

La fuerza que exhibieron resultó brutal. Suficiente para atemorizar a la población y cercenar la resistencia. Los disparos y cañonazos tronaron en la ciudad, pero también resonaban aún los ecos de los de noviembre durante la represión de Natusch Busch, los de los disparos que acribillaron al padre Espinal, los de la explosión de la avioneta de Paz Zamora y los de la detonación de las granadas en el mitin final de la campaña electoral. Todo cuadraba. Todo se entendía en este momento.

Los bolivianos sabían que, si querían guerra, la tendrían, e iban a perderla.

Poco a poco las calles empezaron a vaciarse. Los líderes políticos y sindicales ya se habían ocultado. Sabían que el siguiente paso sería que fueran a por ellos. La población intentó abastecerse de alimentos, por lo que pudiera pasar, y correr a sus casas. Las patrullas policiales recorrieron durante la tarde las calles de la ciudad pidiendo a todos que se replegasen para salvar sus vidas, porque los militares tenían orden de disparar sin preguntar. Solo en las zonas mineras se prolongaría varios días la resistencia al golpe.

A última hora de la tarde de aquel 17 de julio de 1980 se consumó el cambio.

Gueiler fue obligada a dimitir. Le llevaron su carta de renuncia ya escrita. Solo faltaba su firma. Ese día fue recluida en la Nunciatura Apostólica, la embajada del Vaticano en el exterior. De allí salió a final de verano para irse a Lima, primero, y a París, después: al exilio. Bolivia vivía un estado de excepción y los militares decretaron el toque de queda. Nadie podía salir a la calle entre el anochecer y el amanecer.

En todas las radios tronó incansable la marcha militar Talacocha.

Y Luis García Meza, el mejor jinete del ejército, el jefe respetado por sus subordinados, el general que nunca había dado un golpe ni había combatido, se arrogó el poder en el Palacio Quemado.

Gary Prado Jr. fue testigo de todo desde la ventana de su casa. Vivía en el centro en un octavo piso, a una manzana del palacio presidencial. Desde allí observó el ir y venir de vehículos al palacio. Su padre no estaba con ellos. Fue arrestado y permaneció detenido en el Estado Mayor. Con ellos o contra ellos. La víspera se convirtió en enemigo de un régimen que todavía no existía. En su casa, su hijo cogió su videocámara y grabó desde la ventana. Llevó la cinta semanas después a la sede de la nunciatura, donde había permanecido recluida la presidenta Gueiler, como una prueba del golpe, pero nunca más supo de ella. También esta cinta desaparecería.

La noticia de un golpe de Estado en Bolivia era noticia, pero tampoco tanto. Un golpe más en un país en el que eran frecuentes. Bolivia, además, no llamaba la atención internacional, no tenía gran

repercusión. Mike Levine estaba aquel día en su despacho de la embajada en Buenos Aires. Allí se enteró del golpe a través de sus compañeros y conoció su desenlace por las noticias de televisión. Pensó inmediatamente en la familia de Lucy, su confidente, que vivía en Santa Cruz.

Hacía muy pocos días que Lucy se había presentado desesperada en la embajada suplicándole ayuda. Los rumores de que se tramaba algo fuerte en el país crecían y a su familia le había llegado ya un extraño aviso. Su hijo le había telefoneado diciéndole que unos hombres armados rodeaban su casa. Se los había descrito como gringos —así llamaban los bolivianos a los estadounidenses y por extensión a muchos extranjeros— vestidos con ropa oscura, sombreros de vaquero y gafas de sol.

Lucy acudió a Levine porque no lograba contactar con su familia y no sabía qué sucedía. Pero Levine no podía hacer nada. Solo insistir con el teléfono. Eso hicieron durante un largo rato de angustia, hasta que finalmente Lucy habló de nuevo con su hijo.

Le contó que los hombres se habían identificado como agentes federales estadounidenses, aunque su inglés sonaba raro y algunos de ellos hablaban español. Igual que habían aparecido, se habían retirado.

Levine sabía que no eran agentes de su país, pero no quiénes eran realmente. Ahora, frente al televisor, tampoco sabía dónde y cómo estaría la familia de Lucy ni qué estarían haciendo esos hombres.

Allí, en Santa Cruz, el golpe no fue como en La Paz. Los paramilitares, primero, y los militares, después, controlaron enseguida la ciudad. Nadie se echó a las calles para enfrentarse a los golpistas.

Los Novios de la Muerte de Fiebelkorn ni siquiera tuvieron que intervenir. El alemán los llamó y los citó en su casa. La ciudad estaba en calma, calma tensa pero calma, y ellos no debían hacer nada. Celebraron la jornada posando en formación delante de un tanque. Algunos de ellos, como el chileno Gwinner, no sabían de dónde había salido el tanque. Tras la foto, se dispersaron. Gwinner regresó a casa con su

esposa y sus hijos. Si los necesitaban, Fiebelkorn los llamaría. Aquel día iba a comenzar su reinado en Santa Cruz.

Los extremistas bolivianos, los jóvenes como Darwin Prado a los que habían entrenado los Novios de la Muerte, patrullaban triunfales por la ciudad, orgullosos de haber cumplido su misión; aunque su misión, realmente, no había tenido lugar, no habían disparado ni una bala.

También en el selvático y aislado El Chapare, Guillermo Canedo se congratuló por haber cumplido las órdenes sin ningún incidente. Los suyos habían triunfado. Ahora tocaba enderezar el país, despejar el caos en que lo habían sumido los políticos. Pero eso era ya un asunto de los generales y coroneles de La Paz.

Allí, Marlene corrió a casa al encuentro de su hijo. De camino, como todos, compró algunos alimentos. Ya sabía que lo que venía no sería suave, ni fácil ni corto. En el caso de Gloria Ardaya y Pachi Ascarrunz, no se trataba solo de refugiarse, sino de esconderse. Ambos estaban involucrados en política y sus nombres aparecerían en las listas de los enemigos de la dictadura que acababa de imponerse.

A los arrestados en la COB, en los medios de comunicación y en el palacio presidencial los llevaron a Miraflores. Allí los tuvieron secuestrados, recluidos en las caballerizas donde descansaban los caballos que montaba con maestría García Meza. Los inmovilizaron en el suelo de paja sucia con la cara metida en el estiércol. Tan humillados entre las heces de los animales como atemorizados. Entre ellos no estaba Marcelo Quiroga.

Si el golpe fue impactante, también lo fueron las primeras horas de la nueva dictadura. No solo fue un golpe a pleno día, sino, sobre todo, uno ejecutado por paramilitares. Era la primera vez en la historia del país que los militares subcontrataban un golpe. Esos hombres vestidos de civil, fuertemente armados y rabiosos, como el Mosca Monroy, fueron quienes ejecutaron las órdenes de entrar y matar y abrieron la brecha que después ensancharon los tanques regulares. Nunca se había planificado un levantamiento como aquel. No existe hoy ningún documento ni testimonio que sitúe a Klaus Barbie aquel día. Solo sus

propias palabras. Tres años más tarde se exculparía de lo sucedido diciendo que él no participó en el golpe y que el 17 de julio de 1980 estaba en su casa de Cochabamba, lejos de La Paz. La realidad es que jamás un militar boliviano había ideado una operación como esta.

Pero, una vez tomada La Paz y anulada la oposición, irrumpió otra noticia impactante.

No sorprendió que el general García Meza fuera el jefe. Era un hombre de prestigio entre los suyos, un buen líder. Pero sí lo hizo el nombre de su mano derecha, el del coronel que iba a ser inmediatamente nombrado ministro del Interior: Luis Arce Gómez.

Al contrario que García Meza, Arce Gómez, Lucho, como lo llamaban sus camaradas, tenía fama en el ejército de hombre violento. Lo habían apodado El Loco. Antes le dijeron también Malavida. Lucho no poseía prestigio ni galones. De hecho, había sido apartado del ejército en dos ocasiones por insubordinación. De todo se había repuesto. Había logrado incluso dirigir aquel Departamento II del Ejército, el servicio de inteligencia de las fuerzas armadas. Suyo era el poder que otorga la información. Y ahora iba a mandar en Interior, el Ministerio más poderoso del país.

Mientras los primeros nombramientos se sucedían, María Soledad Quiroga viajó desde Cochabamba a La Paz para estar con su madre y su hermano. No sabían todavía qué había pasado con su padre, solo que era uno de los desaparecidos tras el asalto. Pero si habían ido a por él, podían ir también a por ellos. La familia se refugió en la embajada mexicana. Allí solicitaron asilo y de allí salieron semanas más tarde para regresar a México. Aún estaban en la embajada con un centenar de asilados más, todos perseguidos políticos del nuevo régimen, cuando les comunicaron que su padre había muerto.

Se lo anunció al tío de María Soledad un coronel conocido suyo. Este le contó al hermano de Marcelo que había oído en el Estado Mayor que lo habían matado.

—No lo busquen —añadió.

Días más tarde fue a una hermana de Marcelo a quien un sacerdote le entregó un paquete lleno de cenizas. Iba de parte del nuevo Gobierno. Le dijo que eran los restos de Marcelo. La familia las recibió entre el *shock* y la incredulidad. No tenían prueba alguna de que realmente fueran las cenizas de Marcelo. Creían que se trataba de una estratagema, la forma de quitárselos de encima, de que no protestasen ni reclamasen la verdad. La verdad, como la democracia y la libertad, estaba ya también en su poder. La familia tardó años en analizar aquellas cenizas. Lo hicieron finalmente sendos laboratorios en Cuba y en Estados Unidos, pero las pruebas solo pudieron determinar que eran cenizas de un cuerpo humano.

Han pasado más de cuarenta años. Tres generaciones —la madre de Marcelo, su esposa y sus hijos y sobrinos— han peleado desde entonces por la verdad. Sin éxito. Aquel 17 de julio de 1980, Marcelo Quiroga fue tiroteado en la COB. De allí salió arrastrado por dos paramilitares. Nunca lo encerraron con el resto de los compañeros en las cuadras del cuartel de Miraflores. Nunca más se supo de él.

De su muerte lo único que hubo, muchos años después, fueron unas fotografías del cadáver. Las realizaron los militares y alguno de ellos las debió vender, porque una revista alemana las acabó publicando.

A finales de los noventa se juzgó a los responsables de la dictadura. Fue el primer juicio del continente contra un dictador. A partir de esas imágenes, analizando las magulladuras del cuerpo, un forense dictaminó entonces que Quiroga fue torturado. Aún estaba vivo cuando se lo llevaron de la COB. Pero no hubo forma de establecer cuánto más tiempo lo estuvo ni cómo murió. El cuerpo nunca apareció. Todavía no lo ha hecho. La familia lleva más de cuarenta años reclamando los restos. Jamás ha sabido qué sucedió con el cadáver ni quién mató realmente a Marcelo.

Es UN domingo de diciembre de 2023, son las dos de la tarde y llueve sobre El Alto. Junto a la puerta de acceso a la cárcel de máxima seguridad de Chonchocoro hacen cola una docena de mujeres menudas que cargan bolsas con la comida que han cocinado durante la mañana.

Algunas van acompañadas de niños que juegan bajo el agua mientras se quejan por la espera.

—¡Guardias, abran, llueve! —chillan.

Al otro lado de la valla, en la caseta de control, dos hombres uniformados de verde contemplan impasibles la escena. Veinte minutos después se abre por fin la verja. Dentro de la prisión, pasado el control de seguridad, si no se conoce el inmenso recinto, es necesario conseguir un taxi para llegar al módulo que uno busca. Allí le dicen un taxi a un preso con buena conducta al que permiten colocarse un chaleco amarillo, averiguar dónde están los presos cuyas visitas acaban de llegar y llevar a estas hasta ellos a cambio de una propina. Nuestro taxi conoce a nuestro preso.

—Mi Killer —le llama.

Atravesamos tres controles de seguridad. Verjas con presos a ambos lados que ofrecen a las visitas, por unos bolivianos, llaveros con vírgenes de madera talladas por ellos. Al fin estamos dentro.

Dentro es dentro, en el corazón de la cárcel, donde ya no hay guardias ni controles. El taxi nos lleva hasta una de las celdas, a la derecha de un largo y ancho pasillo. Entra y anuncia la visita como si fuera un mayordomo

Sentado en la cama de su habitación individual está Froilán Molina Bustamante, octogenario ya, compacto, pelo zaino y piel cobriza. Apenas se sorprende —o, si lo hace, disimula— por la visita imprevista. Tras la cama, colocada sobre un estante, su ropa doblada; a los pies, en alto, un televisor; frente a la cama, un pequeño escritorio de madera con una silla sobre el que reposa un libro encuadernado en espiral con lecturas y lecciones del Evangelio. A Molina lo conocen como el Killer. El Killer Molina. Fue sargento del ejército. Está condenado por el asesinato de Marcelo Quiroga.

Molina fue sentenciado en 2007 a treinta años de prisión por los hechos del 17 de julio de 1980. Pero Molina estaba entonces fugado. La policía tardó nueve años en encontrarlo. Vivía tranquilamente en la zona sur de La Paz, en una casa protegida con cámaras, y contaba con la complicidad de su familia y amigos. En 2020, sorprendentemente, un juez le permitió salir de la cárcel para que viviera bajo arresto domiciliario. Estaba de nuevo libre. La familia de Quiroga presionó,

como llevaba años haciendo, para que se cumpliera la condena, y en 2022 fue detenido de nuevo y conducido otra vez a Chonchocoro.

Molina fue, según la sentencia, uno de los terroristas que asaltó la COB, que subió las escaleras, que apuntó a los hombres allí reunidos, los agrupó y los hizo bajar hacia la calle. Y el ejecutor que, cuando reconoció a Quiroga en el tumulto, lo ametralló.

María Soledad Quiroga se lamenta aún de los años que Molina vivió libre, cobrando su pensión del ejército pese a ser un condenado supuestamente buscado por la policía. Supuestamente. Para ella lo sucedido es un síntoma del poder que todavía tienen los militares en Bolivia, que no quieren remover el pasado ni desenterrar a los muertos.

Molina es también el hombre que, como creyeron los bolivianos en 2016 tras su detención, podía revelar por fin qué hicieron con el cuerpo de Marcelo y dónde lo enterraron.

Marcelo ni siquiera es un muerto de la dictadura. Es un desaparecido. Un cadáver ausente para una familia que ni siquiera tiene el consuelo de ir a llorarlo a un cementerio y para un pueblo que querría depositar flores en su tumba, como no ha dejado de hacerlo en la del padre Espinal desde que lo mataron.

El Killer cuenta que allí en Chonchocoro ha visto la luz y está encontrando la paz. Cada mañana coge su libro fotocopiado y acude a una reunión de grupo en la que leen y comentan el Evangelio. Ahora trata de conseguir un diccionario bíblico para continuar aprendiendo. El Killer no rehúye las preguntas, aunque no conozca a la visita. Sentado en la cama, habla de sus charlas religiosas, de los libros que lee o de que allí vive bien y sabe que ya no saldrá. Molina fallecerá meses después de nuestro encuentro. Pero sus respuestas sobre la muerte de Marcelo añaden aún más preguntas al caso.

El 17 de julio de 1980 Molina atravesó La Paz camino de la sede de la COB en una de las ambulancias que el ejército había requisado previamente en la Caja de Salud. A su lado iba una decena de hombres sin uniforme con las manos aferradas a sus armas automáticas. Eran todos paramilitares, civiles organizados, jerarquizados y fuertemente armados. Molina estaba allí como enlace del ejército para informar después de cómo había transcurrido todo.

A Molina lo identificaron como el ejecutor de Marcelo uno de los asistentes a la reunión de la COB y uno de los paramilitares que la asaltaron. Él lleva años diciendo —también nos lo cuenta a nosotros— que él no fue quien disparó, que su labor era observar pero no actuar, y que quien lo hizo fue Rubén Darío Fuentes, un paramilitar. En todos estos años, el suyo y el de Fuentes no son los únicos nombres que han salido a la palestra. Hay testimonios que señalan a Franz Pizarro Solano, otro civil. Del cuerpo, de qué pasó, de qué hicieron con él, nada.

—¿Y Klaus Barbie? —le preguntamos.

—Le vi muchas veces en el cuartel de Miraflores, pero yo nunca lo traté. Era demasiado alto para mí. Yo solo era sargento.

Le preguntamos también por Roberto Suárez. Si sabe quién es y si lo conoció. Molina confirma que lo conoce. Aunque nunca trató tampoco con él, lo vio acudir a algunas reuniones con Arce Gómez.

—Y a Pablo Escobar —añade sin que le hayamos preguntado por él.

María Soledad recuerda hoy la época en la que vivían en Ciudad de México, antes de que su padre regresara a Bolivia en 1977. Ella era una adolescente y ambos paseaban con frecuencia por el Parque Hundido mientras charlaban sobre política, sobre el mundo, sobre residir por obligación lejos de su país, pero también sobre la vida. La que iniciaba ella y la que atravesaba él. Marcelo se consideraba un escritor. Soñaba con serlo, con pertenecer a esa generación inigualable que representaban Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa o Julio Cortázar.

La política era una obligación que le había impuesto la vida, le confesaba a su hija mientras caminaban entre los setos del parque o contemplaban las piezas arqueológicas centenarias salpicadas por el recinto. En 1980 llevaba ya varios años escribiendo su segunda novela. Se titulaba *Otra vez marzo*. Su muerte prematura, su asesinato, dejó el manuscrito inconcluso.

En una de sus páginas escribió: «Otra vez marzo, otra vez junto a ti». Su hija interpreta aquella anotación como la felicidad de su padre por

regresar a la escritura, que era lo que soñaba que fuese su vida, a donde volvía cuando le dejaba la política, que fue su muerte.

Otra vez marzo. Pero siempre 17 de julio de 1980. El día que se fundó el primer narco-Estado de la Historia. Un jueves con sabor a nunca.

6. El narco-Estado

Primero, los negocios. Después, las mujeres. O no... La agenda podía cambiar.

Aquel día la prioridad eran las mujeres. A Roberto Suárez le gustaba contar esta anécdota. Se vanagloriaba de ella, sobre todo cuando, al final de su vida, echaba la vista atrás y recordaba los que consideraba sus años de gloria. Aquellos en los que fue el rey de la cocaína. El único rey de la cocaína, como todavía presumen algunos bolivianos. O el primer rey, lo que quizá sería más exacto. El trono al que decía que no había aspirado, pero que el destino puso en su camino.

Aquel día Suárez se reunía con sus socios colombianos, con Pablo Escobar y con Gonzalo Rodríguez Gacha. A Rodríguez Gacha todos lo llamaban el Mexicano, pero no lo era. Había nacido en Cundinamarca, en el centro de Colombia, dos años antes que Escobar. Rodríguez Gacha fue uno de los fundadores del cartel de Escobar, era su mano derecha. Llegaría a ser también, pocos años después, el jefe militar de la organización cuando esta ya contaba con un ejército de centenares de pistoleros. Se lo conocía como el Mexicano porque le entusiasmaba todo lo relacionado con México, especialmente la música de los mariachis, que se convirtieron en su mayor excentricidad.

Aquel día los tres socios estaban relajados. Todo iba bien, muy bien, y los negocios pasaron a un segundo plano. Se les fue calentando la boca. Los tres presumían de tener a las mujeres más guapas, y no se referían a aquellas con las que estaban casados. Para demostrarlo hicieron una apuesta. Volverían a encontrarse allí, en Santa Cruz, dos semanas después, y cada uno llevaría una acompañante y votarían por

su belleza. El que perdiera de los tres pagaría la fiesta ese día. Ellos mismos, por supuesto, serían el jurado de su concurso.

Cumplido el plazo, Escobar y Rodríguez Gacha viajaron a Santa Cruz, cada uno con una mujer jovencísima y lindísima, como contaba Suárez. Pero Suárez se presentó sin la suya. A última hora le falló la cita y no tuvo margen para reemplazarla. Había perdido la apuesta antes siquiera de que descendieran del avión y así se lo reconoció a sus amigos. Como perdedor, a él le tocaba correr con los gastos.

Los colombianos, con sus parejas, y Suárez se dirigieron al hotel Los Tajibos. Suárez había celebrado su cumpleaños en los jardines de este hotel la noche que se alejó con Altmann y este le reveló que se estaba preparando el golpe de Estado y que lo necesitaban. También allí se había reunido Arce Gómez con sus colegas de la dictadura argentina en el marco del Plan Cóndor.

Los cinco subieron a la *suite* que Suárez tenía reservada. El boliviano ejerció de perfecto anfitrión. Había comida y mucha bebida, sobre todo mucha bebida, con la que él mismo se ocupaba de rellenar las copas de sus socios, asegurándose de que estuviesen siempre llenas. Mientras, él bebía a sorbos y observaba atento cómo evolucionaba la velada. Pasado un rato de fiesta, Escobar y Rodríguez Gacha se quedaron, literalmente, noqueados. Suárez no se lo confesaría nunca, pero les había drogado. Él continuó la fiesta durante toda la noche con las dos chicas que estos habían llevado.

—¿Quién ganó, eh? —preguntaba Suárez para rematar su historia, inflado de orgullo, con una sonrisa atravesada y los ojos brillantes.

Suárez y Escobar provenían de orígenes diferentes. El primero era de familia terrateniente, de una estirpe de emprendedores y empresarios que habían hecho fortuna durante varias generaciones. Eran los reyes del reino del Beni, que era otra Bolivia dentro de Bolivia. No pertenecían a la élite política de La Paz ni a la empresarial tradicional de Santa Cruz, pero el poder económico y social los hizo formar parte de la aristocracia del país. Los Suárez eran, incluso, leyenda.

El otro venía de abajo. Escobar había nacido en 1949 en Rionegro, a menos de cuarenta kilómetros de Medellín. El abuelo de Escobar, Roberto, era contrabandista de alcohol. Su padre, Abel de Jesús, trabajaba en la agricultura, y su madre, Hermilda, era maestra de escuela. Pablo era el segundo de siete hijos, pero el favorito de su madre, el mimado de la casa, como ella misma contaría a los biógrafos de su hijo. Un chaval astuto y perspicaz —decía ella— que ya desde muy joven andaba buscando la forma de hacer dinero. Cualquiera era buena. Hasta vender lápidas robadas del cementerio de San Pedro de los panteones de los ricos de la ciudad.

Pero Suárez y Escobar compartían algo: la visión del negocio de la cocaína. Escobar se había iniciado en el narcotráfico a comienzos de los años setenta. Tras acabar el bachillerato y abandonar los estudios de Economía en la universidad, empezó a trabajar para Alfredo Gómez López, que era entonces el rey del contrabando de marihuana en Colombia. Era esa época en la que la hierba colombiana empezaba a traficarse hacia Estados Unidos, abriendo rutas e implantando un modelo que, pocos años más tarde, se usaría para la coca.

A mediados de los setenta, Escobar ya estaba metido en la cocaína. Incluso había sido detenido por ella en 1976, tras descubrirse droga en la llanta de un coche con el que regresaba de Ecuador. Pero Escobar empezaba también entonces a acumular poder. Tres meses después se revocó la orden de detención. Una jueza quiso reabrir el caso, pero desistió tras ser amenazada. Un año más tarde mataron a dos de los policías que lo habían arrestado.

Escobar era un intermediario. Conseguía la pasta base en Bolivia, sobre todo, o en Perú, los únicos productores de plantas de coca. Destacó rápido en el negocio. Lideraba los convoyes de droga y se ocupaba de pagar los peajes necesarios a la policía para que no los detuviera. Era un tipo serio que, además, no consumía cocaína ni bebía en exceso, al contrario que otros compañeros de negocio, y eso le hacía sobresalir. Pero era, sobre todo, un hombre ambicioso.

Ya en aquellos años supo que el negocio era mucho más jugoso si se controlaba al completo, sin trabajar para otros ni limitarse a una parte de la cadena, y él tenía la capacidad para abarcar todo el proceso. Disponía de los contactos para conseguir la pasta base en origen, el conocimiento

y los medios para procesarla en laboratorios en Colombia y las rutas para llevarla a Estados Unidos.

A Escobar solo le faltaban socios para crear su propia organización. A finales de los setenta se asoció con los hermanos Ochoa (Jorge Luis, Juan David y Fabio), de familia de terratenientes y ganaderos ricos de Antioquia (como los Suárez en Bolivia). Los Ochoa le daban el conocimiento empresarial que a él le faltaba y necesitaba. A ellos se sumaron Carlos Lehder, que controlaría las rutas aéreas a Estados Unidos, y su compadre Rodríguez Gacha.

Aquel no fue el comienzo del narcotráfico colombiano. Otros habían sentado ya las bases del negocio: la compra en origen de la coca, las rutas hacia el norte y la distribución final. Tampoco fueron la primera organización colombiana de este tipo. Ni siquiera la pionera de su ciudad. Pero aquel fue el comienzo de lo que se conocería después como el cartel de Medellín, bautizado así por la DEA cuando se convirtió, en palabras de la agencia, en el sindicato criminal más rico y temido del mundo.

Esa es la época en la que los caminos de Roberto Suárez y Pablo Escobar se cruzaron, primero, y se unieron, después. Escobar conocía ya Bolivia. Llevaba tiempo viajando allí para comprar pasta base de coca. Pagaba por ella ese precio de gallina muerta del que hablaba Suárez. Apenas valía nada. Al menos en comparación con el precio final que alcanzaba en el mercado emergente de Estados Unidos.

A SUÁREZ le gustaba celebrar sus cumpleaños. El 8 de enero de 1980 lo había hecho con esa cena en los exclusivos jardines de Los Tajibos. Solo un año después habían sucedido tantos acontecimientos en Bolivia que el panorama había cambiado totalmente. Y lo haría aún más en los siguientes meses.

Suárez cumplía cuarenta y nueve años y para festejarlo, porque la familia tenía muchos motivos de celebración, sus hijos organizaron una fiesta en su casa de Santa Cruz.

Fiebelkorn y sus secuaces se ocuparon de la seguridad. Altmann figuraba entre los invitados. También Arce Gómez, el ya poderoso

ministro del Interior de la nueva dictadura. Pero no fue su presencia la que más impactó a Levy, la esposa de Suárez. No conocía a todos los invitados, pero dos colombianos jóvenes atrajeron su atención. Ni siquiera iban bien vestidos.

Su marido se los presentó como dos socios para el negocio agropecuario que había iniciado con el Gobierno. Se llamaban Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha. Durante los minutos que charló con ellos, Levy se percató de que ambos tenían una mirada escurridiza. A Rodríguez Gacha, que llamaba a su esposo tío Roberto, apenas le entendía las pocas palabras que decía. Escobar, en cambio, era charlatán y adulador.

—Ave María Purísima, don Roberto, no me voy sin que me regale dos de esos gaticos —saltó, de pronto, Escobar.

Algo había distraído su atención y le hizo dar un brinco. Mientras los cuatro conversaban, Roby había ordenado a sus empleados que encadenaran a un árbol a la pareja de jaguares que la familia tenía en la finca. Su padre se había hecho con aquella pareja de felinos como animales de compañía. Parecía así capaz, incluso, de conquistar la naturaleza indómita de su infancia. Eran inofensivos para ellos, pero con tantos invitados los animales podían alterarse.

La conversación terminó con una invitación de Escobar a Levy para visitar su país, que ella agradeció por educación. No le gustaban aquellos hombres ni le cuadraban como socios de su marido. Durante el almuerzo no les quitó ojo. Apenas hablaban con nadie, y el más callado explotó de alegría cuando un grupo de mariachis entonó el célebre *El rey* para Suárez.

«Con dinero y sin dinero yo hago siempre lo que quiero y mi palabra es la ley. No tengo trono ni reina, ni nadie que me comprenda, pero sigo siendo el rey», dice el famosísimo estribillo.

Levy también se fijó en que ambos se marcharon los primeros en cuanto terminaron de comer, y que antes de hacerlo hablaron con Arce Gómez, que los acompañó hasta la puerta y pidió a su ayudante personal que los llevara al aeropuerto en su coche oficial. Entrada ya la noche, cuando se fueron todos los invitados, Levy le preguntó a su marido cómo es que él, descendiente del rey de la goma, hijo del rey del ganado,

patriarca de la Casa Suárez, podía tener relación con ese par de bandidos.

—La participación de ese par de bandidos, como vos los llamás, es fundamental para sacar al país de la pobreza —contaba ella que le respondió.

Resulta imposible saber hoy en qué momento exacto entró Roberto Suárez en el narcotráfico, ni cómo lo hizo. No lo sabe ni siquiera su familia, que descubrió que su padre había diversificado el negocio de la Casa Suárez cuando ya estaba metido en ello. Suárez se lo ocultó a su esposa hasta que ya no pudo seguir haciéndolo. El narcotráfico ya no era solo una operación económica, un millonario negocio ilegal, sino toda una operación de Estado que había financiado un golpe militar.

A finales de los años setenta ya corría el rumor de que existía un rey de la coca donde nunca había habido ni siquiera príncipes de la droga. Fue antes de que terminara la década cuando la confidente Lucy se presentó en el despacho de Levine en Buenos Aires para pronunciar en su presencia, por primera vez, el nombre del fantasma que controlaba mayoritariamente la coca boliviana. En esa época es cuando creen los Suárez que su padre se metió en el tráfico de cocaína. Así la historia cuadra. También las versiones. Menos la del propio Suárez.

Al final de su vida contaba que le propusieron entrar en el negocio en 1979. Lo hicieron dos coroneles de la policía que lo visitaron para planteárselo. Él traficaría y ellos le darían cobertura. Suárez rechazó la propuesta. La segunda vez lo habría propuesto su primo, Arce Gómez, en la reunión en La Paz para la cual Altmann le transmitió en persona la invitación. Aquel día el coronel le dijo que no debían satanizar las drogas, que a fin de cuentas eran un recurso natural.

Arce Gómez ya estaba entonces metido en el negocio. Con su empresa de alquiler de avionetas no solo hacía traslados o eliminaba enemigos, como había sucedido semanas antes del golpe con los dirigentes políticos. También traficaba. Llevaba años en el negocio. Pero de esta reunión, según Suárez, no salió nada. La definitiva fue otra similar, celebrada en junio, cuando el golpe estaba ya gratinándose en el

horno. El coronel le anunció que estarían pronto en el Gobierno y que querían explotar la coca por el bien del país. Suárez aseguraba que no sabía entonces que esa primera persona del plural en la que el militar hablaba hacía referencia también a él.

—No te espante la idea de delinquir —contaba que le dijo—. Todo esto lo hacemos por una buena causa. Necesitamos dinero para promover el desarrollo y sacar al país de la pobreza.

Según decía Suárez, fue ahí, en ese momento, con esas palabras, cuando Arce Gómez tocó su punto débil, cuando cambió todo, cuando el bisnieto del rey de la goma y el hijo del rey del ganado comenzó a caminar hacia el trono de rey de la coca. En octubre de aquel año empezó a traficar.

La versión de Suárez, por supuesto, no concuerda cronológicamente con la historia. Pero es la que él quiso contar.

Lo que sí es cierto, y aquí no importa el desfase de versiones ni la imposibilidad de conocer los hechos tal y como sucedieron, es que cuando Suárez entró en escena el negocio cambió radicalmente. Él no era un agricultor de hoja de coca dispuesto a vender su cosecha a cualquier precio, ni un pequeño traficante que bajase la tarifa ante la mínima amenaza. Cuando irrumpió en el narcotráfico, Suárez no conocía la parte práctica del mismo, como sí la conocía Escobar, que la había aprendido desde dentro. Pero sí se sabía la teoría.

Concebía la misma foto completa que el colombiano: el dinero estaba en controlar toda la producción y la distribución. Suárez tenía la producción en sus manos. Su irrupción en el negocio había supuesto la creación de un casi monopolio de la hoja de coca boliviana. Se habían acabado los productores independientes y los múltiples traficantes compitiendo todos contra todos o todos contra un mercado en el que eran el eslabón débil de la cadena. Por eso cuando Suárez y Escobar empezaron a hacer negocios juntos, y el boliviano le multiplicó el precio de la pasta base al colombiano, este aceptó.

Si hasta entonces, como contó Suárez en su biografía, los colombianos compraban la pasta base, el sulfato de cocaína, por cuatrocientos dólares el kilo, con él se elevó el precio en pocos meses a tres mil, y después a nueve mil. Una vez refinada, se vendía al por mayor por entre cuarenta y sesenta mil dólares.

A Escobar le iba a costar mucho más, pero asociándose con el hombre que controlaba la mayoría de la producción se aseguraba el suministro. El negocio, además, como sabía ya Escobar y también Suárez, no estaba ahí, sino en la venta final en Estados Unidos y en Europa, donde al por menor el kilo superaba los cien mil dólares.

Estaba comenzando el *boom*: la cocaína inundaba Estados Unidos y empezaba a llegar a Europa. Y ese, el de las rutas al norte y la distribución y las nuevas vías al otro lado del océano, era el pilar del negocio que dominaban los colombianos desde que lo desarrollaron con la marihuana.

Controlar la producción y la distribución les permitiría imponer sus precios a las mafias mayoristas, que trabajarían después con sus redes la venta al consumidor final. Todo ilegal, pero como cualquier otro negocio. Para Escobar también era un gran trato.

A partir del suministro regular de pasta, de los corredores de vuelo garantizados y de la protección política, creció algo que ya no podía llamarse simplemente contrabando. Escobar transformó la división del trabajo en una organización: laboratorios, procesos estandarizados, contratos para químicos, logísticas que combinaban la demanda global con la producción local. Los traficantes se convirtieron en gestores; los conflictos, en cálculos de riesgos.

La máquina que establecieron Escobar, Suárez y Barbie comenzó a moverse cada vez más rápido. Los aviones pintados con el águila negra y cargados de pasta base despegaban del Beni de pistas en la selva custodiadas por hombres armados. Volaban de Bolivia a Colombia, la mercancía desaparecía en los laboratorios y se traficaba a Miami y Nueva York en paquetes reducidos del oro blanco final. Y, de vuelta, dinero, mucho dinero, dólares en metálico en bolsas con hasta cuatro y cinco millones.

Suárez y Escobar ya eran socios. Pronto serían también amigos.

La DEA estima que en aquella década se multiplicó por cinco la producción de coca, desde las veinticinco toneladas de comienzos de los años setenta hasta las ciento veinticinco de comienzos de los ochenta. Fue entonces cuando la cocaína alcanzó su precio histórico más elevado.

Un kilo, vendido al menudeo gramo a gramo en Nueva York, superaba los seiscientos mil dólares.

Aquellos son los años en los que Roberto Suárez y Pablo Escobar no solo hicieron negocios juntos, sino que se asociaron.

Paradójicamente, fue culpa de la DEA. O un efecto secundario de sus intervenciones. La operación de Mike Levine contra Suárez no solo sacó al narcotraficante a la luz y le puso en el punto de mira de la agencia. Aquella operación fallida, con pérdidas millonarias, fue lo que iluminó a Suárez. El gran traficante que simulaba ser Levine y sus hombres le estaban comprando coca para distribuirla en Estados Unidos. Aquel golpe, como cuenta su familia, hizo percatarse a Suárez de que debía cambiar de modelo y no limitarse solo a la producción. Por eso exigió a Escobar que participaran juntos de todo el negocio. También le pediría que les enseñara a fabricar el clorhidrato de cocaína.

Hasta entonces la cocaína se había sintetizado siempre en Colombia. A partir de entonces abrirían también en Bolivia laboratorios clandestinos donde se desarrollaba todo el proceso, desde la plantación y recolección de la hoja de coca a la elaboración de la pasta base y de la cocaína.

Con el conocimiento científico, Suárez podría haber sido más ambicioso, aspirar a quedarse con todo el mercado. Pero necesitaba a sus socios colombianos. A él le resultaba fácil establecer las vías de suministro hacia Colombia y otros países vecinos, multiplicando las rutas y minimizando riesgos, pero eran los colombianos quienes tenían ya los laboratorios, el conocimiento y, por encima de todo, la estructura para traficar.

Suárez y Escobar sentaron las nuevas bases del negocio. La organización que crearon era una empresa. Ilegal, sí, pero una empresa. Y como tal funcionaba. Tenía sus diferentes responsables de departamento, desde la producción al transporte o el blanqueo de capitales en Estados Unidos. Este último departamento se encargó de crear una red para que el caudal de las operaciones pudiera volver a Bolivia y a Colombia convertido en dinero lícito y no solo en sacos de fajos de billetes. De regreso a ambos países, el dinero circulaba como circula el de cualquier otra compañía.

Era una forma de inyectar dinero en el país. Cantidades que no figuran en los cómputos oficiales, pero que existen. Al frente de aquella multinacional estaba Suárez. Entre él y Escobar lo tenían todo. Y estaban blindados por el nuevo Gobierno boliviano, por la dictadura que el mismo Suárez había ayudado a crear. Habían fundado un narco-Estado.

El coronel G. tiene más de setenta años, la piel acartonada, el cabello blanco y unas piernas flacas que se mueven con lentitud. Fuma más que habla, y para hablar pide hacerlo en el exterior, donde pueda fumar. Le llamamos G. porque nos ha exigido que no trascienda su nombre. Sentado a la entrada de un hotel de Santa Cruz, G. inspecciona a sus interlocutores, como midiéndolos, al otro lado de su nube de humo. El coronel tenía uno de los puestos más altos de la policía de Santa Cruz en 1980 cuando, tras el golpe de Estado, recibió una llamada que le ordenaba que acudiera a la casa de Roberto Suárez y lo ayudara en todo aquello que necesitase.

—¿De dónde provenía la llamada? —le preguntamos.

G. tuerce el gesto, fuma de nuevo y guarda silencio. Es fácil resolver el interrogante. Tan sencillo como unir dos puntos con una línea recta. Pero lo hace por nosotros Gerardo Caballero, el yerno de Suárez, dos horas después, cuando G. se ha marchado ya.

—Le llamaron del Ministerio del Interior. Era una orden de Arce Gómez.

Desde aquel día, Roberto Suárez fue para el coronel don Roberto. Lo sigue siendo. Desde aquel día empezó a sus órdenes como policía.

—Nunca con droga, eso nunca lo toqué —repite él en varias ocasiones.

Sus trabajos estaban relacionados con el dinero, sobre todo con los cobros. G. acudía a casa de la familia Suárez, se reunía con don Roberto y este le pedía que fuera a diferentes lugares a reclamar a alguien el dinero que le debía y no le había pagado o para trasladar maletines repletos de billetes de un lugar a otro. G. era seguridad privada proporcionada por el Estado.

El 17 de julio de 1980, día del golpe de Estado, Luis Arce Gómez había asumido el mando en el Ministerio del Interior. El movimiento resultaba perfecto. Arce Gómez era la mano derecha de García Meza y había sido el brazo ejecutor del golpe, pero a partir de aquel día debía ser también el hombre fuerte de la dictadura. El responsable del narco-Estado. Y ese trabajo debía hacerse desde el Ministerio del Interior. De aquella manera, todos los cuerpos de seguridad —desde los militares a los civiles, como era el caso de la policía— estarían controlados por él y dirigidos por sus hombres.

La policía pasó a estar al servicio de la dictadura y del narco-Estado. Los policías empezaron a trabajar para los traficantes. No solo hacían la vista gorda, sino que, como el coronel G. y como tantos otros, comenzaron a trabajar directamente a las órdenes de Suárez.

Y la *omertá* se impuso. Callaban quienes cobraban y quienes no lo hacían. El silencio lo cubrió todo. Quienes no estaban implicados no podían hacer nada. Ni enfrentarse a los suyos, porque no sabían hasta dónde llegaba la corrupción, ni tampoco denunciar los hechos al Ministerio, porque de allí llegaban directamente las órdenes. Como las que recibía el coronel G. Las órdenes que daba Arce Gómez. Y no había margen. Él mismo lo había dejado claro.

Unas semanas después del golpe, cuando aún humeaba la pólvora y había toque de queda en el país, el coronel apareció en la televisión. No vestía su uniforme militar. Iba ataviado con un traje *beige* claro con chaleco, camisa negra y corbata blanca. Como un gánster de la época dorada de la mafia clásica del cine. Se dirigía a la nación.

—Todo boliviano que denigre a este país será declarado traidor a la patria —anunció.

Después se balanceó ligeramente de atrás a adelante, se le atragantaron un par de palabras e hizo una pausa dramática antes de continuar, agitando el brazo derecho en el aire para remarcar cada palabra.

—El mayor deseo del que habla —siguió, refiriéndose a sí mismo en tercera persona— es que todos los elementos que han sido

aprehendidos por los servicios de inteligencia, traficantes de la política, seudosindicalistas, *subertores*, tienen que dejar el país. A esta gente vamos a sacarla del país. Vamos a mandarla al exilio.

El ya ministro del Interior acababa de aprobar una ley que daba veinte días de margen para que los enemigos políticos huyeran.

—Todos aquellos elementos que contravengan el decreto ley tienen que andar con el testamento bajo el brazo. No va a haber perdón —remató.

Con el testamento bajo el brazo. Y cumplió su amenaza.

Tras el golpe, el nuevo ministro empezó a organizar escuadrones de paramilitares que actuaban a sus órdenes por todo el país, sobre todo en La Paz. No se trataba solamente de poner el Estado al servicio del narcotráfico, sino también de eliminar a todos los enemigos que la dictadura pudiera tener.

Daniel Balderrama llega a la plaza Murillo, el corazón histórico de La Paz, donde está situado el palacio presidencial, vestido con un traje marrón y una camisa azul metálico. Aparece sonriente y, cuando extiende su gran mano para saludar, brilla en el dedo meñique un anillo con sello de oro. Callejeamos con Balderrama por esta zona de la ciudad atestada de trabajadores que vienen y van, de vendedores en puestecitos ambulantes y de tráfico con olor a gasoil. Buscamos un lugar donde charlar tranquilos.

A Balderrama lo paran varias veces durante el trayecto, le dan palmadas en la espalda y lo llaman campeón. Balderrama, casi octogenario, es Mr. Atlas, un conocido luchador de *wrestling* que estuvo compitiendo hasta su retirada hace muy pocos años. La lucha libre, más espectáculo que deporte, es muy famosa en el país, como lo son las batallas de cholitas, las orondas y compactas indígenas del altiplano que se suben a un *ring* con sus frondosas faldas de capas infinitas y sus sombreros de bombín coronándolas para pelear entre ellas mientras el público las jalea y apuesta.

Pero no hemos quedado con Balderrama para hablar de sus combates como Mr. Atlas, sino para que nos cuente la guerra sucia en la

que participó tras el golpe de Estado. Balderrama recibió una oferta para que se uniera a uno de los grupos que estaba creando Arce Gómez y aceptó. Se convirtió entonces en un paramilitar armado al frente de un escuadrón de bolivianos que, como él, tenían pocos escrúpulos y muchas ganas de embolsarse un dinero que no hubieran ganado nunca.

Su objetivo, siempre el mismo, consistía en perseguir y detener a todos los opositores posibles, líderes políticos, sindicales, intelectuales o estudiantiles. Recibían un listado de nombres del Ministerio e iban a por ellos sin hacer preguntas. A unos los apresaban y los llevaban a las dependencias del ministerio después de saquear sus casas. A otros los chantajeaban y los obligaban a que les pagasen, a que les dieran todo lo que tenían, para no ser detenidos.

Balderrama vivía entonces en una burbuja continua de adrenalina, con el poder que le daba la impunidad y el revólver que portaba siempre encima, con el dinero fácil que después gastaba en fiestas de alcohol y prostitutas. El exparamilitar nos dice que él nunca mató a nadie, y lo repite varias veces sin que se le pregunte.

Durante los primeros meses de dictadura cientos de personas, no hay cálculos exactos ni siquiera hoy, fueron detenidas.

A Marlene Berríos, la periodista que, el día del golpe, corrió primero a la COB, después a la radio y finalmente a esconderse en su casa, la tuvieron un día retenida. A ella no se la llevaron los paramilitares. Acudió voluntariamente a declarar al ministerio después de que su hermano hubiese sido detenido. Él estuvo tres días encerrado. Aunque no lo torturaron, cuando regresó a casa, liberado gracias a que no tenía ninguna actividad política y un tío suyo era miembro de la Falange Socialista, contó que durante su detención no había dejado de oír chillidos, llantos y súplicas para que terminara el dolor.

Marlene temblaba cuando acudió al Ministerio. Durante los días que su hermano estuvo secuestrado habían entrado en su casa. Había sido su tío quien le había sugerido que declarara voluntariamente. Ella era una madre soltera y periodista, y no conocían su conexión con la política. Si jugaba sus cartas, si contaba bien su historia, podría librarse. Así sucedió. Aquel día la acompañó su tío y, además, el capellán del Ministerio, que era amigo de este.

La interrogaron, le hicieron firmar una carta jurando que se comprometía a apoyar el Gobierno de reconstrucción nacional y, finalmente, la dejaron libre. Pero antes de hacerlo, la encerraron en una habitación con paramilitares y los dos líderes militares de los interrogatorios y le dieron la charla que aún la sacude hoy. Primero elogiaron sus manos. Tenía una piel y unas uñas muy cuidadas. Ella se las miraba y les reconocía que no hacía trabajos domésticos que las deteriorasen. Después los elogios fueron para su hijo. Le dijeron que sabían que el niño, de dos años, era muy lindo. Ella levantó la vista del papel que se disponía a firmar y miró al hombre que acababa de hablar. Era uno de los que había entrado en su casa. No sabía qué responderle.

—Lo único que le voy a decir es que de usted depende que su hijo siga siendo lindo —añadió él.

Muchas de las personas detenidas durante esos meses jamás volvieron a aparecer. Decenas se exiliaron en los países vecinos, huyendo de una represión segura y una muerte posible. Aquellos paramilitares estaban al margen de la ley. O, mejor dicho, ellos eran la ley. Nadie los controlaba, y así operaron durante meses.

A los detenidos los conducían al Ministerio, a los pisos francos que los represores tenían por la ciudad o al gran cuartel de Miraflores. Aquellas listas de perseguidos las elaboraba Arce Gómez y, muy probablemente, porque nada de su trabajo quedó nunca reflejado en un documento, Barbie le instruyó en cómo hacerlas.

Al cuartel habían llevado ya, el mismo día del golpe, a los detenidos en la reunión de la COB. Allí se sabe que estuvo también Marcelo Quiroga, aunque nadie lo vio. Y allí en Miraflores fue donde continuaron torturando a los opositores, a todos aquellos que querían otro futuro para Bolivia y que eran para los nuevos dueños del país, con García Meza al frente, una amenaza latente.

La EMBAJADA de Estados Unidos está a solo quinientos metros del Ministerio de Interior, en la misma avenida Arce de La Paz. De allí se marchó el embajador Marvin Weissman el día 20 de julio de 1980 para no regresar. Había llegado al país solo cuatro meses antes, procedente

de Costa Rica, e intentó detener el alzamiento militar semanas antes de que se ejecutara. Tras el golpe de Estado, se dio orden en Washington de que se marchara del país. Con él se fueron también los agentes de la DEA que trabajaban en la embajada. No sabían qué sucedería tras el golpe, su información personal figuraba en los archivos del Gobierno boliviano y podían correr peligro.

—Ya no apoyábamos golpes en Latinoamérica. Se había acabado el Plan Cóndor —dice Alexander Watson.

Watson era el segundo de la embajada y fue el hombre que se quedó al frente de ella tras la marcha de Weissman. Durante décadas, Estados Unidos había apoyado, primero, y reconocido, después, los golpes militares y las dictaduras que se extendían por el continente. Pero los tiempos estaban cambiando. O empezando a cambiar. En la Casa Blanca ya no estaba Nixon, sino Carter, y con él comenzó un viraje en las relaciones internacionales.

No era un cierre definitivo de la etapa anterior, pero la realidad es que, tras el golpe, Washington retiró a su embajador en La Paz y no reconoció al Gobierno de García Meza. Durante meses, el dictador intentó conseguir el respaldo de Estados Unidos para lograr la legitimidad que no tenía. Aunque fuera simbólica. Primero lo hizo pidiéndolo directamente, pero la marcha del embajador fue una muestra clara de que Estados Unidos no aceptaba la dictadura. Después comenzó a enviar invitaciones a Watson para que asistiera a diferentes actos que los militares organizaban, desde nombramientos hasta eventos públicos. No acudió a ninguno. Sabía que García Meza y Arce Gómez ansiaban tener una foto con él como prueba de su respaldo.

Watson rechazó las invitaciones una por una porque no fue lo único que recibió durante esos meses. A la embajada le llegaban también informes de lo que estaba pasando. Y ninguno era bueno. Curiosamente, no se los daba su servicio de inteligencia, los agentes de la CIA que seguían en el país o sus informantes, sino un cura católico amigo suyo y que tenía acceso al Ministerio y a Miraflores. El capellán que había ayudado a Marlene.

El cura le narraba a Watson la represión de la que era testigo y le detallaba las torturas que se producían en los sótanos y las cuadras del cuartel. También le revelaba que muchos de los torturadores eran

paramilitares e incluso militares, pero no bolivianos, sino argentinos. Los hombres que la dictadura argentina había enviado para reforzar a sus colegas bolivianos. Porque en eso consistía también el Plan Cóndor: en tejer una red de apoyo entre las dictaduras vecinas.

Los militares argentinos más destacados pertenecían, como se supo años después, al conocido como Batallón 601, una unidad militar especial de inteligencia compuesta por oficiales expertos en tortura, secuestro y espionaje transnacional. El batallón tendría con los años reputación en la región de ser un exportador de la represión argentina, mediante la enseñanza de sus técnicas y el envío de sus hombres a dar clases prácticas sobre el terreno. Aquellos oficiales, a diferencia de sus discípulos bolivianos, ya eran profesionales de las torturas y las desapariciones. Y con conciencia de ello. Cuando no estaban en los sótanos del cuartel, se tumbaban a esperar en los patios y se reían de los paramilitares bolivianos.

A aquel cura lo detuvo una noche un retén militar por conducir durante el toque de queda. Volvía de la embajada que dirigía Watson, donde acababan de celebrar una fiesta de cumpleaños, y se le había hecho tarde. Le hicieron bajar del coche y le pidieron la documentación, y cuando le preguntaron por qué estaba en la calle a esas horas, el sacerdote les respondió que había salido por una urgencia, que acababa de dar la extremaunción a un enfermo. Los militares lo miraban repetidamente, dudando qué hacer. Pero como lo vieron vestido de negro, con su alzacuellos, y lo reconocieron del cuartel de Miraflores, lo dejaron marchar. Solo cuando llegó a su casa y se desvistió, el hombre se percató de que aún llevaba puesto en la cabeza el capirote de cartón de colores que habían repartido en la fiesta.

Para Watson, la época de las dictaduras, aunque permanecían aún en el poder, terminaba. Washington viraba con Carter. Oficialmente. Porque también aquí, como en la historia personal de Roberto Suárez, hay otras versiones. Y una de ellas la cuenta en primera persona Mike Levine.

El agente de la DEA continuó trabajando aquellos meses en la embajada de su país en Buenos Aires. Todo habían sido malas noticias. El éxito de la Operación Miami había sido agridulce: hicieron la mayor incautación de droga de la agencia, pero se fugaron los enviados de Suárez. La política de Washington, supuestamente, estaba cambiando, pero algo no cuadraba en la historia.

—¿Tu mano izquierda no sabe lo que hace la derecha?

Fue uno de sus contactos de la policía secreta argentina quien se lo preguntó. Como agente especial de la DEA en Argentina, su trabajo implicaba que cooperase regularmente con hombres que también estaban involucrados en el aparato represivo de la dictadura argentina. Algunos de ellos eran responsables de las desapariciones y las muertes en el país.

En este ambiente, poco tiempo después de llegar a Buenos Aires, había tenido una reunión con agentes de la policía argentina que le pareció más una demostración de poder que una típica sesión informativa. En lugar de citarlo en una oficina, lo llevaron en un coche particular a un barrio acomodado de la ciudad. Allí, en una casa de dos plantas y muros blancos, le contaron que en esa misma vivienda había vivido Josef Mengele, el infame doctor de Auschwitz, tras su fuga después de la guerra.

La excursión tenía poco de lección histórica y mucho de mensaje silencioso: en este país, hombres como Mengele no solo habían sobrevivido, sino que habían encontrado un entorno en el que vivir sin ser molestados. Las estructuras que les ofrecían protección seguían parcialmente intactas. Para Levine, la macabra excursión fue un recordatorio encubierto de que en Buenos Aires el pasado y el presente se entrelazaban. Las redes de la época nazi habían encontrado nuevas funciones en los años posteriores a la guerra.

Meses después, Levine recibió otra información de los mismos contactos argentinos que llevó su investigación a una nueva dimensión. En una reunión en una oficina policial del centro de Buenos Aires, uno de los inspectores le habló de las actividades de un hombre de importancia central en la estructura de poder boliviana: Klaus Barbie. Barbie vivía plácidamente en La Paz. Oficialmente, actuaba como asesor de seguridad. Extraoficialmente, había entretejido una red de contactos

que llegaba hasta el narcotráfico boliviano. Su fuente le reveló que Barbie trabajaba en estrecha colaboración con Roberto Suárez y su organización.

Sin embargo, lo que más le impactó de la información no fue la conexión de Barbie con Suárez. Según el inspector, Barbie también mantenía relaciones con la CIA, proporcionando informes sobre grupos de izquierda y opositores políticos de la región.

—¿Tu mano izquierda no sabe lo que hace la derecha?

Levine recuerda perfectamente la pregunta del agente. Todavía hoy piensa mucho en las personas con las que tuvo que trabajar entonces.

No era una pregunta, no esperaba respuesta. Se trataba de una llamada de atención. Aquel hombre era un contacto suyo de la DEA, pero también colaboraba con la CIA, que ocupaba otra de las plantas de la embajada. El policía de la dictadura le insinuó que la CIA había apoyado el golpe boliviano y que el desenlace de su operación de Miami estaba conectado con los planes de la agencia.

Ahí fue cuando le saltó la alarma a Levine. Si lo que le contaba era verdad, todo cuadraría: las trabas de la operación, el trato favorable a los hombres de Suárez, la desaparición de estos últimos, el golpe de Estado...

Por si le faltaban piezas en el puzle que empezaba a completar, enseguida recibió otra en forma de cable de la embajada: los traficantes habían puesto precio a su cabeza. Ofrecían ciento cincuenta mil dólares a quien ayudara a matar al judío oscuro, como lo llamaban, porque Levine se había hecho pasar por un latino de origen judío.

En aquella época todo el mundo sabía ya en Santa Cruz quién era Roberto Suárez. El rey de la coca tenía por fin nombre.

—¡Y se lo sentía...! —exclama el periodista y activista político Carlos Valverde—. Ibas a algún lado y te decían: aquí no te puedes sentar porque se sienta don Roberto. Le tenían mesas reservadas por si aparecía por esos locales.

Valverde, hoy un personaje notable e influyente de Santa Cruz, conocía a la familia Suárez, como se conocen todas las familias de la

élite cruceña. Su padre, Carlos Valverde Barbery, había sido uno de los fundadores del partido político Falange Socialista Boliviana, y él fue desde joven un activista político —todo en Bolivia era política—. En aquella época, con veinte años, tenía arrojo. Veía la circulación de cocaína por la ciudad. El silencio que se extendió como un manto de lodo entre la policía devino en una inmunidad para los narcos y una impunidad que sacó a la luz el negocio. Ya no era siquiera clandestino. No necesitaban esconderse.

Fue en esos meses cuando Valverde y un grupo de amigos decidieron salir una noche a recorrer Santa Cruz y señalar con una equis de pintura roja las casas donde sabían que había traficantes. Los impulsaba la adrenalina de la juventud y la valentía inconsciente, o la temeridad. Valverde era, además, impulsivo. No hacía mucho tiempo del día en que él y un par de amigos habían visto a Altmann junto a su esposa en la terraza de uno de los cafés de la ciudad. Tomaban un zumo al sol, él sentado mirando a la calle, con la retaguardia cubierta por la pared del local. Valverde era de los bolivianos que sabían quién era realmente el alemán.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Fuera, asesino! —le chillaron.

Se quedaron frente a la pareja obligando al nazi a pagar y marcharse inmediatamente. La esposa los miró con furia. Altmann guardó silencio y agachó la cabeza. No fue el último encuentro entre ambos. Volverían a cruzarse en el centro de la ciudad tras el golpe de Estado, pero ahora era Barbie quien lo miraba altivo y con odio. Nunca hizo nada contra el joven. El padre de Valverde era un personaje muy influyente en la ciudad.

La noche que recorrieron Santa Cruz con el bote de pintura roja señalaron una veintena de viviendas. Se creían protegidos por la oscuridad. A la mañana siguiente, el joven recibió una llamada telefónica en su casa en la que le anunciaban que, si volvían a hacerlo, los matarían. Valverde tuvo suerte de que Bolivia no sea un país tan violento como otros vecinos. La vida vale más que en otras zonas de Latinoamérica y, pese al historial de golpes, de represión y de enfrentamientos, la muerte es un precio muy alto. Por eso los traficantes colombianos se aprovecharon inicialmente de los bolivianos y fueron necesarios los mercenarios extranjeros para vigilar y asegurar el negocio.

El narco-Estado fortaleció aún más a los alemanes, como los llamaban los Suárez. Desde que se impuso la dictadura, no operaban ya entre las sombras, sino que formaban parte del Estado. Eran los vencedores, y Santa Cruz su territorio conquistado.

—La impunidad era absoluta —resume Valverde todo aquel tiempo.

Los Novios de la Muerte de Fiebelkorn continuaron trabajando para Suárez como cuerpo de seguridad de su familia y durante las operaciones. Eran el escuadrón que Barbie comandaba y que había creado aglutinando a los mercenarios, nazis fugados y fanáticos de ultraderecha que llegaron al país, pero ahora Barbie ya no se dedicaba exclusivamente a dirigirlos. Estaba en una posición más alta y con otras responsabilidades. Era asesor de la dictadura y de Arce Gómez, ideólogo de la represión, y asesor estratégico también de Suárez. Barbie era el principal enlace entre la organización de este último y la cúpula del narco-Estado.

En ese nuevo escenario, los paramilitares de Santa Cruz eran solo una pieza más de las muchas que movía. También contaba con los grupos armados de bolivianos y con los torturadores argentinos, además de con todo el ejército. Y la represión se desarrollaba principalmente, aunque no en exclusiva, en La Paz.

El narco-Estado había dado oficialidad y legitimidad a los Novios de la Muerte. Tras el golpe ya no operaban en la sombra. Ahora patrullaban armados por la ciudad. Se los podía ver situados estratégicamente o protegiendo los vehículos y viviendas de los líderes del narco-Estado.

Santa Cruz se había convertido en el Far West, Fiebelkorn recorría sus calles a caballo y no había *sheriff* que los detuviera. Seguían siendo los mismos, un escuadrón de hombres más violentos y drogados que dogmáticos o leales a la causa, pero eso los hacía más peligrosos aún. Todo aquel que se los cruzaba, los evitaba.

Los Novios de la Muerte habían ampliado ya sus competencias. Además de proteger a los Suárez, se encargaban de vigilar transportes, asegurar pagos y custodiar el dinero, y de llevar ante Suárez a los que no pagaban, a los narcotraficantes más pequeños que querían seguir operando por libre o a desmantelar directamente los negocios de quienes no se plegaban a las condiciones del rey de la coca. Los Novios

de la Muerte destruyeron fábricas clandestinas de otros narcos y atacaron sus vías de tráfico.

El propio Fiebelkorn narraría en su juicio en Fráncfort una de aquellas operaciones contra la competencia. Recibieron la pista de que uno de los narcotraficantes que no cooperaba iba a realizar un envío. Los Novios fueron al aeropuerto de Santa Cruz y detuvieron a un grupo de mujeres de aspecto indígena que parecían embarazadas. Uno de sus hombres golpeó a una de ellas en el estómago. Como si fuera una piñata, empezaron a caer paquetes. Antes de que también las golpearan, las otras mujeres se sacaron la carga que escondían. En total, aquel día los hombres de Fiebelkorn se incautaron, según su testimonio, ochenta kilos de droga. La mercancía pasó a ser propiedad del Estado.

La legitimidad del nuevo orden, sin embargo, la transformaron enseguida en impunidad. Pronto comenzaron a tener su propia agenda, a atacar a pequeños traficantes para quedarse su mercancía y a traficar ellos mismos para enriquecerse.

Para entonces, Suárez seguía confiando en ellos, pero ya pensaba que le salían demasiado caros para los servicios que le prestaban, y que empezaban a ser incontrolables incluso para él. También entre ellos comenzaron las disputas. Fiebelkorn, como líder del grupo, no solo era quien daba las órdenes, sino, como nos cuenta Gwinner, quien cobraba de Suárez y después repartía el dinero. Pero siempre a su favor.

En aquellos meses los Novios empezaron también a trabajar para la dictadura.

Años más tarde, cuando Fiebelkorn contó su experiencia boliviana como una aventura, entre el exotismo y la nostalgia, confirmó que habían participado en la represión. Para él y los suyos no era tal, sino una guerra legítima contra el comunismo. Colaboraban deteniendo opositores y trasladándolos donde les ordenaban. Y con esa palabra se justificaba: seguían órdenes. Qué sucedía después con los detenidos no era cuestión suya, decía también, porque ya no intervenía. Él nunca derramó sangre. Lo mismo que nos dice Balderrama, Mr. Atlas. Es un fenómeno único: los muertos en esta época en Bolivia y en el continente debían de morirse solos, y los torturados se torturaban a sí mismos.

El teniente Guillermo Canedo se había sumado al golpe desde Villarroel, en El Chapare. Lo apoyó, como sabía que lo apoyaban prácticamente todos sus compañeros. El 17 de julio había cumplido las órdenes que le dieron: desplegó a sus hombres armados, aseguró la zona y no sucedió nada. El Chapare estaba muy lejos de La Paz y de todo. Desde que había llegado allí, Canedo había visto cómo funcionaba el narcotráfico, pero nunca se había metido en ello. No recibió jamás una orden para combatirlo. Sencillamente, no era su misión. Pero tras el golpe la situación cambió también allí. Canedo no tardó en ver a algunos de sus suboficiales comportándose de forma extraña y llegando al cuartel con motocicletas e incluso coches que no tenían antes.

—¿De dónde has sacado esa moto? —les preguntaba.

—Me la han regalado —le respondían.

—¡Nadie regala una moto! ¿De dónde ha salido? —volvía a preguntar

—Me la he comprado.

Canedo sabía que nadie se permitía esos caprichos con los sueldos del ejército.

—Los narcotraficantes se están metiendo con mi gente —concluyó enseguida.

A partir de ese momento, lo que nunca había sido un asunto suyo profesional se convirtió en una cuestión casi personal. Los narcotraficantes estaban corrompiendo a sus hombres, contaminaban su unidad. Necesitaba darle un giro a la situación: debía poner a sus soldados contra los narcos. Y para hacer eso debía ir a por ellos.

Fue entonces cuando Canedo y sus hombres de confianza empezaron a fijarse en el negocio que hasta entonces veían sin querer verlo. En las hileras de camiones Volvo cargados de hojas de coca que atravesaban El Chapare protegidos por paramilitares armados. En las fábricas de pasta base escondidas en la zona, muy rústicas, apenas cuatro estacas cubiertas con un plástico, bombas de agua y generadores de electricidad. En ellas se cocinaban las hojas de coca hasta que se procesaban veinte, treinta o cincuenta kilos de pasta base.

Canedo comenzó a hacer redadas en aquellas fábricas y en los transportes y a detener a los traficantes. Empezó llevando a los detenidos a la policía, pero al día siguiente se los cruzaba de nuevo por la zona.

Después decidió llevarlos hasta Cochabamba, donde estaba el cuartel general de la división a la que pertenecía su unidad, y allí los entregaba.

Un día recibió información sobre la situación de una de esas fábricas clandestinas. Armó a sus hombres y se fue para allá. Cuando llegó, se encontró a una decena de soldados fabricando pasta base. Los detuvo, los subió a su camión y se los llevó a Cochabamba. Cuando llegó al cuartel, se cuadró ante el general al mando.

—Aquí le entrego a estos hombres, que dicen que trabajan para usted —le soltó.

A los jefes de la unidad les cambió la cara. No cerraban la boca del asombro. Había caído una de las fábricas del ejército. Ya no era solo que la dictadura ofreciera inmunidad y protección a los narcotraficantes. Ahora incluso el ejército estaba fabricando y traficando. Y Canedo empezaba a enfrentarse a ellos.

Canedo regresó a El Chapare. Sus esfuerzos no servían para nada. Aquellos soldados serían liberados y en pocos días pondrían en funcionamiento otra fábrica clandestina. Habló con su comandante, Emilio Lanza, que dirigía el Centro de Instrucción de Tropas Especiales. Lanza había apoyado también el golpe, pero estaba radicalmente en contra de que el ejército apoyara el narcotráfico. Más aún de que participara en el negocio.

Ambos acordaron que a partir de aquel momento tendrían dos misiones. La primera, destruir toda la droga que incautaran. Así lo hicieron, quemándola en el patio del cuartel, ante el horror de los soldados que participaban en el negocio y las amenazas que les llegaban de los traficantes. La segunda, que para acabar con todo no bastaba con quemar unos kilos de pasta base ni con detener a los peones de los narcotraficantes y a los soldados, que eran inmediatamente liberados. Para lograrlo debían ir a por el jefe, a por Luis García Meza, el dictador, el presidente del Gobierno del narco-Estado.

Todas las historias dependen siempre de quién las cuente, del relato que se haga de ellas. De la versión. Aunque ese relato se convierta en una pirueta imposible o un círculo que no se cierre. Así sucede con el de

Roberto Suárez y su entrada en el narcotráfico. También con el de Levine y sus sospechas crecientes. Pero no son los únicos.

El coronel Óscar Angulo es un hombre casi octogenario, menudo y enérgico, de voz saltarina y ojos penetrantes. Presume de haber combatido a la guerrilla del Che y, sobre todo, de haberle vencido. Prueba de ello es que guarda en su casa, como un tesoro, algunos de los efectos personales del líder guerrillero argentino. Él era un teniente entonces, y fue quien primero abrió los depósitos de seguridad que la guerrilla tenía escondidos en la selva y que los militares descubrieron.

Allí estaban, entre armas y alimentos, las medicinas para el asma del Che, sus fotos personales en blanco y negro y un par de cajas de puros, hoy ajados como pescado seco. El coronel exhibe orgulloso en el salón de su vivienda en Cochabamba su particular botín de guerra.

Angulo fue también parte del golpe. Estaba al frente del Batallón de los Colorados, como se conoce a la unidad militar responsable de la defensa del palacio presidencial y del presidente del país. El Batallón de los Colorados era la escolta presidencial que no hizo nada cuando el Mosca Monroy irrumpió en el palacio. Angulo, cuenta él mismo, fue el hombre que impidió, al menos, que el Mosca y el edecán de la presidenta se acribillaran por la puerta entreabierta. Vivió el golpe en directo desde aquel Palacio Quemado, y allí continuó durante la dictadura de sus amigos García Meza y Arce Gómez.

Pero el coronel tiene su propia versión de todos los hechos, su relato particular. Del golpe dice que no se trató realmente de un levantamiento militar, sino de una farsa, porque el golpe fue en realidad un autogolpe. Según él, la presidenta interina Lidia Gueiler estaba a favor de un Gobierno militar porque temía también un Gobierno de izquierdas, el fantasma del comunismo, y se puso de acuerdo con García Meza, que era, además, primo suyo, para que este asumiera el mando previa ejecución del teatro del 17 de julio de 1980.

Los muertos de aquel día, según su versión, fueron daños colaterales, ajustes de cuentas, el precio que se paga cuando se recurre a paramilitares para hacer lo que no pueden hacer los militares. El suyo es el único testimonio que respalda la versión del autogolpe. No hay ninguna otra fuente ni documento que lo sostenga. Tras el golpe, de hecho, Gueiler se marchó al exilio.

Angulo esquiva las preguntas como puede. A Klaus Barbie lo conoció, por supuesto, como lo conocieron todos los altos mandos del ejército, pero lo niega, como también hacen todos. Ahora parece que nadie trató con él. Barbie era patrimonio exclusivo de Arce Gómez, su amigo y asesor personal, dice su relato. Eso significa que solo Arce Gómez sabía qué sucedía con él.

Lo más llamativo es que, pasados cuarenta años, Angulo sigue defendiendo de modo implacable lo que hicieron García Meza y Arce Gómez, tanto el día del golpe como con la represión posterior y la dictadura. Todo lo malo que se ha conocido ya y lo que se sigue descubriendo son mentiras lanzadas por algunos militares de izquierdas o por los políticos comunistas.

Pero al llegar a la cuestión del narcotráfico y del narco-Estado es cuando, tras intentar esquivar la pregunta, Angulo realiza su mejor pirueta. El Estado no participaba en el narcotráfico, sino que lo perseguía. Y ahí llega el gran tirabuzón. García Meza decidió proteger a algunos líderes, como Suárez, como estrategia para acabar con el narcotráfico. Dando cobertura a un grupo reducido y selecto se eliminaba a la mayoría, paso previo antes de acabar, después, con los protegidos. Para el coronel la mejor prueba de la veracidad de su versión es que fue García Meza quien abrió la veda para capturar a Roberto Suárez, al denunciarlo públicamente como el gran narco del país y ordenar su persecución.

Eso es cierto. A mediados de 1981 la situación viraría y Suárez pasaría a ser el enemigo público número uno de la dictadura. Pero las tensiones ya venían de atrás. Durante el primer año de narco-Estado, la alianza entre Suárez y los militares se había ido resquebrajando.

Suárez, según la versión de sus memorias inéditas, había alcanzado un acuerdo con los militares. El ochenta y cinco por ciento de los ingresos del negocio irían al Estado y el quince por ciento restante a su organización, para cubrir los gastos operativos de aquella gran multinacional que había creado. Pero los generales y coroneles al frente de la dictadura se cegaron por la avaricia. El dinero de la coca no iba a las arcas del Estado que dirigían, sino a sus bolsillos. Cada vez ambicionaban más a cambio de la protección. El narco-Estado había nacido enfermo de corrupción. Era solo cuestión de tiempo que

empeorase y pasase a ser terminal, y entonces colapsaría todo. Y así sucedió.

7. ¡Que se vaya, carajo!

El 15 de enero de 1981 Gloria Ardaya se vistió con la ropa que le había prestado una amiga. También se puso sus joyas y cogió uno de sus bolsos. Acababa de disfrazarse de joven burguesa. Ya podía salir de casa. Se subió a un taxi y dio una dirección. Cuando se bajó, tomó un autobús. Después otro. El resto del camino hasta el número 730 de la calle Harrington, en el barrio de Sopocachi del centro de La Paz, lo hizo a pie. Ella era la única que tenía la llave de aquel piso que les habían cedido y fue la primera en llegar. Acababan de dar las dos de la tarde.

Pocos días antes, la dictadura de García Meza había aprobado un plan de medidas económicas frente a la crisis cada vez más grave del país. Subirían los precios, se depreciaría el boliviano —la moneda nacional— frente al dólar y se reducirían las subvenciones a los combustibles. La economía de las familias se iba a resentir aún más.

Tras la muerte de sus amigos Luis Espinal en primavera y Marcelo Quiroga en la sede de la COB el día que los paramilitares la asaltaron, Gloria vivía camuflada. No se había marchado al exilio, como Arce Gómez ordenó a los opositores que hicieran en su discurso televisado pocos días después del golpe, cuando Gloria tembló en su casa al verlo en su televisor en blanco y negro.

Gloria no caminaba con el testamento bajo el brazo. Continuó con su militancia política en el MIR, partido del que era una de sus dirigentes clandestinas. Cambiaba de aspecto cada vez que salía a la calle, se reunía con sus compañeros en lugares secretos, luchaba desde la sombra contra la dictadura.

Eso iban a hacer también ese día. Analizarían las medidas aprobadas por el Gobierno y planearían su estrategia a corto y medio plazo.

Sus compañeros fueron apareciendo, cada uno desde un rincón de la ciudad y tras haber dado vueltas y más vueltas antes de llegar al 730 de la calle Harrington. A las tres comenzó la reunión. Se repartieron el trabajo y decidieron lo que harían a partir de entonces. Gloria tendría que viajar por el país, pero a lugares donde no la reconocieran, lejos de La Paz, donde vivía, donde se cocía todo, y de Santa Cruz, de donde era. Necesitaban mantenerse en contacto con sus militantes y sus bases, hacerles saber que el partido seguía activo, que continuaba trabajando para recuperar la democracia cercenada.

A las cinco, uno de sus compañeros anunció que se tenía que ir. Prácticamente habían terminado ya. Faltaba rematar algunos temas administrativos pendientes. Lo harían mientras se iban marchando por separado en intervalos de quince minutos. Nadie podía verlos salir juntos de aquel edificio de tres plantas y cristaleras a la calle. No debían levantar ninguna sospecha.

Eran las cinco y media cuando oyeron ruido fuera. Dos vehículos acababan de frenar bruscamente en la calle. Miraron desde la ventana del tercer piso en el que estaban y Gloria vio abajo dos *jeeps*. Después le contarían que había más.

—¡Paramilitares! —chillaron todos.

De los coches descendían ya hombres armados que se preparaban para entrar en el edificio.

—¡Calma, compañeros, calma! —oyó Gloria decir a uno de sus colegas.

Pero allí había ya de todo menos calma.

Ella cogió su bolso prestado y se lanzó bajo la cama de matrimonio de una de las habitaciones del piso. En ese momento ya atronaban los pasos de los mercenarios subiendo a la carrera por las escaleras.

—Hipótesis confirmada —dijo uno de los paramilitares cuando llegó arriba y se asomó al piso.

Comenzó entonces el tiroteo. Durante tres minutos las ametralladoras acribillaron a los ocho compañeros de Gloria. Ella olía la pólvora y sentía temblar el suelo de madera. Su amigo Artemio Camargo cayó abatido junto a la cama y ella lo vio morir desde su escondite.

Cuando cesaron los tiros, oyó de nuevo la voz de los asaltantes y cómo se movían por el piso. Estaban comprobando uno a uno los cuerpos abatidos.

—Este perro está vivo —dijo uno de ellos.

Inmediatamente retumbó el sonido seco de un disparo.

Gloria estaba aterrada y paralizada. Pero seguía oculta.

Después oyó otros disparos, los de una cámara de fotos y el sonido de su *flash*. Estaban fotografiando los cadáveres. Lo supo cuando vio cómo colocaban un arma sobre el cadáver del compañero caído a su lado y lo retrataban así. Gloria no sabía aún que aquellas fotos serían la coartada de los asesinos para justificar las muertes como un enfrentamiento. Mediante esas imágenes, los dirigentes del MIR pasaban de ser políticos clandestinos desarmados a convertirse en terroristas abatidos.

En ese momento Gloria no era consciente de nada. Ni siquiera del tiempo que transcurría. Dos o tres horas después tenía las piernas dormidas. Pensaba incesantemente en sus hijos y en su amigo Luis Espinal. Sentía que le iba a suceder lo mismo que a Luis y rogaba en silencio que fuera él quien la recibiera en el cielo.

Dos de los atacantes se sentaron sobre la cama. Gloria debió moverse debajo, involuntariamente, los espasmos de un cuerpo aturdido, y ellos lo notaron.

—¡Acá hay otro perro más! —anunció uno mientras tiraba ya de ella hacia fuera.

Y Gloria empezó a chillar.

—¡No tengo nada que ver con esto! —les decía.

Y a chillar más.

—¡Yo solo acompañaba a un amigo!

Y siguió chillando.

—¡Tengo familia militar!

Pero de nada servían los chillidos, porque ya la estaban golpeando, apagando cigarrillos en sus manos, quitándole la ropa y robándole las joyas de su amiga.

—¡Puta de mierda! —le repetían, una y otra vez, mientras le sobaban los senos.

Gloria no dejaba de gritar. Sus compañeros habían muerto acribillados y ella lo había visto todo. Sabía que también iban a matarla.

Se la bautizó como Operación Tiburón. La ordenó Luis Arce Gómez. Altmann, probablemente, le instruyó. Tampoco hay pruebas documentales que lo confirmen. Ni siquiera entre los archivos del Ministerio del Interior que llevaban cuarenta años ocultos. Si las hubo alguna vez, desaparecieron. Pero Altmann había inoculado ya al coronel la necesidad de eliminar a sus enemigos y le adoctrinó sobre cómo hacerlo.

La matanza de la calle Harrington marcó un antes y un después. Demasiado sangrienta para una dictadura que buscaba su reconocimiento internacional. Demasiado salvaje para un coronel sin escrúpulos y, como se acababa de comprobar, sin visión estratégica.

No fue un antes y un después solamente para la dictadura. También para aquellos que la apoyaban. Para Roberto Suárez, como cuenta su hijo Gary, fue la gota que desbordó el vaso. Aquellos crímenes eran la prueba más real y macabra de que la promesa que el Gobierno le había hecho de que no habría más muertes no solo no se había cumplido sino que tampoco se iba a cumplir. Según su hijo, Suárez rompió entonces los lazos con Arce Gómez. La dictadura se les había ido de las manos.

Fue demasiado incluso para el dictador. García Meza se encontró los cadáveres sobre su mesa y la operación era de su mano derecha. Los dirigentes del mir habían muerto acribillados, pero sus muertes podían convertirse también en un tiro a su Gobierno.

El 25 de febrero, diez días después de la masacre, García Meza destituyó a Arce Gómez y al coronel Ariel Coca Aguirre, ministro de Educación, socio y amigo íntimo de Lucho. La decisión la tomó García Meza, pero no fue idea suya. Se lo exigieron desde Washington. Las cosas estaban cambiando allí. Ronald Reagan acababa de llegar a la Casa Blanca y la época de Carter terminaba. Si Carter se había despedido de la presidencia con un discurso en el que condenaba la violencia en Bolivia, con Reagan volvía la retórica más dura de la Guerra Fría. El país regresaba a las políticas internacionales previas al presidente demócrata.

Con Reagan volaba de nuevo el Plan Cóndor y, desde Washington, donde se habían negado a apoyar la dictadura de García Meza, esta se empezaba a ver ahora con ojos diferentes. La recién estrenada administración Reagan estudiaba ya cambiar su posición y reconocer al Gobierno militar boliviano. Pero una masacre así resultaba inasumible. Si García Meza quería el respaldo de Washington, debía demostrar que lo merecía deshaciénose del hombre que la había ordenado.

La esperanza le duró al dictador menos de una semana. El tiempo que pasó entre la destitución y la noche del 1 de marzo, cuando más de ochenta millones de estadounidenses vieron en la CBS el célebre programa de actualidad *60 minutes* que presentaba el veterano Mike Wallace. Aquel día estaba dedicado a Bolivia y se titulaba *El ministro de la cocaína*. A lo largo del reportaje especial, la cadena contaba cómo Bolivia se había convertido en el eje de la más lucrativa operación de cocaína del mundo. Un negocio imposible de cuantificar, pero del que se atrevían a hipotetizar que movía mil millones de dólares al año. Al frente de él figuraba Arce Gómez. El propio Wallace contaba a los espectadores en la introducción del programa que el coronel había sido cesado en los días previos a la emisión.

Arce Gómez era el protagonista indiscutible del especial, pero no era el único. El coronel había viajado a Washington a finales de 1980 todavía como ministro del Interior para mediar directamente sobre el terreno e intentar conseguir ese reconocimiento oficial que la administración Carter les negaba. Arce Gómez recibió durante el viaje al equipo de *60 minutes* en su hotel y les concedió la entrevista que ahora emitían.

—Si esto de lo que me acusan es cierto, ¿dónde están las pruebas? —preguntaba él a Wallace para defenderse de las acusaciones.

Arce Gómez alegaba que todo era una fabricación de los grupos extremistas de izquierdas y repetía que él decía la verdad, porque era un hombre recto como lo son los militares.

Todo era cosa de los comunistas.

Todo era cosa de los comunistas, pero una de las fuentes del reportaje era el senador por Arizona Dennis DeConcini, a quien amenazaron de muerte tras la emisión y que debió reforzar su seguridad personal.

Todo era cosa de comunistas, pero las fuentes de la DEA le contaban al programa que la producción de cocaína estaba fuera de control, que era un negocio imparable y que eso no se conseguía sin el apoyo del Gobierno boliviano.

El especial de la CBS exponía también a Roberto Suárez. Desvelaba la Operación Miami como la mayor realizada hasta la fecha por la DEA, y definía a Suárez como el suministrador de la cocaína del complot gubernamental. Lo que no mostraban los periodistas era una foto suya. No la tenían. Suárez era todavía un fantasma. En su lugar exhibían un retrato robot hecho a lápiz. Se intuía en él al narcotraficante, con aspecto de criminal peligroso, porque el dibujante lo había retratado muy flaco, con el ceño fruncido y los labios apretados, en tensión. No parece el mismo Suárez que ríe en las fotos.

Cuando le preguntaron por él a Arce Gómez respondió que no podía confirmar si estaba involucrado en el narcotráfico porque se trataba de un asunto confidencial y había una investigación abierta para averiguarlo.

Arce Gómez sabía bien que Suárez estaba absolutamente involucrado en el narcotráfico. Como sabía que esa investigación abierta no existía.

El programa iba, sin embargo, más allá de Arce Gómez. El coronel ya había caído. Pero el escándalo no se quedaba en él. Toda la dictadura estaba implicada en la mafia de la coca, incluyendo al propio presidente, el general García Meza. El suyo había sido —así lo bautizaron— el golpe de la cocaína.

El programa le dio un comodín a Alexander Watson, que seguía al frente de la embajada en La Paz. Reagan estaba ya en la Casa Blanca, pero tras el golpe Washington había roto sus relaciones diplomáticas. Nombrar un nuevo embajador de la administración Reagan hubiera significado reestablecer las relaciones diplomáticas y, por tanto, reconocer el Gobierno militar.

Watson era consciente de que las políticas en Washington estaban cambiando y que se barajaba la aceptación del régimen. Él, sin embargo, se oponía radicalmente, y así se lo trasladaba al Departamento de Estado. Desde el 15 de enero de 1981 no necesitó enviar más informes sobre las torturas que se cometían en el cuartel de Miraflores. La

matanza de la calle Harrington se convirtió en noticia internacional y el especial de la CBS no fue un noticiario boliviano, sino estadounidense. El golpe de la cocaína estaba directamente conectado con Estados Unidos. Sus consecuencias llegaban a sus calles. Y ese fue el comodín que Watson utilizó.

A partir de aquel momento su jugada ya no fue la de la represión, porque el filtro había cambiado en Washington y la nueva administración volvía a ser partidaria de apoyar a los tiranos siempre que mantuvieran a raya el comunismo y abrieran las puertas al capitalismo. Su argumento fue el de la cocaína. Apoyar al Gobierno de García Meza significaba apoyar al narco-Estado, al país responsable de que Miami, Nueva York o Los Ángeles emblanquecieran por la cocaína.

Por si el especial de la CBS no había resultado suficiente, Watson hizo su movimiento final para convencer a Washington de que el Gobierno boliviano estaba absolutamente involucrado y podrido de corrupción enviando a Hugo Banzer al Departamento de Estado. El anterior dictador criticando al actual. El compañero de armas, el camarada de cuartel, el aliado, acusando a García Meza de narcotraficante y a su Gobierno de narco-Estado. Banzer había sido otro tirano, sí, pero un tirano amigo al que Washington apoyó durante años y al que siguió respaldando transformado ya en líder político con partido político propio.

La historia de Latinoamérica tiene muchos giros así. Banzer, el dictador al que Quiroga Santacruz quiso que se juzgara, se libró de responder por sus crímenes, su rival acabó tiroteado y torturado hasta la muerte y él se reconvirtió en un líder confiable, en el hombre al que Washington apoyaba. Banzer, de hecho, el giro final, volvió a ser presidente del Gobierno, elegido en las urnas, a finales de los noventa. Renunciaría al puesto en 2001, enfermo de cáncer, pocos meses antes de morir sin que fuera nunca juzgado.

La estrategia de Watson funcionó. Washington mantendría aún congeladas las relaciones con Bolivia. Banzer hizo público, además, su rechazo al régimen que inicialmente había apoyado, su repulsa hacia los camaradas que le habían salvado de la amenaza de Marcelo. Fue otro disparo a la dictadura.

De nada de esto se enteró Gloria Ardaya. Ni supo que Arce Gómez había sido destituido, ni pudo ver el especial de *60 minutes* dedicado a su país, ni escuchó rumor alguno sobre los movimientos de la embajada estadounidense. El 15 de enero no la mataron, como a sus compañeros, en el 730 de la calle Harrington. Se la llevaron esposada y con los ojos vendados a una vieja casa de tres plantas cuya ubicación nunca conoció. La tuvieron tres meses secuestrada.

Durante todo ese tiempo la torturaron a diario. Le pegaban, la manoseaban, la insultaban, la vejaban. La amenazaban diciéndole que irían a por sus hijos y a por sus padres, que ya estaban yendo o que ya los tenían.

Los primeros días Gloria lloraba. Lloraba incansablemente. Era una mujer que había llorado poco en su vida y descubrió entonces que ahora no podía dejar de hacerlo. Pensaba en sus padres y en su sufrimiento cuando finalmente supieran que la habían matado, porque sabía que era solo cuestión de tiempo que lo hicieran, cuando se cansaran de interrogarla y torturarla. Pensaba en sus hijos. Se acordaba de sus compañeros muertos, del cuerpo de Artemio, que volvía a su mente una y otra vez, agujereado, desangrándose mientras ella reprimía el grito de terror que le brotaba de las tripas.

Por la noche la sacaban de la casa, siempre con los ojos vendados, la subían a un vehículo y daban vueltas por la ciudad. Cuando paraban, la hacían bajar, la ponían contra un muro, percutían un arma y le decían que la iban a ejecutar. Ella no sabía dónde estaba. Oía de fondo el agua de un riachuelo. Cada noche era la última de su vida.

Mientras tanto, sus familiares la buscaban infatigablemente. Recurrían a todos los contactos que tenían entre los militares para averiguar qué había sido de ella. No sabían si estaba viva. Tampoco si encontrarían su cuerpo.

Cuando regresaba a la casa del paseo nocturno, el frío de la habitación en la que estaba encerrada le impedía dormir.

En las últimas semanas de su tormento, la trasladaron a una habitación en el Ministerio del Interior. Para entonces, su familia ya sabía que seguía viva. Se lo había dicho a su cuñado un amigo suyo que trabajaba para Arce Gómez. En su nuevo destino había un médico que la

ayudó. Un psiquiatra que le reveló que conocía a su hermana, que le confirmó también que todos sus compañeros de la calle Harrington estaban muertos y que lo mejor que ella podía hacer en ese momento era dormir, dormir todo lo que pudiera, dormir y seguir durmiendo como única forma de desaparecer, de que la pesadilla se tornase en un sueño.

Durante semanas la estuvo medicando para que lo hiciera.

Cada vez que tenía que ir al baño, le daban periódicos para que se limpiara, y en ellos, en los que le daban y en los ya usados que sacaba del cubo de la basura, Gloria fue leyendo lo que sucedía en el país. Así se enteró a finales de febrero de que había habido un golpe de Estado en España. También allí los militares habían intentado conquistar el Gobierno y frenar la joven democracia española, pero no lo habían conseguido.

Pasados tres meses, Gloria ya no sabía qué iba a ser de ella, si la matarían al fin y acabarían con tanto dolor o sobreviviría. Hasta el día en el que aparecieron su madre y su hermana. La liberaron, pero las condujeron a las tres a la embajada de Suiza. Durmieron allí esa noche. Gloria no dejaba de temblar. Al día siguiente aún estaba grogui, como los boxeadores noqueados que se levantan y flotan sobre la lona. La llevaron al aeropuerto y la subieron a un avión. Los militares la enviaban al exilio y, cuando Gloria fue consciente de ello, chilló de nuevo como había chillado tantas veces durante aquellas semanas. Gritaba que no quería irse de su país, que se quería quedar allí.

Había sobrevivido.

El caso de Gloria dio la vuelta al mundo. Su familia y sus conocidos se habían movido durante semanas para que se supiera que estaba secuestrada, que habían masacrado a los dirigentes del MIR y ella estaba desaparecida. Llegaron a Bolivia desde todo el mundo mensajes de protesta y llamamientos para su liberación firmados por políticos e intelectuales. Gloria sabe hoy que su caso sacudió la conciencia de muchos militares. No habían hecho el golpe para que sucediera todo lo que estaba pasando en el país. Para que Arce Gómez, con Altmann a su grotesca sombra, sembrara el terror, para que secuestraran y torturasen a mujeres y para que el país apareciera en un especial de la CBS en

Estados Unidos y su golpe de Estado fuese conocido como el golpe de la cocaína. Todo había cambiado ya.

También lo había hecho para Roberto Suárez.

A FINALES del mes de enero de 1981, Altmann apareció un día en casa de los Suárez en Santa Cruz. Acababa de aterrizar procedente de La Paz. Lo recibió Ayda Levy. El alemán le dijo que tenía que hablar con su marido. Era urgente. La cara de Altmann nunca había sido alegre —los ojos fríos, el gesto serio—, pero aquel día ella supo enseguida que algo iba mal. Altmann estaba descompuesto y sudoroso. Lo invitó a entrar al salón. Como ya le había anticipado, Roberto atendía una llamada de teléfono. Le ofreció una taza de té mientras esperaban. Aprovechó que estaban a solas para criticarlo. El nombre de su familia se hundía por la mediación que había establecido entre su marido y los militares.

—Señora, he venido a ponerlos sobre aviso —le anunció.

Empezó a contarle que el Departamento de Estado de Estados Unidos estaba presionando a la dictadura para que hiciera pública una lista de narcotraficantes elaborada por la DEA. En ella figuraba Roberto en el primer puesto y Roby, su hijo mayor, en el segundo. Los estadounidenses habían emitido ya una orden de arresto internacional contra ambos. Altmann le aconsejó a Levy que huyeran del país. Nadie podía garantizarles la seguridad allí si García Meza ordenaba que fueran a por ellos.

En ese momento entró Suárez en la habitación. Debió de oír las palabras de su socio alemán, o leérselas en el rostro, porque lo miró de modo fulminante y le ordenó que se callara. Él, y solo él, gestionaba los asuntos de su familia. Él, y solo él, le daba las noticias a su esposa.

No fue lo único que le ordenó. Tras alertar Altmann también a Suárez, este le pidió que regresara de inmediato a La Paz y que fuera a ver a García Meza y a Arce Gómez. Debía recordar a ambos el compromiso que tenían y avisarlos de que si lo rompían las consecuencias serían funestas para todos. Esa misma noche Altmann telefoneó a Suárez desde La Paz. Acababa de hablar con el dictador.

García Meza enviaba a Suárez otro mensaje de vuelta: no admitía órdenes de nadie.

Las siguientes semanas fueron terribles en casa de los Suárez. El matrimonio discutía continuamente. La incertidumbre se extendía más viscosa cada día.

A finales de febrero de 1981, cuando Arce Gómez fue destituido, se confirmaron los peores presagios. García Meza hizo pública la lista de la DEA y anunció que perseguirían a los acusados. Se acababa de romper el pacto del narco-Estado. Aunque todavía no se sabía el alcance real de la ruptura. Ese mismo día el dictador había enviado previamente un mensaje a Suárez anunciándole lo que estaba a punto de hacer e instándolo a protegerse.

La caída de Arce Gómez no había resultado suficiente, y García Meza recibía cada vez más presión desde Washington. Denunciar públicamente a Suárez fue la forma que tuvo de hacer ver que no estaba involucrado en el narcotráfico, que había sido una cuestión exclusiva de Arce Gómez. En Santa Cruz se celebraba entonces el carnaval, pero en el baile del narco-Estado ninguno de sus socios sabía realmente quién iba disfrazado.

Las discusiones de las semanas previas se agudizaron. Levy culpaba a su marido por haber puesto a su familia en peligro. Se habían convertido en enemigos de Estados Unidos. Ella fue quien se lo contó a sus hijos menores, Gary y Heidy. Harold estaba entonces estudiando en Estados Unidos, al margen de lo que sucedía en casa. Su padre y su hermano encabezaban la lista de perseguidos por la DEA, pero Levy temía que pudieran incriminar también a sus hijos en Bolivia, que les tendieran una trampa metiéndoles cocaína en sus coches para acusarlos. No estaban seguros en su país, pero de allí no resultaba tan fácil marcharse. Lo mejor que podían hacer, provisionalmente, era esconderse y tener el perfil más bajo posible. Eso y alejarse de su padre. Levy le exigió que se marchara de casa. Poco después le pidió también el divorcio.

García Meza traicionó a Suárez. Así vivió la familia lo sucedido. Para salvarse, el dictador dinamitó el pacto con él, que era un pilar del narco-Estado. Suárez se sentía el chivo expiatorio del dictador, como confesó en su libro de memorias.

—También en la cumbre se está al borde del precipicio —lo describió.

Suárez veía en esa clave de traición incluso que no hubiese trascendido la noticia de que su hija Heidy había ganado un concurso de belleza en Filipinas. Ser *miss*, en Bolivia y en Latinoamérica, no era poca cosa. Al contrario, daba estatus social a una familia y prestigio a un país.

Mientras el huracán del narco-Estado sacudía Bolivia, Suárez había enviado a su esposa y a su única hija al otro lado del mundo para que Heidy participara en el certamen. Así logró, además, quitarlas de en medio en aquellos momentos. Sobre todo a su esposa, que desde que él se había metido en el negocio de la coca y en los pactos con los militares temía la amenaza que todo ello suponía para su familia y así se lo decía. Fue el comienzo del fin de la pareja.

El movimiento del dictador trastocó los planes de Suárez. Se acabó súbitamente la buena vida que llevaba. Empezó a vivir escondido, por lo que pudiera pasar. Primero lo hizo en Santa Cruz. Se mudaba de casa en casa. A veces se alojaba en la habitación de un socio, otras en el chalé de un primo lejano. Siempre una o dos noches. Llegaba cuando se ponía el sol. Se marchaba antes de que pudiera circular el rumor de su paradero. A veces jugaba con los niños de su anfitrión en el jardín como si nada. Luego volvía a desaparecer. Santa Cruz era su laberinto y conocía todas las salidas.

Sin embargo, aquello resultaba demasiado arriesgado. Las casas se volvían inseguras y las miradas de los vecinos más sospechosas. Así que se trasladó al Beni. Allí donde la sabana se funde con la jungla era más difícil de encontrar. Estancias con rebaños de ganado y caminos de tierra roja por los que era imposible circular cuando llovía. Allí vivía como un rey gaucho en la sombra.

Se trasladaba a diario de hacienda en hacienda en avioneta, en coche, cada vez en uno diferente, o incluso a caballo. Contaba con trabajadores leales que vigilaban por la noche. También se escondía en casas

particulares. Ahora eran sus vecinos del Beni quienes le devolvían los favores que él les había hecho durante años y lo ayudaban, cobijándolo y, por supuesto, callando. Si les preguntaban, nadie había visto a don Roberto ni sabía nada de él. Suárez se transformó en una sombra en su Beni, al mismo tiempo que las primeras noticias sobre él lo sacaron a la luz públicamente.

Aún no había circulado una foto suya, solo aquel retrato de *60 minutes*, cuando empezaron a hacerlo los rumores sobre el gran narcotraficante. De Suárez contaban las crónicas que tenía un ejército de mercenarios libios, que disponía de aviones de despegue vertical y que llevaba siempre al cinto una pistola de oro puro. Nada era cierto, salvo lo de la pistola: era verdad que poseía una Smith & Wesson de nueve milímetros, aunque no era de oro puro sino que tenía un baño de este. Todo aquello, pese a la situación, a Suárez le gustaba. A un hombre que quería ser el mejor en todo y que adoraba que lo halagasen, aquellos rumores le divertían y le acariciaban el ego. Se estaba convirtiendo en una leyenda. Su figura llegaría a inspirar, incluso, un corrido del cantante beniano Óscar Velarde. Se titulaba *El torazo* y ensalzaba al toro de las pampas y al halcón en las alturas.

«Todo el mundo te persigue/por montes y por bajíos/pero el Beni te cobija/por ser su hijo querido», decía la canción en su última estrofa.

El negocio, a pesar de que se desmoronase el acuerdo con los militares, iba bien. Mejor que eso: crecía a pasos agigantados. La alianza con Escobar era sólida, les unía ya, además, una amistad, y la multinacional que habían creado buscaba nuevas vías de expansión.

En enero de aquel año, mientras los sicarios de Arce Gómez aniquilaban a los compañeros de Ardaya y a ella la apresaban y torturaban, Suárez y Escobar aterrizaban en Panamá. Allí se reunieron con Manuel Noriega, el militar que dirigía el departamento de inteligencia militar desde que en 1968 el general Omar Torrijos había dado un golpe de Estado al presidente Arnulfo Arias y se había erigido en dictador.

Incluir a Panamá en la estrategia de la organización implicaba abrir una nueva ruta segura hacia el norte para la cocaína, fuera del radar de las autoridades y con bancos en los que blanquear las ganancias. Como

contaría Ayda Levy en sus memorias y respalda hoy la familia Suárez, fue Klaus Barbie quien los conectó con Noriega.

El alemán no operaba solo como estratega de seguridad e inteligencia de la organización. También disponía de contactos tan suculentos como aquel. Barbie se había convertido ya en un gran aliado de Suárez y lo acompañaba a Medellín a algunas de sus reuniones con Escobar.

Paradójicamente, Suárez no fue el único al que empezaron a perseguir en esa época. Mike Levine, el primer agente de la DEA que había ido a por él, hacía también su propia travesía del desierto. Estaba ya convencido de que le habían boicoteado desde dentro y de que la CIA estaba detrás de todo. Ahora, además, su cabeza tenía precio.

La prensa, como el especial de *60 minutes*, contaba la operación que había realizado meses antes en Miami, pero después de aquello no había sucedido nada. Cada vez que hablaba con sus superiores en la sede de la agencia en Arlington se sentía más solo y bloqueado. No querían hacer nada.

Le ofrecieron que regresara a Estados Unidos y él lo interpretó como una señal más de que ansiaban quitárselo de en medio, apartarlo de su lucha sobre el terreno. Creía, además, que si los narcotraficantes iban a por él estaría más seguro en Buenos Aires.

Su desesperación se desbordó tanto que incluso llegó a contactar con sendos periodistas de la revista *Newsweek* que habían escrito sobre la Operación Miami para contarles su versión, para decirles que, por muchas medallas que se pusiera la DEA, la trastienda era otra. En un reportaje previo de la revista sobre el Gobierno de la cocaína boliviana se detallaba su operación, pero sin referencia alguna al desenlace: ni a la desaparición de Gasser y Gutiérrez ni a la sombra de esa mano derecha de la CIA haciendo lo contrario que la izquierda de la DEA.

Nunca recibió respuesta de la revista, pero semanas más tarde a Levine le abrieron un expediente y lo apartaron del caso. Los inspectores de seguridad interna rastrearon sus gastos, sus listas telefónicas, su correo, interrogaron a colegas y compañeros de la policía argentina... Los

diplomáticos lo rehuían, los informadores lo rechazaban. Estaba prácticamente marginado.

Con cada movimiento contra él fue creciendo una idea en su interior: había chocado con un muro invisible. Se lo frenaba y ahora anulaba porque su victoria entraba en conflicto con intereses superiores. Levine se sentía un enemigo en su propia casa.

Levine y Suárez, perseguidor y perseguido, pasaban ahora a ser perseguidos por sus propios sistemas.

Para Suárez todo aquello fue la implosión definitiva de un compromiso que no se cumplió nunca. Los militares habían tenido su propia agenda desde que llegaron al poder. Sobre todo, Arce Gómez. Si uno de los objetivos de Suárez —según decía él mismo y repite su familia hoy— era que las ganancias de la coca proveyeran de riqueza al país, que esta fuera usada como un recurso natural para sacarlo de la pobreza, los líderes militares se olvidaron enseguida del plan, porque solo se preocuparon de enriquecerse ellos.

Suárez confesaba que los militares eran los hombres a quienes él había atribuido mayores dosis de patriotismo, y que su corrupción transformó en una profunda decepción la esperanza que había depositado en ellos.

Los suboficiales que se movían en bicicleta, como vio Canedo en El Chapare entre sus propios hombres, ahora lo hacían en motos; los oficiales que ya tenían motocicletas, ahora conducían coches; y los mandos mayores cambiaban sus vehículos modestos por lujosos Mercedes y bmw. Eso en las calles, porque también corrían ya las noticias sobre el dinero que salía del país y acababa escondido en cuentas de Suiza, Estados Unidos o los paraísos fiscales del Caribe.

Arce Gómez iba por libre y se había desbocado. No solamente por los asesinatos que ordenaba. Además, tenía sus propios narcotraficantes favoritos, a los que protegía sobre el resto porque eran los que trabajaban para él y lo enriquecían, su propia red. La corrupción llevaba meses desbordada. Ya apestaba. Incluso en los cuarteles. El exdictador Banzer abrió la grieta viajando a Washington a denunciar a su camarada

García Meza. Después la ensancharon los propios compañeros del dictador.

—¡Que se vaya, carajo! —clamó Emilio Lanza.

El lunes 1 de mayo de 1981 García Meza viajó a Cochabamba. Su régimen temblaba, a La Paz llegaba un runrún cada vez más sonoro del descontento entre los militares, y sus asesores le habían aconsejado que recorriera el país, que fuera a los cuarteles y repartiera elogios y dinero entre los mandos para no perder su apoyo o para recuperarlo. También le habían advertido de que tuviera cuidado.

El coronel Emilio Lanza había vuelto a ver en su betamax la cinta del especial de *60 minutes*. No le sorprendió, porque llevaba meses contemplando a algunos militares trabajando para los narcotraficantes y cómo incluso fabricaban ellos mismos la pasta base en El Chapare. Él y su amigo Canedo, destinado en Puerto Villarroel, en ese corazón de la selva donde crece la hoja de coca, se habían dado ya de bruces contra sus superiores cuando intentaron frenar esta dinámica.

A las siete de la mañana, Lanza estaba en su cuartel en Cochabamba. Pidió voluntarios para acudir a ver a García Meza, que se encontraba en la cercana Escuela de Armas. Reunió a un grupo de una docena de oficiales y soldados armados. Él se colocó su revólver en la cintura. La adrenalina le galopaba por las venas y el corazón le golpeaba la camisa.

—¿Qué quiere, Lanza? —le preguntó el dictador cuando lo vio irrumpir en la reunión que presidía.

—¡Que se vaya, carajo!

García Meza palideció.

Lanza se quedó mirándolo.

Después empezó a mirar a su alrededor, buscando la reacción que no llegaba de los oficiales que asistían a la reunión. Las semanas previas le habían confirmado que estaban con él, que ya era hora de que el dictador se fuera. Pero ninguno se movió. Habían enmudecido.

—Muy bien, venga aquí, siéntese, le cedo la presidencia —le dijo García Meza.

Había recuperado el color viendo que no sucedía nada tras su desplante.

—No sea estúpido. No he venido por la presidencia, sino a pedirle que se vaya y ponga al frente a un general más responsable. Está usted enlodando las fuerzas armadas.

Eran las ocho menos cuarto de la mañana. Lanza le dio un ultimátum: tenía hasta el mediodía para dejar la presidencia. Después se retiró con sus hombres. Pero fue un ultimátum por orgullo, por no mostrarse abatido. Sabía bien que había fracasado. Se había quedado solo. El general había sorteado la embestida y, por supuesto, no dimitiría.

García Meza llevaba semanas evitando los cañonazos. Primero combatiendo la realidad de un país que estaba aún más hundido que cuando él había llegado, con el producto interior bruto cayendo y la inflación disparándose. Después saltando sobre los cadáveres de la calle Harrington, culpando de todo a Arce Gómez y deshaciéndose de él para complacer a Washington. El golpe que lo había llevado hasta el despacho presidencial del Palacio Quemado se había convertido internacionalmente en el golpe de la cocaína. Washington le había obligado también a sacar a la luz pública a Roberto Suárez. Y ahora se enfrentaba a los militares. El descontento no era ya un rumor, sino un coronel armado con un revólver.

—Que se vaya, carajo —le había dicho Lanza.

Los movimientos de García Meza no eran suficientes. Estaba ya metido en arenas movedizas. Por mucho que se agitara, que corriera, que eludiese los golpes, se hundía más.

Lanza no se había rendido.

—Para Emilio y sus alas, porque su salto al vacío valió la pena —dice la dedicatoria que la periodista Cecilia Lanza ha escrito en su libro *El color de las ovejas negras*.

Es la crónica, como reza en el subtítulo y como ella cuenta, de un parricidio. No el suyo. Al contrario. Ella no intenta matar al padre, sino salvarlo. Lo intenta la hija del hombre que tenía alas, del paracaidista experto que llegaba a casa desde el cielo, saltando sobre el vecindario de Cochabamba de regreso en avioneta tras una jornada de maniobras,

mientras Cecilia y sus amigos lo miraban aterrizar, un punto creciente en el cielo, con los ojos colmados de admiración. Papá era un héroe.

Pero lo intenta, sobre todo, Cecilia, la periodista honesta que no olvida que su padre apoyó el golpe de Estado contra la democracia que nacía en el país, el golpe militar que mató a hombres buenos como Espinal y Quiroga Santacruz, el alzamiento que convirtió en dictador a García Meza y que dio plenos poderes a un salvaje como Arce Gómez y luz verde al sádico Klaus Barbie.

Las dos Cecilias, la hija y la cronista, son quienes escriben desde la distancia del presente sobre su padre y cuentan aquel salto que dio en la primavera de 1981. Al vacío.

El 25 de mayo, a las cinco de la mañana, Lanza lo intentó de nuevo. A él no le bastaban los movimientos desesperados que había hecho García Meza. Ni siquiera se los creía.

Las semanas previas habían sido un torbellino para Lanza. Tras su motín fallido en Cochabamba, se entregó, quedó detenido en La Paz, logró fugarse tras confesarle un compañero que estaban barajando la opción de matarlo y se pasó más de dos semanas viviendo escondido de casa en casa. Ni su esposa sabía dónde estaba. El día que, por sorpresa, regresó camuflado a su cuartel, cuatrocientos soldados, sus hombres, lo recibieron con aplausos.

Durante aquellas semanas, Lanza estuvo en contacto con los altos mandos de otras unidades del país, preparando una nueva rebelión. La señalada para aquel día 25. Entre sus partidarios figuraba, por supuesto, su amigo Canedo, que se había enfrentado ya al narco-Estado en El Chapare desmantelando las fábricas de pasta base. Canedo aportaría sus tropas de Villarroel.

Llegado el momento decisivo, volvió a suceder lo mismo. Lanza y sus hombres se echaron a las calles y tomaron Cochabamba. Pero la rebelión contra el general no se secundó en el resto del país. Lanza, Canedo y los suyos se habían quedado solos. Negociaron su rendición con el Gobierno. Exigieron un avión seguro para viajar a La Paz y que los dejaran refugiarse en la oficina del Nuncio del Vaticano, la misma donde estuvo Lidia Gueiler tras el golpe. También ellos se exiliarían desde allí.

Pero el fracaso no fue solo un fracaso. Fue también una semilla. García Meza agonizaba ya.

La de Lanza no fue la única operación contra el general. El suyo, además, no era un golpe al golpista. Él no aspiraba a la presidencia, como le había dicho al dictador, sino a que otro asumiera el poder. Alguien que estuviera limpio de drogas, que no hubiera participado en la mafia de Estado de la cocaína. En Santa Cruz y en La Paz germinaba el ejemplo de Lanza y se preparaban otras insurrecciones con generales o coroneles al frente que, ellos sí, ambicionaban la silla presidencial. Y no solo había complots entre los militares. También entre los civiles.

En la provincia de Santa Cruz, el activista político Carlos Valverde Barbery, fundador del partido radical Falange Socialista, asaltó y tomó un campo gasístico junto a un pelotón de hombres armados entre los que estaba su hijo Carlos. El joven ya se había enfrentado al narco-Estado, o a una de sus caras, señalando las casas donde se traficaba con cocaína y había increpado a Barbie en la calle. La Falange Socialista estaba dividida entre quienes confiaban en una dictadura militar —como el joven Darwin Prado, el líder de los estudiantes instruidos por los Novios de la Muerte, o el furibundo Mosca Monroy, que había asaltado el palacio presidencial— y quienes estaban en contra de ella, como Valverde Barbery.

Ahora padre e hijo amenazaban con dinamitar las instalaciones si el dictador no renunciaba. En Santa Cruz estaba destinado el coronel Gary Prado desde que García Meza había llegado al poder. Prado se había negado a apoyar el golpe y se había convertido en enemigo de García Meza, pero no era un rival al que se pudiera eliminar como a otros opositores, porque era el hombre que había capturado al Che. Era un héroe de guerra. Así que García Meza se lo había quitado de encima enviándolo a Santa Cruz.

Lejos de La Paz, apenas tendría capacidad de maniobrar contra él. Si quería dar desde allí un golpe a la dictadura, se lo impedirían desde La Paz los coroneles de derechas. Mantenerlo en activo, incluso como una amenaza latente, garantizaba también a García Meza que, si uno de esos

coroneles de La Paz, hambrientos de poder y gloria, planificaba derrocarlo, Prado se opondría desde Santa Cruz.

Prado fue quien acudió al campo de Tita, a sesenta kilómetros de la ciudad, para sofocar la revuelta. Valverde y sus hombres estaban en clara inferioridad. O volaban la refinería, como amenazaban hacer, y morían todos, o morían solo ellos combatiendo a los militares, o se rendían. Optaron por la rendición tras pactar que les dejarían exiliarse a Paraguay.

Estaban negociando el acuerdo en un despacho de la refinería cuando sonó el disparo. No era de Valverde ni de sus hombres, que habían entregado ya las armas, sino de uno de los hombres de Prado. El tiro alcanzó al coronel. Cayó seco de espaldas al suelo.

—Carlos, mis piernas, me tiraron... —dijo Prado, mirando aturdido a Valverde, agachado ya a su lado.

Nunca volvió a ponerse de pie por sí mismo. La bala le alcanzó la columna y Prado pasaría el resto de su vida en una silla de ruedas. El disparo fue supuestamente accidental, pero todavía hoy algunas personas ven detrás la mano de García Meza tratando de eliminar a un coronel opositor de la dictadura y que conspiraba ya contra ella.

Otros también ven ahí el fantasma de Ernesto Guevara, lo que se conoce como la maldición del Che, una leyenda —sustentada en algunos hechos reales— según la cual aquellos que capturaron y mataron al Che recibieron después su castigo.

El general René Barrientos, el presidente que ordenó ejecutar al guerrillero, murió dos años más tarde en un accidente de helicóptero. El general Joaquín Zenteno Anaya, que trasladó la orden, fue asesinado en París, donde era embajador, en 1976. A Andrés Selich, teniente coronel que combatió al Che en Ñancahuazú, lo mataron a golpes en 1973 acusado de planear un golpe contra el dictador Banzer. El coronel Toto Quintanilla, el hombre del servicio de inteligencia tras la caída del argentino, fue a su vez asesinado en 1971 en la oficina que ocupaba como cónsul de Bolivia en Hamburgo.

A Quintanilla lo mató la guerrillera comunista Monika Ertl. Con ella la historia se convierte casi en una crónica de realismo mágico, o de esa realidad surrealista única de Bolivia. Monika nació en Múnich en 1937, pero su padre se la llevó a vivir a Bolivia tras la Segunda Guerra Mundial

y el fin del nazismo. Él era el fotógrafo Hans Ertl, el hombre que había trabajado como director de fotografía con la famosa Leni Riefenstahl en la propaganda del nazismo y que se amistó con Barbie cuando este llegó a Bolivia. Pasada aquella etapa, Ertl había acabado viviendo alejado de todo como granjero y su hija se había convertido en una activista comunista.

Tras el asesinato de Quintanilla, Monika estuvo dos años desaparecida, hasta que en mayo de 1973 la detectaron en un mercado de El Alto, junto a La Paz, la apresaron y la asesinaron. El hombre que la delató fue Barbie, amigo íntimo de Quintanilla. Pero también amigo, durante años, de Hans Ertl. Gracias a Ertl, Barbie había encontrado aquel trabajo en el aserradero de Los Yungas y el mejor refugio posible para iniciar su nueva vida como Altmann. Delatándola, Barbie no había prestado solo un servicio a los militares bolivianos, también había consumado una venganza y eliminado a una enemiga declarada. Monika Ertl había participado meses antes en el complot fallido para secuestrarlo.

García Meza no sufrió la maldición del Che, porque él no lo combatió. Sufrió su propia maldición. En el verano de 1981, cuando se cumplía el primer aniversario del golpe y de su presidencia, ya no tenía a su lado ni siquiera a los suyos, que conspiraban contra él para ver quién ocuparía su puesto. La dictadura hacía aguas. El hundimiento final se confirmó en agosto. El día 4 cedió a las presiones y entregó el Gobierno a una Junta Militar.

—El general García Meza no es un cobarde y eso lo saben todos —dijo aquel día en su última alocución como presidente, hablando de sí mismo en tercera persona, como Arce Gómez había hecho también el día que amenazó a los opositores por televisión.

Su dictadura apenas había durado un año. Sus compañeros de dictadura de la Junta Militar lo relevaron y gobernaron durante un mes, hasta que nombraron dictador a otro general, Celso Torrelio. En diciembre de 1981 llegó por fin a Bolivia un nuevo embajador de Estados Unidos, el hombre de Reagan en el país.

Caído García Meza y su Gobierno de la cocaína, en Washington no preocupaba ya apoyar lo que seguía siendo una dictadura militar presidida por uno de los hombres de confianza de García Meza y que había sustituido a Arce Gómez en el Ministerio del Interior. *Business as usual*, como se dice en inglés. El Cóndor volaba de nuevo.

Torrelio duró poco. La situación del país era calamitosa, los militares estaban divididos y los rumores de nuevos golpes entre ellos se sucedían. Torrelio cedió el mando meses más tarde a Guido Vildoso. Pero el ejército estaba tan cuestionado y hundido que a este no le quedó más remedio que devolverle el poder a Hernán Siles Suazo, el hombre que debía haber sido investido presidente antes del golpe, retornando así a la democracia interrumpida. El narco-Estado de García Meza y sus coletazos finales fueron un paréntesis de dos años. Pero en dos años habían sucedido muchas cosas. En dos años había pasado todo. Y aún seguiría pasando más.

García Meza no era un cobarde. Eso decía él. Pero acabó huyendo. En 1989 se fugó a Brasil. Allí fue detenido en 1994 con un pasaporte falso brasileño, y meses más tarde fue extraditado a Bolivia. En 1993 se le había condenado, *in absentia*, a treinta años de cárcel por los crímenes de la dictadura, tras un largo juicio iniciado a mediados de los ochenta. El proceso duró casi una década. Entre las personas que testificaron contra él y sus adláteres estaba Gloria Ardaya, que relató a la Corte Suprema boliviana la masacre de la calle Harrington, los gritos desesperados de sus compañeros desarmados, las ejecuciones, la agonía de su compañero Artemio y las semanas de terror que ella sufrió después.

Fue un juicio histórico. García Meza murió en abril de 2018, todavía preso, aunque pasó la mitad de su condena en un hospital, en mejores condiciones que las de la cárcel de Chonchocoro en El Alto. Los militares seguían teniendo su influencia en Bolivia. La mantienen hoy, pese a la historia.

En aquel juicio también fue condenado Arce Gómez, así como medio centenar más de altos mandos militares y paramilitares

bolivianos.

García Meza fue el dictador latinoamericano que cumplió la mayor condena. Fue uno de los pocos que pagó cárcel. Su colega Videla de Argentina también fue condenado, en 1985, pero cinco años después recibió un indulto presidencial de Carlos Menem que tardaría más de quince años en ser anulado. Videla pasaría los últimos años de su vida entre arrestos domiciliarios y la prisión donde finalmente murió en 2013.

El resto de tiranos de los años sangrientos del Plan Cóndor vivieron libres e impunes, desde los cinco dictadores que lideraron los veinte años de Gobierno militar en Brasil hasta el eterno Alfredo Stroessner que mandó en Paraguay durante más de treinta años, pasando por Guatemala, Ecuador o, por supuesto, Chile, donde Augusto Pinochet era la referencia, el modelo a seguir para García Meza. Tanto que lo primero que hizo durante su dictadura fue ordenar el diseño de nuevos uniformes militares de cuello redondo, como los que usaba Pinochet.

Pinochet fue senador vitalicio hasta que en 1998 el juez español Baltasar Garzón le arrugó aún más la vejez y le estropeó su inmunidad emitiendo una orden de arresto internacional contra él que lo tuvo al filo de la justicia, atrapado en Londres durante casi dos años, hasta que volvió a Chile porque en la capital británica se lo consideró demasiado mayor para ser juzgado. Nunca se tuvo que enfrentar a un tribunal. Tampoco en Chile. Murió pasados los noventa años bajo arresto domiciliario envuelto en procesos judiciales que no llegaron a condenarlo. Todavía impune.

Durante su vía crucis legal en el Reino Unido, y a pesar de las gravísimas acusaciones que pesaban sobre él, Pinochet aún recibió el respaldo público de la exprimera ministra británica Margaret Thatcher y del expresidente de Estados Unidos George Bush. El escritor y jurista británico Philippe Sands reconstruye magistralmente aquel proceso judicial en su libro *Calle Londres 38*. También la conexión del dictador con el nazi Walter Rauff, a quien el Mossad quiso eliminar la primavera de 1980 en aquella operación en la que planeaban acabar primero con Rauff y seguidamente con Barbie, pero que se suspendió.

Todos estos dictadores fueron responsables durante décadas del asesinato y tortura de millares de personas. Responsables de la desaparición de miles de inocentes cuyos restos todavía no han aparecido y cuyo final sus familias ni conocen. Como Marcelo Quiroga.

En Bolivia ni siquiera se castigó a Banzer, el dictador al que Quiroga quiso llevar a juicio. Banzer fue el supuesto inductor —así lo señalan incluso sus compañeros de armas— del asesinato del líder boliviano. Sin duda, fue el hombre más beneficiado por su desaparición. Banzer, el más difícil todavía, volvió incluso a ser presidente, porque seguía siendo el favorito de Washington.

El juicio a García Meza, sin embargo, no fue completo. Y no solo porque Banzer no estuvo nunca entre los juzgados. Los acusados fueron todos bolivianos, partícipes o cómplices de la dictadura y de su represión. Pero quedaron fuera los paramilitares extranjeros, desde los argentinos enviados por la Junta que enseñaban a los bolivianos a torturar en el cuartel de Miraflores hasta los europeos que conformaban los Novios de la Muerte.

Todo aquello quedó fuera del proceso. Como lo hizo el papel relevante de Altmann, el comandante nazi nombrado coronel del ejército boliviano y estratega de las cacerías de Arce Gómez.

Tampoco se juzgó el narcotráfico. Fue un juicio a una dictadura y no a una narcodictadura, o a un narco-Reich como el que planeó Klaus Barbie. Todo ello quedó al margen, impune, porque no había pruebas, porque aún tardarían años en conocerse los detalles que habían convertido aquella dictadura en una de las más cortas del Plan Cóndor, pero también, seguramente, en la más especial de todas debido a los actores que la protagonizaron.

Encausar al general y a sus secuaces ya resultó una labor titánica. El caso sacudía el país y generaba inestabilidad. Cuando Quiroga Santacruz había querido ir a por el dictador Banzer, había acabado muerto, y los militares habían asaltado el poder. La acusación, con el abogado y activista político Juan del Granado al frente, tuvo que dedicarse a demostrar incluso que lo que pasó el 17 de julio de 1980 había sido un golpe de Estado, porque hasta eso negaba la defensa. García Meza, de hecho, se había fugado ya a mitad del juicio al descubrir que no iba a tener la antigua inmunidad militar, que a él no le iban a salvar sus

compañeros de armas como él salvó a Banzer, y que, por tanto, no iba a salir impune.

Durante sus años de condena en Chonchocoro, coincidieron en la misma cárcel muchos de los líderes de la dictadura. García Meza seguía siendo el general García Meza, el viejo líder respetado por aquellos que lo respaldaron. Arce Gómez tenía peor estatus. Toda la fortuna que amasó había desaparecido y, al no contar con recursos, estaba internado con los presos comunes, carente de privilegios y más expuesto a los peligros de la cárcel. También se encontraba allí recluido el paramilitar Daniel Balderrama, el luchador Mr. Atlas, condenado por haber perseguido, secuestrado, torturado y robado a los opositores de la dictadura.

Balderrama cuenta que no vivía mal en prisión. No tan bien como en los meses del régimen, en los que fue el rey del mambo —le sobraban dinero, poder, mujeres y noches de juerga—, pero supo hacerse su hueco en la cárcel. Seguía con su vida de placeres, aunque con menor intensidad. Una tarde que su esposa fue a visitarlo se lo encontró en la cama de su celda con una prostituta. No había calculado los horarios y ella lo descubrió en plena infidelidad. Fue la última vez que su mujer lo visitó. Él ríe y se encoge de hombros cuando lo recuerda. Después sigue mojando su empanada en el café con leche para ablandarla.

Balderrama se ganó la vida en Chonchocoro como lo sigue haciendo hoy fuera: cantando. Cada fin de semana, con un amigo peruano que toca la guitarra, canta de bar en bar por lo que le den, o en fiestas donde los contratan. Luchador, paramilitar, mariachi...

Todavía en la cárcel, un día lo mandó llamar García Meza para que le cantara. El exdictador lo felicitó, pero Balderrama no esperaba elogios, sino, por supuesto, dinero. No volvió a cantar nunca para él. Las órdenes del general ya no eran las órdenes del general. Tampoco Arce Gómez fue nunca más el mismo. En una ocasión Balderrama se encaró con él en los pasillos, le dio un puñetazo y lo tumbó. El hombre más temido del narco-Estado se había convertido en un viejo indefenso.

Meses antes de morir, en 2018, a los ochenta y nueve años, Luis García Meza concedió su última entrevista. La hizo el periodista español Ramón Grimalt para la cadena boliviana ATB. En ella García Meza aparece en la habitación del hospital militar donde estaba recluido, vestido con una sudadera negra con capucha con la marca Reebok impresa en el pecho en grandes letras blancas. Tenía buen aspecto para ser el dictador octogenario que llevaba encarcelado quince años.

En aquella entrevista, su último testimonio, básicamente hizo lo mismo que había hecho siempre: negarlo todo. Negó estar implicado en la muerte de Luis Espinal, negó que hubieran existido los paramilitares durante su golpe y su Gobierno, negó que hubiese habido narcotráfico y negó también implicación alguna en la matanza de la calle Harrington. Todo había sido orquestado por Arce Gómez, a quien destituyó, como reconocía en la entrevista, porque se lo había pedido Estados Unidos como condición para aceptar su régimen.

El suyo había sido un Gobierno de traiciones, las que él había sufrido desde el primer día, comenzando, cómo no, por Arce Gómez. Cada vez que se reunía el gabinete de Gobierno, Arce Gómez llegaba, se desabotonaba la chaqueta —que le quedaba pequeña— y se echaba a dormir. García Meza tocaba una campanilla para despertarlo y que le contara los asuntos del Ministerio, pero ni despierto le importaban al coronel.

En aquella entrevista también le preguntaron por Klaus Altmann al que fue el último dictador de Bolivia, y este, por supuesto, también esquivó cualquier conexión con él, como había hecho previamente con todas las cuestiones del narco-Estado y de la represión. Tan solo lo vio pasar por palacio en una ocasión, decía, pero jamás tuvo contacto con él. Lo describía como un hombre medio anciano que hablaba un español raro.

—Arce Gómez me dijo que era Klaus Barbie y que lo tenía en el Ministerio como asesor y lo quería mucho.

García Meza terminaba la entrevista diciendo que no se arrepentía de nada y que tenía la satisfacción del deber cumplido. Literalmente. Había entrado en la historia de su país. También en la del sangriento siglo XX latinoamericano. Pero por la puerta de atrás.

El 9 de julio de 2009 Luis Arce Gómez regresó a Bolivia. Lo hizo en avión desde Estados Unidos. Había pasado veinte años en una cárcel de Florida, desde que fue detenido cuando permanecía oculto en una casa de Santa Cruz, extraditado y condenado a treinta años por tráfico de drogas.

Estados Unidos le había abierto una causa desde que se convirtió en el ministro de la cocaína. Las pruebas en su contra las facilitó uno de los suyos. Mejor dicho: una de las suyas. Fue Sonia Atala, esposa del piloto Pachi Atala, con el que Dieter Hubner competía en la Carretera de la Muerte, quien dio a la DEA todas las pruebas de cómo operaba el narco-Estado y de cómo Arce Gómez era el líder. Tras el caso, estuvo, de nuevo, Mike Levine.

Ya de regreso en Estados Unidos, retirado de su puesto en Buenos Aires y apartado del caso de Suárez y de la Operación Miami, Levine continuó trabajando en las redes bolivianas. Era uno de los agentes con mayor conocimiento sobre estas. Hasta que él entró en escena no habían existido.

El de Atala es un caso atípico, extraordinario, una mujer en un mundo de hombres que llegó a ser una de las traficantes principales del país bajo la protección de Arce Gómez, integrada en el oligopolio de la coca que había diseñado Suárez. Pero se cambió de bando cuando el negocio en Bolivia empezó a torcerse y Estados Unidos entró en escena. De traficante a confidente, Atala vive desde hace décadas en Estados Unidos, en Texas, con la nueva identidad que le facilitó el Gobierno por su ayuda. Gracias a ella, Arce Gómez acabó en la prisión de Florida.

En 2007, cuando el exministro podía solicitar ya el tercer grado, el Gobierno boliviano lo reclamó. Hacía más de diez años que había sido sentenciado por sus crímenes durante la dictadura y tenía por estrenar en Bolivia su condena, también de treinta años. Dos años después, una vez rechazadas todas sus alegaciones para evitar el traslado, fue finalmente expulsado de Estados Unidos y enviado a su país.

Arce Gómez regresó a Bolivia con un amplio dispositivo de seguridad. Aquella mañana lo esperaban en el aeropuerto de El Alto decenas de policías, militares y periodistas. El coronel apareció en silla de ruedas, con el pelo y la barba blancos, gafas de montura negra, pantalón de chándal gris y chaqueta marrón, con la cabeza agachada y

llevado en volandas en su silla por los militares. Era otro Arce Gómez. Nada que ver con el gordo y brutal jefe de la represión. Con esa barba, con el cabello blanco y sin su camisa ajustada nadie lo hubiera reconocido.

Tras una de las cámaras de televisión, lloraba en silencio el operador sin dejar de grabar la escena.

Aquel hombre licenciado en cine que trabajaba para la televisión y aún no había cumplido los treinta años era Juan José Arce, uno de los muchos hijos que el coronel tuvo. Su madre fue una de las amantes de Arce Gómez en la época de la dictadura, pero Juan José había compartido parte de su infancia con su padre en Santa Cruz, una vez llegada la democracia, antes de que fuera apresado y enviado a Estados Unidos. Al principio ni siquiera sabía que el hombre con el que vivía era su padre. Lo descubrió más tarde. Después perdió todo el contacto. Las cartas que enviaba a la cárcel no llegaban o su padre no las respondía.

Tras su regreso a Bolivia, Juan José fue a verlo a la cárcel. Quería saber quiénes eran su padre y su familia paterna, que veía a Arce Gómez como a un héroe incluso después de caído y condenado. Necesitaba entenderlo. Ansiaba completar el puzle del hombre en el que se había convertido y le faltaba la pieza del padre.

Por culpa de su padre, por la de su apellido, Juan José había tenido que cambiarse de nombre para que no supieran quién era. El suyo resultaba un apellido maldito. Haciendo el servicio militar, sus compañeros lo descubrieron y le dieron una paliza que a punto estuvo de matarlo. Desde entonces Juan José apenas oye por el oído derecho.

—¿Qué quieres? Lo mío con tu madre fue cosa de una noche.

Fue lo primero que su padre le dijo aquel primer día en el que condujo hasta la cárcel de Chonchocoro, se registró en el cuaderno de visitas y fue guiado hasta la celda de su progenitor. Juan José tragó saliva.

Sentía que aquel hombre había destruido a su familia, pero anhelaba saber realmente quién era, más allá de todo lo que se había escrito sobre él. Sobre todo, quería que fuera él mismo quien se lo contara.

No se rindió. Lo visitó casi cada semana. Durante los encuentros, su padre le habló del golpe. Le dijo que todos los militares habían estado de acuerdo con lo que se hizo y que la organización estuvo dividida en dos

partes, la de García Meza y los militares y la suya con los paramilitares. Le confesó que él había querido ser presidente. Klaus Barbie le dijo que lo conseguiría si eliminaba a sus rivales. Le aconsejó que hiciera un listado con los generales con ambición presidencial que le adelantaban en el escalafón y con los altos mandos que pudieran oponerse a su presidencia, y que acabara con todos. Arce Gómez nunca lo hizo. Pero, incluso mayor y encarcelado, su hijo veía que le brillaban los ojos cuando recordaba cómo quiso hacerse con el poder.

Arce Gómez le contó también que sentía adoración por Barbie y que su relación venía de lejos, del contacto que sus familias habían tenido muchos años atrás, en Alemania, a donde emigró su bisabuela. Ella conocía a Barbie desde la Segunda Guerra Mundial. Arce Gómez no solo era amigo de Barbie, su principal asesor, sino que adoraba el Tercer Reich. Había crecido admirándolo.

Juan José mantuvo sus visitas regularmente hasta que descubrió que su padre había dejado embarazada a una abogada que lo visitaba.

—¿Por qué vas a traer a otro Arce Gómez a este mundo? ¿No sabes la maldición que es y que lo estás condenando? —le preguntó.

Después de aquello dejó de visitarlo.

Arce Gómez murió en marzo de 2020 a los ochenta y dos años. Hasta el final de sus visitas sostuvo ante su hijo que él nunca había sido un narcotraficante, lo que él mismo se había repetido durante dos décadas de condena en Estados Unidos.

Juan José sigue acumulando hoy más preguntas que respuestas sobre su padre, pero el tiempo pasado le permite, al menos, poder usar su verdadero apellido, si no por orgullo, al menos por no necesitar esconderse ni usar una identidad falsa, la de un hombre que, para bien o para mal, no es.

No solamente a él le han acosado reincidentes las preguntas.

Durante muchos años, a Gloria Ardaya le volvían a la cabeza, recurrentes y punzantes, una y otra vez, las mismas preguntas: ¿Por qué se salvó ella? ¿Por qué habían fallecido sus compañeros y ella no? ¿Por qué mataron a Ramiro Velasco Arce y a ella no? ¿Por qué asesinaron a

José Luis Suárez y a ella no? ¿Por qué liquidaron a José Reyes y a ella no? ¿Por qué eliminaron a Ricardo Navarro y a ella no? ¿Por qué aniquilaron a Arcil Menacho y a ella no? ¿Por qué apiolaron a Gonzalo Barrón y a ella no? ¿Por qué acabaron con Jorge Baldivieso y con ella no? ¿Por qué contempló agonizar a Artemio Camargo y ella se salvó? Se sentía culpable por haber sobrevivido. Después aprendió a no escuchar la voz que se lo preguntaba. Finalmente, esa voz se silenció.

Hoy, sin embargo, aún le hiere otra pregunta, y esta no se la hace a sí misma sino que se la lanza al mundo. Durante años hubo una versión de la masacre que contaba que Gloria fue la responsable, porque era un amante suyo quien llevó a los paramilitares a la calle Harrington, que ella los traicionó y la mejor prueba de ello es que fue la única que se salvó. Era la versión que lanzaron los militares. La que repiten todavía algunos, más de cuarenta años después. La que la cuestiona como víctima, básicamente, por ser mujer, de la misma forma que la llamaron puta durante meses desde que la descubrieron oculta bajo la cama de la casa asaltada. Una mujer en un mundo de hombres no podía ser una dirigente política, sino una puta.

Gloria sabe que a otras víctimas de la dictadura no se las cuestiona. Ni a Espinal ni a Quiroga, hoy símbolos. A Jaime Paz Zamora, su compañero, que sobrevivió milagrosamente al atentado del avión días antes del golpe de Estado, nadie le ha insinuado nunca que fuera él quien lo provocó. Siempre se lo trató como a la víctima que es. A ella no. Pero esta voz no logrará silenciarla. La acompañará hasta el final, sobre todo cada vez que recuerde lo que sucedió aquel terrible 15 de enero de 1981.

Gloria les ha repetido muchas veces a sus tres hijos que ella jamás se va a retirar de la política. Aunque no esté ya en la primera línea, su compromiso se mantiene. Por eso cuenta lo que sucedió aquel día, para que nunca se olvide. Como les ha explicado también a sus hijos —las luchas cambian, pero el fin es siempre el mismo—, no dejará de buscar la justicia y la igualdad ni de intentar que algún día su país sea por fin grande y el mundo un lugar donde todos vivamos en paz.

En Bolivia esa paz empezó a brotar en 1981 de la sangre de la calle Harrington. Aún tardaría meses en llegar. Faltaba todavía por caer el

cerebro en la sombra del narco-Estado y de su sangrienta represión: Klaus Barbie. Y la organización que comandaban Suárez y Escobar.

La persecución de Suárez no había terminado. Todavía sacudiría, aún más, a la familia. Paradójicamente, no había afectado al negocio. Al contrario. Resultó el comienzo de una nueva época para la Corporación, como Suárez bautizó a su alianza. La mejor. Ya había germinado también otra semilla. Distinta a la de los nazis, esa a la que se refería Barbie en sus conversaciones con el periodista camuflado Heidemann. Una que lo cambiaría todo para siempre.

8. El fin de Barbie

La noche del 5 de febrero de 1983 diluviaba en El Alto. Una docena de militares y policías y dos periodistas, uno de ellos con una cámara de televisión, aguardaban la llegada del convoy guarecidos en un hangar de la fuerza aérea boliviana. El ambiente era de una tensión extrema. Parecía que en cualquier momento podía desatarse un huracán, y no por el mal tiempo.

Los militares no ocultaban su disgusto y miraban mal a los dos periodistas, que se mantenían apartados en silencio, sin saber bien qué iba a suceder. Cuando finalmente llegaron los coches, de uno de ellos descendió Klaus Barbie. Iba esposado. Parecía tranquilo. Guardaba silencio. Exhibía una arrogancia en el gesto que no cuadraba con la situación. Le quitaron las esposas y le dieron una gruesa capa impermeable con capucha para que se protegiera del frío. Pocos minutos después, lo embarcaron en un avión militar de carga. Pasaban las diez y media de la noche cuando el aparato despegó del aeropuerto de El Alto.

Dentro, el periodista Carlos Soria y su compañero se preparaban para entrevistar a Barbie. Hacía un frío húmedo que penetraba en los huesos. Soria era entonces el director del Canal 7, la televisión nacional boliviana. El Canal 7 había vuelto a ser ya el mismo canal que antes del golpe. Aquel fatídico 17 de julio de tres años antes, el retraso del camarógrafo de la cadena había alargado la reunión de la COB y dado tiempo a los paramilitares para llegar a la sede y asaltarla.

A Soria le habían dado horas antes una primicia y una orden. La primicia era la entrevista con Barbie que se disponía a hacer. La orden, que debían presentarse inmediatamente en la base militar porque el

avión estaba preparado para partir. Los periodistas cogieron el equipo imprescindible, se subieron a un coche y condujeron a toda velocidad hasta El Alto. No sabían a dónde iban. Ni siquiera habían tenido tiempo para preparar la entrevista.

—Señor Barbie...— comenzó Soria.

La cámara trataba de mantener el equilibrio a pesar del movimiento del avión. Apenas tenía luz para filmar.

—Altmann —le cortó inmediatamente el alemán.

Seguía altivo.

—Usted se llama Klaus Barbie.

—Me llamaba...

En el comienzo de la conversación, el periodista no era el único que preguntaba. También lo hacía Barbie.

—¿De qué voy a vivir en Alemania? Me han dicho que voy a Alemania. ¿Cuánto costará allí una maquinilla de afeitar? No me han dejado ni recoger mis cosas. No tengo cepillo de dientes. Esta noche me han secuestrado de la cárcel. Regreso a mi patria —le decía.

Todo se había acelerado en pocas horas.

Barbie era un cabo suelto de la dictadura. Aunque había caído el régimen de García Meza y se había derrumbado el narco-Estado, él continuaba libre, viviendo en su casa de Cochabamba, cuando los militares entregaron finalmente el poder. Con la llegada de la democracia, la República Federal de Alemania había iniciado una solicitud de extradición. Pero el caso estaba aún pendiente en la Corte Suprema boliviana. Un memorándum de la CIA de febrero de 1983 revelaría, tras su desclasificación en 2002, que el Gobierno alemán en realidad no quería el traslado de Barbie a la República Federal en aquel momento, coincidiendo con las elecciones en el país.

El retraso dejó hueco en el tablero para que entrara otro jugador: Francia.

Y todo se disparó.

El 25 de enero, diez días antes de que Barbie fuera conducido hasta el hangar militar y subido al avión Hércules, el Gobierno ordenó su

detención. Klaus Altmann estaba acusado de estafa desde 1975, desde la época del dictador Banzer, cuando había dirigido la empresa Transmarítima Boliviana. Arrastraba desde entonces una deuda de diez mil dólares con la empresa minera estatal por el pago de un cargamento de estaño. La deuda y el expediente judicial habían quedado congelados en un cajón, olvidados. Altmann era uno de los suyos y los militares no habían querido tocarlo. Pero con el retorno de la democracia la situación cambió.

El Gobierno reabrió la investigación y aprovechó el caso para detener a Altmann y encerrarlo en la cárcel de San Pedro. Durante aquellos días los amigos de Barbie hicieron todo lo posible por liberarlo. Incluso reunieron el dinero que debía para saldar la deuda. Se encargó de ello Álvaro de Castro, que había sido su mano derecha durante años. De Castro era el boliviano con buenos contactos con el que Barbie compartía mesa habitualmente en el café de La Paz y que conocía todos los movimientos del alemán. El de De Castro es aquel único testimonio que enlazaba a Barbie con la caída del Che.

De Castro fue también testigo de los encuentros de Barbie con los paramilitares extranjeros, desde los Novios de la Muerte a los argentinos que instruyeron a los militares bolivianos en la represión. Hasta el final de su vida, hablaría de todo ello siempre que se lo requirieran, previo pago de su tarifa de quinientos dólares por entrevista.

Pocas semanas antes de la detención de Barbie, Castro había sido interrogado por el Departamento de Inteligencia del Ejército. Así consta en un documento confidencial que había permanecido hasta ahora secreto. Lo habían llamado a declarar después de descubrirlo en los archivos del servicio de inteligencia militar, un área restringida de acceso exclusivo para el personal militar del servicio.

Se justificó diciendo que él tenía una acreditación del departamento desde 1979. En esa época, aunque no lo citó en su declaración, era Arce Gómez quien estaba al frente. Supuestamente le habían dado el pase porque era intermediario de una empresa que colaboraba con el servicio. Allí se guardaba una copia de los informes que realizaba, y por eso había accedido aquel día al archivo.

En el interrogatorio también le preguntaron por Barbie. De Castro afirmó que era amigo suyo desde hacía más de una década y se quejó de

que la prensa siempre había exagerado sus acciones con mentiras, intrigas e invenciones sobre la calidad de su persona. Así lo dijo, literalmente: la calidad de su persona. De Castro negó, además, ser su guardaespaldas.

Las sospechas, aunque no figuren en el documento, parecen obvias: el aliado más cercano y fiel de Barbie podría haberse colado en el archivo del servicio de inteligencia militar para eliminar cualquier prueba que relacionara a Barbie con Arce Gómez, con los paramilitares y con la represión.

De enero de 1983, cuando el alemán fue apresado, es otro documento, también del servicio de inteligencia, que intenta borrar las huellas de Barbie. Bolivia ya era un país con un Gobierno democrático, pero en sus cuarteles continuaban los militares que apoyaron los golpes y las dictaduras.

En este documento se aborda el nombramiento del nazi como coronel honorario por ese mismo departamento, un título que demostraría que la organización de los grupos paramilitares se había realizado allí y que Barbie trabajaba para las fuerzas armadas. El documento concluye recomendando que se silencie el dato ante el nuevo Gobierno para evitar el desprestigio del ejército como institución. Los militares no protegían, en realidad, su imagen. O no exclusivamente. Ocultaban, sobre todo, los hechos sucedidos y su responsabilidad.

De nada sirvieron la mediación de De Castro y las contribuciones de los empresarios para reunir el dinero. Los planes del Gobierno eran otros. La deuda no era relevante; lo único que importaba realmente era acabar con Altmann. Terminar con la inmunidad que había tenido desde hacía tanto tiempo. La estafa no era un delito tan grave como para encerrarlo de por vida. Menos aún si sus amistades saldaban la deuda. El objetivo era que pagara por sus crímenes, y eso en Bolivia no iba a ser posible.

Lo más llamativo es que a Altmann aquel movimiento del Gobierno no le pilló desprevenido.

En octubre, más de tres meses atrás y pocos días antes de que el general Vildoso devolviera el poder a los civiles, su amigo Álvaro Riveros se lo había advertido. Riveros era un empresario y comunicador con

excelentes contactos entre los militares. Había trabajado incluso para el dictador Banzer en el servicio de inteligencia.

Una década antes, a Riveros no le había escandalizado que se revelara quién era en realidad Altmann y su pasado como criminal nazi, sino el circo que, según él, había organizado Beate Klarsfeld en la ciudad. Su amistad con Altmann estaba por encima de sus crímenes. Como seguía estándolo una década después, el día que se encontró con el alemán a las puertas del café de La Paz, en el centro, junto al obelisco que es símbolo de la ciudad. A Riveros le habían chivado que iba a llegar un avión a La Paz para llevarse a Altmann detenido.

—Cuídate —le pidió.

—Mira, Álvaro, a mí ya no me queda nada —le respondió su amigo.

A Riveros le sorprendió la respuesta. Tanto que cuarenta años después, cuando lo cuenta, dice que no ha olvidado ni olvidará nunca ese instante. Altmann estaba hundido. Se le habían echado los años encima de golpe.

—No me queda nada —le repitió.

Altmann acababa de perder a su esposa, Regine, por un cáncer, y había perdido también a su hijo meses antes en un accidente de parapente del que había sido testigo. Altmann agradeció a su amigo la advertencia, pero le dijo que, a pesar de todo, estaba tranquilo. Él era boliviano, tenía la nacionalidad desde los años cincuenta, y no podían deportarlo aunque quisieran. Estaba protegido legalmente.

El anuncio de Riveros, sin embargo, era erróneo. Aunque, en efecto, un avión extranjero llegaba a Bolivia para llevarse deportado a un hombre, el objetivo no era Altmann. Aquel avión era para el italiano Pierluigi Pagliai, uno de los paramilitares extranjeros de extrema derecha que habían operado en Bolivia durante el narco-Estado. Sobre Pagliai se publicó entonces que fue el líder del grupo que mató a los traficantes colombianos. Ni se presentaron pruebas, ni hubo juicio, ni se le persiguió por ello. Pagliai estaba acusado de terrorismo en Italia por haber participado en varios atentados. El último de ellos, en Bolonia, mató a ochenta y cinco personas.

La mañana del 2 de agosto de 1980 una enorme explosión sacudió la estación principal de trenes de Bolonia. La detonación no fue solo la más mortífera de la historia del país, sino que conmocionó a una sociedad que ya llevaba muchos años sufriendo un clima de miedo y violencia política. Enseguida empezaron a circular rumores sobre una autoría anarquista, pero la pista condujo pronto a una dirección completamente diferente: a terroristas neofascistas y a círculos cercanos a la red secreta Gladio.

El atentado de Bolonia se considera hoy un ejemplo impactante de la llamada estrategia de tensión, una táctica pérfida en la que los actos terroristas pretendían crear un clima de inseguridad para justificar medidas autoritarias y desacreditar a las fuerzas de izquierdas. En la década de los noventa, la justicia italiana condenó a miembros de la organización extremista de derecha Nuclei Armati Rivoluzionari por el atentado, pero la incógnita sobre su autoría permaneció abierta durante mucho tiempo. Las declaraciones de los investigadores y una comisión parlamentaria posterior pusieron en evidencia, además, que las autoridades habían obstruido la investigación y que era probable que existieran vínculos del Estado con estructuras de Gladio.

En plena Europa democrática de posguerra, surgió una red que parecía extraída de una novela de espías. Bajo el nombre en clave Gladio —así se llama la espada corta romana—, se ocultaba una estructura paramilitar secreta que servía a la estrategia de Occidente de contar con una red clandestina capaz de ofrecer resistencia armada en caso de una invasión soviética.

Coordinadas por la otan, con el importante apoyo de la cia y el mi6 británico, se establecieron células secretas en casi todos los países de Europa occidental a partir de finales de los años cuarenta, equipadas con depósitos, armas, sistemas de radio y miembros civiles o veteranos de guerra. Pero en algunos países el frío plan devino en una cruda y oscura realidad. Especialmente en Italia. Allí las estructuras de Gladio adquirieron una dinámica singular. La supuesta línea de defensa contra el comunismo cruzó un umbral peligroso: grupos cercanos a Gladio fueron repetidamente sospechosos de participar en aquella estrategia de tensión.

El caso más sangriento fue el atentado de Bolonia. Oficialmente, Gladio permaneció en la sombra hasta que en 1990 el primer ministro italiano Giulio Andreotti confirmó la existencia de este ejército secreto ante el Parlamento y provocó un terremoto político.

El escándalo no se limitó a Italia. También surgieron pruebas de redes similares en Bélgica, Alemania Occidental, Grecia y Francia. Klaus Barbie formó parte en Alemania Occidental de esta estructura en los orígenes de la misma, hasta su huida a Bolivia. Durante años, los organismos oficiales lograron ocultar Gladio, alegando motivos de seguridad nacional y pública.

La revelacion de la existencia de la red planteó preguntas incómodas sobre el papel de las democracias occidentales durante la Guerra Fría, sobre los límites de la legitimidad estatal en nombre de la seguridad y sobre la interrelación entre las agencias de inteligencia, el ejército y los círculos de extrema derecha. Gladio no fue un caso aislado, sino el reflejo de las profundidades de la paranoia geopolítica de la época.

Pagliai llevaba casi una década fugado y en paradero desconocido. Nunca fue juzgado. Murió en un hospital de Italia pocos días después de ser deportado en aquel avión de la compañía Alitalia que había enviado el Gobierno de su país. Había resultado herido de dos balazos en el cuello y la espalda durante su captura en Santa Cruz en un operativo que fue una de las primeras órdenes dadas por el nuevo Gobierno democrático, horas antes incluso de que se oficializara el cambio de régimen.

Tampoco fue condenado Stefano Delle Chiaie, su jefe ideológico, el otro extremista italiano que participó activamente en la dictadura de García Meza. En Bolivia, como él mismo contaría años después en su autobiografía *El águila y el cóndor*, asesoró a García Meza y su dictadura e, incluso, ejerció de intermediario entre los militares y dos emisarios de Reagan semanas antes de su elección. Habían viajado a Bolivia para hacer saber a la dictadura que una victoria de Reagan sería buena para su Gobierno, pero también para tantear cuál era la posición boliviana sobre las relaciones entre ambos países y la explotación de sus recursos.

A Delle Chiaie también se lo persiguió en la misma operación, pero logró huir. Él había sido, supuestamente, el cerebro del atentado de

Bolonia, y Plagiai el ejecutor. Delle Chiaie no fue detenido hasta años más tarde en Venezuela, pero resultaría finalmente absuelto en Italia en los juicios pendientes contra él, incluida la bomba de Bolonia, por falta de pruebas.

La huida de Delle Chiaie y la captura de Plagiai fueron las dos últimas fichas de un dominó que había comenzado a caer un año antes.

Cuando el régimen empezó a colapsar, con la caída de Arce Gómez, primero, y las revueltas de los militares, después, los Novios de la Muerte empezaron a sentirse en peligro. No era un peligro físico, pero algo flotaba en el ambiente. Había problemas entre ellos por el reparto del dinero —excerbados por las fiestas del Bavaria—, comenzaron a convertirse en una amenaza para Suárez y la dictadura que los había traído y les había otorgado impunidad estaba en las últimas. Sin Arce Gómez en el Ministerio del Interior, perdían a su jefe en la cúpula del narco-Estado. Fiebelkorn se volvió paranoico. Obligó a sus hombres a vigilar su casa, instaló una ametralladora en el tejado y dio orden también a los suyos para que ninguno saliera solo a la calle.

Su paranoia no estaba exenta de razón.

La primavera de 1981, mientras se abrían todas las grietas que acabarían con la dimisión de García Meza, tuvo lugar en Santa Cruz la primera gran operación contra los paramilitares. Aún gobernaba el dictador, aún operaban los narcotraficantes —y lo seguirían haciendo—, pero el coronel Gary Prado, dos días antes de acudir a sofocar la toma de la plataforma gasista donde resultó gravemente herido, dio la orden de que se desmantelara a los Novios de la Muerte.

Ya habían reinado durante demasiado tiempo en Santa Cruz, impunes y atemorizando a la población. Ahora que el narco-Estado había sido expuesto internacionalmente por el programa *60 minutes*, y con Arce Gómez fulminado, era el momento de acabar con los soldados que lo defendían. O al menos de acabar con aquellos que operaban allí en Santa Cruz, lejos de La Paz, en el territorio donde Prado podía intervenir.

La redada se saldó sin víctimas. Los hombres que quedaban de Fiebelkorn ni eran tantos ni tan valientes.

A la mañana siguiente, Prado llevó a su hijo Gary al cuartel. Allí tenían todo lo que les habían incautado: kalasnikovs, fusiles de asalto de fabricación belga, pistolas, gafas de visión nocturna, cajas de munición y granadas de mano. Junto a las armas, una gran bandera con una esvástica y una gorra de oficial de las ss con el águila imperial. El joven Gary observó todo como se observa lo que no se entiende. Su padre, a su lado, revisaba el material.

—Usen las armas en la lucha contra el narcotráfico —ordenó a sus hombres.

Gary cuenta que para su padre la operación contra los Novios no consistió únicamente en desmantelar una banda criminal en Santa Cruz. Se trataba de una declaración política contra el régimen de terror de la dictadura y contra la entrega de la soberanía boliviana a criminales internacionales y a sus secuaces uniformados.

Quienes no estaban en el cuartel eran los Novios de la Muerte. No había orden de detenerlos. Prado sabía que, si lo hacía, la justicia, controlada por la dictadura, los liberaría. La orden había sido perseguirlos para que supieran que se había terminado su etapa boliviana y que debían marcharse a otro país. Desaparecieron casi de la noche a la mañana. Algunos huyeron al extranjero, otros se escondieron o buscaron integrarse en nuevas estructuras militares. El Bavaria cerró sus puertas unas semanas después.

Cuando se lo juzgó en Fráncfort en 1983, Fiebelkorn se describió como un patriota alemán, pero sin vínculos nazis. Dijo que jamás fue un seguidor del Reich. Su colección de símbolos nazis no era ya más que, en sus palabras, una colección por afición. Y Klaus Barbie, un simple conocido. Fiebelkorn también fue relacionado con el atentado de Bolonia, pero nunca se hallaron pruebas que lo involucrasen. Acabó cumpliendo una pena leve, aunque se lamentara años después de haber pasado mucho tiempo en la cárcel.

Los Novios de la Muerte habían evolucionado como la dictadura, corrompidos por el dinero y la droga. Ni siquiera a Roberto Suárez le importó su caída.

Todo se había podrido ya. Como el narco-Estado.

La mejor representación del fin de los Novios de la Muerte no fue, sin embargo, la captura de Pagliai ni la huida de Delle Chiaie ni el desmantelamiento de la banda de Fiebelkorn, sino la muerte del Mosca Monroy, el paramilitar boliviano próximo a los Novios de la Muerte que lideró el asalto al Palacio Quemado del golpe de Estado.

Monroy apareció muerto en una casa vacía con un tiro en la cabeza y un revólver en el suelo. Se había matado jugando a la ruleta rusa puesto hasta las cejas de alcohol y cocaína.

Poco a poco fueron cayendo los paramilitares extranjeros. Primero fueron los Novios en Santa Cruz. Después se retiraron los argentinos enviados por Videla, que actuaban como paramilitares pero eran, en su mayoría, militares expertos de la represión argentina, algunos provenientes de la Escuela de Mecánica de la Armada, la infame ESMA. Allí encerraron, torturaron y mataron a miles de personas durante la dictadura. Ahora conformaban el Batallón 601 al servicio del Plan Cóndor. Eran profesionales del terror. Muchos han muerto, pero no todos. En su vejez siguen comportándose igual. Los crímenes de Bolivia nunca tuvieron consecuencias para ellos, pero algunos fueron condenados con los años por los que habían cometido en Argentina.

Rastreamos durante meses los posibles nombres de los argentinos enviados por la Junta argentina a Bolivia y logramos contactar con dos de ellos en cárceles de su país. Ninguno quiere hablar. Tienen recursos pendientes para que les permitan pasar el resto de su vida fuera de prisión y contar lo que hicieron les podría perjudicar, pero ambos reconocen que estuvieron en Bolivia apoyando la dictadura.

Finalmente, por orden del nuevo Gobierno democrático, cayeron también los cabecillas italianos.

Pero no lo había hecho aún su líder en la sombra, el coronel honorario que los enlazaba directamente con el régimen y con el imperio creciente de la cocaína de Roberto Suárez. Klaus Altmann siguió libre. Hasta aquel 5 de febrero de 1983.

El Hércules de la Fuerza Aérea Boliviana voló durante algo más de seis horas antes de aterrizar. No era tiempo suficiente para haber llegado a

Europa. De hecho, no había salido aún del continente. Todavía era noche cerrada cuando llegó rodando a otro hangar similar al que ocupó horas antes en El Alto. El avión había volado rumbo noroeste, hasta Cayena, la capital de la Guayana francesa, territorio francés de ultramar.

Fue allí, tras descender del aparato y oír hablar en francés, cuando Barbie supo que no lo deportaban a Alemania. No regresaba a su patria, como él mismo le había dicho al periodista Soria en el avión. Lo enviaban a Francia para ser juzgado por crímenes contra la humanidad. Así se lo anunciaron en aquel hangar, antes de abordar otro avión para completar la segunda parte del viaje.

En ese momento, Barbie se derrumbó. Soria no pudo contemplar la escena porque aún estaba con su compañero dentro del primer avión esperando instrucciones. Pero más tarde le contaron que en ese momento Barbie había llorado.

Le pareció una exageración. Aquel hombre no era capaz de llorar. Pensó enseguida que no serían lágrimas lo que habían visto los testigos del momento, sino la lluvia que caía aún más intensamente allí en el trópico que en Bolivia. Pero horas después, cuando logró convencer a los franceses para subirse también al nuevo avión camino de Francia y se encontró de nuevo con Barbie, creyó lo que le habían dicho. Era otro Barbie. Tenía los ojos hinchados y estaba abatido. Tartamudeaba, incapaz siquiera de articular bien las palabras.

—¿Qué opinión puede darnos sobre ese acontecimiento histórico? —le preguntó el periodista.

Había insistido tanto a los franceses, ya al mando de la operación, para que le permitieran continuar su entrevista que le concedieron unos minutos para que lo hiciera. Aquella entrevista no existe hoy. Solo quedan algunos fragmentos. La cinta original desapareció del archivo de la televisión boliviana, supuestamente vendida a una cadena francesa. Pero existe el testimonio de Soria, todavía vivo, y el libro que escribió tres años después, *Barbie-Altmann*, con la transcripción de la entrevista.

Ahora le acababa de preguntar por la Segunda Guerra Mundial.

—Mira, la opinión mía es que hay que ganar la guerra y de lo demás no vale la pena hablar.

—¿Cuál cree usted que será el fallo del tribunal que lo juzgará? —le interrogaba ahora. Metía el dedo en la herida del alemán.

Su arrogancia había desaparecido por completo. Altmann ya no era siquiera Barbie, sino un anciano hundido.

—No lo sé...

—Le recuerdo que en Francia la pena de muerte ha sido suprimida —añadía el periodista.

No era necesario que le aclarara por qué se lo decía. La referencia a Adolf Eichmann, condenado en Israel en 1960 y ahorcado en una prisión de Ramala dos años después, resultaba evidente.

—De todas maneras, mi vida está perdida...

El Gobierno boliviano llegó a un acuerdo con el francés, presidido entonces por François Mitterrand, para entregarles a Altmann y que fuera juzgado por los crímenes cometidos durante la ocupación nazi en Lyon. Un abogado boliviano pleiteó durante meses en La Paz contra la extradición. Altmann poseía la nacionalidad boliviana y la extradición ejecutada por el Gobierno había sido ilegal. Solo la justicia podía ordenarla.

Ni siquiera existía, además, un acuerdo de extradición con Francia. Faltaban aún veinte años para que lo hubiera. Pero ninguno de los movimientos del abogado sirvió. En el Gobierno boliviano ya habían previsto todo. No estaban extraditando a Klaus Altmann, el ciudadano boliviano al que hubiera protegido la ley, sino expulsando del país a Klaus Barbie, el criminal. La doble identidad con la que el comandante nazi se ocultó y protegió durante décadas se convirtió en el comodín con el que se justificó su expulsión.

A diferencia de una década atrás, cuando la cazadora de nazis Beate Klarsfeld llegó a La Paz reclamando la detención del criminal oculto allí como Altmann, esta vez las noticias de la captura y la expulsión se conocieron en todo el país. Fue entonces cuando Ayda Levy supo, por fin, quién era realmente el alemán del que había sospechado desde que lo conoció en La Paz cuatro años antes, el hombre al que su marido se había asociado, el que le había alertado a ella de que García Meza iba a

por su marido y su hijo. Fue, como lo relataría ella muchos años después en su libro de memorias, un golpe durísimo. Uno del que no se recobraría ya nunca.

Su exmarido no solo se había asociado con un criminal nazi, sino que lo hizo, además, con el que había liderado la represión en Lyon, con el que persiguió y asesinó a su familia.

Gary Suárez cuenta hoy, cuarenta años más tarde, que él y sus hermanos, así como su madre, no supieron hasta aquel momento quién era realmente Altmann. Su padre, dice, probablemente tampoco lo supo al principio, cuando lo conoció y le sorprendieron sus inmejorables contactos, cuando lo convirtió en su jefe de seguridad y lo siguió hasta La Paz a aquella reunión con García Meza y Arce Gómez para que se sumara al golpe. Pero después lo supo seguro, y se lo ocultó a su esposa a pesar de que cada vez que lo veía ella le insistía en que Altmann y, sobre todo, su esposa Regine no le gustaban nada.

Gary Suárez dice también, tratando de salvar la imagen de su padre, o al menos su memoria dentro de la familia, que si su madre le hubiera preguntado quién era realmente aquel hombre él se lo hubiera dicho. Se lo ocultó, pero no le mintió. Como si el juego de conceptos cambiara algo de una historia que ya no podía cambiarse.

Durante años, más aún tras conocer su verdadera identidad, Levy culpó a Barbie de los males de su familia. La desgracia de los Suárez comenzó cuando su marido se metió en el negocio de la cocaína y su caída se había acelerado de la mano del narco-Estado que ayudó a fundar. Detrás de todo aquello estuvo siempre Altmann, que llegó a sus vidas en el momento en que se produjo el cambio. Durante el tiempo que lo conocieron, el viejo nazi se comportó como quien no era. El criminal sádico fue siempre con ellos un extranjero cortés y servicial. Y ese contraste es el que siguió golpeando la conciencia de Ayda Levy y aún hoy golpea la de los Suárez. Estuvo en sus casas, en las celebraciones y compartiendo aquellos meses convulsos de sus vidas. El hombre que había perseguido a la familia de su madre en Lyon.

—¿Teme usted a la muerte?

El periodista Carlos Soria agotaba sus últimos instantes con Barbie. El jet DC-8 en el que viajaban ya sobre el Atlántico camino de Francia era mucho más cómodo que el Hércules militar boliviano, pero sus anfitriones franceses lo apuraban para que terminara la entrevista. Le concedieron solo diez minutos extras.

—No, nunca he temido y no temo a la muerte...

—¿Y qué piensa de la muerte?

—La muerte es cruel, cualquier muerte es cruel. Siempre lo ha sido, comenzando por Adán y Eva o con Caín que ha matado a su hermano Abel.

—¿Usted era simpatizante del general Banzer?

—Simpatizante puede ser... Como militar, digamos, porque él era militar. Pero no participé en su Gobierno o alguna cosa...

Barbie respondió sin que el periodista se lo hubiese preguntado. Se adelantó a la pregunta que sabía que vendría después. No hace falta ser un experto en inteligencia para saber que lo primero que uno debe hacer es negar todo. Como un periodista sabe también que aunque el entrevistado vaya a negarlo, tiene que preguntar.

—Lo acusan de vinculaciones con el régimen de García Meza y Arce Gómez...

—No, en absoluto, en absoluto... Porque los años en la época del general García Meza vivía yo en Cochabamba. Entonces mal podía yo ser asesor o consejero en el Gobierno de La Paz. Es imposible físicamente. Y allá ya comenzó la tremenda lucha contra la muerte de mi señora. Todos estos dos años prácticamente estaba dedicado mi tiempo a los médicos, a las clínicas, a las farmacias y al médico. Y el famoso 17 de julio estaba yo en Cochabamba. He tenido amigos militares, lógico, pero no apoyé en absolutamente nada, ni física ni políticamente.

En agosto de 1982, cuando se solicitó la extradición de Barbie desde Alemania, la embajada de Estados Unidos en La Paz comunicó al Gobierno boliviano que Washington estaba a favor de la extradición. Meses después, cuando Barbie fue detenido a finales de enero y se supo que el Gobierno negociaba con Francia la expulsión, desde Washington

se envió un cable a su embajada en La Paz para transmitir que también estaban a favor de esa solución. La posición estadounidense no fue relevante, porque al mismo tiempo que el cable llegaba a la embajada estaban ya embarcando a Barbie para sacarlo del país. Todo había sucedido en secreto y en pocas horas para que no hubiera ningún tipo de margen de maniobra.

Hasta entonces, paradójicamente, Barbie no había sido un asunto de interés para Washington. En la embajada, como nos confirma Alexander Watson, el hombre que se quedó al mando tras el golpe de Estado, sabían quién era Barbie y que vivía libre y protegido en Bolivia, pero jamás se hizo nada. Ni se intentó.

Ni siquiera durante su etapa en La Paz hubo comunicación alguna que se refiriese a Barbie. Los militares bolivianos lo protegían, pero otros países, empezando por Estados Unidos, hacían, como se dice coloquialmente, la vista gorda. Barbie no había sido uno de los jerarcas del Tercer Reich, sino uno de segunda fila, pero su historial criminal como comandante de la Gestapo en Francia era tan conocido como su listado de víctimas. Algo había fallado durante años. El caso de Barbie trascendía la política boliviana. Y resultaba escandaloso. Todavía hoy lo es.

No había pasado aún un mes de la expulsión cuando el Departamento de Justicia de Estados Unidos inició una investigación para establecer hasta qué punto su país había sido cómplice durante décadas de la impunidad de Barbie. También para averiguar si el criminal nazi había trabajado para alguna de sus agencias. El punto de mira estaba, sobre todo, por supuesto, en la CIA. Barbie sería juzgado en Francia y durante el proceso no solo se expondrían sus crímenes durante la guerra, sino también su huida y sus décadas viviendo protegido en Bolivia.

El informe de la investigación se completó en agosto. Concluyó que algunos oficiales de Estados Unidos fueron directamente responsables de que Barbie no fuese apresado y juzgado tras la guerra y de ayudarlo a escapar a Latinoamérica. Esos oficiales no lo hicieron por interés propio, sino para proteger lo que consideraban los intereses de Estados Unidos.

En cuanto terminó la contienda, derrotados los nazis y muerto Hitler, el enemigo pasó inmediatamente a ser el comunismo de la

Unión Soviética de Joseph Stalin, y en ese nuevo contexto todos los aliados posibles eran válidos. Incluidos los nazis. Como Klaus Barbie. El informe terminaba con una recomendación: Estados Unidos debía mostrar a Francia su arrepentimiento por su responsabilidad en lo que se había convertido en un retraso del proceso judicial contra Barbie. Un retraso de cuarenta años. Pero nada se decía de ninguna otra responsabilidad durante esas décadas.

Las doscientas cuarenta y una páginas del informe, de hecho, pese a esa recomendación final, resultaban favorables para Estados Unidos. O todo lo favorables que podían ser una vez que quedaba demostrado que Barbie trabajó para la contrainteligencia tras la guerra, hasta el año 1951 que huyó de Europa. Pero Barbie era uno más de una larga lista de criminales de guerra utilizados o reclutados por la inteligencia estadounidense en aquellos primeros años de la Guerra Fría. A partir de entonces, el informe no hallaba conexión alguna entre el nazi y sus agencias.

La investigación señalaba que no había datos ni pruebas de una posible conexión con la CIA. O no los había, como aparece escrito, en los archivos aportados por la agencia al investigador ni en los testimonios recabados por él, lo cual, aunque esto no lo dice el informe, no quiere decir que no existieran otros documentos u otros testimonios que establecieran esa conexión y que se hubieran ocultado.

Se indagaba también en el historial criminal de Barbie en Bolivia. Y en este punto las conclusiones resultaban muy interesantes. Según las informaciones de las distintas agencias, sobre todo de la DEA, tampoco había pruebas de la conexión de Barbie con el narcotráfico.

El informe mencionaba incluso que las personas con las que el investigador había contactado en Bolivia se habían mostrado escépticas respecto a la participación de Barbie en ese negocio, aunque sí estaba probado que el alemán organizaba grupos paramilitares entre cuyas actividades (básicamente, la represión, la tortura y el asesinato, aunque nada de esto se mencionaba) figuraba el tráfico de drogas.

Cuanto menos, era una conclusión llamativa que no se considerase al líder de grupos paramilitares traficantes de cocaína parte también del negocio.

En la investigación no figuraba ni una sola referencia a Roberto Suárez ni tampoco, por supuesto, a su conexión con Barbie, aunque hacía dos años que Suárez había sido desenmascarado por el especial de *60 minutes* y la DEA lo tenía entre sus objetivos. Tras conocer a Altmann, Suárez supo enseguida que atesoraba excelentes contactos y que podían ser cruciales para sus planes. Y no solo en Bolivia. También en los países vecinos. Contactos con las dictaduras del Plan Cóndor, las que había apoyado y defendía Estados Unidos. Pero tampoco aparecía en el informe ninguna referencia a esas conexiones.

Sin embargo, en este punto sabemos hoy que la investigación era, cuanto menos, incompleta. El 7 de mayo de 1974 la estación de la CIA en La Paz envió un cable, calificado como secreto, al jefe de la División del Hemisferio Occidental de la agencia. En él se hace referencia a otro destacado exnazi, Hans-Ulrich Rudel, el expiloto condecorado de la Wehrmacht. Barbie se había referido a él en sus conversaciones con el periodista Heidemann cuando lo recibió creyendo que era un simpatizante nazi dispuesto a contar su historia. Rudel era uno de los hombres que había sembrado la semilla de la que Barbie le habló a su compatriota.

Pero Rudel, como desvelaba el documento de la agencia, era también un traficante de armas con conexiones con el narcotráfico en Bolivia. En el cable se mencionaba también su relación con Barbie y cómo un informante había sugerido a los agentes que Barbie podría también estar involucrado en el narcotráfico en Santa Cruz.

Cuarenta años después, las conclusiones de aquel informe del Departamento de Justicia resultan tan reveladoras como los interrogantes que todavía plantean.

El JUICIO contra Klaus Barbie comenzó en Lyon la primavera de 1987. Duró dos meses. A principios de julio, un jurado de doce personas, compuesto por tres jueces y nueve ciudadanos, dictó sentencia. Pasada la medianoche del 3 de julio, el presidente del tribunal leyó el veredicto.

Durante la media hora que tardó en hacerlo, la sala, repleta de público y periodistas, escuchó en silencio. Barbie lo hizo de pie,

impávido, con el rostro iluminado por los focos de las cámaras del tribunal que filmaban el momento para la historia. Cuando se dictó la sentencia, los aplausos rompieron el silencio, pero el gesto de Barbie no mutó. Acababa de ser condenado a cadena perpetua por crímenes contra la humanidad.

Durante las semanas que duró el proceso resonaron en la sala los testimonios que expusieron el sadismo del comandante nazi. Fueron esos testigos, que seguían vivos, los que contaron lo que sucedió, cómo Barbie los había perseguido a ellos y a sus familias.

La voz de Simone Lagrange hizo temblar a la sala. Tenía trece años cuando fue detenida junto a sus padres el 6 de junio de 1944. Al mismo tiempo que en las playas de Normandía se iniciaba el desembarco final, para ella comenzaba un calvario. Barbie ordenó detenerla porque quería encontrar a sus hermanos. Fue el propio Barbie quien la torturó, quien le dio una paliza a puñetazos y quien la tiró violentamente del pelo para girarle la cara y que su madre la viera mientras le decía: mira lo que estás haciendo a tu hija. Ambas y el padre de Simone fueron deportados a campos de concentración. Su madre fue enviada a la cámara de gas. Su padre, asesinado delante suyo. Solo ella regresó.

Lise Lesèvre era miembro de la Resistencia. Fue detenida tres meses antes que Simone. Tenía cuarenta y tres años, estaba casada y tenía dos hijos. A Lise, Barbie la interrogó personalmente durante diecinueve días. Mientras le exigía el nombre de sus compañeros, la azotaba con un látigo con una bola de plomo en el extremo hasta hacerle perder la consciencia. Cuando la recobraba en su celda, era arrastrada de nuevo a la sala de torturas. Lise sobrevivió y —la combinación imposible— no delató a nadie, pero pasó un año, hasta su liberación, encerrada en el campo de exterminio de Ravensbrück, a noventa kilómetros de Berlín.

La memoria de las víctimas, como la de Simone y Lise, fue la que sustentó la acusación. Sin embargo, muchos de los crímenes que cometió Barbie quedaron fuera de la sentencia. Ni siquiera se lo condenó por la muerte del líder de la resistencia Jean Moulin. La condena fue, sobre todo, por el caso de los cuarenta y cuatro niños judíos de Izieu a los que envió a Auschwitz para ser exterminados.

El abogado de Barbie, el conocido Jacques Vergès, trabajó muy duro a favor de su cliente. Primero intentó apelar la extradición exprés, que se

había hecho con nocturnidad y alevosía. Para ello contrató en Bolivia al abogado Raúl Jiménez, que recurrió sin éxito en La Paz, pero que también esgrimiría este argumento en el proceso en Lyon, a donde viajó para formar parte del equipo de Vergés.

Jiménez es hoy un anciano enérgico, retirado del mundo judicial, pero que aún realiza asesoramientos y acude a diario a su oficina. Cuando entró en el caso no conocía a Barbie. Entre los documentos que Jiménez conserva en su despacho de La Paz, algunos contienen referencias a los donantes ricos de Alemania Occidental que apoyaron la defensa de Barbie.

De Barbie guarda hoy la imagen del hombre serio y educado con el que hablaba en los calabozos del juzgado de Lyon. Él no simpatizaba con sus ideas ni defendía lo que hizo. Defendía a un cliente. Pero sí simpatizaba, y lo sigue haciendo, con el país de Barbie, con Alemania, con la eficacia y el desarrollo alemán. Una postura que demuestra la influencia que el país europeo tuvo durante el siglo xx en Bolivia y que aún perdura hoy.

Fracasada la vía de recurrir la extradición, Vergès logró poner en duda el testimonio de muchos testigos o los hechos que contaban. Incluso la matanza de los niños, por encontrarse Barbie fuera de Lyon cuando fueron descubiertos y apresados, aunque era su firma la que figuraba en la orden de deportarlos al campo de exterminio. Esa firma, que el tribunal se negó a peritar pese a que Vergès cuestionó su veracidad, situaba a Barbie como el cerebro y el líder de la ocupación nazi. No solo había torturado él mismo a algunos de los prisioneros, también dio todas las órdenes. Barbie decidía quién vivía.

Pero el juicio no expuso solamente su sadismo. También abrió una herida sangrante en Francia que se había evitado tocar hasta entonces: la de los colaboracionistas. La que mostraba que durante la ocupación nazi hubo muchos franceses que colaboraron con ellos y aún más que miraron para otro lado pese a las atrocidades. La otra cara de una contienda extrema y de la caída final del nazismo. La misma verdad cruda que mostraba la alianza de Washington con aquellos criminales y la protección que les dio durante años.

Gustavo Sánchez era entonces periodista, pero también político. Había participado en la transición final a la democracia boliviana de 1982 y formaba parte de los dirigentes del Ministerio del Interior. A Sánchez fue a quien el presidente boliviano dio plenos poderes para detener a Barbie, negociar con Francia y expulsarlo. Sánchez fue también quién representó a Bolivia en el juicio de Lyon.

Hasta allí lo acompañó su hijo Vladimir, que aún recuerda los guardias de seguridad que los custodiaban en Francia para protegerlos, porque quienes testificaban contra Barbie recibían amenazas de muerte de grupos de extrema derecha. Vladimir también se acuerda bien del odio con el que Barbie miraba a su padre cuando Sánchez subió al estrado. Él era quien lo había enviado allí.

El proceso de Barbie se focalizó en sus actuaciones durante la Segunda Guerra Mundial y en los crímenes que podían considerarse contra la humanidad, como había quedado establecido en los juicios de Núremberg tras la guerra. Por eso se excluyeron muchos otros, como la muerte de Moulin o de tantos otros franceses represaliados, y la acusación se concentró en la persecución y exterminio de las víctimas enviadas a los campos de concentración y, sobre todo, de los judíos, con ese convoy de niños como máximo símbolo de la participación de Barbie en el holocausto.

Sánchez fue a Lyon para testificar que sus crímenes no se habían quedado en suelo francés ni se habían limitado a los años de guerra, sino que el mismo Barbie, convertido en Altmann, continuó operando en Bolivia muchos años después. Sánchez discutió incluso con los Klarsfeld sobre esta cuestión.

El holocausto fue terrorífico, pero las de los campos no habían sido las únicas víctimas de Barbie y dejar fuera del juicio a represaliados como los bolivianos significaba para él olvidarse de muchísimas otras víctimas del nazismo. Juzgarlo también por la represión, por su sadismo contra todos aquellos a los que consideraba enemigos, hubiera mostrado y honrado a todas sus víctimas, incluidas las de Bolivia.

Contar lo que el comandante nazi hizo en Bolivia permitía, además, a través de su caso, sacar a la luz a todos los nazis que habían colaborado con los dictadores latinoamericanos. O incluso que seguían haciéndolo, porque Pinochet y Stroessner continuaban aún en el poder en Chile y

Paraguay. Para Sánchez la condena de Barbie fue una victoria de gusto amargo. Como lo fue también para Francia.

Klaus Barbie murió en una cárcel francesa en 1991, enfermo de cáncer. Tenía setenta y ocho años.

La última vez que Gary Suárez vio a Altmann fue en el Beni. Su padre estaba allí refugiado en una de las casas en las que se escondía y el alemán acudió a visitarlo. Nunca lo había visto tan nervioso. Aquel día Altmann le confesó a Suárez que estaba muy preocupado porque se reiniciaba el proceso democrático.

Gary sigue preguntándose hoy por qué no intentó salvarse. Su padre lo hubiera podido ayudar. Está convencido de que, de habérselo pedido, su socio Pablo Escobar le habría dado refugio en Colombia. Habían sido muchos los servicios prestados a ambos por el alemán y, mientras caía la dictadura, llegaba la democracia y se decidían a ir a por él, hubiera tenido tiempo de reaccionar.

Quizá, como le confesaba a su amigo Riveros, estaba aturdido por la caída del régimen que lo había protegido y, sobre todo, por las muertes de su esposa y de su hijo. O tal vez estaba convencido de que él era Klaus Altmann, ciudadano boliviano, y que legalmente no podían extraditarlo.

Puede que se sintiera seguro, aunque no ya inmune, porque, al contrario que en la Francia ocupada, él no había torturado personalmente a nadie, o no había pruebas de ello. El suyo había sido un trabajo entre bastidores, de inteligencia y asesoramiento sobre cómo administrar el terror y acabar con la oposición.

O tal vez disponía aún de otros contactos que le fallaron llegado el momento. Otros contactos que no aparecieron después en los informes ni se contaron en la historia oficial con la que se quiso cubrir la vergüenza de saber que un criminal nazi no solo vivía libremente en otro país, sino que seguía exterminando inocentes. Otra versión de los hechos que hace, también, que esta historia trascienda Bolivia y los acontecimientos concentrados en los meses que duró el narco-Estado.

—Yo HE olvidado, no es culpa mía que otros no lo hayan hecho —le dijo Barbie a Carlos Soria en el primer vuelo, cuando aún pensaba que iba rumbo a Alemania.

El periodista le preguntaba por la guerra y el nazismo.

Barbie nunca se arrepintió de nada. Fue un nazi convencido hasta el final. Lo demostró hasta que lo capturaron.

Afortunadamente, no todos habían olvidado. Ni lo han hecho aún.

9. La profecía de *Scarface*

En diciembre de 1983 se estrenó *Scarface* en los cines de Estados Unidos, la película que Oliver Stone había escrito mientras se desenganchaba de la cocaína y que dirigió Brian de Palma. Ambos eran dos miembros relevantes de esa nueva generación de jóvenes cineastas que había sacudido Hollywood en los años setenta espoleada por la coca. El filme no obtendría ningún premio reseñable, más allá de tres nominaciones a los Globos de Oro. De Palma, de hecho, fue nominado como peor director, aunque tampoco ganó, en los premios Razzie, creados cuatro años antes con mucho humor y mala leche para elegir los peores proyectos del año.

Sin embargo, fue una película que impactó. Remake del *Scarface* que había rodado Howard Hawks en 1932 inspirado en el personaje de Al Capone, la crítica de *The New York Times* la ensalzó señalando que se trataba de la más estilizada y provocativa película sobre el inframundo americano desde *El padrino* de Coppola.

En *Scarface*, Al Pacino interpreta a Tony Montana, un delincuente cubano que emigra a Florida en 1980 en un momento de apertura de las fronteras del régimen de Fidel Castro. Allí en Miami se va a convertir en un gran traficante de cocaína. Lo interesante del filme es todo lo que cuenta y, sobre todo, cuándo se cuenta, casi en paralelo, en tiempo real, a los acontecimientos.

Scarface retrata esa época en la que Miami era la capital mundial de la cocaína, el auge de los cárteles, el nuevo negocio. Algunas escenas son elocuentes.

En el arranque de la cinta, los agentes de inmigración le preguntan a Montana si ha sido detenido alguna vez por tráfico de marihuana,

heroína o cocaína. No es un orden aleatorio: revela la importancia de unas y otras drogas en aquel momento, según el impacto que tenían en el país.

El personaje de Montana encierra más simbolismos. Dice que no le gustan los colombianos, cuenta también que él proviene de las cloacas y anuncia en la primera parte de la trama que va a comprarse un tigre. Después veremos al animal atado a un árbol en el jardín de su mansión el día de su boda.

La película no transcurre solo en Miami. Hay dos momentos, los más relevantes aquí, que suceden en Cochabamba, Bolivia, como anuncian las letras sobreimpresas en la pantalla. Allí vive Alejandro Sosa, un elegante y ostentoso traficante que busca un socio en Estados Unidos para dejar fuera del negocio a los colombianos. Con él fundará Montana su imperio. Y allí, en la mansión de Sosa, se celebrará una reunión en la que, además de ellos, participarán un representante del Ministerio del Interior, un comandante del ejército boliviano y un rubio con traje gris, que observa pero no habla, a quien Sosa presenta como Charles Goodson, de Washington.

Sosa es quien ha organizado el encuentro porque está preocupado por un programa de televisión emitido en Estados Unidos. En este, como ven todos juntos en un televisor del gran despacho en el que se reúnen, un político boliviano denuncia en Estados Unidos la conexión del Gobierno y los militares de su país con la cocaína. El político señala al general Cucumbre como el hombre al frente del negocio, pero también a su socio principal, el gran traficante Sosa, un hombre educado en Inglaterra, terrateniente de buena familia y alejado del arquetipo del traficante habitual. La revelación y la difusión de la misma acaban de colocar a Sosa en el punto de mira.

El paralelismo es tan obvio como impactante. Todavía hoy, más de cuarenta años después. En aquel momento lo fue aún más.

La familia Suárez vio *Scarface* al mismo tiempo que se estrenaba en Estados Unidos. No lo hicieron en un cine —la película aún tardaría mucho tiempo en verse en Bolivia—, sino en su casa. Roby tenía una copia y la vio con su madre y sus hermanos. Ella temblaba. Cuando terminó la proyección, Roby les contó que era la segunda vez que la veía.

La primera había sido pocos días antes, en Medellín, en la casa que Roberto Suárez tenía allí en el barrio de El Poblado. Había ordenado que le construyeran en ella una sala de proyecciones e invitó al pase privado a Escobar y a Rodríguez Gacha. Cuando terminó la película, Suárez se reía.

—¡Cómo les gusta a los gringos tergiversar las cosas! ¿Quién les dijo que Montana es cubano y vive en Miami? Si acá todos sabemos que mi Tony Montana es paisa y está sentado a mi lado.

Todos rieron la ocurrencia. Después comentaron los paralelismos. Si Montana era Escobar, resultaba más evidente aún que Sosa estaba inspirado en Suárez. Manny, el lugarteniente, también cubano, de Montana, era Rodríguez Gacha. El general corrupto Cucumbre era para ellos García Meza, el dictador caído. Y en el rubio Goodman, de Washington, vieron al coronel Oliver North. Él había sido quien le había dado la cinta a Roby. Cuando se les acabaron los personajes acordaron con ironía que hablarían con sus abogados en California para que reclamaran a la productora el pago por sus derechos de imagen.

Suárez era Sosa. El traficante atípico, elevado, de buena familia, de Bolivia. El hombre acusado por su Gobierno y al que se mostraba en Estados Unidos en un programa de televisión. Incluso el que buscaba socios que no fuesen colombianos. Todo eso coincidía con la vida de Suárez. Pero en la película Sosa se siente en peligro y está desesperado. Suárez, en cambio, ríe con su personaje.

Ríe entonces, a finales de 1983, porque poco tiempo antes acaba de esquivar otra bala. O una ráfaga.

La persecución que se había iniciado cuando la dictadura de García Meza empezó a tambalearse tuvo un desarrollo imprevisto para la familia Suárez. Y no solamente porque el patriarca se viera obligado a esconderse en Santa Cruz, primero, y desaparecer en el Beni, después. A finales de 1981 toda la familia estaba en alerta y el cerco se estrechaba cada día también sobre Roby, mano derecha de su padre. Fue entonces cuando tomaron la decisión. Ayda Levy agarró la radio, sintonizó la

frecuencia UHF que Suárez le había dado y le anunció que debían sacar a su hijo del país.

Pocas horas más tarde, Roby volaba hacia Europa. Aterrizó en Suiza con un pasaporte colombiano falso, emitido a nombre de Roberto Jairo Arango Echeverri. Allí le esperaba su hermano Gary, a quien su padre había pedido al inicio de la persecución que se trasladara allí. Su hermano Roby ya no era su hermano, sino Roberto, su amigo de la universidad. Pero en la región suiza de Ticinio su presencia no pasó desapercibida. Ni la documentación de Roby. La policía local había contactado ya con la Interpol.

Ayda Levy llegó a Suiza poco después, en enero, con su hija Heidy y su hijo menor, Harold, en un vuelo desde Río. Roby y Gary los esperaban en Zúrich. El viaje continuó hasta Gordola, donde la mezcla entre la tensión acumulada y la sensación de alivio dio paso a un fin de semana de engañosa normalidad. Condujeron hasta Lugano y Milán, hicieron compras y comieron frente al lago de Ascona. Celebraban que estaban juntos de nuevo y fuera de peligro.

La ilusión duró un suspiro: el fin de semana. Tres días después de la llegada de Levy y sus hijos la policía de Locarno irrumpió armada en la casa que habitaban.

—¡¿Dónde está Roberto Suárez?! —preguntaban a gritos mientras los esposaban.

Fueron todos detenidos, pero serían liberados a las pocas horas. No había ninguna acusación contra ellos. Excepto en el caso de Roby. Había entrado en el país con un pasaporte falso. Era un delito menor. Se habría saldado con dos días de detención, una multa y la deportación al país de origen. Pero sobre Roby pesaba ya una orden de arresto internacional de Estados Unidos. Una vez libre, pero con su hijo preso, Levy se sentía culpable por haber insistido en que saliera del país e impotente por no poder hacer nada.

Los Suárez recibieron una orden de su padre: debían tener dinero disponible en sus cuentas de Ginebra para financiar la defensa. Contrataron al mejor abogado que les recomendaron y este empezó a trabajar por una liberación que veía posible. Lo que sucedió a partir de ahí es una cuestión de versiones. El problema es que solo existe la que contó Levy en sus memorias.

Según escribió, Estados Unidos organizó una operación para llevarse a su hijo de la cárcel suiza y extraditarlo. Un secuestro que desmantelaba el desarrollo del proceso judicial en Suiza. No hay pruebas de ello, más allá de este testimonio. Tampoco hay otra versión. El desenlace sí está probado. Roby Suárez fue enviado a Estados Unidos y acusado en Miami de participar en una conspiración —el término empleado para calificar el delito— con el fin de importar al país más de cuatrocientos kilos de cocaína a través de sus conexiones familiares: la Operación Miami.

Pasaron más de seis meses desde la detención, y los Suárez estaban tan asustados como desesperados por el juicio al que se enfrentaría Roby en otoño.

La vida, o aquella vida, era, sin embargo, siempre lo es, una cuestión de contrastes. O de contactos. Aquel verano Suárez no se quedó escondido en Bolivia. En agosto viajó a la República Dominicana, a La Romana, invitado a la inauguración del anfiteatro Altos de Chavón. El artista contratado para la gran noche era Frank Sinatra, un mito ya, a quien Suárez había conocido a finales de los sesenta en Las Vegas.

Sinatra, como contaría Levy en sus memorias, presentó a su marido al empresario de origen austríaco Charles Bluhdorn, que invertía millones de dólares en la República Dominicana como destino turístico y que había sido presidente en Hollywood de Paramount Pictures. Y algo debió contarles Suárez de todo lo que le sucedía y le había pasado, porque aquella noche, en la fiesta posterior, el magnate le dijo que quería llevar su vida al cine. Cuando Suárez se lo contó emocionado a su ya exesposa, esta simplemente le respondió que tenían suerte porque no necesitarían a un actor: nadie interpretaría el papel mejor que él mismo. Pero Bluhdorn moriría pocos meses más tarde a los cincuenta y tres años.

No se sabe de qué habló Suárez aquella noche con Sinatra y con los empresarios y millonarios que allí acudieron, pero muy poco después, en septiembre de aquel 1982, fue cuando se sentó a escribir una carta.

—Estoy dispuesto a entregarme si con ello puedo contribuir a aliviar en algo esta injusta carga —anunciaba.

La carta era para Ronald Reagan, para el presidente de Estados Unidos, y se publicó en un diario de La Paz.

—Pero condiciono mi entrega al cumplimiento previo de las siguientes condiciones —continuaba.

Suárez se ofrecía a entregarse a las autoridades estadounidenses a cambio de que liberaran a su hijo, pero también, lo que convirtió su misiva en una noticia de alcance internacional, de que Washington condonara la deuda externa de Bolivia, estimada entonces en casi cuatro mil millones de dólares. No hubo respuesta al ofrecimiento.

Con el paso de los años, la propuesta de Suárez, contada una y otra vez de forma errónea, acabó convertida en que Suárez se ofreció a pagar la deuda del país si liberaban a su hijo. Es un disparate, por supuesto. Aunque Suárez hubiese querido, jamás habría podido hacerlo. Ni era posible poseer esa cantidad, que duplicaba las mayores fortunas del mundo entonces, ni el sistema judicial lo habría permitido. Pero muchos cuentan aún hoy la vida de Suárez como la del hombre que se ofreció a pagar la deuda externa de su país. La historia se ha convertido en leyenda.

El juicio se celebró en noviembre en un juzgado federal de Miami. Los fiscales cimentaron la acusación en el testimonio de los agentes de la DEA. Habían visto a Roby junto a la pista clandestina en Bolivia mientras cargaban su *jet* y rezaban para que despegara con media tonelada de peso extra. La Operación Miami de Mike Levine desencadenó la detención.

La defensa argumentó que Roby estaba allí por casualidad, pero que no participaba en la operación ni sabía lo que sucedía. Reunieron a su favor los testimonios de ganaderos y pilotos de la zona que durante aquellos meses la familia había fabricado y que refrendaban la versión de Roby. En ellos se declaraba que jamás estuvo relacionado con el narcotráfico.

El juicio duró nueve días y el jurado deliberó durante dos más. El veredicto: inocente. No se habían presentado pruebas suficientes contra él. Levy rompió a llorar. Fue un alivio súbito. Pero también sintió miedo. Roby era libre para regresar a su país, pero su país ya le había declarado la guerra. *The Washington Post* calificó el veredicto como un revés para la mayor operación internacional de la DEA.

Fue otra derrota para el agente Mike Levine. Años más tarde la describiría como un gran fiasco. Su trabajo no había servido. La Operación Miami no había sido suficiente para encerrar a Gasser y Gutiérrez, los hombres de Suárez, que habían acabado libres y habían huido de Estados Unidos. Y ahora tampoco permitía encerrar a su hijo. Levine hacía tiempo que veía detrás de todo la sombra de esa otra mano, como le había dicho su contacto de la policía secreta argentina. El veredicto fue para él una prueba más de ello.

Aquellas Navidades los Suárez organizaron una de sus fiestas más famosas. Esta vez no lo hicieron en su casa de Santa Cruz, sino en el Beni, en su rancho de San Vicente, nombrado en recuerdo del pueblo del sur del país donde murieron los pistoleros Butch Cassidy y Sundance Kid. Era el cumpleaños de Roby y celebraban, además, su liberación.

Pero Roberto Suárez era aún un criminal buscado. Necesitaban que la celebración tuviera lugar en un sitio seguro. El acceso al rancho era complicado. A él se llegaba por caminos fácilmente controlables, a caballo, como acudieron muchos de los invitados, los benianos que llevaban meses cobijando a Suárez; o en avión, como hicieron Escobar y Rodríguez Gacha. El segundo se presentó con el regalo de una banda de mariachis que descendió del aparato tocando. Escobar le llevó un caballo purasangre.

Los animales eran ya una pasión compartida con los Suárez. Escobar la había heredado de su socio boliviano. Quería emularlo. Y superarlo. El colombiano acabaría poseyendo su propio zoo en su hacienda Nápoles, en Puerto Triunfo, doscientos kilómetros al este de Medellín. Allí importó en esa década, incluso, cuatro hipopótamos africanos.

Un año más tarde Suárez reía viendo *Scarface*. Es fácil comprender por qué lo hacía. Contemplaría a su personaje, Sosa, desesperado ante la inminente persecución del Gobierno boliviano y de Estados Unidos, y pensaría que él ya había vivido eso y que lo había superado. Suárez ya estaba viviendo la secuela. Y en ella, además de no ser apresado, triunfaba aún más.

Aquella fue la mejor época del Suárez traficante. Aunque estuviera perseguido, el negocio que habían establecido operaba como nunca.

Entre él y Escobar lo dominaban todo, y con el colapso de la dictadura se habían quitado de encima a sus socios militares de avaricia insaciable. En esa época Bolivia se convirtió en el primer productor mundial de hoja de coca y pasta base, superando a Perú. Fueron los años de lo que se conoce hoy como el *boom* de la cocaína. Si para Suárez esta alianza única era la Corporación, para la DEA era la General Motors de la cocaína.

Quien no rio con *Scarface* fue Escobar. Al contrario, estuvo inusualmente callado y mohíno durante toda la proyección. Solo se relajó cuando terminó y Suárez le dijo aquello de que Tony Montana no era cubano, sino paisa, como llaman en Colombia a los habitantes de la región de Antioquia.

También es sencillo entender por qué la película no le hizo la misma gracia que a su socio. Tony Montana es un personaje violento e impulsivo que acaba absolutamente paranoico y solo, desquiciado esnifando cantidades absurdas de cocaína, enfrentado a Sosa, viendo cómo se derrumba el imperio que ha levantado de la nada y metido en una espiral de violencia que acaba con él acribillado a tiros en la piscina de su mansión.

Vista hoy, la película resulta también premonitoria.

Todo empezó a cambiar muy poco tiempo después. O cambió súbitamente.

El 30 de abril de 1984 dos sicarios de Escobar montados en una motocicleta acribillaron en su coche a Rodrigo Lara Bonilla, el ministro de Justicia colombiano, cuando regresaba por la noche a su casa en Bogotá. El ministro llevaba solo unos meses en el cargo, pero había convertido ya al narcotráfico en su cruzada.

Hasta aquel día Suárez y Escobar se habían entendido bien. Cada uno manejaba su parte del negocio de una forma, pero se respetaban. Los colombianos eran más violentos, lo habían sido desde antes de que Suárez entrara en el narcotráfico.

A pesar de ello, Suárez entendía la manera en la que operaban sus colegas, sobre todo cuando sobornaban y amenazaban a policías y

políticos. Colombia había firmado con Estados Unidos un acuerdo de extradición entre ambos países que entró en vigor en 1982. La extradición se convirtió desde entonces en una amenaza real. Suárez, en cambio, no padecía ese temor. No existía un acuerdo así entre su Gobierno y el norteamericano. Faltaba aún más de una década para que existiera.

El asesinato de Lara Bonilla fue un punto de inflexión. Un agujero negro para los Suárez. Porque además lo vivieron en primera persona. El día que Escobar ordenó matar al ministro, Roby estaba con él en Medellín, pero, según cuenta su familia, no sabía nada. Lo descubrió sobre la marcha, cuando se lanzó una alerta policial y la ciudad pasó a estar prácticamente en estado de excepción. Si Roby estaba ya en Colombia, su padre volaba de camino. Ambos tenían una reunión con sus socios colombianos al día siguiente. Roby trató de contactar con su padre para contarle lo que pasaba y decirle que abortara su viaje. Ya era tarde.

La noche siguiente al atentado padre e hijo se reunieron con Escobar en Pereira. El colombiano estaba celebrando una fiesta para festejar la caída de su enemigo. A Suárez el evento lo trastocó. Aunque había apoyado un golpe de Estado sangriento y una dictadura represora, para él las fiestas habían sido siempre para celebrar la vida. Eso fueron sus famosas fiestas de cumpleaños, las bodas, los bautizos, incluso la liberación de su hijo. Pero jamás habría festejado una muerte.

Aquello cambió la relación entre ambos. Aquel día sus caminos comenzaron a separarse. Suárez, como nos cuenta su hijo Gary, no quería formar parte de una organización que operaba de esa manera. El punto de inflexión era definitivo. Suárez no sería cómplice de Escobar.

Flujos ingentes de ingresos, ya blanqueados o en efectivo, una logística sofisticada y una eficacia brutal convertirían a Pablo Escobar en uno de los hombres más ricos del mundo durante los siguientes años. También en uno de los criminales más sangrientos. A pesar del camino de violencia que transitaba, sus incalculables recursos le permitieron presentarse públicamente con una imagen de salvador: financió

edificios sociales en barrios pobres de Medellín y cultivó la imagen populista del paisa Robin Hood con una mezcla de generosidad con los pobres y violencia despiadada con los opositores.

Escobar trató también de influir en las estructuras de los partidos políticos y ocupó brevemente un escaño en el Parlamento, pero los crímenes, las investigaciones sobre los mismos y la amenaza de extradición a Estados Unidos exacerbaron el conflicto. Su estrategia se convirtió en ese lema de plata o plomo que hizo célebre y que obligaba a políticos, policías y jueces a elegir entre el soborno y el silencio o la muerte.

A medida que las fuerzas del orden colombianas e internacionales aumentaron su presión sobre él, Escobar golpeó más duro. Atentados contra edificios oficiales, coches bomba en Bogotá y la presunta autoría de la explosión en el aire del vuelo 203 de Avianca en 1989, con más de cien muertos, formaron parte de la oleada de violencia narcoterrorista con la que el cártel intentó aterrorizar al Estado y a la sociedad. Para muchos colombianos, este terror fue el detonante de un amplio giro social contra los cárteles.

El Estado respondió armándose: se crearon unidades especiales como el Bloque de Búsqueda y se intensificó la cooperación internacional, incluso con las autoridades estadounidenses.

Primero cayó Rodríguez Gacha, abatido por la policía colombiana en 1989. Fue un golpe para Escobar, que se quedó sin su lugarteniente. También en *Scarface* moría Manny, mano derecha de Montana, pero asesinado por él.

En junio de 1991 Escobar negoció una rendición y se retiró a una prisión diseñada por él mismo conocida como La Catedral. Allí vivió en condiciones de lujo absoluto, con sus propias normas y en un extraño confinamiento que hizo de la cárcel una fortaleza personal más que un centro de detención. Cuando el Gobierno intentó imponerle un control más estricto, Escobar se fugó —era el verano de 1992—, iniciándose una larga persecución de año y medio durante la cual el dominio del cartel de Medellín se desintegró, afloraron las rivalidades internas y los ataques de clanes rivales y la presión policial debilitaron su estructura.

El 2 de diciembre de 1993, un día después de su cuarenta y cuatro cumpleaños, la larga cacería llegó a su fin: Escobar murió tiroteado en un tejado de Medellín cuando las fuerzas especiales colombianas asaltaron su escondite.

Su famosa hacienda Nápoles quedó entonces abandonada y desatendida. De allí acabaron escapándose sus cuatro hipopótamos y los descendientes que habían tenido durante sus años de cautiverio. El Gobierno colombiano estima que hoy son ya más de ciento cincuenta los ejemplares que viven a lo largo de las orillas del río Magdalena en Antioquia. Es una especie invasora, un peligro para el ecosistema natural y para las poblaciones cercanas, pero no saben qué hacer con ellos. La metáfora tan exótica como precisa del narcotráfico que Escobar fundó.

El destronamiento del rey Suárez comenzó a finales del verano de 1986, cuando un pequeño grupo de científicos aterrizó en una avioneta en las estribaciones de la región boliviana de la sierra de Huanchaca. La expedición, de la que formaba parte el reputado naturalista Noel Kempff Mercado, se topó con algo que ninguna comitiva científica esperaría: una infraestructura de laboratorios de cocaína a gran escala en medio de la selva. Las organizaciones de Suárez habían empezado a montar sus propios laboratorios en Bolivia. Ya sabían refinar cocaína como los colombianos, la ambición de Suárez para controlar aún más y mejor el negocio. Los bolivianos no necesitaban limitarse a ser exportadores de pasta base, como habían hecho hasta entonces. Ahora poseían ya el producto final.

La expedición aterrizó en una pista clandestina junto a la instalación. No sabían que existía. Fue un error. Pero no se lo pudieron explicar a los hombres que los acribillaron según descendieron del avión. El biólogo y dos de sus compañeros de viaje murieron en el acto. Solo escapó un cuarto miembro de la expedición, el español Vicente Castelló, que pudo correr a esconderse en la selva. De allí lo rescatarían al día siguiente.

Cuando se hizo pública la tragedia, la tranquila y verde zona del país se convirtió en un foco político. La noticia de la existencia de la

macrofábrica de cocaína y de la muerte de Kempff Mercado desencadenó una oleada de investigaciones.

Desde el primer momento, las sospechas se centraron en el hombre que dominaba el tráfico de cocaína en Bolivia en aquella época: Roberto Suárez. Investigadores del Congreso boliviano, entre ellos Edmundo Salazar, reunieron pruebas de que el laboratorio de Huanchaca formaba parte de la extensa red de la Corporación que Suárez había creado. Los testimonios de testigos y los informes de inteligencia sugerían que por las dimensiones de la instalación solo podía haber realizado la inversión Suárez o alguien en estrecha colaboración con él. Suárez negaría su implicación.

La subsiguiente investigación parlamentaria fue el catalizador de una serie de convulsiones políticas. Bolivia vivía ya en democracia. El diputado Salazar, presidente de la comisión de investigación, impulsó las indagaciones. Según descubrieron, los lugares de producción encontrados estaban vinculados a redes asociadas con círculos gubernamentales y con las fuerzas de seguridad. El 9 de noviembre de 1986, poco después de que Salazar hubiera recopilado conclusiones tan delicadas, fue asesinado a tiros en su coche en Santa Cruz. Su muerte y la del conocido naturalista supusieron otro punto de inflexión de esta historia, ahora para el país.

Periódicos como *El Deber* informaron de que Salazar había reunido documentos que relacionaban claramente el laboratorio con la red de Suárez. La viuda de Salazar y, posteriormente, su hija declararon en repetidas ocasiones que poco antes de su asesinato había anotado nombres y conexiones que conducían al corazón de la élite boliviana de la cocaína, con Suárez a la cabeza. La democracia boliviana seguía, como lo había estado la dictadura, ligada al narcotráfico. Sin embargo, tras el atentado mortal, algunos de los papeles de Salazar desaparecieron.

La tragedia familiar continuó. La viuda de Salazar, María Elena Oroza, luchó públicamente durante años por el esclarecimiento de la verdad. A principios de abril de 1994 tenía previsto un viaje a La Paz para entregar nuevos documentos con información sobre la investigación de su marido, que ella había continuado. Pero pocos días antes murió atropellada en Santa Cruz en un sospechoso accidente de

tráfico. Su hija, María José, diputada cruceña, continúa hoy, treinta años después, la lucha de sus padres, por la verdad y por la memoria de ambos.

Aquel verano de 1986 en el que los biólogos fueron acribillados, un zumbido inusual se elevó en el cielo de los valles del Beni. Seis helicópteros de transporte pesado del tipo UH-60 Black Hawk y CH-47 Chinook, tripulados por pilotos estadounidenses, aterrizaron en suelo boliviano. Era la primera misión antidroga a gran escala de Estados Unidos en Latinoamérica, bautizada con el nombre marcial de Operación Blast Furnace.

Cerca de ciento cincuenta soldados estadounidenses, agentes de la DEA y unidades de la policía boliviana se encargaron de desmantelar aquel gigantesco corazón de la cocaína del laboratorio de Huanchaca y otros centros de producción que fueron detectados. En aquel momento se estimaba que suministraban una parte considerable de la cocaína mundial.

Desde el punto de vista político, la misión era doblemente delicada. Por un lado, era la primera vez que el ejército estadounidense —oficialmente desarmado, porque no era una operación de combate— se desplegaba contra las estructuras de la droga en un Estado latinoamericano soberano. Por el otro, la señal al mundo era clara: Washington declaraba que el problema de la cocaína, que ya había ascendido al primer puesto en la escala de alerta, era una cuestión de seguridad nacional, y que estaba dispuesto a abordar militarmente su guerra contra las drogas en terceros países.

La operación propició imágenes espectaculares y muchos titulares, pero los resultados fueron muy reducidos. Aunque se destruyeron varios laboratorios y grandes cantidades de sustancias químicas, Roberto Suárez eludió la captura. Algunos informes posteriores apuntaron que los planes operativos se filtraron previamente, facilitando así la huida de los narcotraficantes.

También hubo acusaciones a Estados Unidos: la operación habría sido más teatral que efectiva, con Washington exhibiendo su fuerza e influencia pero sin llegar realmente a golpear la estructura del negocio, lo que también alimentó las especulaciones sobre filtraciones, intereses cruzados y corrupción. Las acciones estadounidenses habrían estado

dirigidas a proteger y desviar el dinero de la droga para financiar las fuerzas anticomunistas en el continente, como los Contras en Nicaragua, que combatían al Gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Suárez se equivocaba cuando se divertía viendo *Scarface*. Su camino y el de Sosa eran el mismo. Su persecución, aunque hubiese esquivado aquellas balas de la Operación Miami, no había terminado. Comenzaba, como le sucedía a Sosa en la película, la de su propio Gobierno.

En 1988 se produjo el detonante final. Una cinta de vídeo reveló en imágenes lo que hasta entonces habían sido miles de palabras en informes y artículos. Los narcovídeos, como los llamaron en Bolivia, mostraban la conexión de Suárez con algunos políticos, a los que recibía con apretones de manos, entre risas y promesas de colaboración. Lo invisible fue visible y la tolerancia, o el silencio, o la complicidad, o probablemente todo a la vez, se terminaron.

Oficialmente, Suárez fue detenido en 1988 durante una operación nocturna en la selva del Beni, en una propiedad que poseía en San Borja. De allí lo trasladaron en helicóptero a Trinidad y en avión a La Paz. Para el Gobierno fue una exitosa operación policial. Para la familia Suárez, una entrega pactada.

Hasta el final de su vida, Suárez mantuvo que, pese a todo lo que había hecho y al imperio que había levantado con la coca, el Gobierno no disponía de pruebas contra él, y que lo persiguieron oficialmente mediante una artimaña. Utilizaron la acusación a un hombre llamado Roberto Suárez Gandarillas por posesión de dos kilos de cocaína, y dijeron que ese Roberto Suárez era él, aunque no coincidiese el segundo apellido. Pero Suárez lo aceptó.

La huida permanente en la que se había convertido su vida, el antes y después que supuso el episodio de Huanchaca, el acoso político y judicial y la evolución del negocio hacían insostenible la situación. Ya entonces la Corporación había entrado en crisis. Como le había sucedido al narco-Estado, colapsaba. Con Suárez perseguido, incapaz de liderar, con el vínculo con el cártel de Medellín roto y sin los militares dando cobertura de Estado al negocio, la estrategia inicial de Suárez se desmoronó.

Los traficantes operaban por libre. Rompían el acuerdo de precios que con los colombianos había fijado Suárez, reduciéndolos. Y proliferaron nuevos cárteles, a los que Suárez responsabilizaba de los delitos por los que lo acusaban a él. Sucedió incluso en su propia organización, cuando su sobrino, Jorge Roca Suárez, conocido como Techo de Paja, aprovechó el vacío de poder para traicionarlo y crear su propia organización, convirtiéndose en el principal suministrador de Escobar durante aquellos años.

La verdad sobre el arresto de Suárez se acerca más a la versión del detenido y de su familia. La prueba de ello es que pactaron que no sería tratado como cualquier preso. Se lo encerró en la prisión paceña de San Pedro, la misma por la que también pasó Barbie, pero en un ala exclusiva para él donde disponía de varias estancias con calefacción, baño privado, televisión, alfombras de color verde oliva e incluso una mesa de billar. Sus hijos habían ayudado a diseñar el espacio para su padre.

Allí, en su jaula de oro, Suárez recibió en 1990 la noticia que puso fin a su reinado, aunque fuera ya un rey sin trono. Su hijo mayor, Roby, moría tiroteado durante una operación policial. A Suárez se le denegó el permiso para asistir a su entierro.

Si hubiese intuido lo que llegaría, Roberto Suárez habría temblado viendo *Scarface*, como había hecho su exesposa.

Scarface iba aún más allá. En la película estaba ya, también, otra pieza fundamental del complicado puzle de esta época: el personaje de Goodwin, de Washington, ese rubio silencioso con traje gris que en su juego del quién es quién Suárez y Escobar habían identificado como el coronel Oliver North. Él habría sido, además, quien, como cuentan los Suárez, le dio la cinta de la película a Roby.

Oliver North es el hombre que acabó acusado de liderar la operación Irán-Contra. El Gobierno de Reagan, de quien North era asesor de seguridad nacional, se había saltado el embargo de armas que entonces había impuesto sobre Irán para venderle armamento y equipamiento y utilizar los beneficios para financiar la guerrilla anticomunista en

Nicaragua. Con Reagan todo valía de nuevo contra el fantasma del comunismo y en una Guerra Fría recrudecida.

Pero también se acusó a esta operación ilegal y encubierta de haber colaborado con el narcotráfico para obtener más fondos para los frentes en Centroamérica y Latinoamérica, con la CIA organizando e interviniendo. Y esa, la de la CIA, es la gran incógnita por despejar de la historia de Roberto Suárez, de su Corporación con Escobar y del narco-Estado que ambos fundaron con el respaldo de Klaus Barbie.

En la década de los ochenta, Panamá fue un cuello de botella en el que convergían el poder, el dinero y la violencia. La república centroamericana se convirtió en un centro logístico para todo aquello que no podía circular libremente. Y el hombre clave era Manuel Noriega, el general que, tras quince años operando en la sombra como jefe de la inteligencia militar, dio un golpe de Estado en 1983 para erigirse en el nuevo dictador del país.

Él era quien podía conceder o denegar permisos de carga, sobrevuelos y operaciones portuarias. Este control *de facto* convirtió a Panamá en el centro ideal para las operaciones encubiertas de la década, incluyendo aquellas que posteriormente culminaron en el Irán-Contra. North, entre otros, había buscado aliados, bases y puntos de tránsito y hallado en Noriega a un posible socio regional. Noriega, como apuntaban ya los informes de inteligencia, llevaba desde los setenta involucrado en negocios ilegales, incluyendo el narcotráfico y el lavado de dinero mediante cuentas bancarias que desaparecían en estructuras financieras internacionales. Noriega era un personaje útil, pero también una bomba de relojería, un peligro si se hacía pública la conexión.

Durante aquellos años Panamá se convirtió en un triángulo de armas, cocaína y dinero. A través de Panamá se traficaban las armas al sur y la droga al norte, y se canalizaban las operaciones financieras que implicaban.

El Senado de Estados Unidos investigó todas estas conexiones a finales de los ochenta, cuando estalló el caso Irán-Contra y salió a la luz lo que no debía salir a la luz. Jack Blum, asesor del comité responsable, fue uno de los investigadores que descubrió estos nodos. Blum recopiló

declaraciones de testigos, registros bancarios y entrevistas que ayudaron a revelar la red de Noriega, los bancos y los círculos de contrabando.

Estados Unidos invadió Panamá en 1989, detuvo a Noriega, lo extraditó y lo condenó por su conexión con el narcotráfico, principalmente con el omnipresente cártel de Medellín. El aliado había pasado a ser un enemigo público. Liberado en 2017, Noriega vivió sus últimos meses en su país bajo arresto domiciliario, hasta que falleció, tras dos meses en coma, por un tumor cerebral.

Sin embargo, la clave en esta historia, la del narco-Estado boliviano, es saber cuándo comenzó todo.

Suárez y Escobar habían llegado a Panamá antes de que todo esto sucediera, cuando Noriega aún no había decidido que era su momento de entrar en la historia y convertirse en dictador. Lo habían hecho gracias a Klaus Barbie a comienzos de 1981, al mismo tiempo que en Bolivia las ráfagas de ametralladoras de la calle Harrington abrían las primeras grietas en el narco-Estado.

Panamá era un punto estratégico. El mejor posible. Limítrofe con Colombia y fuera de la lista de sospechosos de narcotráfico en la que su país vecino figuraba ya por la marihuana y en la que lo haría aún más por la cocaína, Panamá era la promesa de una nueva ruta segura hacia el norte para exportar la coca a Estados Unidos.

La importancia de esta ruta para la Corporación la confirma el caso de Gerardo Caballero, el yerno de Suárez, el hombre que había conocido el miniparque temático del nazismo del Bavaria y contemplado la evolución raya a raya de los de Fiebelkorn. Caballero es ese personaje de esta trama cuya historia personal resulta por sí sola impactante.

A mediados de los ochenta, Lucas Gerardo Caballero Salinas, a menudo mencionado en los archivos como Robertito, ya no era solo un nombre a la sombra de Suárez, sino un hombre fundamental de la organización, responsable de la logística.

Formado en Estados Unidos, con un título en agroindustria, desde 1984 viajaba regularmente entre Bolivia, Panamá y Estados Unidos para establecer la ruta boliviana y eludir a los intermediarios. A partir de 1985

dirigió las rutas de transporte, recaudó fondos y negoció con los mafiosos de Florida, con los clientes mayoristas, mientras Suárez dirigía el negocio desde Bolivia.

Dentro de esta estructura, Caballero actuaba como enlace organizativo: planificaba los transportes vía Panamá, creaba sus propias estructuras de procesamiento y gestionaba al personal para la fabricación, el empaquetado, la seguridad y el embarque. Todo esto lo detalló un tribunal estadounidense en el fallo por el que lo declararon culpable de traficar más de trescientos kilos de cocaína a Estados Unidos.

Caballero fue arrestado en abril de 1986 por las autoridades panameñas y al día siguiente lo extraditaron a Estados Unidos. Si Roby había logrado eludir la cárcel, a él no le sucedió lo mismo. Fue condenado a veinte años de prisión. Apeló la condena, argumentando, entre otras razones, que había sido torturado en Panamá y que la DEA había sobornado a funcionarios panameños para lograr su arresto, pero su recurso fue desestimado. Tras cumplir su condena regresó a Santa Cruz, donde hoy continúa viviendo casado con Heidy, la hija de Suárez, y contando aquellos años con las palabras justas y con crudeza.

Panamá fue para la Corporación ese puerto seguro, o esa nueva vía para el tráfico hacia el norte. Pero no solo por Noriega, sino también por la operación encubierta de Washington que ya estaba en marcha. Suárez y Escobar sabían que el país era clave para las operaciones de North y que la cocaína era una clave de estas. Ayda Levy contó en sus memorias cómo ese día de 1983 en el que North le facilitó a Roby en primicia la cinta de *Scarface*, lo hizo en una reunión que ambos mantuvieron en Santa Cruz. North no ha aceptado nuestras solicitudes para entrevistarlo.

Aquel día, además de la película, North le dio también, según el relato de Levy, que es el de Roby a través de su madre, cheques por un total de noventa millones de dólares: el dinero que la CIA se habría comprometido a pagarles por la cocaína en una reunión que habían mantenido previamente en Panamá. Cuando, tras ver *Scarface* junto a sus hijos, Levy conoció el encuentro, se angustió, pero su hijo le pidió que estuviera tranquila. Le dijo que él no participaba en esos negocios y

que solo ayudaba a su padre a poner en orden su contabilidad. No era cierto.

De esta conexión, sin embargo, no hay pruebas ni documentos, más allá del testimonio de Levy que confirman también Gary Suárez y Gerardo Caballero. Tampoco figura, por supuesto, en los archivos públicos de la CIA, y cuando contactamos con algunos agentes de esa época en Latinoamérica no quieren hablar, nos dicen que todo eso es como remontarse a la antigüedad, o que es todo ficción.

Pero, de nuevo, aquí, para esta historia, la duda principal está en cuándo comenzó todo. Los miembros de la familia Suárez contaban que Barbie no solo ofrecía estrategias de seguridad, sino su red de contactos. La que Suárez había intuido que tenía en aquel primer encuentro que mantuvieron en La Paz, rodeados de militares, en 1979. Una agenda en la que estaban, por supuesto, los militares bolivianos, pero también Noriega o los servicios de inteligencia de Estados Unidos.

—¿Tu mano izquierda no sabe lo que hace la derecha?

La pregunta que Levine nos cuenta que le hizo el policía de la dictadura argentina sigue resonando. Y no nos referimos a que la escuche él, que desde entonces no ha dejado de hacerlo, sino nosotros.

Washington sabía que se cocinaba un nuevo golpe de Estado en Bolivia. Su embajador en La Paz, de hecho, había tratado sin éxito de frenarlo. También, por tanto, lo sabía la CIA. Pero ¿conocía la agencia que Suárez lo respaldaba y el plan de crear el narco-Estado? ¿Lo apoyó? Y, lo que es fundamental, ¿participó? ¿Tenía una agenda diferente a la que el presidente Carter ordenaba? ¿La lucha contra el comunismo había llevado a la CIA a asociarse con los narcotraficantes y a utilizar —el fin justifica los medios— la cocaína para sus intereses? ¿Fue Bolivia aquel 17 de julio de 1980 el ensayo general de las operaciones encubiertas que se llevarían a cabo en los siguientes años y que acabaron explotando públicamente con el escándalo Irán-Contra?

La LLUVIA de noviembre cae fina como hilos sobre la superficie del pequeño lago a las afueras de Washington en cuya orilla se encuentra la casa de Jack Blum. Blum es ese hombre que investigó para el Senado el

Irán-Contra y la posible participación de las agencias de inteligencia estadounidenses en el tráfico de drogas.

La madera cruje cuando abre la puerta, despacio. Nos recibe encorvado por la edad, pero con la mirada alerta. Blum ronda los ochenta años y camina con fragilidad porque las rodillas no le responden. Pero tras sentarse y colocar las manos sobre la mesa, su voz firme le devuelve la fortaleza.

—Entonces no teníamos suficiente... —se lamenta.

Su recuerdo le transporta a 1987, a las estrechas salas donde trabajaba la comisión sobre el narcotráfico en Washington. No disponían de personal ni de fondos suficientes para una investigación como aquella, tan explosiva como delicada. Debían comprobar dos veces cada paso que daban, por pequeño que fuera.

—Leandro Sánchez-Reisse fue uno de los testigos más precisos que tuvimos. Le interrogué intensamente, durante horas, una y otra vez. Y créanme: nunca le habría convocado ante la comisión si hubiera tenido la menor duda sobre su credibilidad.

Acudimos a ver a Blum por ese nombre, tras descubrirlo en el informe de la comisión que dirigió. Leandro Sánchez-Reisse compareció ante ella en julio de 1987. Sánchez-Reisse había sido miembro de la inteligencia militar durante la dictadura argentina, clave en su estructura de seguridad y con una red de contactos que se extendía desde Buenos Aires a Miami o los bancos de Zúrich. Él creó una empresa en Florida llamada Argenshow, utilizada para las actividades de inteligencia argentinas en Estados Unidos. No fue la única compañía de este tipo que registró tanto en Estados Unidos como en el Caribe.

Pero lo que nos atrae de él es la segunda parte de este relato. Según contó Sánchez-Reisse, parte de los fondos que Roberto Suárez aportó para el golpe de Estado se habían canalizado a través de esa empresa para recibir armamento y ayuda logística de Argentina.

Y aún iba más allá.

Sánchez-Reisse confirmó ante la comisión que había trabajado con la CIA. La agencia le daba instrucciones o le prestaba ayuda para hacer ciertas cosas, y había tenido contacto directo con sus agentes en Estados Unidos, no a través de intermediarios ni informadores. La CIA le había ayudado a crear aquellas empresas mediante las que se blanqueó el

dinero del narcotráfico de Suárez y se compraron armas para el golpe de Estado.

—Todo lo que dijo indicaba que la CIA estaba implicada de algún modo en este golpe de la cocaína en Bolivia —afirma Blum.

Tras una vida de película, de huidas constantes, de ser encarcelado dos años en Suiza por chantaje, de alegar que había trabajado para el FBI, la CIA y la DEA, de entrar y salir de la cárcel en Argentina, Sánchez-Reisse fue juzgado en 2015 en su país junto a algunos de sus cómplices. La fiscalía trazó un retrato que parecía un guion cinematográfico. Sánchez-Reisse pertenecía a una banda de oficiales del Batallón 601 de inteligencia que secuestraba y chantajeaba para financiar sus operaciones durante los oscuros años de la dictadura. Al mismo tiempo, según la acusación, crearon una red en el extranjero en la que aparecían en Florida las empresas Argenshow y Silver Dollar como tapadera para mover fondos y traficar armas hacia Centroamérica. La investigación aludía también a los vínculos de la red con el tráfico de drogas. Argenshow era el enlace entre las operaciones de los servicios secretos, el tráfico de cocaína y la política exterior encubierta.

La sentencia fue un golpe durísimo para las víctimas: los acusados fueron absueltos. Los jueces consideraron que ya habían sido juzgados y absueltos por falta de pruebas en otro juicio anterior por los secuestros y que no podían ser procesados por segunda vez. Así pues, el juicio que debía desentrañar todo un capítulo de la historia de los servicios secretos argentinos y sus conexiones internacionales terminó también en una nota legal a pie de página.

Blum no tiene dudas de lo que sucedió. Para él, la única cuestión que queda por aclarar es si la CIA participó activamente o supo lo que se cocinaba y lo permitió mirando para otro lado. Blum hace una pausa, se quita lentamente las gafas y las deja sobre la mesa. Después se lamenta de nuevo por la falta de medios para seguir todas las pistas e ir más allá.

—Pero hoy, décadas después, estoy más seguro de lo que estaba entonces. Dijo la verdad. No era un cuentista. Y nos mostró hasta dónde llegaba este sistema.

Blum trabajó durante años para esclarecer estos hechos. Lo hizo en el llamado Comité Kerry del Senado estadounidense, formalmente el Subcomité de Terrorismo, Narcóticos y Operaciones Internacionales, en

1986 y 1987. Dos años después, su informe final, *Drogas, aplicación de la ley y política exterior*, fue el balance político más completo hasta la fecha de aquella época. El informe mostraba que la política exterior estadounidense chocaba repetidamente con el narcotráfico y que las investigaciones eran obstruidas o relativizadas, especialmente en Centroamérica. Del caso de Bolivia se señalaban los vínculos entre el régimen de García Meza y el tráfico de cocaína.

La CIA no reaccionó entonces a las acusaciones de que había, cuanto menos, tolerado el narcotráfico. Tardaría una década en hacerlo. A finales de los noventa, la agencia y el Departamento de Justicia presentaron el informe de sus propias investigaciones. Concluían que no habían hallado pruebas de una implicación institucional en el narcotráfico, aunque sí eran ciertos algunos casos aislados en los que intervinieron actores dudosos —nunca agentes—, se realizaron informes inadecuados o se priorizaron otras cuestiones en algunas operaciones encubiertas.

Traducción: aunque se pudieron cometer errores cuando los objetivos de la seguridad nacional no coincidían con los de otras investigaciones, la agencia era inocente.

El nombre de Roberto Suárez aparecía mencionado en la investigación a través de uno de esos actores dudosos, como los definía la agencia. Se trataba de un hombre llamado Iván Gómez, que había sido contratista independiente de la CIA, se había casado con una empleada de la agencia y había optado a un puesto en la misma, aunque fue rechazado. Uno de sus hermanos habría trabajado con Suárez en el transporte de droga, según la información del FBI. Más allá de eso, Suárez volvía a ser un fantasma.

El hecho de que la comisión investigadora en la que participó Blum se centrara, sobre todo, en Centroamérica, por el caso del Irán-Contra, provocaría más tarde críticas de que hubiera marginado otros posibles casos, como el del golpe de la cocaína. Además de que cualquier acusación contra la CIA, o incluso la DEA, sobre operaciones encubiertas en terceros países se examinaba superficialmente y se rechazaba sistemáticamente por carecer de fundamento. Así sucedió, por ejemplo,

con la supuesta conexión de la inteligencia norteamericana con el laboratorio en la sierra de Huanchaca, que la CIA desmintió.

La CIA y la DEA tampoco aportaron pruebas en 1983 de la conexión de Barbie con el narcotráfico, pese a su profunda implicación con Suárez, primero, y con la Corporación inmediatamente después.

¿Era verdad que no las había o debían negarlas porque las pruebas completaban una línea de puntos que unía a los traficantes con la agencia, con Barbie como eslabón?

En 1988, pocos meses después de que Roberto Suárez fuera detenido, su hijo Roby hizo una declaración pública. Contó que la CIA quería que su cártel proveyera a la agencia de cocaína para financiar con el dinero de su venta a la contrainsurgencia nicaragüense. El relato enlazaba con el de las memorias de Levy, y es el que mantienen hoy Gary y Gerardo. Pero no conectaba a la agencia con lo que había sucedido en 1980. Sin embargo, Roby fue más allá y dio los nombres de las personas que les habían hecho la oferta, los que ellos llamaban la CIA boliviana: Enrique Crespo y Fernando Perou.

Fernando Perou. De nuevo ese nombre...

Perou era quien supuestamente acompañó a Barbie a Argentina a comienzos de 1980. También el que habría participado en aquella reunión con Suárez en el Bavaria de los Novios de la Muerte en la que se planificó el golpe.

Perou es el nombre que no aparecía en ningún registro, en ningún documento. Un cabo suelto de esta historia.

—A mi padre lo llamaban el James Bond andino —nos cuenta, divertida, Cynthia, su hija.

Fernando Luis Perou, a quien sus amigos llamaban Ferdi, existió, por supuesto. Logramos finalmente saber quién era; encontramos a su familia.

A Perou nos lo describen como un dandi que tuvo ocho mujeres. Extremista de derechas, simpatizante del fascismo italiano, tenía un retrato en su casa de Mussolini y fue miembro de la Falange Socialista. Íntimo amigo del italiano Delle Chiaie, a quien Cynthia aún recuerda

cocinando pasta en su casa cuando ella era pequeña. También muy amigo de Barbie, aunque Cynthia no recuerda haberlo visto en su casa. Y de Arce Gómez.

Su familia nos cuenta de él que era un hombre con excelentes contactos, que abarcaban desde los militares a la embajada de Estados Unidos, y que estuvo involucrado en el golpe de Estado. Incluso previamente, porque ya se planificaba un golpe con otro líder antes de que García Meza se convirtiera en el cabecilla y en el siguiente dictador. Perou tenía buenas relaciones también con Noriega y Pinochet.

Perou adoraba las armas. Las manejaba con precisión y las coleccionaba. Era un sibarita para la comida y un abstemio convencido para la bebida: consideraba que no podía permitir que una sustancia controlara su mente.

Pero más allá de eso, se prolongan las sombras.

Perou les enseñó a sus hijos, siguiendo la máxima de *El padrino*, que en la mesa no se habla de negocios. Jamás les contó cuál era su relación con la CIA. Sus hijos no saben hoy si fue un agente, un agente doble o solo un informador, y si realizó aquellos contactos por orden de la agencia o por sí mismo. No cuentan con ninguna prueba en uno u otro sentido.

Perou también tuvo amistad con Edwin Corr, el embajador que la administración Reagan envió a Bolivia en 1981 para reemplazar al equipo demócrata liderado por Watson que permanecía en la embajada en La Paz.

Roberto Suárez escribió sobre Corr en sus memorias. Procedía de la embajada en Perú y después de Bolivia fue enviado a El Salvador. Si Corr era un especialista en la lucha contra el narcotráfico y llegó al país con un centenar de agentes de la DEA, lo que no cuadraba era que desde su aparición se incrementase ininterrumpidamente la producción de cocaína en el país.

Para Suárez era obvio tanto que Corr estaba interesado en que el negocio fuera a más como la conexión de ese auge con la propuesta que la CIA les habría hecho. Corr tiene hoy noventa años y cuando contactamos con él es su esposa quien responde: el embajador ya no concede entrevistas.

Pero Perou no tiene perfil de agente de la CIA. De hecho, la propia agencia lo incluyó en su informe de finales de los años noventa para negar su implicación en el narcotráfico. Según el documento, un año antes de la acusación pública de Roby, Perou contactó con uno de los líderes del frente contra el Gobierno sandinista nicaragüense para ofrecerle ciento cincuenta millones de dólares para su causa. La agencia añadía en su informe que habían advertido al dirigente que no aceptara nada de los bolivianos al menos hasta que se comprobara de dónde provenían los fondos.

La CIA negaba así su conexión con Perou. Incluso conocerlo.

Cuanto menos, esta versión resulta muy cuestionable. Aunque Perou no fuera un agente, era difícil no conocer a un personaje con tantos contactos entre la reducida élite de un país pobre de seis millones de habitantes que compartía idénticos intereses políticos.

Pero la verdad está ahí, todavía hoy, en esa zona de grises, sin documentos que permitan hacerla aflorar, entre las distintas versiones o en los huecos que dejan esas versiones.

Fernando Perou les repetía también a sus hijos que no quería ser una carga para nadie cuando envejeciera. En 2014 se suicidó. Se descerrajó un tiro en la cabeza metiéndose en la boca una de las pistolas de su colección. Acababa de cumplir sesenta y cinco años.

Su hijo Javier dice que fue lo menos egoísta que hizo en su vida.

HAY ALGO en esta historia, contada tantos años después de que sucediera y cuando la mayoría de sus protagonistas han muerto, que late de fondo. Se trata de la relación entre padres e hijos. Y no por esa idea bíblica de que los hijos no pagan los pecados de los padres, o de que estos pecados afectan, como también está escrito en la Biblia, durante cuatro generaciones, sino por cómo influyen los crímenes o las acciones de los padres en sus descendientes y cómo condicionan su identidad y sus actos.

Está en ese niño Klaus apaleado por su padre, azotado con un látigo, que se convertirá en la peor versión de su padre, en un sádico que

disfrutaba torturando él mismo y ordenando muertes, por mucho que se defendiera argumentando que cumplía órdenes.

Está en Roberto Suárez y su árbol genealógico con dos reyes, de la goma y del ganado, deseando ser el mejor en todo, reclamando orgulloso su título de rey incluso cuando su reino había desaparecido.

Está en Monika Ertl, hija de un cómplice del Tercer Reich, convertida en guerrillera y activista revolucionaria, apresada y ejecutada por mediación de Barbie. ¿Qué pensaría y sentiría su padre cuándo descubriese lo sucedido? Su propia hija, víctima décadas más tarde del sistema con el que él había colaborado.

Está en Beate Klarsfeld, hija de un soldado nazi, revolviéndose contra el silencio de su generación, dedicando su vida a perseguir a aquellos que hicieron lo que hizo su padre.

Está en Darwin Prado, que creció sin padre, anhelando uno como Roberto Suárez, creyendo lo que Barbie le decía cuando le prometía que sería uno de los líderes del futuro boliviano.

Está en la brillante periodista Cecilia Lanza, reconstruyendo la historia de su padre Emilio, el coronel que apoyó el golpe sangriento contra la democracia y que se rebeló después contra el narco-Estado. Escribiendo, como ella misma la denomina, la crónica de un parricidio, intentando contar la historia completa de su padre, con sus sombras y sus luces, con una lucha interna, se le intuye, entre salvar la memoria paterna y contar la verdad.

Está en Juan José Arce, hijo de Arce Gómez, empeñado en conocer a un padre que nunca lo fue y que lo rechazaba para comprender qué había sucedido y, más complicado aún, y más doloroso, quién es él, buscando ansioso las piezas que le faltan en su biografía.

Está en la familia de Barbie en Bolivia, que no son ya Barbie sino Altmann. Sus nietos viven en Santa Cruz con ese apellido, perfectamente integrados. Ninguno quiere hablar del pasado. Ni siquiera aceptan una invitación para tomar un café con nosotros.

Está en Soledad Quiroga, la hija de Marcelo Quiroga, un político justo y valiente, un intelectual excepcional, un hombre bueno, buscando todavía, más de cuarenta años después, los restos de su padre, y con ellos la verdad y el consuelo.

Y está, por supuesto, en Gary Suárez, que trabajó para su padre y que perdió a su hermano Roby, y que narra la historia de Roberto Suárez, el hombre que financió un golpe de Estado, apoyó una dictadura, se alió con el criminal nazi que había perseguido a la familia de su esposa y se asoció con quien se convertiría en uno de los criminales más infames y sangrientos. Pero también el hombre cuya imagen intenta salvar, o maquillar, con esa idea del Robin Hood de la coca, del empresario que quería ayudar a su país, y de una familia, la suya, que se metió en el negocio en una época en la que este aún no era en lo que se convertiría a partir de entonces, y que por eso pide que se juzgue su historia con ese filtro y no con el del presente.

Eso mismo quería hacer el propio Roberto Suárez cuando decía que se había manchado su reputación, comprometido su fortuna familiar y arruinado su vida por el narcotráfico.

Mediaba el año 1996 el día que, ya entrada la noche, el periodista Eduardo Ascarrunz recibió una visita inesperada en su casa de La Paz. Ascarrunz, que el día del golpe de Estado dirigía la televisión boliviana y había ordenado que se boicotearan las instalaciones para que los golpistas no pudieran usarlas, era ya uno de los periodistas más reputados del país. Esa noche se presentó en su casa una prima de Roberto Suárez. Le anunció que su primo llevaba tiempo intentando localizarlo porque planeaba escribir su autobiografía y quería que él lo ayudara.

Ascarrunz no lo dudó. Incluso ya sin trono, Suárez seguía siendo el rey de la coca en Bolivia y la suya era una historia única. Aún lo es. Al día siguiente voló a Cochabamba para reunirse con él. Pensaba volver ese mismo día o al siguiente y llevaba solo su maletín.

Suárez había salido ya de la cárcel. Oficialmente, estaba en arresto hospitalario, por problemas de salud, en una clínica de la ciudad. En realidad no se encontraba ingresado en la clínica. Era una tapadera.

Suárez vivía en un apartamento en el piso superior. Cuando se encontraron, el narcotraficante le comunicó que llevaba dos años buscándolo. Quería contar su historia en un libro y en un guion

cinematográfico para llevar su vida a la gran pantalla. La idea se la había dado años antes en La Romana el magnate Bluhdorn, con Frank Sinatra como testigo. Tampoco ahora dudó Ascarrunz. Aceptó de inmediato. Y Suárez le instó a que comenzaran a trabajar al día siguiente. Le daría dinero para comprar ropa allí en Cochabamba y le proporcionaría un lugar en el que vivir.

Suárez llevaba meses grabando su historia en un magnetofón con la ayuda de dos sobrinas. La transcripción de las cintas fue el comienzo del trabajo. Pero no sería Ascarrunz, sin embargo, quien terminase el libro. Avanzada ya la escritura, el periodista se sintió decepcionado. La historia que contaba Suárez no era la que él esperaba escribir.

Hablaba del narcotráfico, pero pasaba de puntillas, distorsionaba los hechos o ni siquiera entraba en los episodios claves. Lo que más interesaba a Suárez era ensalzar esa idea del Robin Hood y contar cómo le había entristecido el fracaso de su proyecto, que hubiera enriquecido al país. Entre otros motivos, Suárez culpaba de su fracaso a una lucha contra las drogas que consideraba falsa.

Ascarrunz acabó discutiendo con Suárez y abandonó el libro. Lo terminaría de escribir el periodista Juan Coronel Quiroga, en otro de esos giros mágicamente reales que suceden en Bolivia. Coronel Quiroga fue el hombre que en 1969 emprendió un viaje insólito que lo llevó de Bolivia a España, primero, a Francia, después, de allí a Hungría y finalmente a Moscú con las manos del Che Guevara metidas en un frasco en su maleta.

Militante del Partido Comunista, le habían encargado la misión de que las manos del guerrillero regresaran a Cuba, pero se le había prohibido la entrada en la isla porque se consideraba a los comunistas bolivianos unos traidores por no haber apoyado como debían al argentino, y se los culpaba de su caída en la selva. Coronel Quiroga le entregó las manos a un miembro de la embajada cubana en Moscú que ni siquiera le dio las gracias por el gesto y su arriesgado viaje.

En esa autobiografía que nunca vio la luz, Suárez mencionaba a Mike Levine. Era una alusión muy breve, para disgusto de Ascarrunz. Levine había publicado tres años antes también un libro sobre su vida, *La gran mentira blanca*, en el que contaba su experiencia en la DEA y sus

operaciones, entre otras la de Miami, y cómo, según anunciaba el título, la guerra contra las drogas era una gran mentira del Gobierno de su país.

En la referencia a Levine en sus memorias, Suárez se quejaba de que muchas cosas que el exagente contaba de él no eran ciertas, pero ensalzaba la conclusión a la que llegaba, con la que coincidía: el combate contra las drogas era una patraña.

Suárez, Barbie y Escobar desaparecieron, pero lo que crearon permanece. Ahí está su sistema, las mercancías en origen, el procesamiento en otros países, las rutas hacia el norte y hacia Europa y la necesidad continua de innovar y expandirse. Bolivia se mantiene como uno de los principales proveedores de hoja de coca, aunque superada por Colombia, que dispone hoy de los mayores cultivos del mundo pese a que la coca jamás había crecido allí.

Lo que se estableció en los años setenta y ochenta como la primera generación de cárteles de la cocaína tiene cada día un impacto mayor en el mundo. Aquella alianza no creó únicamente las rutas mundiales del narcotráfico, sino también un modelo de violencia y corrupción. La semilla que Suárez, Escobar y Barbie sembraron ha crecido hasta convertirse en una economía sumergida que, según las estimaciones, alcanza los ciento cincuenta mil millones de euros al año, tres veces el producto interior bruto de Bolivia. Las cantidades de aquella época, en comparación, resultan ahora ridículas.

Hoy se producen al año cerca de tres mil toneladas de cocaína y la cifra crece anualmente. Como el consumo. Más de veinticinco millones de personas toman cocaína, principalmente en los países más desarrollados de Europa occidental, en Estados Unidos y en Australia. La cocaína está en precios mínimos históricos, pese a la subida del poder adquisitivo durante décadas, muy lejos de los máximos que alcanzó cuando la Corporación empezó a operar.

La guerra contra las drogas es la más larga de la historia de Estados Unidos, y una de las más caras junto a la Segunda Guerra Mundial y la llamada guerra contra el terror iniciada tras el 11-S. Una lucha que dura

décadas, perdida desde el comienzo, en la que Estados Unidos embarcó al resto del mundo.

En 1983, cuando *Scarface* llegó a los cines y el crítico de *The New York Times* la comparaba con *El padrino*, el artículo analizaba también la secuencia final, con Tony Montana enloquecido hundiendo la cara en las montañas de coca que ha volcado sobre su escritorio.

—Sospecho que la película puede verse en Hollywood como una broma para entendidos donde la cocaína no se percibe con el horror que se muestra en este filme —escribió el crítico.

Seguimos sentados en el sótano poco iluminado de la casa de Levine en el estado de Nueva York, entre cajas de recortes de periódico, notas manuscritas y fotos. Es el mismo tipo de sótano sin ventanas, como nos cuenta, en el que vivió cuando regresó a Washington desde Buenos Aires, perdida su esperanza. El exagente se queja de que muchas de sus pruebas —documentos y grabaciones de vídeo y audio— desaparecieron o fueron deliberadamente destruidas. Señala con el dedo una nota manuscrita en una carpeta: Archivos de Tucson cerrados; cintas desaparecidas. El caso Tucson es el de Sonia Atala, que hizo caer a Arce Gómez.

Como Suárez con Ascarrunz, Levine también está empeñado en que prevalezca una idea sobre él: la suya no es una teoría conspiranoica. Lleva cuarenta años insistiendo en que se lo boicoteó desde dentro de la administración, y en que muchos criminales y entramados que descubrió y sacó a la luz, y que podía haber perseguido, quedaron impunes e incluso ocultos. El país tenía otras prioridades.

La publicación de su libro tuvo una impactante acogida en los medios de comunicación de todo el mundo. La respuesta de la CIA a las investigaciones de Blum y a sus acusaciones llegó, de hecho, pocos años después. También tuvo consecuencias políticas. En 2008, el presidente de Bolivia Evo Morales expulsó a los agentes de la DEA del país. El día que anunció la polémica decisión blandía en su mano el libro de Levine como una espada.

—Podéis encajar las piezas del puzle, pero faltan algunas —nos dice Levine.

Acaba de cerrar la carpeta que sostenía y tiene las manos colocadas sobre ella. Después vuelve a abrirla, alza unos papeles, los hojea de nuevo y los vuelve a colocar. No cree que se vayan a juzgar nunca los hechos como sucedieron, pero dice que su responsabilidad es conservar los documentos y exponer esos hechos. Esa es su misión desde hace años. Aunque hoy su mayor enemiga sea su memoria.

Aquellos meses de 1996 en los que Ascarrunz trabajó con Suárez en sus memorias el traficante le confesaba que al mirar hacia atrás se sorprendía de estar aún vivo. Pero el periodista pensaba que no era así. Al escucharlo hablar y narrar su historia, no podía evitar pensar que Suárez empezó a morir cuando mataron a su hijo.

El día que le narró la tragedia, el periodista lo vio llorar y sintió que nunca había visto a una persona tan conmovedoramente triste. Y Ascarrunz había vivido y visto ya muchas desgracias. Incluida la muerte de su gran amigo Marcelo Quiroga.

Durante sus largas conversaciones, que eran, en definitiva, las del relato que quería incluir en su libro, Suárez miraba hacia atrás, pero mucho más allá de lo que hubiera querido Ascarrunz. Hablaba, sobre todo, de aquella infancia en el Beni, de la vida salvaje, y de cómo había crecido sabiendo que era el futuro de la legendaria Casa Suárez.

Ascarrunz ansiaba escuchar la verdad de Suárez y se encontró con el relato de una leyenda. Pero con Suárez no existía ya el hombre, solo la leyenda. O, probablemente, sucediese al contrario: como solo existía ya el hombre, mientras se acercaba su final anhelaba que fuese su leyenda la que se contara.

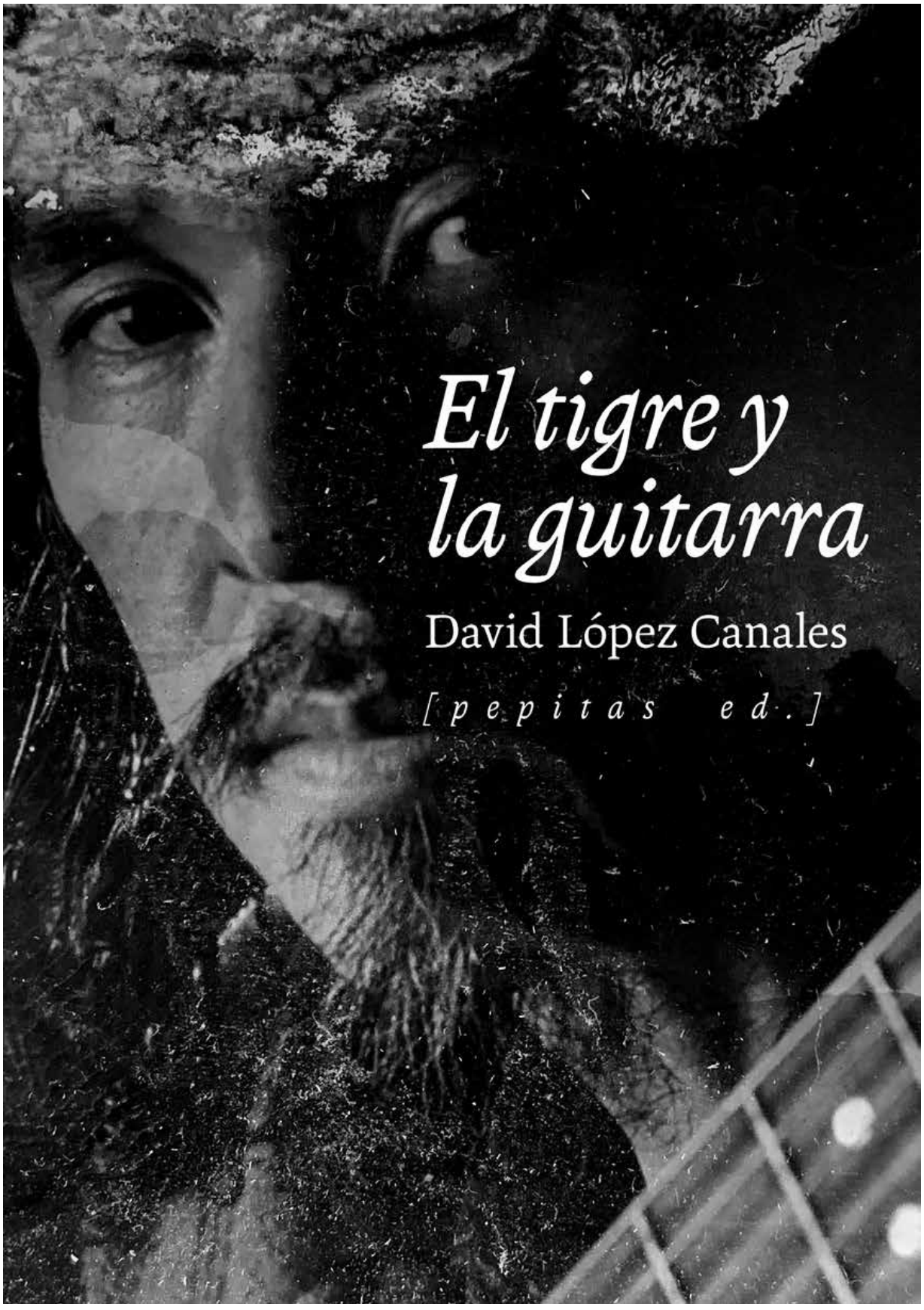
Los años siguientes fueron una batalla contra su propio cuerpo. Un declive físico de hospitales y operaciones por las úlceras que padecía y las hemorragias que le provocaban. Suárez perdía a borbotones la fuerza que había tenido desde niño. Su historia no tuvo un final trágico. No hubo huida desesperada al extranjero, ni cárcel de máxima seguridad en Estados Unidos, ni una persecución que acabara en tiroteo.

Murió el jueves 20 de julio de 2000 en la cama del hospital de Santa Cruz en el que llevaba ingresado en coma desde el domingo anterior tras desplomarse en su habitación. Velaron su cuerpo allí en Santa Cruz y lo enterraron en un pequeño cementerio de Cochabamba junto a su hijo Roby. Sendas placas sencillas de piedra color hueso colocadas a ras de suelo recuerdan sobre un manto de césped al padre y al hijo con sus nombres y sus fechas de nacimiento y de defunción. Pocas semanas antes había concedido una entrevista en la televisión boliviana. El peor error de su vida, dijo, fue haberse involucrado en el tráfico de cocaína.

Tres años atrás, antes de que Ascarrunz abandonara el libro, el periodista pasó su sexagésimo quinto cumpleaños trabajando con él. No hubo celebración. Suárez se comió aquel día el majadito, un plato típico y sencillo de arroz, carne y huevos, que le había llevado esa mañana una familia llegada de Santa Ana, de su Beni, como regalo.

—De los que se hicieron ricos conmigo, nunca viene ninguno —le confesó.

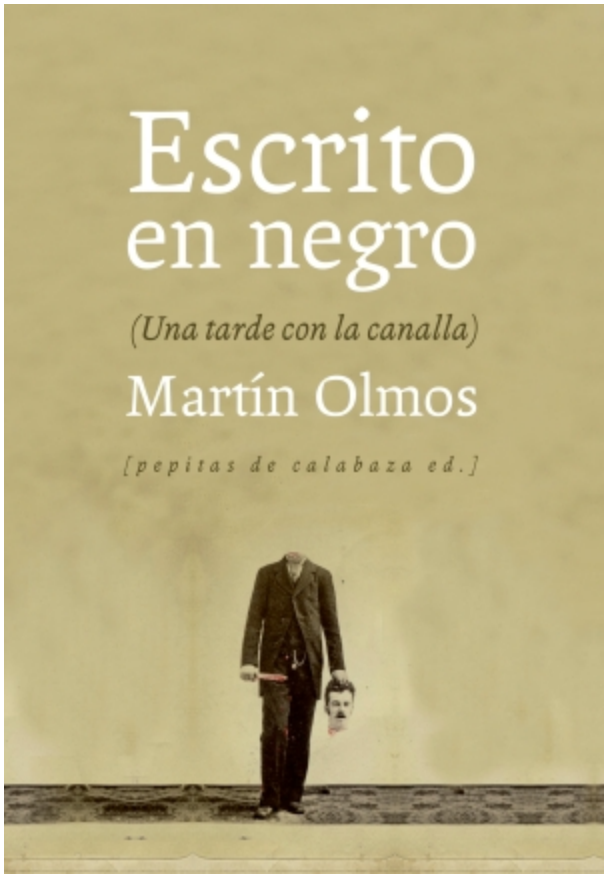
MÁS LIBROS:
www.pepitas.net



El tigre y la guitarra

David López Canales

[p e p i t a s e d .]



Escrito en negro

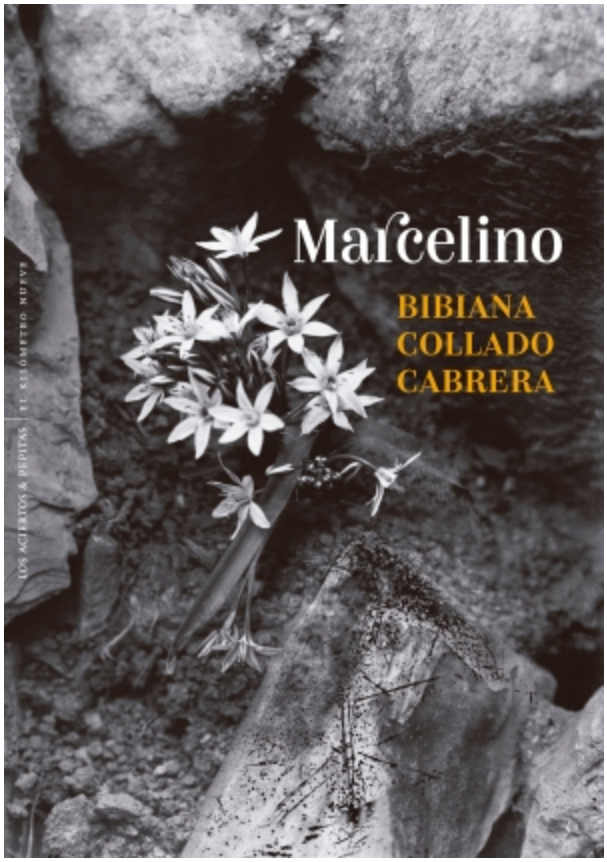
Medina, Martín Olmos
9788418998751
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Colgaron a un elefante en Tennessee por matar a un pelirrojo. Le marcaron la jeta a Capone. Jack destripó a una ramera. Paco el Muelas le vendió a un primo un tranvía. Asaetaron a san Sebastián. Mataron al Jaro, que solo tenía un cojón. Al general Galtieri le salió corta la meada. Le hicieron un cuplé a un legionario. William Burroughs le voló la cabeza a su mujer. Norman Mailer acuchilló a la suya. Le dieron lo suyo a Rodney King; le zurraron los pasmas

durante ochenta segundos y se volvió loca la jungla. El Lobo Feroz servía de garrafón. El Bizco del Borge miraba torcido y disparaba derecho. Lincharon a dos desgraciados en San José y se forraron los tasqueros. Se cargaron al Ringo en un burdel de Nevada; andaba guapeando a una coja. Perpetuaron el revés de Billy el Niño. En la calle de la Princesa vivía una vieja marquesa. La Dulce Neus enseñó las peras en el Interviú. El general Millán Astray era desmontable. Estamparon camisetas con la cara del caníbal y les pusimos nombres a los monstruos. Siguiendo los pasos de aquellos ciegos que contaban crímenes en las plazas de pueblos y ciudades, pero con los ojos más abiertos y con mucha más documentación, Martín olmos nos narra con detalle crímenes y criminales, conformando con esta galería todo un compendio del mal en estado puro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Marcelino

Cabrera, Bibiana Collado
9788410476448
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un hombre mayor. Un hombre mayor, de campo. Un hombre mayor, de campo, hablándonos de sexo. Un hombre mayor, de campo, hablándonos de sexo y reflexionando sobre las dificultades de ser hombre. Un hombre que siente la extrañeza del lenguaje, que no alcanza a decir lo que quiere decir, que apenas logra señalar lo que duele. Marcelino es su relato, cuajado de miedo y de amor. A su alrededor, la brutalidad y la dulzura se abren paso entre cuerpos que gimen, que paren, que lloran a sus muertos, que se alejan lentamente del campo… Bibiana Collado Cabrera elige en esta novela a un protagonista con un lenguaje y un imaginario de la tierra, en un gesto tierno y provocador.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Txalaparta

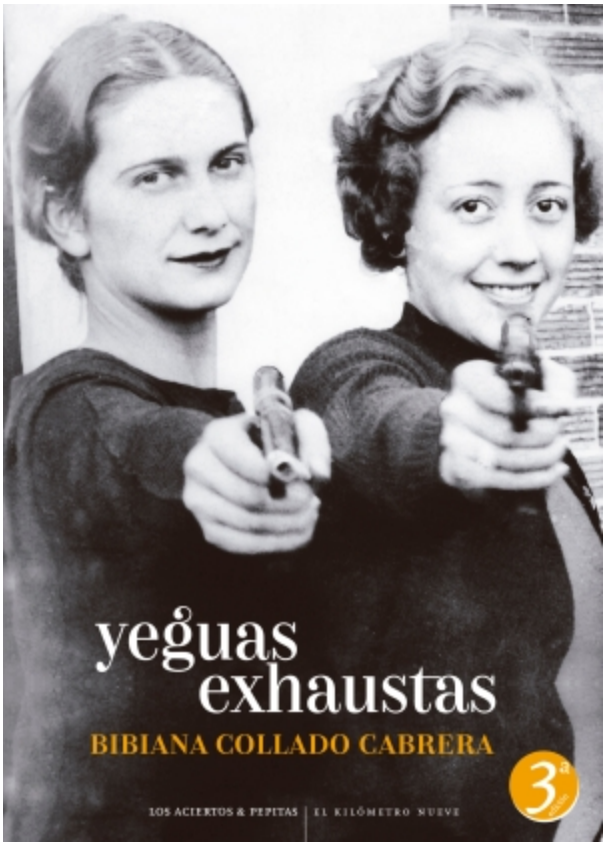
Pery, Agustín
9788418998614
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿A qué huele la niebla en esta novela? A maldad. A maldad pura y dura. Un policía nacional euskaldún —cualidad muy apreciada, por escasa, en el Ministerio del Interior— conocido con el sobrenombre de Txalaparta —por el ritmo y la contundencia con la que golpea a los detenidos—; su hijo, un adolescente militante abertzale; y una madre a la que entre ambos han hecho de su vida un infierno son los protagonistas de esta novela ambientada en la Navarra de los años noventa del siglo pasado. Esta precuela de Moscas —ese

magnífico thriller que con tanta precisión diseccionó la corrupción en Mallorca— supura un humor negro desbocado. Su ritmo endiablado, las situaciones más que inquietantes que plantea y la maestría narrativa con la que se resuelven convierten Txalaparta en una novela que no podrás soltar de las manos. Txalaparta no se puede leer con las anteojeras de la política porque no atiende al maniqueísmo de buenos y malos: algunos son verdugos, pero todos son víctimas. Y unos y otros respiran una atmósfera, la del terrorismo de eta que lo envuelve todo con su niebla espesa, asfixiante.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



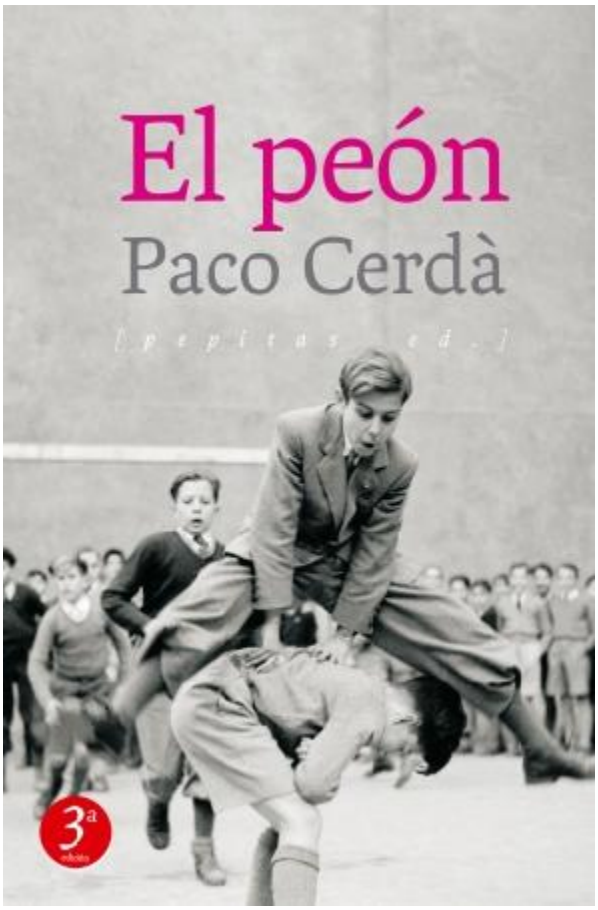
Yeguas exhaustas

Cabrera, Bibiana Collado
9788418998621

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una madre, con los dedos rígidos de triar naranjas en un almacén y limpiar pisos de vacaciones de otros. Una hija, también con los dedos rígidos, pero de teclear papers, tesis y mil trabajos académicos. Y algo que no encaja. La sensación de que debería estar pasando algo que nunca llega a pasar. Este libro nos presenta un rosario de mujeres extenuadas. La falsa promesa del trabajo duro se hace añicos entre estas páginas mientras suenan Camela o Estopa. Yeguas exhaustas es la historia de una hija que tiene una relación de pareja dañina, que piensa en las heridas del cuerpo, en las tremendas diferencias de clase y sus implicaciones, en el clasismo del «mundo de la cultura», en el acceso al mercado laboral, en la endogamia universitaria y sus laberintos… en definitiva, en el averiado ascensor social. Esta novela trata de manera certera el paso del siglo xx al xxi en España a través de la propia experiencia: «Me exploro, investigo, reinterpreto pedazos de vida. Juego y cuestiono. Busco causas. Busco alivio. Busco cómplices». Y sin duda los encuentra. En Yeguas exhaustas Bibiana Collado Cabrera nos lleva a situaciones vividas y sentidas como individuales que en realidad son colectivas. Tan bien contadas, tan reales, que por momentos se nos olvida que estamos ante una novela.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El peón

Cerdà, Paco
9788418998232
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Estocolmo, invierno de 1962. Dos hombres de mundos opuestos se enfrentan sobre un tablero de ajedrez. Arturo Pomar, el niño prodigio de la posguerra que ahora trabaja como auxiliar de Correos en Ciempozuelos, encara su última gran oportunidad deportiva contra un americano joven, excéntrico y ambicioso: Bobby Fischer. Uno fue peón del franquismo; el otro lo será de la Guerra Fría. Con esta partida y sus contrincantes como hilo conductor, El peón recorre las

vidas de numerosos «peones» entregados a una causa política en la España franquista o en los Estados Unidos de Kennedy en aquel convulso 1962. Comunistas, maquis, obreros, socialistas, etarras, cristianos, republicanos, estudiantes o falangistas; afroamericanos, pacifistas, indígenas, activistas antinucleares, izquierdistas o militares de obediencia ciega. Personas que se sacrificaron ante la dictadura o el capitalismo pagando un precio de muerte, cárcel, exilio o soledad. Como un collage estructurado en los 77 movimientos de la partida Fischer-Pomar, Paco Cerdà teje una original historia acerca del compromiso personal, el ajedrez y el poder para reflexionar sobre dos cuestiones: qué hace la Historia en mayúsculas con la vida de la gente minúscula, y cómo el sacrificio individual explica las luchas colectivas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)